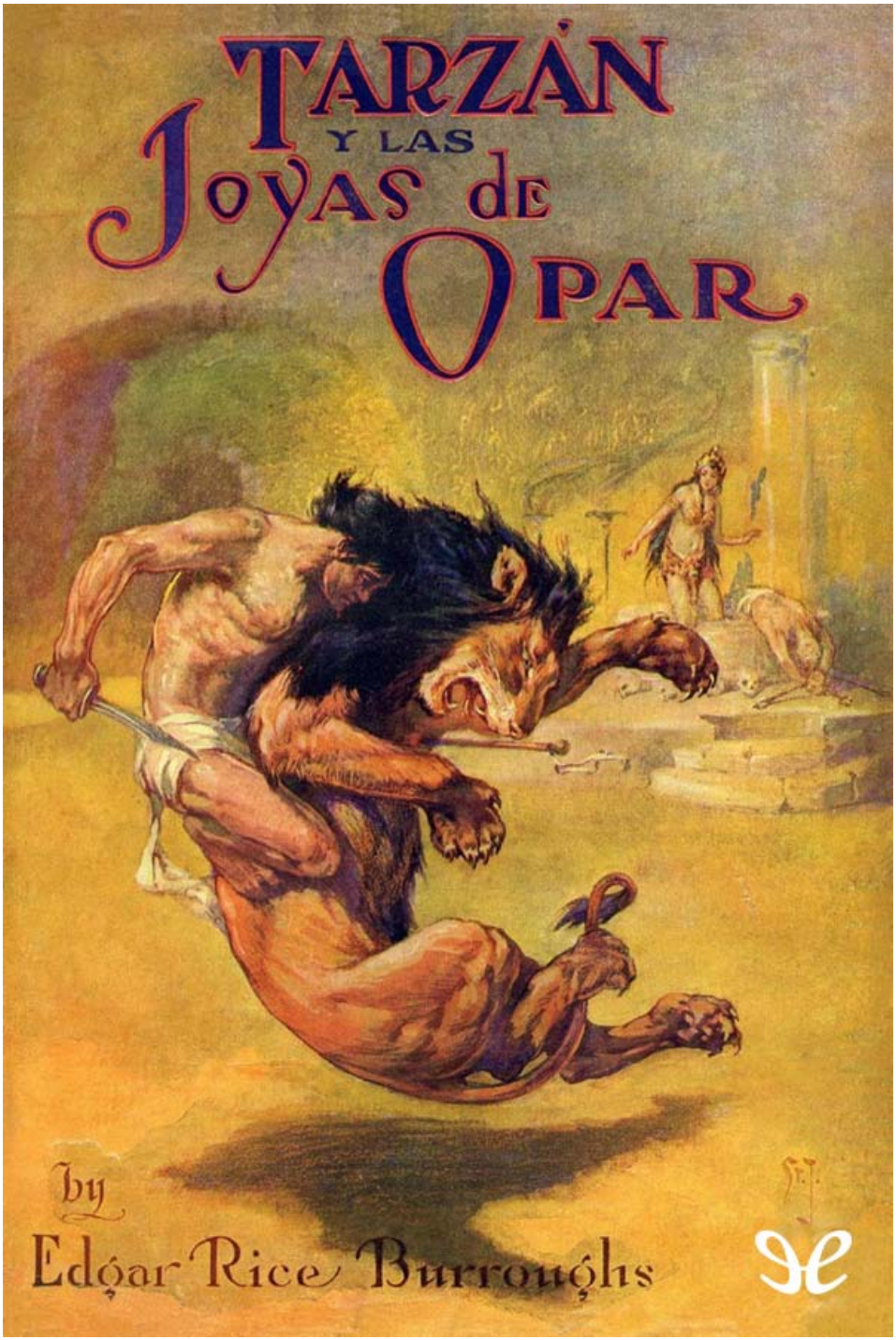
Tarzán y las Joyas de Opar



by

Edgar Rice Burroughs

En la ciudad olvidada de Opar, el sangriento altar de sacrificios dedicado al Dios Flamígero se yergue sobre las criptas repletas de oro destinado a la fabulosa Atlántida. Es el reino de La, gran sacerdotisa de ese mundo perdido, que sueña todavía con el poderoso hombre-mono que ya una vez escapó de su cuchillo.

Tarzán tampoco ha olvidado las inmensas riquezas de Opar. Pero el destino reserva una cruel sorpresa al señor de la jungla. Azotadas por un violento terremoto, las rocas de la cripta hieren a Tarzán. Lord Greystoke, la familia y la civilización desaparecen de sus recuerdos. En medio del horror que lo rodea, solo permanece en su memoria el recuerdo de su infancia entre los salvajes simios que le enseñaron a sobrevivir.

Edgar Rice Burroughs

Tarzán y las joyas de Opar

Tarzán 5

ePUB r1.3
Zaucio Olmian 04.05.13

Título original: *Tarzan and the Jewels of Opar*
Edgar Rice Borroughs, 1916
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales:James Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian (r1.0 a 1.3)
ePub base r1.0

TARZÁN
y las joyas de Opar

Tarzán armó otra flecha y apuntó con cuidado…

TARZAN AND THE JEWELS OF OPAR

By

Edgar Rice Burroughs

Author of "Tarzan of the Apes," Etc.

With Illustrations by J. Allen St. John

Chicago
A. C. McClurg & Co.
·1918·

CAPÍTULO I

UN BELGA Y UN ÁRABE

SI EL TENIENTE Albert Werper logró escapar a la destitución fulminante, y aunque por muy poco, fue gracias al prestigio de su apellido, un apellido que había deshonrado ignominiosamente. Al principio, aceptó con reconocimiento y humildad que, en vez de verse sometido al consejo de guerra, que era lo que merecía, le destinaran a aquel puesto militar del Congo. Pero seis meses de monótona rutina, de aterrador aislamiento en un lugar dejado de la mano de Dios, le habían hecho cambiar de opinión. No cesaba de darle vueltas en la cabeza a su mala suerte. Se pasaba los días sumido en un estado de enfermiza autocompasión que, con el tiempo, engendró en su débil y titubeante cerebro un odio obsesivo hacia los que le habían enviado allí, precisamente las mismas personas a las que con anterioridad agradeciera desde el fondo de su alma el que le librasen de la infamante degradación.

Deploraba no poder disfrutar de la vida alegre de Bruselas, aunque en ningún momento lamentó los errores que le arrancaron de la más divertida de las capitales y, a medida que iban transcurriendo los días, el resentimiento del teniente Albert Werper fue concentrándose cada vez con más intensidad en el representante en el Congo de la autoridad que lo había exiliado: su capitán y superior inmediato.

Este oficial era un hombre frío y melancólico, que inspiraba escaso afecto entre sus subordinados directos, si bien los soldados indígenas de su pequeña unidad militar sentían por él gran temor y respeto.

Werper se había acostumbrado a pasar horas y horas sentado junto a su jefe en el porche del alojamiento común. Fumaban los últimos cigarrillos de la noche abismados en un silencio que ninguno de los dos parecía tener el menor deseo de interrumpir. El insensato odio del teniente fue aumentando hasta convertirse en una especie de monomanía.

El natural talante taciturno del capitán se convertía a los ojos del

teniente Werper en una premeditada voluntad de insulto, de echarle en cara sus pasados delitos. Daba por supuesto que su superior le despreciaba, y tal idea le iba reconcomiendo y envenenando rencorosamente por dentro, hasta que una noche su demencial obsesión estalló de súbito en forma de instinto homicida. Sus dedos acariciaron la culata del revólver que llevaba al cinto, sus párpados se entrecerraron y sus cejas se fruncieron.

—¡Es la última vez que me insulta! —gritó al final, mientras se ponía en pie de un salto—. Soy oficial y caballero y no voy a tolerar por más tiempo su actitud. ¡Exijo una explicación, so cerdo!

Con expresión de profunda sorpresa, el capitán miró al teniente. No era la primera vez que veía a un hombre atacado por la locura de la selva…, la locura de la soledad, del ensimismamiento, del girar continuamente alrededor de una obsesión sin salida. Todo ello con algún toque adicional de fiebre.

El capitán se levantó y extendió el brazo para poner las manos en el hombro del teniente Werper. Ascendieron hacia sus labios palabras tranquilizadoras, pero no tuvo tiempo de pronunciarlas. Werper tomó el gesto de su superior como un intento de agresión. El revólver del teniente se alzó hasta alcanzar el nivel del corazón del capitán y en el momento en que éste daba un paso adelante, Werper apretó el gatillo. El oficial cayó redondo, sin un gemido, sobre el tosco entarimado del porche y, al mismo tiempo que se desplomaba, la neblina que envolvía el cerebro de Werper desapareció y el teniente se contempló a sí mismo y contempló el crimen que acababa de cometer bajo la misma luz que lo verían quienes estaban destinados a juzgarlo.

Del barracón de los soldados le llegaron exclamaciones excitadas y el ruido de los hombres que corrían hacia él. Le cogerían y, si no lo pasaban por las armas en el acto, lo llevarían Congo abajo hasta un centro castrense donde un tribunal militar legalmente constituido lo ajusticiaría con idéntica efectividad, aunque de modo más reglamentario.

Lo que menos deseaba Werper era morir. Nunca había tenido tantas ganas de conservar la vida como en aquel momento en que de un modo tan concluyente se había jugado su derecho a vivir. Los soldados estaban ya muy cerca. ¿Qué podía hacer? Miró a su alrededor como si buscara alguna forma tangible de excusa que justificara su homicidio, pero lo único que encontraron sus ojos fue el cadáver del oficial al que de un modo tan arbitrario acababa de asesinar.

A la desesperada, dio media vuelta y huyó de los soldados que amenazaban ya con echársele encima. Atravesó a la carrera el espacio del perímetro, con el revólver todavía empuñado con fuerza. Cuando llegaba a la puerta del recinto, un centinela le dio el alto. Werper no se detuvo a dar explicaciones ni a ejercer la influencia de su graduación, simplemente levantó el arma y descerrajó un tiro al inocente negro. Instantes después, tras apoderarse rápidamente del rifle y la canana del centinela, el fugitivo franqueaba los portones del acuartelamiento y desaparecía en la tenebrosidad de la jungla.

Durante toda la noche, el teniente Werper no cesó de adentrarse en la espesura selvática. De vez en cuando, el rugido de un león le inducía a detenerse y aguzar el oído, pero en seguida reanudaba la marcha, con el rifle amartillado y a punto. Le imponían más temor los perseguidores humanos que iban tras él que los carnívoros salvajes que pudieran encontrarse por delante.

Amaneció, por fin, pero el teniente no interrumpió su avance. El hambre, la sed y el cansancio se desvanecían ante el pánico que le inspiraba la posibilidad de que le capturasen. Su única idea era escapar. Pensaba que sería peligroso hacer un alto para descansar o para comer, así que continuó adelante, a trompicones, tambaleándose, hasta que le fallaron las fuerzas, cayó de bruces y ya no pudo incorporarse. Ignoraba si quería o no saber cuánto tiempo llevaba huyendo. Y cuando le fue humanamente imposible continuar la fuga, el agotamiento y la pérdida de los sentidos le impidieron darse cuenta de que había llegado al límite de sus fuerzas.

Y así fue como le encontró Ahmet Zek, el árabe. Los esbirros de Ahmet se mostraron partidarios de atravesar con un venablo el cuerpo de su atávico enemigo, pero Ahmet no compartió tal idea. Antes quería interrogar al belga. A un hombre, siempre era más fácil interrogarle primero y matarlo después, que matarlo primero e interrogarle después.

De modo que ordenó que trasladasen al teniente Albert Werper a su tienda, donde los esclavos del árabe facilitaron al belga comida y vino, en pequeñas dosis, hasta que recuperó el conocimiento. Al abrir los ojos, el oficial belga vio una serie de rostros de indígenas que le resultaban completamente desconocidos y, justo delante de una tienda, la figura de un árabe. No aparecían por ninguna parte uniformes de soldados.

El árabe volvió la cabeza y, al ver que el prisionero tenía los ojos abiertos, entró en la tienda.

—Soy Ahmet Zek —se presentó—. ¿Quién eres tú y qué haces en mi territorio? ¿Dónde están tus soldados?

¡Ahmet Zek! Werper le miró con ojos como platos, al tiempo que el alma se le caía a los pies. Estaba en poder del más conocido de los asesinos de la región, un individuo sanguinario, que odiaba a los europeos en general y a los que llevaban el uniforme belga en particular. Las fuerzas militares del gobierno belga destacadas en el Congo llevaban largos años combatiendo infructuosamente a aquel hombre y sus seguidores, en una guerra en la que ninguno de los dos bandos pedía ni esperaba cuartel por parte del adversario.

Sin embargo, en ese mismo odio del árabe hacia los belgas vislumbró Werper un rayo de esperanza. También él era un fugitivo, un fuera de la ley. De forma que Ahmet y él tenían por lo menos un rasgo en común, un interés del que él podría sacar provecho si sabía jugar bien sus cartas.

—He oído hablar de ti —manifestó— y te estaba buscando. Los míos se me han puesto en contra. Los odio. En este preciso instante, los soldados me están buscando para matarme. Estaba seguro de que tú me protegerías frente a ellos, porque tú también los odias. A cambio, me pondré a tu servicio. Soy un soldado experto. Sé luchar y tus enemigos son mis enemigos.

Ahmet Zek contempló en silencio al europeo. Un torbellino de ideas se agitaba en su cerebro, la principal de las cuales era que aquel infiel le engañaba. Desde luego, existía la posibilidad de que no mintiese, en cuyo caso merecía la pena tener en cuenta su proposición, puesto que nunca andaba sobrado de buenos combatientes… y mucho menos de blancos que dominasen los sistemas y tácticas militares que, teóricamente, debía conocer a fondo un oficial europeo.

Ahmet enarcó las cejas y eso puso en vilo de nuevo el corazón de Werper. Pero lo que el belga ignoraba era que el árabe fruncía el ceño en situaciones que instaban a los demás a sonreír y sonreía cuando los demás arrugaban el entrecejo.

—Si me has mentido —amenazó Ahmet Zek—, te mataré en el mismo instante en que lo compruebe. Veamos, aparte de permitirte seguir viviendo, ¿qué más esperas que te conceda por tus servicios?

—Por ahora, me conformo con la subsistencia —respondió Werper—. Más adelante, si consideras que puedo serte realmente útil, no creo que tengamos muchos problemas para llegar a un acuerdo.

Lo único que deseaba Werper en aquel momento era conservar la vida. Así pues, se decidió sin más que el teniente Albert Werper ingresara en la banda de ladrones de esclavos y marfil que capitaneaba el lamentablemente célebre Ahmet Zek.

El renegado belga cabalgó durante meses junto al facineroso árabe. Luchaba con salvaje indiferencia y con una crueldad infame que no desmerecía de la perversa ferocidad de sus compañeros. Ahmet Zek observaba con ojos de lince a su nuevo recluta y, a medida que su satisfacción aumentaba, a la vista del comportamiento del europeo, su confianza en éste fue cristalizando en la concesión a Werper de una mayor independencia a la hora de actuar.

Por último, Ahmet Zek dejó a un lado todo recelo y decidió mostrarse tan absolutamente franco con el belga como para hacerle partícipe de un plan que llevaba acariciando largo tiempo, pero que nunca había tenido ocasión de llevar a la práctica. Sin embargo, con la ayuda del europeo, tal proyecto podía realizarse con relativa facilidad.

—¿Has oído hablar de ese individuo que los hombres llaman Tarzán? —sondeó el árabe.

Werper asintió.

—Le conozco de oídas —dijo el belga—, pero no personalmente.

—Si no fuera por él —continuó el árabe—, nuestras «operaciones comerciales» ganarían mucho en seguridad y beneficio económico. Lleva años combatiéndonos, manteniéndonos fuera de la zona más rica del país, hostigándonos y proporcionando armas a los indígenas para que puedan rechazarnos a tiro limpio cuando nos acercamos para «comerciar». Es un hombre muy rico. Si encontráramos el modo de obligarle a pagar una sustanciosa cantidad de monedas de oro, no sólo nos vengaríamos de él, sino que nos resarciríamos de buena parte de lo que nos ha impedido ganar «explotando» a los indígenas a quienes tiene bajo su protección.

Werper sacó un cigarrillo de una enjoyada pitillera y lo encendió.

—¿Tienes un plan para sacarle los cuartos? —preguntó.

—Está casado —respondió Ahmet Zek—, y dicen que su esposa es muy guapa. En el norte nos pagarían por ella una bonita suma en el caso de que nos resultara demasiado difícil conseguir de Tarzán el dinero del rescate.

Werper agachó la cabeza mientras meditaba. Ahmet Zek aguardó de pie la respuesta. En la conciencia de Albert Werper aún quedaba un residuo de

honestidad que se soliviantó ante la idea de vender a una mujer blanca, que iría a parar a la esclavitud y la humillación degradante de un harén musulmán. Levantó la vista hacia Ahmet Zek. Vio que el árabe tenía los párpados entrecerrados y supuso que había adivinado lo repugnante que a él, Albert Werper, le parecía el plan. Si se negase a colaborar, ¿qué podría ocurrirle? Estaba en manos de aquel malhechor semibárbaro, para el que la vida de un infiel tenía poco más o menos el mismo valor que la de un perro. Werper amaba la vida. Y, de cualquier modo, ¿qué representaba para él aquella mujer? Era una dama europea, sin duda, miembro de una sociedad organizada. Él era un forajido. La mano de todo hombre blanco estaba en contra suya. Aquella mujer era su enemigo natural y, si él se negaba a colaborar en el secuestro, Ahmet no dudaría en liquidarle.

—Veo que vacilas —murmuró el árabe.

—Estaba calculando las posibilidades, de éxito —mintió Werper— y la recompensa que me correspondería. Al ser europeo me admitirán sin reservas en su casa y me sentarán a su mesa. No cuentas con nadie que pueda decir lo mismo. Pero el riesgo será enorme. No vas a tener más remedio que pagarme bien, Ahmet Zek.

Una sonrisa de alivio animó la expresión del salteador árabe.

—Bien dicho, Werper. —Ahmet palmeó la espalda del belga—. Habrá que pagarte bien y se te pagará bien. Ahora sentémonos y procedamos a imaginar y preparar la mejor forma de llevar a cabo esta rentable operación.

Los dos hombres se pusieron en cuclillas sobre una mullida alfombra, bajo las descoloridas sedas de la en otro tiempo fastuosa tienda de Ahmet, y mantuvieron una conversación en voz baja que se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Ambos eran altos, llevaban barba y la exposición al sol y al viento había proporcionado a la piel del europeo un tono atezado que casi no se diferenciaba del color que tenía la del árabe. Por otra parte, el belga había copiado prácticamente en todos los detalles el atavío de su jefe, por lo que exteriormente parecía tan árabe como Ahmet Zek. Era muy tarde cuando Werper se levantó y se retiró a su tienda.

Al día siguiente, el antiguo teniente dedicó un respetable espacio de tiempo a la tarea de repasar a fondo su uniforme, eliminando de las prendas todo vestigio que indicase su finalidad castrense. De la heterogénea colección de objetos producto de sus saqueos, Ahmet Zek le proporcionó un salacot y una silla de montar europea. Y seleccionó de entre sus sicarios y esclavos negros una cuadrilla de porteadores, *askaris* y mozos de tienda

con los que formó un safari modesto pero digno de un practicante de la caza mayor. Y a la cabeza de esa partida Werper abandonó el campamento.

CAPÍTULO II

EXPEDICIÓN A OPAR

QUINCE días después, John Clayton, lord Greystoke, cabalgaba de regreso de una gira de inspección por su vasta propiedad africana cuando divisó la cabeza de una columna de hombres que atravesaban la llanura extendida entre su casa y la linde del bosque, por el norte y el oeste.

Detuvo su corcel y observó el pequeño grupo que emergía de una depresión del terreno. Sus agudos ojos captaron el reflejo del sol al caer sobre el casco blanco de un jinete y, con el convencimiento de que un cazador europeo acudía en busca de hospitalidad, John Clayton hizo dar media vuelta a su caballo y avanzó despacio al encuentro del recién llegado.

Media hora después subía los peldaños del porche de la casa y presentaba a monsieur Jules Frecoult a lady Greystoke.

—Me había extraviado —explicó el señor Frecoult—. Parece que el jefe de mi cuadrilla nunca estuvo en esta parte del país y los guías encargados de acompañarme desde la última aldea por la que pasamos aún conocían el terreno menos que nosotros. Desaparecieron hace dos jornadas. He tenido mucha suerte al tropezarme con usted de modo tan providencial. De no haberle encontrado, no sé qué habría sido de nosotros.

Se decidió que Frecoult y su partida permanecieran allí unos cuantos días y, cuando hubiesen descansado, lord Greystoke les facilitaría guías que los condujesen a una zona con la que el jefe de la cuadrilla de Frecoult estuviera familiarizado.

En su papel de ocioso caballero francés, Werper no tuvo que esforzarse mucho para engañar a su anfitrión y granjearse la simpatía de Tarzán y de Jane Clayton, pero cuanto más prolongaba su estancia en la casa del inglés menor iba siendo su esperanza de cumplir fácilmente el propósito que le había llevado a ella.

Cuando lady Greystoke salia a pasear sola a caballo nunca se alejaba

demasiado de la casa y, por otra parte, la salvaje lealtad de los feroces guerreros waziris que constituían el grueso de la hueste de Tarzán parecía descartar todo posible éxito de cualquier intento de secuestro y, desde luego, de soborno de los propios waziris.

Al cabo de una semana, Werper llegó a la conclusión de que no estaba más cerca de su objetivo que el día en que llegó allí. Pero entonces sucedió algo que dio nuevas alas a su esperanza y le hizo creer que tal vez pudiera conseguir una recompensa aún más suculenta que el rescate por el secuestro de una mujer.

Había llegado a la casa un mensajero con la correspondencia de la semana y lord Greystoke se pasó la tarde en su despacho, leyendo y contestando cartas. Durante la cena parecía estar preocupado y en seguida se excusó y se retiró a su habitación, seguido casi inmediatamente por lady Greystoke. Sentado en el porche, Werper les oyó hablar en tono serio, lo que le hizo comprender que sucedía algo fuera de lo normal. Se levantó al instante de la silla y se deslizó silenciosamente, manteniéndose entre las sombras de los arbustos que crecían exuberantes en torno a la casa, hasta situarse debajo de la ventana del dormitorio de los anfitriones.

Aguzó el oído, y no sin provecho, porque casi desde las primeras frases la excitación se apoderó de él. Cuando Werper llegó a las proximidades de la ventana, lady Greystoke decía:

—Siempre he dudado de la solvencia de esa empresa, pero parece increíble que la quiebra se produzca con unas deudas tan desmesuradas… a menos que haya una malversación de fondos, un fraude…

—Eso es lo que sospecho —articuló Tarzán—, pero sea cual fuere la causa, subsiste la consecuencia de que lo he perdido todo y el único recurso que me queda es volver a Opar y conseguir una nueva remesa de capital en efectivo.

—¡Oh, John! —exclamó lady Greystoke, y Werper captó en su voz el temblor del miedo—. ¿No hay otra solución? No soporto la idea de que vuelvas a esa horrible ciudad. Casi prefiero la pobreza antes de que vuelvas allí. Los peligros que pueden acecharte en esa espantosa Opar son…

—No hay motivo para tu miedo —rió Tarzán—. Me parece que soy bastante capaz de cuidar de mí mismo y, en el caso de que no fuera así, los waziris que me acompañen se encargarán de que no me ocurra nada malo.

—Ya una vez salieron corriendo y te dejaron abandonado a tu suerte —le recordó Jane.

—No volverán a hacerlo —dijo Tarzán—. Se avergonzaron lo suyo en aquella ocasión… Y volvían en mi ayuda cuando los encontré.

—Pero tiene que haber otra solución —insistió la mujer.

—No existe ningún otro modo de hacerse con una fortuna que sea la mitad de fácil que el de volver a la cámara del tesoro de Opar y arramblar con el oro que haga falta —respondió John Clayton—. Andaré con cien ojos, Jane, y te aseguro que existen muy pocas probabilidades de que los habitantes de Opar sospechen siquiera que he vuelto a visitarles y les he despojado de otra parte de un tesoro de cuya existencia no tienen la menor idea, como también ignorarían su valor, en caso de que supiesen lo que hay bajo sus pies.

El tono terminante con que pronunció tales palabras pareció convencer a lady Greystoke de que era inútil seguir discutiendo, así que abandonó el tema.

Werper permaneció a la escucha un poco más y luego, seguro de haber oído lo necesario y temeroso de que pudieran descubrirle allí, regresó al porche, donde, antes de retirarse a descansar, se fumó unos cuantos cigarrillos en rápida sucesión.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Werper manifestó su intención de ponerse en marcha a la mayor brevedad, y pidió permiso a Tarzán para cobrar algunas piezas de caza mayor por el camino, en el territorio de los waziris, permiso que lord Greystoke no tuvo inconveniente en concederle.

El belga dedicó dos días a realizar sus preparativos, pero al final emprendió la marcha con su safari, acompañado por el guía waziri que lord Greystoke le facilitó. Apenas había cubierto la partida un breve recorrido cuando Werper fingió encontrarse enfermo y anunció que se quedaría donde estaba hasta haberse recuperado del todo. Como estaban a tan escasa distancia de la casa de los Greystoke, el belga despidió al guía waziri, al que dijo que volviera con su señor y que enviaría a buscarlo cuando él, Werper, se encontrase en condiciones de reanudar la marcha. En cuanto el guerrero waziri se hubo ido, Werper convocó en su tienda a uno de los fieles indígenas de Ahmet Zek y le despachó con la misión de vigilar la casa de Tarzán. En cuanto éste partiera, el negro volvería de inmediato para informar a Werper de la dirección que había tomado.

El belga no tuvo que esperar mucho: al día siguiente, su enviado ya estaba de vuelta con la noticia de que, a la cabeza de una hueste de

cincuenta guerreros waziris, Tarzán había partido en dirección sudeste a primera hora de la mañana.

Werper redactó una larga carta para Ahmet Zek, llamó a su jefe de cuadrilla y le tendió la misiva.

—Envía inmediatamente un mensajero a Ahmet Zek y que le entregue esta carta —le aleccionó—. Tú te quedas aquí, en el campamento, a la espera de posibles instrucciones ulteriores, mías o de Ahmet Zek. Si viniera alguien de la casa del inglés, le dices que me encuentro muy enfermo, que estoy en mi tienda y que no puedo ver a nadie. Proporcióname ahora seis porteadores y seis *askaris* —los más fuertes y valientes de la cuadrilla—, con los que seguiré al inglés hasta descubrir dónde tiene escondido el oro.

De modo que, mientras Tarzán, sin más prenda de vestir que el taparrabos y sin más armas que la cuerda, el cuchillo y el venablo que tanto le gustaban, conducía a sus fieles waziris hacia la ciudad muerta de Opar, el renegado Werper le seguía el rastro durante los largos y abrasadores días y pasaba las noches acampado a escasa distancia por detrás de él.

Y al mismo tiempo que los dos grupos se dirigían a Opar, Ahmet Zek cabalgaba al frente de todo su ejército hacia el sur, rumbo a la finca de Greystoke.

Para Tarzán de los Monos, aquella expedición sólo era un simple paseo más o menos festivo. En el mejor de los casos, el barniz de civilización que cubría su naturaleza no era más que una capa superficial, de la que, siempre que se le presentaba una excusa razonable, se desprendía con la misma satisfacción con que se quitaba las incómodas prendas de ropa europeas. Sólo el cariño que sentía por su esposa impulsaba a Tarzán a mantener aquella apariencia de civilización, una circunstancia cuya familiaridad no le inspiraba más que desprecio. Aborrecía la afectación y el fariseismo de las relaciones sociales y, con la lúcida visión de una mente no contaminada, había penetrado hasta el fondo putrefacto del asunto: el cobarde anhelo de paz, tranquilidad y salvaguardia de los derechos de propiedad de los privilegiados. Que las cosas bellas de la vida —el arte, la música y la literatura— hubiesen florecido en un ambiente impregnado de ideales tan degradantes era algo que Tarzán rechazaba enérgicamente: insistía en que más bien prosperaron a pesar de la civilización.

«Indicadme al cobarde orondo y opulento —solía decir— que haya creado un ideal sublime. Lo más hermoso, lo más bello y lo mejor de la inteligencia y del corazón humanos nació siempre entre el fragor de las

armas, en la lucha por la supervivencia, en medio del hambre, el peligro y la muerte, ante el rostro de Dios tal como se manifiesta mediante las fuerzas más aterradoras de la naturaleza».

Tarzán volvía siempre a la naturaleza con el espíritu de un amante que acude a una cita largo tiempo postergada después de cumplir una condena tras los barrotes de la cárcel. En el fondo, sus waziris eran seres más civilizados que él. Guisaban la carne antes de comerla y consideraban repugnantes muchos alimentos que Tarzán había devorado con placentero deleite toda su vida. Y el virus de la hipocresía es tan insidioso que hasta el resistente hombre-mono tenía que esforzarse para no dar rienda suelta a sus instintos naturales delante de los indígenas. Comía carne asada cuando hubiera preferido consumirla cruda y fresca; y abatía las piezas con venablo o arco y flecha, cuando por su gusto habría tendido una emboscada a la presa, para luego saltar sobre ella y clavarle los dientes en la yugular. Con todo, al final la leche de la madre salvaje que le amamantó en la infancia imponía sus exigencias… y Tarzán anhelaba la sangre caliente de una pieza recién cazada, mientras los músculos le hormigueaban de puro deseo de lanzarse a la lucha por la existencia que había sido su único patrimonio y su única práctica durante los primeros veinte años de su vida.

CAPÍTULO III

LA LLAMADA DE LA SELVA

APREMIADO por tales ambiguos pero omnipotentes impulsos, el hombre-mono estaba tendido una noche, despierto, dentro del recinto de la pequeña *boma* de espinos que en cierta medida protegía a su hueste de los grandes depredadores carnívoros de la selva. Montaba guardia un solitario y soñoliento guerrero, apostado junto a la fogata que obligaban a mantener encendida los amarillentos ojos que relucían en la oscuridad reinante alrededor del campamento. Los gruñidos y carraspeos de los gigantescos felinos, mezclados con la infinidad de ruidos que producían los habitantes menores de la selva, avivaban la indómita llama que ardía en el pecho del lord inglés. John Clayton permaneció una hora larga revolviéndose insomne en el lecho de hierbas, hasta que acabó por levantarse y, silencioso como un fantasma, cuando el centinela waziri le daba la espalda, franqueó de un salto la pequeña barrera de la *boma*, frente a los llameantes ojos de las fieras, saltó a la rama de un árbol gigante y desapareció entre el follaje.

Dominado por la pura exuberancia del espíritu animal, se desplazó velozmente durante un rato por el nivel medio de las enramadas, lanzándose peligrosamente de un árbol a otro. Luego ascendió a las ramas más delgadas de las copas, donde la claridad de la luna le daba de lleno, donde el aire se agitaba al soplo de las ráfagas del viento y donde la muerte acechaba en la debilidad de las ramas más delgadas y frágiles. Allí hizo Tarzán una pausa y levantó el rostro hacia Goro, la luna. Se mantuvo inmóvil unos instantes, aludo el brazo, con el aullido del mono macho temblándole en los labios, pero sin proferirlo para no despertar a los leales waziris, que conocían demasiado bien el horrible grito desafiante de su señor.

Luego reanudó la marcha, desplazándose más despacio y con mayor cautela, porque Tarzán de los Monos estaba buscando una pieza que cazar. Descendió hasta el suelo, donde se aventuró en la profunda tenebrosidad

que imponían la impenetrable enramada de los árboles y la tupida espesura verde de la selva. Se detenía de vez en cuando para pegar la nariz al suelo. Buscaba el rastro de determinadas piezas y su olfato encontró por fin su recompensa al percibir el olor de Bara, el ciervo, que había pasado recientemente por allí. A Tarzán se le hizo la boca agua y de sus labios aristocráticos se escapó un gruñido en tono bajo. Desapareció de su persona el último vestigio de linaje artificial, volvió a ser el cazador primitivo, el primer hombre, el individuo perteneciente a la estirpe suprema de la raza humana. Con el viento de cara siguió el esquivo rastro con un sentido de la percepción tan extraordinario que a nosotros nos resultaría inconcebible. Siguió las huellas de Bara a través de las corrientes y contracorrientes que trasladaban los olores de diversos carnívoros: el dulzón y empalagoso de Horta, el jabalí, no podía sofocar el que buscaba: el suave y penetrante efluvio que despedían las patas del ciervo almizclero.

El olor que emanaba del cuerpo de aquel animal informó de pronto a Tarzán de que la pieza estaba a su alcance. El hombre-mono volvió a subirse a un árbol y desde las ramas bajas pudo observar el suelo y tomar contacto con su presa mediante el olfato. No tardó mucho en avistar a Bara. Alerta, se erguía en el borde de un claro bañado por la luna. Tarzán se desplazó silenciosamente a través de las ramas, hasta situarse directamente encima del ciervo. En la diestra del hombre-mono estaba el largo cuchillo de monte que había heredado de su padre, mientras en el corazón latía impetuoso el afán sanguinario del carnívoro. Permaneció un segundo inmóvil encima del desprevenido ciervo y luego se dejó caer sobre el lustroso lomo. El impacto del peso de Tarzán hizo doblar las rodillas a Bara y antes de que el ciervo pudiera incorporarse el cuchillo había encontrado ya su corazón. Cuando Tarzán se erguía junto al cuerpo de su víctima para lanzar el espeluznante grito de victoria a la cara de la luna, el viento llevó a sus fosas nasales un efluvio que le dejó petrificado y silencioso como una estatua. Dirigió la mirada de sus salvajes pupilas hacia la parte de donde soplaba el viento y, al cabo de unos instantes, vio separarse las hierbas del borde del claro y Numa, el león, surgió por allí, caminando con paso majestuoso. Los ojos verde amarillos del felino se clavaron en Tarzán. Numa se detuvo en el mismo borde del claro y contempló con fulminante envidia la pieza que acababa de cobrar el hombre-mono. Porque, aquella noche, Numa no había tenido suerte.

De los labios de Tarzán de los Monos brotó un sordo gruñido de aviso.

Numa le respondió, ominoso, pero no avanzó un paso. Se limitó a mover sosegadamente la cola de un lado a otro. Tarzán se puso en cuclillas junto al cadáver del ciervo y cortó una generosa porción de un cuarto trasero. Numa siguió observándole con creciente y furioso resentimiento, mientras Tarzán, entre bocado y bocado, le dirigía amenazadores gruñidos de advertencia. Era la primera vez que aquel león entraba en contacto con Tarzán de los Monos y el enorme felino se sentía desconcertado. Tenía delante un ser con toda la apariencia y el olor del hombre y, aunque nunca había probado la carne humana, el león sabía que, si bien no era de las más sabrosas, sí resultaba bastante fácil de conseguir; sin embargo, los iracundos gruñidos de aquel extraño animal le sugerían que estaba en presencia de un adversario formidable y le recomendaban que permaneciese quieto donde estaba, mientras el olor de la carne fresca de Bara y el tormento del hambre le volvían loco. Tarzán no le quitaba ojo, al tiempo que trataba de adivinar lo que discurría el pequeño cerebro de Numa. Hizo bien al vigilarle porque, al final, el león no pudo resistir más. De pronto, su cola se puso erecta y el precavido Tarzán, que sabía muy bien lo que significaba aquel gesto, sujetó entre los dientes el resto del cuarto trasero del ciervo y saltó a la enramada de un árbol próximo, en el mismo instante en que Numa se lanzaba al ataque, con toda la velocidad y el pesado ímpetu de un tren expreso.

El hecho de que emprendiese la retirada no quería decir que Tarzán tuviese miedo alguno. La vida de la selva se ordena de acuerdo con unos principios distintos a la nuestra y en ella predominan unas normas diferentes. Si Tarzán hubiese tenido hambre, indudablemente se habría mantenido firme y habría plantado cara a Numa. Ya había hecho frente a su ataque en más de una ocasión, del mismo modo que en otras fue él quien lanzó el ataque. Pero esa noche no tenía demasiado apetito y el cuarto trasero que llevaba entre los dientes era más carne fresca de la que podría comer. A pesar de todo, cuando bajó la vista, no contempló precisamente con ecuanimidad la escena de Numa desgarrando a dentelladas el cuerpo de Bara cazado por Tarzán. ¡Era obligatorio castigar el atrevimiento de aquel insolente león! Decidió entonces amargar un poco la vida al gigantesco felino. Sobraban por allí árboles cargados de frutos grandes y duros, de modo que, con la agilidad de una ardilla, Tarzán se aposentó en uno de aquellos árboles y desencadenó un inmisericorde bombardeo que arrancó al león una serie de rugidos tan furibundos que hicieron estremecer la tierra.

Al rápido ritmo con que los cogía, Tarzán fue arrojando a Numa las piezas, una tras otra. Era imposible que, bajo aquella lluvia de proyectiles, el león pudiera comer… Sólo podía rugir, soltar gruñidos y brincar de un lado para otro, intentando esquivar lo que le llegaba del árbol. Por último, no tuvo más remedio que apartarse de los restos de Bara, el ciervo. Se alejó, protestón y resentido, pero en el mismo centro del claro, suspendió repentinamente sus rugidos y Tarzán observó que la gran cabeza rojiza se inclinaba hacia la tierra, el cuerpo se aplastaba contra el suelo y la larga cola vibraba en el aire, mientras el felino avanzaba cautelosamente hacia los árboles del otro lado del calvero.

Al instante, Tarzán se puso en estado de alerta. Alzó la cabeza y venteó la tenue brisa de la jungla. ¿Qué había despertado la atención de Numa, impulsándole a abandonar sobre sus almohadilladas patas, en silencio, el escenario de su desconcertado desencanto? En el momento en que el león desaparecía entre los árboles de la parte opuesta del claro, Tarzán captó en el viento la explicación del nuevo interés del felino: el intenso olor a hombre que pareció ondular en alas del viento hasta el agudo olfato del tarmangani. Ocultó en la horqueta de un árbol lo que quedaba del cuarto trasero del ciervo, se limpió en los muslos la grasa que manchaba sus manos y partió en seguimiento de Numa. Desde el claro, una ancha y trillada senda de elefantes se adentraba en la floresta. Numa avanzaba en paralelo a ese camino, mientras Tarzán se movía por la enramada como la sombra de un espectro. El salvaje felino y el hombre salvaje divisaron casi simultáneamente a la presa de Numa, aunque antes de que sus ojos cayeran sobre ella ambos sabían que se trataba de un hombre negro. Su agudo olfato se lo había transmitido a ambos. A Tarzán, además, le había informado de que se trataba de un desconocido, anciano y del género masculino, porque para él, la raza, el sexo y la edad tenían efluvios distintos. Era un viejo que avanzaba en solitario por la sombría jungla, un hombrecillo arrugado, reseco, con la piel sembrada de espantosas cicatrices y tatuajes, ataviado de una manera rarísima, con una piel de hiena echada sobre los hombros y la cabeza disecada del animal asentada sobre la canosa cabellera. Tarzán reconoció las marcas que señalaban las orejas del hombre y le invadió una sensación de anticipado placer, porque al hombre-mono no le caían nada simpáticos los hechiceros. Pero en el instante en que Numa se lanzó al ataque, el hombre blanco recordó súbitamente que el león le había arrebatado una presa pocos minutos antes y que la venganza es un placer de

lo más dulce.

La primera noticia que tuvo el anciano negro de que le acechaba un peligro se la proporcionó el chasquido de unas ramas al romperse cuando Numa se precipitó a través de los arbustos. El felino apareció en medio de la senda, por detrás del hechicero, a menos de veinte metros de éste. Al volver la cabeza, el hombre vio al enorme león de negra melena que corría hacia él y, antes incluso de que pudiera iniciar la huida, Numa ya le había alcanzado. Al mismo tiempo, el hombre-mono se descolgó de la rama de un árbol, cayó sobre el lomo del león, hundió el cuchillo en el rojizo costado de la fiera, detrás de la paletilla izquierda, introdujo los dedos de la mano derecha bajo la larga melena, hundió los dientes en la garganta de Numa y ciñó sus poderosas piernas alrededor del torso del felino. Numa emitió un rugido de dolor y de furia, al tiempo que se echaba hacia atrás y caía encima de su atacante. Pero Tarzán continuó aferrado a su presa, sin dejar de hundir repetida y rápidamente el cuchillo en el costado del animal. Una y otra vez rodó Numa, el león, sobre sí mismo, mientras daba zarpazos y dentelladas al aire, sembraba la noche de espeluznantes rugidos y volteaba el cuerpo en una y otra dirección, en infructuosos intentos de alcanzar a aquel ser que tenía sobre el lomo. Más de una vez estuvo Tarzán en un tris de soltar la presa. Numerosas contusiones y arañazos laceraban su cuerpo, cubierto de sangre de Numa, el león, y de polvo del camino, pero ni por un segundo disminuyó la ferocidad de su ataque ni aflojó la tenaza de su presa sobre su felino adversario. Ceder, aunque sólo fuera momentánea o ligeramente, hubiera significado quedar al alcance de aquellas uñas y de aquellos colmillos desgarradores, lo que habría puesto fin a la impresionante carrera del lord inglés nacido y criado en la jungla. El hechicero seguía tendido en el mismo sitio donde cayera al sufrir el ataque el león.

Ensangrentado, cubierto de heridas, el hombre no podía apartarse de allí y contemplaba la terrorífica batalla que sostenían aquellos dos señores de la selva. Fulguraban sus ojos, hundidos en el fondo de las cuencas, mientras los labios cuarteados se agitaban sobre unas encías sin dientes al musitar el anciano hechicero misteriosos conjuros destinados a los demonios de su devoción.

Durante unos minutos, el indígena no tuvo el menor asomo de duda acerca del desenlace de tan desigual pelea: aquel extraño blanco sucumbiría sin remedio bajo las garras del terrible Simba. ¿Quién había oído jamás que

un hombre solo, sin más arma que un cuchillo, pudiese acabar con la vida de una fiera tan poderosa? Sin embargo, al cabo de un momento, los ojos del anciano negro empezaron a desorbitarse y ya no estuvo tan seguro de su pronóstico. ¿Qué clase de criatura maravillosa era aquella que no sólo hacía frente a Simba, sino que le mantenía a raya a pesar de lo formidablemente poderosos que eran los músculos del rey de los animales? Poco a poco, en los brillantes ojos del anciano, hundidos en unas cuencas enmarcadas por las arrugas y cicatrices del rostro, empezó a asomar la luz de un recuerdo. Los dedos de la memoria se estiraron hacia el pasado hasta tocar con las yemas la imagen de una escena, que el paso de los años había dejado borrosa y amarillenta. Era la imagen de un joven de piel blanca, de cuerpo ágil y flexible, que surcaba el aire saltando de rama en rama, entre los árboles, integrado en una tribu de monos gigantescos. Los ojos del anciano parpadearon y un pánico cerval despuntó en ellos: el miedo supersticioso del que cree en fantasmas, espíritus y demonios.

Y llegó una vez más el momento en que el hechicero no dudó de quién iba a llevarse la victoria en aquel duelo, sólo que en esta ocasión su idea inicial había experimentado un giro de ciento ochenta grados: el indígena tenía ahora la absoluta certeza de que aquel dios de la jungla iba a matar a Simba. Lo cual aterró aún más al anciano negro, porque su destino a manos de tal vencedor sería más espantoso que la rápida muerte que le habría procurado el león, de salir triunfante. Vio cómo se debilitaba Simba a causa de la pérdida de sangre. Vio cómo se estremecían y vacilaban sus poderosas extremidades. Vio, por último, cómo se desplomaba la fiera definitivamente, para no levantarse más. Vio cómo aquel dios o demonio de la selva se erguía, plantaba un pie sobre el cadáver aún caliente de su derrotado enemigo, levantaba el rostro hacia la luna y lanzaba al aire un espantoso alarido que heló la poca sangre que quedaba en las venas del hechicero.

CAPÍTULO IV

EL AUGURIO DEL HECHICERO

TARZÁN dedicó entonces su atención al pobre hombre. No había matado a Numa para salvar al negro, lo hizo simplemente para vengarse del león, pero al ver al anciano tendido en el suelo, desamparado y agonizante, algo parecido a la compasión conmovió el alma del hombre-mono. En su juventud, habría rematado al hechicero sin el menor remordimiento, pero la civilización había ejercido sobre él un efecto moderador que había suavizado su espíritu como suele atemperar el de las naciones y razas con las que toma contacto. A pesar de ello, en el caso de Tarzán no había llegado al extremo de convertirle en cobarde, ni mucho menos en afeminado. Vio que un anciano sufría, al filo de la muerte, y se agachó junto a él para examinar sus heridas y cortar la hemorragia.

—¿Quién eres? —preguntó el viejo hechicero con voz temblorosa.

—Soy Tarzán… Tarzán de los Monos —respondió éste, con el mismo orgullo, poco más o menos, con que hubiera contestado: «Soy John Clayton, lord Greystoke».

El hechicero se estremeció convulsivamente y cerró los párpados. Cuando volvió a abrirlos, había en ellos una resignación absoluta al destino que le aguardase por terrible que pudiera ser, en manos de aquel temido diablo de los bosques. Preguntó:

—¿Por qué no me matas?

—¿Y por qué iba a matarte? —repuso Tarzán—. No me has hecho ningún daño y, por otra parte, te estás muriendo. Numa, el león, te ha matado ya.

—¿No vas a matarme?

La sorpresa y la incredulidad vibraban en la trémula voz del anciano.

—Te salvaría la vida, si pudiera —respondió Tarzán—, pero eso no es posible. ¿Qué te hizo pensar que iba a matarte?

El viejo guardó silencio durante unos segundos. Cuando habló, resultó

evidente que había estado esforzándose durante ese tiempo para hacer acopio de valor.

—Te conocí hace muchos años —dijo—, cuando merodeabas por la jungla del territorio de Mbonga, el jefe. Yo era ya hechicero cuando mataste a Kulonga y a los otros y cuando saqueabas nuestras chozas y te llevabas nuestro recipiente de veneno. Al principio no pude recordarte, pero luego mi memoria se aclaró: eres el mono de piel blanca que vivía con los monos peludos y llevó la desgracia a la aldea de Mbonga, el jefe… Eres el dios del bosque, el *Munango-Kiwati* al que dejábamos ofrendas de comida fuera del recinto del poblado y que acudía a llevárselas. Antes de que muera, aclárame una cosa: ¿eres un hombre o un demonio?

Tarzán se echó a reír.

—Soy un hombre —dijo.

El anciano dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

Intentaste salvarme de Simba —articuló—. Te recompensaré por ello. Soy un gran médico brujo. ¡Escúchame, hombre blanco! Veo que te aguardan días aciagos. Está escrito en mi propia sangre, que ha enrojecido la palma de mi mano. Un dios superior a ti se levantará para derribarte. ¡Vuelve sobre tus pasos, *Munango-Kiwati*! Retrocede antes de que sea demasiado tarde. El peligro te espera por delante y el peligro te acecha por detrás. Veo…

Hizo una pausa y exhaló un prolongado y jadeante aliento. Luego se derrumbó de costado, su cuerpo formó un pequeño montón retorcido y expiró. Tarzán se preguntó qué más podría haber visto el hechicero.

Era muy tarde cuando el hombre-mono regresó al interior de la *boma* y se acostó entre sus guerreros negros. Ninguno le había visto abandonar el campamento, como tampoco nadie le vio regresar. Antes de quedarse dormido, Tarzán recordó la advertencia del hechicero. Volvió a pensar en ella al despertarse. Pero, naturalmente, no tenía la menor intención de volverse atrás, porque desconocía eso que se llama miedo, aunque de haber imaginado lo que le esperaba a la persona a quien más quería en este mundo, se hubiera apresurado a lanzarse a los árboles y regresar velozmente a su lado, dejando que el oro de Opar permaneciera oculto para siempre en la olvidada cámara que lo atesoraba.

Detrás de él, aquella mañana, otro hombre blanco pensaba en algo que había oído durante la noche y a causa de lo cual se encontraba a un paso de abandonar sus planes y emprender el regreso. Era Werper, el asesino, a

cuyos oídos había llegado, en la quietud de la noche y desde un punto lejano de la senda, un sonido que inundó de terror su alma cobarde, un sonido como nunca había escuchado en toda su vida, un alarido tan espeluznante que no podía creer que pudiera emanar de los pulmones de un ser creado por Dios. Había escuchado el grito de victoria del mono macho que Tarzán había lanzado a la cara de Goro, la luna, y, al oírlo, Werper se echó a temblar y ocultó el rostro. Ahora, a plena luz del día, volvió a temblar al recordarlo y hubiera retrocedido para no afrontar aquel ignorado peligro que parecía anunciar el eco de aquel grito, de no ser porque le aterraban todavía más las represalias que su jefe, Ahmet Zek, tomaría sobre él como castigo por su abandono.

Y así, Tarzán continuó su marcha hacia las derruidas murallas de Opar, mientras a su espalda, el ex teniente Werper le seguía como un chacal. Y sólo Dios conocía la suerte que a cada uno de ellos les reservaba el destino.

Tarzán se detuvo al llegar al borde del desolado valle, desde el que su vista dominaba las áureas cúpulas y minaretes de Opar. Cuando cayera la noche, iría solo a la cámara del tesoro, para reconocer el terreno previamente, porque había decidido que la cautela presidiría todos y cada uno de los movimientos de aquella expedición.

Se puso en marcha en cuanto oscureció y Werper, que había escalado en solitario los riscos, detrás de la partida del hombre-mono, y había permanecido oculto durante toda la jornada entre los abruptos peñascos de la cima de la montaña, se deslizó sigilosamente en pos de Tarzán. La llanura sembrada de rocas que se extendía entre el borde del valle y el imponente monte granítico alzado ante los muros de la ciudad, donde estaba la entrada del pasadizo que conducía a la cámara del tesoro, proporcionaron al belga numerosos puntos en los que ponerse a cubierto mientras seguía a Tarzán en su aproximación a Opar.

Vio al gigantesco hombre-mono trepar ágilmente por la cara del formidable risco. Aferrándose temerosamente a las hendiduras durante la penosa ascensión, cubierto por el sudor frío del miedo, casi paralizado por el terror, pero con la avaricia espoleándole, Werper escaló a su vez la roca hasta alcanzar la cima del monte granítico.

Tarzán no estaba a la vista. Werper permaneció un rato a la expectativa, oculto tras una de las peñas esparcidas por la cumbre de la colina, pero al no ver ni oír al inglés, se decidió a abandonar el escondite y emprender una inspección sistemática de los alrededores, con la esperanza de descubrir la

situación del tesoro con tiempo suficiente para escapar de allí antes de que Tarzán regresara, ya que lo único que deseaba el belga era localizar el oro. Una vez que Tarzán se marchase, él, Werper, podría presentarse allí con sus esbirros y llevarse todo el oro que pudiesen transportar.

Dio con la angosta grieta que descendía hacia el corazón del pétreo altozano. Avanzó por los desgastados peldaños hasta llegar a la negra boca del túnel por la que se perdía aquel pasaje. Se detuvo allí, sin atreverse a entrar, sobre todo por temor a que Tarzán volviese por aquel camino y tropezase con él.

El hombre-mono le llevaba bastante delantera. Tras recorrer a tientas el pasadizo de piedra, llegó a la antigua puerta de madera. Instantes después se hallaba en el interior de la cámara del tesoro donde, en una época inmemorial, manos que llevaban siglos muertas habían dispuesto aquellas pilas de preciosos lingotes para los gobernantes de aquel gran continente que ahora yacía sumergido bajo las aguas del Atlántico.

Ni el más leve rumor quebraba el silencio de la cámara subterránea. Nada indicaba que, desde la visita del hombre-mono a la cámara, alguien más hubiese descubierto el escondite del tesoro.

Satisfecho, Tarzán volvió sobre sus pasos hacia la cima del monte granítico. Desde el sobresaliente peñasco tras el que se ocultaba, Werper le vio salir de entre las sombras de la escalera y dirigirse al borde de la colina que daba al valle en cuyo lindero los waziris esperaban la señal de su señor. Werper abandonó entonces su escondite, se deslizó sigilosamente hacia la sombría oscuridad de la entrada y desapareció por ella.

De pie en el filo del risco, Tarzán imitó con voz resonante el rugido del león. Repitió la llamada dos veces, a intervalos regulares, aguardó unos minutos en atento silencio y luego lanzó al viento por tercera vez aquel rugido, cuyos ecos se repitieron en el espacio. Por fin, desde la otra parte del valle, llegó, atenuada por la distancia, la respuesta: uno, dos, tres rugidos. Basuli, el cacique waziri, había oído la llamada y contestaba.

Tarzán volvió sobre sus pasos hacia la cámara del tesoro. Sabía que en cuestión de unas horas sus negros estarían con él, listos para llevarse otra fortuna en aquellos dorados lingotes de extraña forma que constituían el tesoro de Opar. Mientras llegaban, él trasladaría a la cima del monte la mayor cantidad de oro que pudiera.

En las cinco horas que tardó Basuli en llegar a lo alto de la colina de piedra, Tarzán efectuó seis viajes, que representaron cuarenta y ocho

lingotes puestos en el borde del risco. En cada uno de tales viajes transportó Tarzán un cargamento cuyo peso habría hecho vacilar a dos hombres corrientes y, sin embargo, su gigantesca humanidad no mostraba el menor asomo de cansancio cuando ayudaba a sus guerreros de ébano a ascender a la cima del monte izándolos con la cuerda que había llevado a tal fin.

Seis veces había vuelto a la cámara del tesoro y en cada una de ellas Werper, el belga, se había encogido, agazapándose medrosamente entre las sombras del extremo de la alargada cámara. El hombre-mono se presentó allí una vez más, pero en esa ocasión iba acompañado de cincuenta guerreros, que se convirtieron provisionalmente en porteadores sólo por afecto hacia el único ser del mundo capaz de conseguir que aquellos hombres de feroz y altiva naturaleza se rebajasen a oficio tan ruin. Cincuenta y dos lingotes más salieron de la cámara, lo que hacía un total de cien, que era la cantidad que Tarzán tenía pensado llevarse.

Cuando el último waziri abandonó la cámara, Tarzán volvió para echar un vistazo a aquella fabulosa fortuna, un tesoro que las dos remesas de lingotes que el hombre-mono se había llevado no parecían haber hecho disminuir. Antes de apagar la vela que había llevado, cuya vacilante llama había lanzado los primeros rayos de claridad que atravesó las impenetrables tinieblas de aquella cámara subterránea, olvidada por los hombres desde hacía incontables siglos, la memoria de Tarzán regresó a la primera vez en que irrumpió en la cámara del tesoro, en la que entró por pura casualidad, cuando huía de los sótanos situados debajo del templo, donde le había ocultado La, suma sacerdotisa de los adoradores del Sol.

Recordó la escena en el interior del templo, cuando se encontraba tendido sobre el altar de los sacrificios, mientras La, con la daga levantada, se erguía ante él y las hileras de sacerdotes y sacerdotisas esperaban, dominados por el éxtasis histérico del fanatismo, a que brotase el primer borbotón de la sangre caliente de la víctima, sangre con la que llenarían sus doradas copas y que beberían a mayor gloria de su Dios Flamígero.

La cruel y sanguinaria interrupción de Tha, el sacerdote loco, volvió a desarrollarse vívidamente ante la mirada evocadora del hombre-mono, que rememoró también la huida a la desbandada de las adoradoras ante la demencial sed de sangre de la espantosa criatura, el ataque bestial sobre La y la participación que él, Tarzán, tuvo en la tragedia, al enzarzarse en feroz combate con el endemoniado habitante de Opar, al que dejó sin vida a los

pies de la sacerdotisa. El furibundo sacerdote la hubiera profanado irremisiblemente de no intervenir el hombre-mono.

Todo eso y bastante más pasó por la memoria de Tarzán mientras permanecía allí con la vista fija en las alargadas hileras de lingotes de metal amarillo mate. Se preguntó si La continuaría rigiendo los templos de la desolada ciudad, cuyas murallas se elevaban sobre sus ruinas sobre los mismos cimientos en que las erigieron. ¿Se habría visto obligada, finalmente, a unirse a alguno de sus esperpénticos sacerdotes? Le pareció un destino horripilante de veras para una mujer tan bonita. Al tiempo que meneaba la cabeza, Tarzán se acercó a la vacilante llama de la vela, extinguió sus débiles rayos y se dirigió a la salida.

A su espalda, el espía aguardaba a que se fuera. Había descubierto el secreto por el que fue hasta allí y ahora podía regresar tranquilamente junto a los esbirros que le esperaban, a los que conduciría a la cámara del tesoro para llevarse cuantos lingotes pudieran cargar.

Los waziris habían llegado al extremo del túnel y ascendían por la sinuosa subida que llevaba al aire fresco exterior y a la cumbre del monte berroqueño, iluminado por el resplandor de las estrellas, antes de que Tarzán se sacudiera de la memoria los recuerdos que le habían hecho demorarse y echara a andar despacio en pos de los indígenas.

De nuevo, y pensó que ojalá fuera aquella la última vez, cerró la maciza puerta de la cámara del tesoro. En la oscuridad del interior, Werper se incorporó y estiró los entumecidos músculos. Alargó una mano para acariciar amorosamente uno de los lingotes del rimero que tenía más cerca. Lo levantó del lugar donde llevaba descansando desde una época remota y lo sopesó entre las manos. Después se lo llevó al pecho y lo oprimió contra el corazón en éxtasis de avaricia.

Tarzán soñaba ya con el feliz regreso al hogar, con los cariñosos brazos que se le echarían al cuello y con la suave mejilla que se apretaría contra la suya… pero recordó de pronto el augurio del anciano hechicero y el sueño estalló como una pompa de jabón.

Y entonces, en el espacio de unos fulminantes segundos, las esperanzas de ambos hombres saltaron hechas añicos. Uno olvidó su ambiciosa codicia cuando una oleada de pánico se apoderó de su ánimo… El otro se hundió en un olvido absoluto de su pasado cuando un fragmento de roca cayó violentamente sobre su cabeza y el filo irregular de la piedra le abrió un profundo corte.

CAPÍTULO V

EL ALTAR DEL DIOS FLAMÍGERO

OCURRIÓ en el preciso instante en que Tarzán se retiraba de la puerta que un segundo antes había cerrado y echaba a andar hacia el mundo exterior. La catástrofe se desató sin previo aviso. En un momento determinado, la calma y la estabilidad eran totales… y una fracción de segundo después, el mundo trepidó, se abrieron y desmoronaron las paredes del estrecho pasadizo, enormes bloques de granito se desprendieron del techo y cegaron el angosto corredor, sobre el que también se abatieron hacia adentro los pétreos costados. Al recibir el impacto del fragmento de roca, Tarzán se tambaleó hacia atrás, su espalda chocó contra la puerta de la cámara del tesoro, ésta se abrió, y el cuerpo del hombre-mono fue a parar al suelo y rodó dentro del cuarto.

El movimiento sísmico produjo muchos menos daños en la estancia donde se guardaba el tesoro. Cayeron unos cuantos lingotes de la parte superior de los montones, del techo sólo se desprendió y se estrelló contra el suelo un único pedazo de roca y las paredes se cuartearon, pero no se vinieron abajo.

Sólo hubo una sacudida, sin que se produjese otra que rematara los daños producidos por la primera. La repentina violencia que descargó el terremoto había lanzado de bruces contra el piso a Werper, que al darse cuenta de que estaba ileso se ponía ya vacilantemente en pie. Se encaminó a tientas hacia el fondo de la cámara, en busca de la vela que Tarzán había dejado en el extremo de un lingote que sobresalía del rimero, sostenida por su propia cera.

El belga tuvo que encender bastantes fósforos antes de encontrar lo que buscaba y cuando consiguió que la llama de una cerilla prendiese en el pabilo y la débil claridad de la vela despejó un poco la negrura estigia que le rodeaba, Werper dejó escapar un suspiro de alivio, porque aquellas consistentes y herméticas tinieblas acentuaban los terrores de su situación.

Cuando los ojos se fueron acostumbrando a aquel tenue conato de luz, el belga volvió la mirada hacia la puerta —su única idea en aquel momento era abandonar cuanto antes aquella tumba espantosa— y vio entonces el desnudo cuerpo del gigante que yacía tendido en el suelo, justo en la parte interior del umbral. Un súbito arrebato de temor impulsó a Werper hacia atrás, pero al mirar por segunda vez comprendió que el inglés estaba muerto. La sangre que manaba de la enorme brecha abierta en la cabeza del hombre había formado ya un charco sobre el piso de cemento.

El belga saltó rápidamente por encima del caído cuerpo de su antiguo anfitrión y, sin que se le pasara por la cabeza siquiera la idea de auxiliar a aquel hombre, que aún podía conservar un resto de vida, se precipitó por el pasadizo subterráneo en busca de la salvación.

No obstante, sus renovadas esperanzas se volatilizaron lamentablemente casi de inmediato. Se encontró con que, al otro lado de la puerta, el paso estaba completamente obstruido y taponado por masas impenetrables de rocas despedazadas. Volvió a entrar en la cámara del tesoro. Cogió la vela del lugar donde estaba e inició un examen sistemático de la estancia. No había ido muy lejos en su inspección cuando dio con otra puerta en el fondo de la sala. Una puerta que giró chirriante sobre sus goznes cuando le aplicó el peso del cuerpo. Al otro lado Werper vio un nuevo pasillo; se aventuró por él, subió un tramo de peldaños de piedra y llegó a otro pasillo, a unos seis metros por encima del primero. La vacilante llama de la vela le iluminaba el camino por delante y, al cabo de un momento, el belga no pudo por menos que agradecer la posesión de aquella antigua y tosca fuente de luz, que escasas horas antes habría mirado con desprecio, porque merced a su claridad pudo percibir, justo a tiempo, la ávida boca de un pozo que se abría en el suelo y que al parecer ponía fin al pasillo por el que Werper avanzaba.

Estaba delante de un pozo de abertura circular. Alargó la vela por encima del hoyo y miró hacia el fondo. La superficie liquida del agua, a una profundidad tremenda, reflejó la luz de la llama. Sí, había llegado a un pozo. Levantó la candela por encima de la cabeza y escudriñó el negro vacío que tenía por delante. Vio que, al otro lado del pozo, el túnel continuaba. Pero ¿cómo iba a franquear aquel abismo?

Mientras, inmóvil allí, medía con la vista la distancia que le separaba del lado contrario y se preguntaba si se atrevería a intentar el gran salto, a sus sobresaltados oídos llegó súbitamente un penetrante alarido cuyo

volumen fue disminuyendo de modo paulatino, hasta acabar en una serie de lúgubres gemidos. La voz parecía humana en parte, aunque resultaba tan alucinante que lo mismo podía emanar de la garganta atormentada de un alma en pena que estuviera retorciéndose entre las llamas del infierno.

Un escalofrío sacudió al belga, que alzó temeroso la cabeza, porque el grito parecía tener su origen encima de donde se encontraba. Al mirar hacia arriba vio una abertura y un trozo de cielo en el que fulguraban las estrellas.

El espeluznante aullido eliminó de su mente la medio adoptada intención de pedir socorro: donde alentase una voz así, no era posible que viviesen seres humanos. No se atrevió a manifestar su presencia a las criaturas que pudieran encontrarse encima de donde él estaba. Se maldijo por haber sido tan insensato y necio como para embarcarse en aquella endemoniada empresa. Hubiera dado algo bueno por verse de vuelta en el campamento de Ahmet Zek y hasta habría recibido alborozadamente, de mil amores y con los brazos abiertos, la oportunidad de entregarse a las autoridades militares belgas si éstas se presentaran a rescatarle de aquella terrible situación en que se encontraba en aquel momento.

Se mantuvo a la escucha, con el miedo rebosándole el alma, pero el grito no se repitió; al cabo de un rato, comprendió que la situación era tan desesperada que había que recurrir al heroísmo de saltar a través de la sima. Retrocedió veinte pasos para tomar carrerilla, salió disparado, llegó al borde del pozo, tomó todo el impulso que pudo, se lanzó e intentó ganar con su salto la orilla opuesta.

Apretaba en la mano la candela, cuya llama había apagado una ráfaga de aire cuando el belga iniciaba el salto. En la profunda oscuridad que le envolvió mientras surcaba el aire, Werper extendió los brazos dispuesto a agarrarse a lo que pudiera, en el caso de que sus pies no aterrizaran más allá del invisible borde del pozo.

Sus rodillas cayeron sobre el mismo filo rocoso del suelo, al otro lado de la sima, resbaló hacia atrás, se agarró a algo, desesperadamente, y por fin su cuerpo se detuvo, mitad dentro y mitad fuera del abismo. Pero estaba a salvo. Durante varios minutos se mantuvo aferrado allí, débil y sudoroso, sin atreverse a efectuar el menor movimiento. Por último, con toda la cautela del mundo, se adentró un poco en el túnel y de nuevo se tendió cuan largo era en el suelo, mientras se esforzaba en recuperar el dominio de sus destrozados nervios.

Había soltado la vela cuando sus rodillas tropezaron con el borde del

túnel. Ahora, con la esperanza de haber caído en el suelo del pasadizo y no en las profundidades del pozo, se puso a gatas y emprendió una diligente búsqueda del pequeño cilindro de cera, que en aquellos instantes le parecía infinitamente más precioso que las fabulosas riquezas que representaban los lingotes de oro acumulados en Opar.

Cuando, por fin, sus manos tropezaron con la vela, la agarró con fuerza y se dejó caer de nuevo en el suelo, agotado y sollozante. Permaneció así largos minutos, tembloroso, destrozado, hasta que al final se sentó, extrajo una cerilla del bolsillo y encendió el cabo de vela que quedaba. A la luz de la llama le resultó más fácil recobrar el dominio de los nervios y no tardó en estar en condiciones de avanzar por el túnel, a la búsqueda de alguna vía de escape. El horrendo alarido que había llegado desde arriba por el hueco de aquel viejo pozo aún le obsesionaba y los ruidos de su propio y cauteloso avance le hacían temblar de pavor.

Escasa distancia había cubierto cuando, con enorme contrariedad, vio que una pared de mampostería le cortaba el paso; el túnel quedaba completamente cerrado desde el techo hasta el suelo y, naturalmente, por ambos lados. ¿Qué podía significar? Werper era hombre ilustrado e inteligente. Su formación militar le había enseñado a utilizar el cerebro para el propósito al que estaba destinado. Un túnel cegado era algo absurdo, carente de sentido. Tenía que continuar al otro lado de aquella pared. Alguien, en algún momento del pasado, lo bloqueó con algún objetivo particular. A la luz de la vela, Werper procedió a examinar la pared de fábrica. Comprobó, con enorme satisfacción, que los delgados bloques de piedra labrada que componían el muro estaban colocados uno encima de otro sin más, sin argamasa ni cemento que los consolidara. Empujó uno de ellos y, jubiloso, vio que podía retirarlo de allí sin grandes dificultades. Fue quitando sucesivos bloques hasta abrir un boquete lo bastante amplio como para que pasara su cuerpo. A través de aquel hueco se deslizó al interior de una cámara espaciosa, pero de techo bajo. Al fondo de la misma, otra puerta le obstruía el camino, pero también esta barrera cedió ante sus esfuerzos, ya que no estaba atrancada. Se extendía ante él un pasillo largo y oscuro, pero antes de que hubiese recorrido mucho trecho del mismo, la vela se consumió hasta quemarle los dedos. Soltó una maldición al tiempo que la dejaba caer al suelo, donde chisporroteó unos segundos antes de apagarse.

Sumido de nuevo en una oscuridad total, el terror volvió a aposentarse

pesadamente sobre sus hombros. No tenía la menor idea de la clase de abismos y peligros que pudieran aguardarle por delante, pero estaba predispuesto a creer que nunca se había encontrado tan lejos de la libertad como en aquellos instantes, porque así de desalentadora es la falta completa de luz para quien se encuentra en terreno desconocido.

Tanteando con las manos las paredes del túnel y adelantando cautelosamente el pie antes de dar cada paso, Werper fue adelantando poco a poco. No pudo determinar cuánto tiempo avanzó así, pero al final, con la sensación de que aquel túnel era interminable y agotado por el esfuerzo, el terror y la falta de sueño, decidió tenderse en el suelo y dormir un poco antes de continuar adelante.

Cuando se despertó, la oscuridad circundante no se había aclarado lo más mínimo; todo seguía igual. Ignoraba si había dormido un día entero o sólo un segundo; pero lo que sí le resultó evidente fue que durmió algún tiempo, porque se encontraba fresco y además tenía hambre.

Reanudó la marcha a tientas, pero en esa ocasión apenas había recorrido unos metros cuando desembocó en una estancia iluminada por la claridad que irrumpía por el hueco de una abertura del techo. Un tramo de escalones de cemento descendía desde la abertura hasta el piso de la cámara.

Por encima de su cabeza, a través de dicha abertura, Werper vio la luz del sol entre columnas macizas en las que se entrelazaban plantas trepadoras. Aguzó el oído; pero no captó más sonidos que el susurro del viento al pasar entre el follaje, el áspero piar de las aves y el parloteo de los monos.

Con paso intrépido ascendió por la escalera; al llegar arriba se encontró ante un patio circular. Frente a él se alzaba un altar de piedra con manchas de color pardusco, como de óxido. De momento, Werper no concedió a aquellas manchas la suficiente importancia como para pensar en explicárselas, pero más adelante su origen le resultó aterradoramente claro.

Detrás del altar, junto a la abertura del suelo por la que había accedido al patio desde la cámara subterránea inferior, el belga descubrió varias puertas que llevaban del recinto al nivel del piso. Por encima, dando una vuelta completa al patio, se veían varios balconajes abiertos. Los micos pululaban por la desiertas ruinas y diversas aves de llamativo plumaje multicolor aleteaban entre las columnas y por las galerías superiores. Pero no se apreciaba señal alguna de presencia humana. Werper se sintió

aliviado. Suspiró, como si le hubieran quitado un peso enorme de encima de los hombros. Dio un paso en dirección a una de las salidas… y se detuvo en seco, desorbitados los ojos por el terror, porque casi simultáneamente se habían abierto una docena de puertas y una horda de hombres de aspecto horripilante se precipitaron sobre él.

Eran los sacerdotes del Dios Flamígero de Opar: los mismos velludos, sarmentosos y horribles hombrecillos que en aquel mismo lugar, años antes, arrastraron a Jane Clayton hasta el ara de los sacrificios. Un terror paralizante sacudió los estremecidos nervios del belga al ver el aspecto bestial y repulsivo de aquellos individuos de largos brazos y piernas cortas y arqueadas, de frentes hundidas, de ojillos diabólicos y demasiado juntos, bajo las poblarlas e hirsutas cejas.

Soltó un grito, dio media vuelta y se dispuso a emprender una veloz huida rumbo a los menos ominosos terrores de los oscuros pasillos y estancias de los que acababa de emerger. Pero aquellos escalofriantes sujetos se adelantaron a sus intenciones. Le cortaron el paso, lo agarraron y aunque se dejó caer y les imploró, de rodillas ante ellos, que le perdonaran la vida, lo ataron y lo arrojaron contra el suelo de la parte interior del templo.

Todo lo demás fue una repetición de lo que Tarzán y Jane habían vivido anteriormente. Llegaron las vestales y, con ellas, la suma sacerdotisa, La. Levantaron a Werper y lo tendieron encima del altar. Un sudor frío brotaba de los poros del belga cuando La alzó por encima del cuerpo de la futura víctima el cruel cuchillo del sacrificio. El canto de la muerte penetró hasta el fondo de los torturados oídos de Werper. Los aterrorizados ojos del belga se dirigieron a las copas de oro en las que aquellos espeluznantes paganos calmarían su sed inhumana bebiendo la sangre vital de su víctima.

Deseó que la misericordia divina le concediese la gracia de perder el conocimiento unos segundos antes de que el afilado cuchillo se hundiera definitivamente en su cuerpo… Y, de pronto, un escalofriante rugido resonó casi junto a su cabeza. La suma sacerdotisa bajó la daga, mientras sus ojos horrorizados parecieron a punto de salírsele de las órbitas. Las vestales, sus acólitas, prorrumpieron en chillidos y corrieron como locas hacia las salidas. Los sacerdotes estallaron en estruendosos bramidos, de pavor o de furia, según su cobardía o su valor. Werper estiró el cuello para echar una mirada al motivo de aquel pánico y, al avistarlo, también él se quedó helado de miedo, porque lo que vieron sus ojos fue la figura de un

león monumental, erguido en medio del templo y que ya tenía una víctima mutilada bajo sus feroces garras.

El señor de la sabana rugió de nuevo, al tiempo que volvía su ominosa mirada hacia el altar. La se tambaleó hacia adelante, giró sobre sí misma y cayó sobre Werper, desvanecida.

Le cortaron el paso, lo agarraron…

CAPÍTULO VI

LA INCURSIÓN ÁRABE

CUANDO remitió la primera oleada de terror subsiguiente al terremoto, Basuli y sus guerreros se apresuraron a regresar por el paso subterráneo en busca de Tarzán y de dos miembros de la tribu que también habían desaparecido.

Se encontraron con que las rocas desprendidas y amontonadas en el pasadizo les obstruían el paso. Trabajaron afanosamente durante dos jornadas para abrirse camino hacia los compañeros atrapados en la otra parte del túnel. Pero cuando, tras denodados esfuerzos, consiguieron avanzar unos cuantos metros y descubrieron los restos destrozados de uno de los indígenas, no tuvieron más remedio que llegar a la conclusión de que Tarzán y el otro waziri yacían más adelante enterrados bajo las toneladas de piedras que se habrían desprendido sobre ellos. Ya no existía forma humana de ayudarlos y, aunque la hubiera, tampoco podían facilitársela.

Una y otra vez, mientras retiraban rocas y más rocas, voceaban los nombres de su compañero y de Tarzán, pero ninguna respuesta llegó a sus atentos oídos. Por último, abandonaron la búsqueda. Lanzaron un último y lacrimoso vistazo a la devastada tumba de su señor, se echaron al hombro el pesado cargamento de oro, que, si no felicidad, al menos sí proporcionaría comodidades a la afligida viuda, y emprendieron su triste viaje de vuelta a través del desolado valle de Opar y de los bosques selváticos que los separaban de la lejana casa de los Greystoke.

Y mientras ellos se dirigían hacia la finca, ¡qué lamentable destino amenazaba aquel hogar dichoso y apacible!

Atendiendo la llamada que por carta le había dirigido su lugarteniente, Ahmet Zek se acercaba al galope desde el norte. Y con él marchaba la turba de renegados árabes, forajidos merodeadores y la chusma formada por los indígenas más degenerados que el bandido árabe había podido reclutar en las tribus de caníbales salvajes que poblaban los territorios por los que solía

circular impunemente.

Mugambi, el Hércules de ébano que había compartido con su apreciado *bwana* multitud de peligros y vicisitudes, desde la Isla de la Selva hasta casi las fuentes del río Ugambi, fue el primero en advertir la audaz aproximación de la siniestra caravana.

Tarzán le había dejado al frente de los guerreros encargados de velar por la seguridad de lady Greystoke y no hubiera podido encontrarse guardián más valeroso, aguerrido y leal en ningún otro suelo o clima. Gigantesco de estatura, animoso e impávido ante el peligro, el formidable negro poseía también un espíritu y un sentido común acorde con las proporciones de su volumen y de su fiereza.

Ni una sola vez, desde que su señor abandonó la casa, se había alejado Mugambi de la finca hasta perder de vista la casa o no oír lo que en ella pudiera pasar, salvo cuando lady Greystoke decidía dar un paseo por la amplia llanura o aliviar la monótona rutina de su soledad cotidiana emprendiendo una breve expedición de caza. En tales ocasiones, Mugambi montaba su nervioso corcel árabe y se mantenía a la zaga de la montura de la señora.

Los jinetes se encontraban aún a gran distancia cuando los agudos ojos de Mugambi divisaron a la partida. Permaneció un momento observando en silencio el avance de aquella nutrida patrulla y luego dio media vuelta y se dirigió a todo correr hacia las chozas indígenas que se alzaban a unos centenares de metros más abajo de la casa.

Llamó a los ociosos guerreros. Dio una serie de rápidas órdenes. Obedeciéndolas, los indígenas empuñaron sus armas y escudos. Algunos corrieron a avisar a los que trabajaban en los campos de cultivo y a los que cuidaban de los rebaños. La mayoría acompañó a Mugambi en su camino de vuelta hacia la casa.

La nube de polvo que levantaban los jinetes aún se veía muy lejana. Mugambi no estaba seguro de que fueran enemigos, pero toda su vida había transcurrido en el África salvaje y no era la primera vez que *sus* ojos contemplaban la aparición de partidas que, como aquella, se presentaban sin anunciar su llegada. A veces aparecían en son de paz, pero en otras ocasiones llevaban la guerra consigo: uno no podía adivinar de antemano sus intenciones. Era buena medida estar preparado para lo peor. A Mugambi no le gustaba la rapidez con que avanzaban aquellos desconocidos.

La casa de los Greystoke no estaba bien aprestada para la defensa. No tenía una empalizada que la rodease ya que se alzaba en el corazón del territorio de los leales waziris y su dueño no había previsto la posibilidad de sufrir algún ataque por parte de potenciales enemigos. Eso sí, contaba con gruesas persianas de madera que cerraban el hueco de las ventanas contra las flechas hostiles y Mugambi estaba bajándolas cuando lady Greystoke apareció en el porche.

—¿A qué viene eso, Mugambi? —exclamó—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué bajas las persianas?

El índice de Mugambi señaló a través de la planicie, hacia el punto donde se veía ya claramente la fuerza de jinetes con atavío blanco.

—Árabes —explicó—. En ausencia del gran bwana, no creo que vengan para nada bueno.

Al otro lado del bien cuidado césped y de los arbustos de flores, Jane Clayton observó los cuerpos resplandecientes de sus waziris. Los rayos del sol arrancaban fulgores a las puntas metálicas de los venablos, aumentaban la vivacidad de los brillantes colores de las plumas que adornaban sus tocados de guerra y se reflejaban en la lustrosa piel de sus anchos hombros y los acentuados pómulos.

Jane Clayton los contempló con orgullo y afecto. ¿Acaso podía sucederle algo malo estando allí aquellos hombres para protegerla?

Los árabes se habían detenido en la llanura, a unos cien metros de la casa. Mugambi se apresuró a bajar para unirse a sus guerreros. Se adelantó unos pasos y alzó la voz para dirigirse a los desconocidos. Ahmet permaneció sobre la silla, erguido el cuerpo, al frente de sus secuaces.

—¡Árabe! —gritó Mugambi—. ¿Qué te trae aquí?

—Venimos en son de paz —respondió Ahmet Zek—. Entonces dad media vuelta y marchaos en paz —replicó Mugambi—. No os queremos por aquí. La paz entre árabes y waziris es imposible.

Aunque Mugambi no era waziri de nacimiento, la tribu lo había adoptado y en ella no había miembro más celoso de sus tradiciones y de sus gestas que Mugambi.

Ahmet Zek se colocó a un lado de su hueste y habló a los hombres en voz baja. Un momento después, sin previo anuncio, los jinetes dispararon una descarga cerrada sobre las filas de los waziris. Cayeron dos indígenas y los demás se aprestaron a lanzarse a la carga contra los agresores, pero Mugambi era un caudillo tan prudente como valeroso. Comprendió la

inutilidad de atacar a hombres a caballo y armados con mosquetones. Ordenó una retirada estratégica y sus hombres se situaron tras los arbustos del jardín. Envió unos cuantos a determinados puntos estratégicos, alrededor de la casa. A media docena los mandó al interior, con instrucciones precisas para que mantuvieran a la señora a cubierto y la protegieran con sus propias vidas de ser necesario.

Ahmet Zek adoptó la táctica de los luchadores del desierto, su lugar de procedencia. A la cabeza de sus hombres, que formaron una línea larga y delgada, se lanzó al galope y describió un amplio círculo alrededor de la casa, círculo de jinetes que fue estrechando el cerco poco a poco, acercándose a los defensores.

En la zona del círculo más próxima a los waziris, se sucedían ininterrumpidamente las andanadas contra los arbustos tras los que estaban apostados los indígenas. Éstos, por su parte, disparaban sus delgadas flechas sobre el enemigo que tenían más cerca.

Justamente famosos por su habilidad con el arco y las flechas, los waziris no tuvieron motivo para sentirse abochornados, ni mucho menos, por su actuación de aquel día. De vez en cuando, uno de aquellos atezados jinetes alzaba las manos por encima de la cabeza y caía de la silla, atravesado por una mortífera flecha, pero la batalla era demasiado desigual. La superioridad numérica de los árabes iba a resultar decisiva, sus proyectiles atravesaban los arbustos y acertaban en dianas invisibles para los fusileros árabes. Por último, Ahmet Zek trazó al galope un círculo a ochocientos metros por el norte de la casa, derribó un sector de la cerca y condujo a sus facinerosos al recinto que ocupaban los huertos y jardines de la finca.

Desencadenaron una furiosa carga, a galope tendido. Ni siquiera se detuvieron ante las vallas, sino que lanzaron a sus monturas a través de ellas, destrozándolas y franqueando todos los obstáculos como gaviotas.

Mugambi los vio llegar y ordenó a los guerreros que quedaban con vida que se replegasen a la casa, último bastión de resistencia. Lady Greystoke estaba en el porche, con un rifle en la mano. Más de uno de aquellos asaltantes había acabado su carrera criminal merced a los templados nervios y a la certera puntería de la dama; más de un corcel galopaba sin jinete en la estela de la horda lanzada al ataque.

Mugambi hizo entrar a su señora a la seguridad que podía brindar el interior de la casa y, con sus diezmados efectivos, se aprestó a montar el

último foco de resistencia, la última posición defensiva.

Los árabes se precipitaron veloces, gritando como posesos y agitando sus espingardas por encima de la cabeza. Al pasar al galope por delante del porche descargaron un diluvio de mortíferas balas sobre los waziris que, rodilla en tierra, correspondieron con una nube de flechas, lanzadas desde detrás de sus escudos de forma oval, escudos seguramente apropiados para detener una flecha o desviar un venablo enemigo, pero que no servían de nada ante los proyectiles de plomo de los fusileros.

Por debajo de las persianas a medio levantar de la casa, otros arqueros realizaban su misión bélica con más efectividad y menos riesgo y, tras aquel primer asalto, Mugambi congregó todas sus fuerzas dentro del inmueble.

Una y otra vez lanzaron los árabes sus asaltos hasta que, por último, optaron por situar la pequeña fortaleza, formando un círculo estacionado alrededor de la casa, fuera del alcance de las flechas de los defensores. Se dedicaron a disparar a discreción contra las ventanas desde sus nuevas posiciones. Los waziris fueron cayendo uno tras otro. Cada vez era menor el número de flechas que respondían al fuego de las armas de los atacantes. Al final, Ahmet Zek consideró que podía ordenar el asalto definitivo con la certeza absoluta de alcanzar el éxito.

La horda sedienta de sangre galopó hacia el porche, al tiempo que disparaba sus armas. Una docena de jinetes cayeron bajo las flechas de los defensores, pero la mayoría alcanzó la puerta de la casa. Pesadas culatas de espingarda se abatieron violentamente sobre ella. El chasquido de la madera al astillarse se mezcló con la detonación de un rifle, cuando Jane Clayton disparó a través de los paneles contra aquel enemigo despiadado.

Cayeron hombres a ambos lados de la puerta, pero la frágil barrera acabó por ceder bajo los frenéticos ataques de los endemoniados agresores. Se derrumbó hacia dentro y una docena de asesinos tostados por el sol irrumpieron en el cuarto. Jane Clayton se erguía en el fondo de la sala, rodeada por los restantes miembros de su fiel guardia. Cubrían el suelo los cadáveres de quienes ya habían entregado su vida en defensa de la dama. Delante de aquella reducidísima fuerza protectora estaba el gigantesco Mugambi. Los árabes se echaron el arma a la cara para disparar la descarga que acabaría de manera concluyente con toda resistencia, pero Ahmet rugió una orden que inmovilizó todos los dedos un segundo antes de que apretaran el gatillo.

—¡No disparéis contra la mujer! —gritó—. ¡Responderá con su vida el que le haga el menor daño! ¡Cogedla viva!

Los árabes se precipitaron a través de la habitación. Los waziris les hicieron frente con sus venablos. Centellearon las espadas y pistolas de largo cañón pronunciaron lúgubres sentencias de muerte. Mugambi hundió su venablo con tal ímpetu en el cuerpo del árabe que tenía más cerca que lo atravesó de parte a parte, después arrebató de la mano la pistola que empuñaba otro, la cogió por el cañón y descargó con todas sus fuerzas un culatazo sobre la cabeza de un asaltante que trataba de abrirse camino hasta lady Greystoke.

Imitando su ejemplo, los escasos guerreros supervivientes lucharon como diablos, pero fueron cayendo uno por uno, hasta que sólo quedó Mugambi para defender el honor y la vida de la compañera del hombre-mono.

Desde el otro lado del cuarto, Ahmet Zek contemplaba el desigual combate y apremiaba a sus secuaces. Empuñaba un mosquetón con incrustaciones de joyas. Lo levantó, muy despacio, se lo echó a la cara y aguardó a que Mugambi se desplazara hasta un punto en que lo tuviera a su merced, sin que la vida de la mujer o la de alguno de los esbirros del árabe corriese peligro.

Se produjo finalmente la circunstancia que aguardaba y Ahmet apretó el gatillo. Sin exhalar un gemido, Mugambi se desplomó sobre el piso, a los pies de Jane Clayton.

Rodearon y desarmaron a lady Greystoke en cuestión de segundos. Sin pronunciar palabra, la arrastraron fuera de la casa. Un negro gigantesco la levantó en peso y la colocó encima de la silla de su caballo y, mientras los malhechores se dedicaban al pillaje en la casa y los edificios auxiliares, el negro se llevó el rehén hasta el otro lado del portillo de la cerca y aguardó la llegada de su jefe.

Jane Clayton vio a los asaltantes apoderarse de los caballos del corral y sacar las reses de los campos. Los vio saquear su hogar y despojarla de todo lo que, a los ojos de los árabes, tenía algún valor. Los vio aplicar la antorcha y vio elevarse las llamas que empezaban a lamer el resto.

Y finalmente, cuando los forajidos se reagruparon, tras haber saciado su furor y su codicia, y se alejaron con Jane Clayton hacia el norte, la mujer vio elevarse hacia el cielo las llamas y el humo, hasta que una curva del camino, que se adentraba en la espesa selva, ocultó a sus ojos aquel cuadro

aciago.

Mientras las llamas se abrían paso hacia el interior de la estancia y sus lenguas se bifurcaban para lamer los cadáveres, el cuerpo de uno de los miembros de aquel espantoso conjunto, cuyas contorsiones sangrientas se habían interrumpido hacía bastante rato, empezó a removerse. Era un negro de enormes proporciones, que dio media vuelta, se puso de costado y abrió unos ojos dolientes y sanguinolentos. Los árabes lo habían dado por muerto, pero Mugambi aún vivía. Las llamas casi habían llegado hasta él cuando logró ponerse a gatas, penosa, laboriosamente, y empezó a desplazarse poco a poco hacia el umbral de la puerta.

La debilidad le hizo caer contra el suelo en varias ocasiones, pero una y otra vez consiguió incorporarse y reanudar su lastimoso avance rumbo a la salvación. Al cabo de lo que pareció una eternidad, durante la cual el fuego convirtió el fondo de la estancia en un auténtico horno, el gigantesco negro se las arregló para salir al porche, rodar por los peldaños de la escalinata que descendía hasta el jardín y arrastrarse hasta la relativa frescura de unos arbustos próximos.

Allí permaneció toda la noche, a ratos inconsciente y a ratos con los sentidos dolorosamente despiertos. Y durante uno de estos últimos períodos contempló lleno de salvaje odio el espectáculo de las llamas que aún se elevaban mientras consumían las cuadras y los almiares. Rugió un león que merodeaba por los alrededores, pero el miedo era algo ajeno al ánimo del gigantesco negro. Y en su exaltado cerebro no había sitio más que para una sola idea: ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Venganza!

CAPÍTULO VII

LAS JOYAS DE OPAR

TARZÁN permaneció algún tiempo tendido sobre el piso de la cámara del tesoro, bajo los derruidos muros de Opar. Yacía allí como muerto, pero estaba vivo. Al cabo de un rato, empezó a moverse. Abrió los ojos a la negrura total de la estancia. Se llevó una mano a la cabeza y la retiró al notar la viscosidad de la sangre coagulada. Se olfateó los dedos como una fiera de la selva podría olerse la sangre de una pata herida.

Se incorporó despacio, hasta sentarse, y aguzó el oído. Ni el más leve rumor llegaba de las soterradas profundidades de su sepulcro. Se puso en pie y avanzó a tientas, con paso vacilante, por entre los rimeros de lingotes. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? Le dolía la cabeza, pero esa era la única consecuencia perniciosa ocasionada por el golpe que lo había derribado. No se acordaba del accidente, ni tampoco de nada relativo a lo que le había conducido a tal contingencia.

Dejó que las manos tantearan otras partes de su cuerpo, que en aquel instante le resultaban extrañas: las piernas, el tórax, la cabeza. Tocó el carcaj colgado del hombro, el cuchillo de monte sujeto al taparrabos. Algo porfiaba por salir a la superficie de la memoria, desde el fondo del cerebro. ¡Ah, sí! Le faltaba algo. Echó cuerpo a tierra y tanteó el suelo con las manos, en busca del objeto que instintivamente había echado de menos. Por último, dio con él: era el pesado venablo de guerra que en los últimos años había desempeñado tan importante papel en su vida cotidiana, hasta el punto de que casi formaba parte integrante de su existencia, tan inseparablemente unido había estado a todos sus actos, desde aquel lejano día en que arrancó su primera lanza del cuerpo de un negro durante su formación en la vida selvática.

Tarzán tuvo la certeza de que existía otro mundo más sugestivo que aquel en que se veía recluido: la oscuridad absoluta entre las cuatro paredes de piedra que le confinaban. Continuó la búsqueda y encontró por último la

puerta que llevaba al interior, por debajo de la ciudad y del templo. Franqueó aquel umbral, despreocupadamente. Llegó a los peldaños de piedra que llevaban al nivel superior. Subió por ellos y continuó hacia el punto donde se abría el pozo.

Nada espoleó su damnificada memoria, en aquel sitio no parecía haber por parte alguna nada que le resultase familiar. Avanzó a través de la oscuridad, dando tumbos como si atravesara una planicie de terreno bajo los efectos abrasadores del sol del mediodía. De pronto, le sucedió lo que no podía por menos que sucederle dadas las circunstancias de su imprudente avance.

Llegó al borde del pozo, dio un paso más, encontró el vacío y cayó a plomo hacia las negruras de tinta que reinaban abajo. Aún apretaba con fuerza el venablo cuando llegó al agua, atravesó la superficie y se hundió hasta tocar el fondo.

No sufrió el menor daño durante la caída y cuando emergió y asomó la cabeza por encima del nivel del liquido, sacudió la cabeza para quitarse el agua de los ojos. Descubrió entonces que podía ver. Por un orificio abierto encima de su cabeza, la luz del día se filtraba hasta el pozo, iluminaba tenuemente las paredes de éste. Tarzán miró en torno. Casi al nivel del agua vio una gran brecha abierta en la oscura y mucilaginosa pared. Nadó hacia la abertura y salió a la húmeda superficie del suelo de un túnel.

Echó a andar por él, pero ahora ya con más precauciones, porque Tarzán de los Monos estaba aprendiendo. La inesperada caída en el pozo le había enseñado que la cautela era conveniente cuando uno marcha por pasadizos oscuros… No le hacía falta recibir la segunda lección.

El corredor subterráneo se prolongaba en un largo trecho recto como una flecha. El suelo era resbaladizo, como si alguna que otra vez las aguas del pozo rebosaran el nivel del piso y lo inundaran temporalmente. Eso, el suelo deslizante, retrasaba el ritmo de marcha de Tarzán, porque le costaba trabajo mantener el equilibrio.

El pie de la escalera ponía fin al pasadizo. Subió por ella. La escalera daba vueltas y más vueltas y desembocaba, al final, en una cámara circular cuya penumbra aliviaba la tenue luz que llegaba a través de un hueco alargado y tubular, de varios palmos de diámetro, que se elevaba hasta el centro del techo, a unos treinta metros de altura, donde lo remataba una especie de rejilla de piedra a través de la cual el hombre-mono pudo ver un cielo azul, animado por la luz del sol.

La curiosidad apremió a Tarzán a examinar lo que tenía a su alrededor. Varios cofres con cercos metálicos y tachones de cobre constituían el único mobiliario de aquella habitación circular. John Clayton deslizó las manos por la superficie de los cofres. Tanteó las cabezas de los clavos de cobre que la tachonaban, probó la resistencia de las bisagras y al cabo de un momento, por casualidad, levantó la tapa de uno de aquellos arcones.

Una exclamación de alborozado placer brotó de sus labios al contemplar el precioso contenido. A la escasa claridad de la cámara, una enorme bandeja de piedras preciosas, fúlgidas y rutilantes, apareció a la vista de Tarzán. Lanzado de vuelta al estado primitivo a causa del accidente, el hombre-mono no tenía idea de lo que valía aquella fabulosa fortuna en joyas. Para él no eran más que piedras. Bonitas, pero piedras. Hundió las manos en ellas y dejó que las gemas de aquel conjunto de valor incalculable se deslizaran entre sus dedos. Se acercó a los otros cofres y comprobó que cada uno de ellos contenía joyas. Casi todas las piedras preciosas estaban talladas y de éstas cogió Tarzán un puñado y llenó la bolsa que llevaba colgada a la cintura, las que estaban sin tallar las devolvió al cofre del que las había sacado.

Involuntariamente, el hombre-mono había ido a parar a la olvidada cámara de las joyas de Opar. Un tesoro que llevaba siglos sepultado bajo el templo del Dios Flamígero, en medio de uno de los múltiples y lóbregos pasadizos que los supersticiosos descendientes de los antiguos adoradores del Sol no se habían atrevido a explorar. O les tuvo sin cuidado hacerlo.

Al cabo de un momento, Tarzán se cansó de aquel entretenimiento y reanudó su camino por el empinado corredor que ascendía desde la cámara de las joyas. Era un pasadizo con muchas vueltas y revueltas, que se acercaba cada vez más a la superficie, para concluir en una sala de techo bajo y algo mejor iluminada que las que había encontrado hasta entonces.

Vio que por encima de su cabeza, en el extremo superior de una escalera de cemento, había una abertura que revelaba una escena iluminada por la brillantez del sol. Con cierta sorpresa, Tarzán vio unas columnas sobre las que se entrelazaban las enredaderas. Enarcó las cejas en un intento de recordar algún cuadro semejante. No estaba seguro de sí mismo. En el cerebro parecía haberse aposentado la torturante obsesión de que se le escapaba algo…, de que debía saber muchas cosas que en aquel momento ignoraba.

Un rugido ensordecedor que llegó a través de la abertura superior

interrumpió bruscamente su profundo esfuerzo mental. Una barahúnda de gritos y chillidos, masculinos y femeninos, siguió inmediatamente al rugido. Tarzán empuñó con más firmeza el venablo y se precipitó escalera arriba. Al emerger de la penumbra del sótano a la rutilante luminosidad del templo, un insólito espectáculo apareció ante los ojos del hombre-mono.

Reconoció a las criaturas que tenía delante, eran hombres, mujeres… y un enorme león. Los hombres y mujeres trataban de ponerse a salvo huyendo hacia la seguridad que ofrecían las puertas de salida. El león había echado ya las garras a uno de aquellos seres, que no tuvo tanta suerte como los demás. El felino se erguía en el centro del templo. Delante mismo de Tarzán, una mujer permanecía inmóvil junto a un bloque de piedra. Encima de dicho bloque de piedra se encontraba tendido un hombre y, al contemplar Tarzán la escena, vio que el león miraba con ojos llameantes a las dos personas que aún quedaban dentro del templo. De la feroz garganta surgió otro rugido atronador y la mujer emitió un chillido de pánico y cayó desmayada sobre el yacente cuerpo del hombre tendido encima del altar de piedra.

El león avanzó unos pasos y se agazapó. La punta de su sinuosa cola se agitó nerviosamente en el aire. Estaba a punto de desencadenar el ataque, cuando sus ojos repararon en el hombre-mono.

Inerme y desvalido sobre el altar, Werper vio cómo el colosal carnívoro se preparaba para saltar sobre él. Observó de pronto que la fiera cambiaba súbitamente de expresión al dirigir sus ojos hacía un punto situado al otro lado del altar, fuera del campo visual del belga. El impresionante felino se levantó sobre sus cuatro patas. Una figura pasó velozmente junto a Werper. Éste vio alzarse un brazo poderoso y un venablo que salia disparado, surcaba el aire hacia el león y se hundía en el amplio pecho del carnívoro.

El belga vio entonces al león dar dentelladas y zarpazos al astil del venablo y luego vio también, maravilla de las maravillas, al gigante desnudo que había arrojado la lanza que, sin más arma que un cuchillo de larga hoja, se abalanzaba sobre la enorme fiera, al encuentro de aquellos feroces colmillos y garras.

El león retrocedió, rampante, para hacer frente al nuevo enemigo. La fiera gruñía de un modo escalofriante y, luego, por encima de los sobresaltados oídos del belga, de los labios de aquel hombre desnudo brotó un gruñido tan salvaje como el del león.

Mediante un quiebro lateral, Tarzán esquivó el primer zarpazo del león.

En dos zancadas se situó al lado de Numa y saltó sobre su rojizo lomo. Sus brazos se ciñeron alrededor del cuello de la bestia, por debajo de la melena, mientras clavaba profundamente los dientes en la carne. Rugiendo, encabritándose, girando y bregando, el formidable felino intentó por todos los medios zafarse de aquel empecinado y temible enemigo, el cual hundía simultáneamente, una y otra vez, un largo cuchillo en el costado de la fiera.

Durante la pelea, La recuperó el conocimiento. Fascinada, inmóvil, continuó de pie junto a su víctima, incapaz de apartar los ojos de aquel salvaje espectáculo. Parecía increíble que un ser humano pudiera vencer al rey de los animales en una lucha cuerpo a cuerpo y, sin embargo, contemplaba con sus propios ojos que aquello tan inverosímil se convertía en realidad.

El acero de Tarzán encontró finalmente el corazón de Numa y, tras la vibración estremecida de un último espasmo, el león rodó sin vida sobre el piso de mármol. El vencedor del combate se levantó de un salto, puso un pie encima del cadáver del vencido, levantó el rostro hacia el cielo y su voz disparó al aire un alarido tan espeluznante que La y Werper sufrieron un escalofrío mientras oían sus ecos resonando en el ámbito del templo.

El hombre-mono se volvió entonces y Werper reconoció en él al hombre al que había dado por muerto en la cámara del tesoro.

CAPÍTULO VIII

HUIDA DE OPAR

WERPER no salía de su asombro. ¿Era posible que aquel hombre y el distinguido inglés que tan amable y rumbosamente le había hospedado en su magnífica residencia africana fuesen la misma persona? Aquella fiera salvaje que tenía delante, de ojos que despedían fuego y rostro cubierto de sangre, ¿podía ser al mismo tiempo un hombre? Aquel horrible grito de victoria que acababa de escuchar, ¿podía haberse gestado en una garganta humana?

Tarzán observaba al hombre y a la mujer con expresión de desconcierto en los ojos, pero sin manifestar el más leve indicio de reconocerlos. Era como si acabase de descubrir unas nuevas especies de animales vivientes y tal hallazgo le maravillara.

La, a su vez, examinaba las facciones del hombre-mono. Despacio, los grandes ojos de la suma sacerdotisa empezaron a desorbitarse.

—¡Tarzán! —exclamó. Luego, en la lengua vernácula de los grandes simios, que a causa de la continua relación con los antropoides se había convertido en idioma común de los habitantes de Opar, articuló—: ¡Has vuelto a mí! La ha incumplido los preceptos de su religión y ha esperado, ha esperado siempre a Tarzán… ¡a su Tarzán! La no tomó compañero, porque en todo el mundo no hay más que un hombre con el que La pueda unirse. ¡Y has vuelto! ¡Dime, oh, Tarzán, que has vuelto por mí!

Werper oía aquella jerga ininteligible, mientras su mirada iba de La a Tarzán. ¿Entendería éste aquel extraño lenguaje? Ante la sorpresa del belga, el inglés respondió en una jerga evidentemente idéntica a la de la mujer.

—Tarzán —murmuró el hombre-mono, en tono meditativo—. Tarzán. Ese nombre me suena…

—Es tu nombre… Tú eres Tarzán —exclamó La—. ¿Yo soy Tarzán? —el gigante se encogió de hombros—.

Bueno, es un nombre que no está mal… No sé de otro, así que lo conservaré. Pero a ti no te conozco. No he venido aquí por ti. Aunque tampoco sé por qué ni de dónde he venido. ¿Acaso puedes decírmelo tú? La denegó con la cabeza.

—Nunca supe quién eres ni de dónde procedes.

Tarzán miró a Werper y le formuló la misma pregunta, pero en el lenguaje de los grandes monos. El belga sacudió la cabeza.

—No entiendo esa lengua —manifestó en francés.

Sin el menor esfuerzo y al parecer sin darse cuenta de que cambiaba de idioma, Tarzán repitió la pregunta en francés. Werper comprendió repentinamente y en toda su magnitud la importancia de la herida de la que Tarzán había sido víctima. El hombre había perdido la memoria… No recordaba los acontecimientos del pasado. El belga se disponía a ponerle al corriente cuando se le ocurrió de pronto que mantener a Tarzán en la ignorancia, de momento al menos, de su verdadera identidad podía convertir la desgracia del hombre-mono en un cúmulo de rentables ventajas para él.

—No puedo decirte de dónde vienes —declaró—, pero sí me es posible aclararte una cosa: si no salimos en seguida de este espantoso lugar, acabaremos sacrificados en la sangrienta ara que tienes aquí. Esa mujer iba a hundirme su cuchillo en el corazón cuando llegó el león e interrumpió el demoníaco rito. ¡Vamos! Abandonemos este maldito templo antes de que se recuperen del susto y vuelvan.

Tarzán miró a La. Le preguntó:

—¿Por qué ibais a matar a este hombre? ¿Es que tenéis hambre?

La suma sacerdotisa protestó con indignada repugnancia.

—¿Intentó matarte? —insistió Tarzán.

La mujer meneó la cabeza negativamente.

—¿Entonces por qué queríais matarle?

Tarzán parecía decidido a llegar al fondo del asunto. La levantó su esbelto brazo y su dedo índice señaló el sol.

—Su alma era un don que ofrendábamos al Dios Flamígero —explicó.

Tarzán puso cara de desconcierto absoluto. Había retrocedido a la condición de simio y los simios no entienden conceptos tales como «alma» y «Dios Flamígero».

—¿Quieres morir? —le preguntó a Werper.

El belga le aseguró, con los ojos llenos de lágrimas, que no tenía el

menor deseo de perder la vida.

—Pues entonces no morirás decretó Tarzán. —¡Vamos! Nos marcharemos. Esta hembra querría matarte y retenerme a mí para sí. Y este no es sitio, ni mucho menos, para un mangan. Encerrado dentro de estos muros de piedra, no tardaría en morirme.

Se encaró con La.

—Nos vamos —le anunció.

La mujer se precipitó hacia adelante y cogió entre las suyas las manos de Tarzán.

—¡No me dejes! —suplicó—. ¡Quédate y serás sumo sacerdote! La te adora. ¡Todo Opar será tuyo! ¡Tendrás esclavos siempre pendientes de tus deseos! ¡Quédate, Tarzán de los Monos y recibe la recompensa del amor!

El hombre-mono apartó a la sacerdotisa, arrodillada ante él.

—Tarzán no te desea —dijo, sencillamente.

Se acercó al belga, cortó las ligaduras que lo sujetaban y le indicó que le siguiera.

Contraído el rostro por la furia, jadeante y convulsa, La se puso en pie de un salto.

—¡Te quedarás! vociferó. —Serás de La… ¡Si La no puede tenerte vivo, te tendrá muerto!

Levantó el rostro hacia el sol y lanzó al aire el mismo espantoso ululato que Werper había oído ya una vez y Tarzán en varias ocasiones.

En respuesta a su grito, una babel de voces surgió de las cámaras y pasillos circundantes.

—¡Acudid, sacerdotes custodios! —conminó La—. ¡Los infieles han profanado nuestro santuario más sacrosanto! ¡Acudid! ¡Inundad de terror sus corazones! ¡Defended a La y su altar! ¡Purificad el templo con la sangre de los profanadores!

Tarzán entendió lo que decía, aunque Werper se quedó *in albis*. El hombre-mono miró al belga y comprobó que estaba desarmado. En dos zancadas, Tarzán se llegó a la sacerdotisa, la rodeó con sus robustos brazos, y aunque La se resistió con toda la demencial furia de un demonio, le arrebató el cuchillo de los sacrificios y se lo entregó a Werper.

—Te hará falta —dijo.

Por cada una de las puertas irrumpía una horda de aquellos monstruosos hombrecillos de Opar.

Enarbolaban cuchillos y cachiporras y llegaban fortalecidos por el

frenesí de un odio fanático. Werper estaba aterrado. Tarzán observó con orgulloso desdén a aquella chusma enemiga. Se dirigió lentamente hacia la puerta que había decidido utilizar para salir del templo. Un robusto sacerdote le cortó el paso. Le respaldaban una veintena de cofrades. Tarzán blandió su venablo a guisa de maza y descargó un golpe demoledor contra el cráneo del sacerdote. El hombre se desplomó, con la cabeza aplastada.

El arma de Tarzán se abatió una y otra vez, mientras el hombre-mono se iba abriendo paso poco a poco hacía la salida. Werper le seguía, pisándole los talones y lanzando temerosas ojeadas a la turba vociferante que se agitaba amenazadora a su espalda. Empuñaba el puñal de los sacrificios, listo para clavarlo en el cuerpo de quien se le pusiera a tiro, pero nadie se acercó lo bastante. Le asombró durante cierto espacio de tiempo el que plantasen batalla de modo tan valeroso al gigantesco hombre-mono y, en cambio, vacilasen a la hora de atacarle a él, relativamente débil. De haber actuado así aquellos individuos, Werper sabía que hubiese caído a las primeras de cambio. Tarzán había llegado al umbral de la puerta de salida, pasando por encima de los cadáveres de cuantos se atrevieron a intentar cortarle el paso, antes de que Werper comprendiese el motivo de la inmunidad que le protegía a él, al belga: ¡los sacerdotes temían al cuchillo de los sacrificios! Hubieran afrontado y aceptado la muerte en defensa de la suma sacerdotisa y del ara sacrosanta, pero evidentemente había formas y formas de morir. No cabía duda de que alguna especie de extraña superstición envolvía a aquella bruñida hoja, ya que ningún sacerdote estaba dispuesto a correr el riesgo de morir a causa de sus cuchilladas y, en cambio, se lanzaban con voluntarioso entusiasmo a la muerte que el centelleante venablo del hombre-mono prodigaba sobre ellos.

Una vez fuera del recinto del templo, Werper transmitió su descubrimiento a Tarzán. El hombre-mono sonrió y dejó que el belga marchara delante de él y blandiera a discreción el sagrado cuchillo incrustado de joyas. Como hojas de árbol impulsadas por un ciclón, los oparianos se dispersaban en todas direcciones, de modo que Tarzán y el belga pudieron abrirse paso fácilmente por los corredores y cámaras del antiguo templo.

Werper puso unos ojos como platos cuando atravesaron la sala de los siete pilares de oro macizo. Observó con mal disimulada avaricia las viejas láminas de oro insertadas en las paredes de prácticamente todas las habitaciones y los laterales de muchos pasillos. Pero toda aquella riqueza

no parecía significar nada para el hombre-mono.

El azar guió a ambos hombres hacia la amplia avenida extendida entre los augustos pilares de los edificios semiderruidos y la muralla interior de la ciudad. Empezaron a burlarse de ellos y a amenazarlos unas cuadrillas de grandes monos que pululaban por allí, pero Tarzán les pagó con la misma moneda, devolviéndoles pulla por pulla, insulto por insulto, desafío por desafío.

Werper vio que un imponente mono macho descendía de lo alto de una quebrantada columna y se encaminaba, rígidas las extremidades inferiores y erizado el pelo, hacia el gigante desnudo. Enseñaba los amarillentos colmillos y a través de sus gruesos y colgantes labios se escapaban gruñidos coléricos y retumbantes ladridos amenazadores.

El belga miró a su compañero. Con ojos horrorizados le vio agacharse hasta que los nudillos de sus manos cerradas tocaron el suelo, exactamente igual que hacían aquellos antropoides. Le vio circular, envaradas las piernas, siguiendo los movimientos del rival. Expresados por la garganta del ser humano, oyó los mismos ladridos y gruñidos bestiales que brotaban de los labios del simio. De tener cerrados los ojos, Werper no hubiese tenido la menor duda de que quienes se aprestaban a pelear eran dos monos gigantescos.

Pero no hubo combate. El enfrentamiento acabó como suelen terminar en la selva la mayoría de tales encuentros: uno de los jactanciosos retadores pierde las agallas y se le despierta de pronto un enorme interés por una hoja que revolotea, un escarabajo que pasa por allí o un piojo que le está haciendo cosquillas en el peludo estómago.

En esa ocasión fue el antropoide el que se retiró con estirada dignidad, para echarle un vistazo a una desdichada oruga, a la que acto seguido agarró y se echó al coleto. Durante unos segundos, Tarzán pareció inclinado a continuar la disputa. Se contoneó con aire truculento, sacó pecho, rugió y se acercó al mono macho. A Werper le costó bastante trabajo convencerle para que dejara correr el asunto y reanudaran la marcha hasta salir de la antigua ciudad de los adoradores del Sol.

Tardaron cerca de una hora en encontrar la angosta grieta abierta en la muralla interior. Un sendero bien marcado les condujo desde allí hasta la otra parte de las fortificaciones exteriores, donde empezaba el desolado valle de Opar.

Werper estaba poco menos que seguro de que Tarzán no tenía idea de

dónde se encontraba ni de dónde procedía. Iba de un lado para otro, sin rumbo, a la búsqueda de algo que comer… Y lo encontraba debajo de las piedras o escondido al pie de los escasos arbustos y matorrales que salpicaban el terreno.

Al belga le horrorizó aquel repugnante menú de su compañero. Con aparente delicia, Tarzán engullía escarabajos, roedores y orugas. Verdaderamente volvía a ser un mono.

Por último, el belga logró conducir a su compañero hacia las lejanas colinas que marcaban el limite noroccidental del valle y ambos emprendieron el regreso en dirección a la casa de los Greystoke.

Resulta difícil conjeturar el objetivo que indujo al belga a llevar a la víctima de su traición y codicia hacia el propio hogar del inglés, a menos que pensara que, sin Tarzán en la finca, no habría posibilidad alguna de obtener un rescate por la esposa de lord Greystoke.

Acamparon aquella noche en el valle sito al otro lado de las colinas, y mientras permanecían sentados ante la fogata en la que se asaba el jabalí que Tarzán había cazado con una de sus flechas, el hombre-mono daba la impresión de estar sumido en profundas meditaciones. Parecía estar intentando captar alguna imagen mental que continua y repetidamente se le escapaba.

Por último, abrió la bolsa de cuero que llevaba colgada a la cintura y vertió en la palma de la mano unas cuantas de aquellas rutilantes piedras. Al caer sobre ellas, el resplandor de las llamas arrancó a las gemas infinidad de centelleos, que el belga contempló con ojos desorbitados por una embelesada fascinación. La expresión que apareció en el semblante de Werper indicó que por fin había comprendido que existía un propósito tangible en la intuitiva idea de seguir cultivando la relación con el hombre-mono.

CAPÍTULO IX

EL ROBO DE LAS JOYAS

WERPER se pasó dos días buscando a la partida que le había acompañado desde el campamento hasta la barrera que formaban las escarpaduras. Hasta bien entrada la tarde de la segunda jornada no dio con el rastro que le condujo a su paradero y, cuando llegó a él, el cuadro que apareció ante sus ojos fue tan espeluznante que lo dejó totalmente desmoralizado.

En un claro de la selva tropezó con los cadáveres de tres negros, terriblemente mutilados. Y no se necesitaba demasiada capacidad deductiva para explicarse tal carnicería. De todos los miembros de la reducida patrulla, sólo aquellos tres indígenas no eran esclavos. Resultaba evidente que, tentados por la esperanza de liberarse de su cruel amo árabe, los demás aprovecharon la ventajosa circunstancia de verse separados de la hueste principal para matar a los tres representantes del odiado poder que los mantenía en la esclavitud y desvanecerse en el interior de la jungla.

Un sudor frío perló la frente de Werper mientras contemplaba la funesta suerte de la que el destino le había permitido escapar, porque de haberse encontrado allí en el momento en que los conspiradores llevaron a la práctica su conjura, él también hubiera sido uno de los sacrificados.

Tarzán no manifestó la más ligera sorpresa ni el más leve interés por el descubrimiento. La familiaridad con la muerte violenta era algo inherente en él. La fuerza del lamentable infortunio que acababa de golpearle había eliminado los refinamientos que la reciente etapa de civilización imprimió en su persona, en la que sólo dejó la primitiva sensibilidad que su formación durante la infancia y juventud imprimió de manera indeleble en su tejido cerebral.

La educación que le dio Kala, los preceptos y ejemplos de Kerchak, de Tublat y de *Terkoz* constituían ahora la base de todos sus pensamientos y actos. Conservaba, eso sí, un dominio mecánico del francés y del inglés

hablados. Werper se había dirigido a él en el primero de esos idiomas y Tarzán le contestó en la misma lengua sin tener conciencia de que se había apartado del lenguaje de los antropoides en que habló con La. De haber utilizado Werper el inglés, la reacción y el resultado habrían sido los mismos.

Aquella noche, mientras los dos hombres estaban sentados ante la fogata, Tarzán volvió a juguetear con sus piedras brillantes. Werper le preguntó qué eran y dónde las había encontrado. El hombre-mono le contestó que eran piedras de colorines alegres, que tenía intención de hacerse con ellas un collar y que las había encontrado en las profundidades de Opar, debajo del patio de los sacrificios del templo del Dios Flamígero.

A Werper le produjo no poco alivio comprobar que Tarzán no tenía la más remota idea del valor de aquellas gemas. Así le resultaría mucho más sencillo entrar en posesión de ellas. Era posible, incluso, que el hombre-mono se las entregara si se las pidiese. El belga alargó la mano hacia el montoncito de piedras preciosas que Tarzán había dispuesto encima de la superficie plana de un trozo de madera colocado frente a él.

—Déjame verlas —dijo Werper.

Tarzán extendió la palma de la mano sobre su tesoro. Enseñó los dientes con gesto belicoso y emitió un gruñido. Werper retiró su mano con bastante mayor rapidez de la que había empleado al adelantarla. Tarzán reanudó su jugueteo con las joyas y la conversación con el belga como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Lo único que hizo fue mostrar el celoso instinto del animal que protege lo que considera que le pertenece. Cuando cazaba alguna pieza, compartía su carne con Werper, pero si éste, por un azar, hubiese tratado de echar mano a la porción correspondiente a Tarzán, al hombre-mono le habría faltado tiempo para emitir el mismo feroz y resentido gruñido de advertencia.

Aquel incidente hizo que en el pecho del belga naciese un gran temor hacia su salvaje compañero. Werper no llegaba a comprender la transformación que había experimentado Tarzán como consecuencia del golpe que recibió en la cabeza, aparte de atribuirla a alguna especie de amnesia. Ignoraba el antiguo teniente belga que Tarzán había sido realmente una fiera de la selva y, al desconocer tal circunstancia, no le era posible suponer que había sufrido una regresión, volviendo al estado en el que transcurrieron su infancia, juventud y el principio de su edad viril.

Werper consideraba ya al inglés un maníaco peligroso, al que cualquier

desdichado incidente podía convertir en enemigo dispuesto a la dentellada. Ni por un segundo pasó por la cabeza del belga la ilusión de que podría defenderse con éxito de un posible ataque del hombre-mono. Su única esperanza residía en eludirlo y en avanzar rumbo al lejano campamento de Ahmet Zek, para llegar a él cuanto antes. Pero contando como única arma con aquella daga de los sacrificios, a Werper se le ponía la carne de gallina sólo con pensar en la perspectiva de aquel viaje a través de la selva. Tarzán constituía un elemento de defensa nada despreciable, incluso frente a los carnívoros de mayor tamaño, como Werper había podido comprobar al ser testigo de la demostración que hizo en el templo opariano.

Por otra parte, en lo más profundo de su ambicioso espíritu, el belga tenía clavada la obsesión de apoderarse de la bolsa de piedras preciosas del hombre-mono, por lo que su alma se debatía, desgarrada, entre la avaricia y el miedo. Pero era el fuego de la avaricia el que crepitaba con más intensidad en su pecho, hasta el punto de que prefería arrostrar el peligro y sufrir el terror de la constante proximidad de aquel hombre, al que consideraba loco, a abandonar la esperanza de entrar en posesión de la fortuna que representaba el contenido de aquella bolsa.

Ahmet Zek no debería enterarse de aquel asunto: las joyas serían exclusivamente para Werper, y en cuanto se apoderase de ellas, no perdería un segundo en dirigirse a la costa y adquirir un pasaje para América, donde bajo la capa de una nueva identidad disfrutaría en la medida que fuera posible del producto de su robo. El teniente Alfred Werper lo tenía todo planeado y disfrutaba por anticipado de la existencia de lujo y placer, propia de rico ocioso, que le esperaba. Incluso se sorprendió a sí mismo lamentando que Estados Unidos fuese un país tan provinciano y que en el Nuevo Mundo no hubiese una sola ciudad comparable a su amada Bruselas.

Al tercer día, a partir del de su huida de Opar, los agudos oídos de Tarzán captaron ruido de hombres tras ellos. A Werper le era imposible percibir otra cosa que el zumbido de los insectos, el parloteo de los micos y los chillidos de las aves.

Durante un momento, Tarzán permaneció en silencio, inmóvil como una estatua, dilatadas las fosas nasales para aspirar los olores que llevara la brisa. Luego obligó a Werper a ocultarse detrás de unos matorrales y esperó. Instantes después, apareció en la senda de caza un lustroso guerrero negro, alerta y vigilante.

Tras él, en fila india, desfilaron, uno tras otro, cerca de cincuenta más, cada uno de los cuales llevaba cargados al hombro dos lingotes de color amarillo mate. Werper reconoció inmediatamente en ellos a los integrantes de la partida que había acompañado a Tarzán en su expedición a Opar. Lanzó una ojeada al hombre-mono, pero en los atentos ojos del salvaje no vislumbró el menor indicio de que hubiera reconocido a Basuli y al resto de sus leales waziris.

Cuando todos hubieron pasado, Tarzán se puso en pie y salió del escondite. Se quedó mirando el sendero en la dirección por la que se habían alejado los indígenas. Luego se encaró con Werper.

—Los seguiremos y los mataremos —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el belga.

—Son negros —explicó Tarzán—. Fue un negro quien mató a Kaia. Son enemigos de los manganis.

A Werper no le seducía en absoluto la idea de entablar una batalla con Basuli y sus feroces guerreros. Sin embargo, verlos regresar hacia la finca de los Greystoke le resultaba tranquilizadoramente satisfactorio, porque había empezado a dudar de que pudiesen orientarse y encontrar el camino de vuelta al territorio de los waziris. Al belga le constaba que Tarzán no tenía la más remota idea de hacia dónde iban. Si se mantenían a prudente distancia de los guerreros cargados con los lingotes, no tendrían dificultad en llegar al destino adecuado. Y una vez en la casa, Werper conocía la ruta hasta el campamento de Ahmet Zek. Existía otra razón adicional para que no deseara armar camorra con los waziris: éstos transportaban el pesado cargamento del tesoro en la dirección conveniente. Cuanta más distancia recorrieran con ella, menos trecho tendrían que llevarlo a cuestas Ahmet Zek y él.

En consecuencia, trató de convencer a Tarzán de que debía desistir de su idea de exterminar a los negros. Discutió con él hasta que, por último, logró imponer el criterio de que lo mejor era seguirlos en paz. El argumento que empleó para ello fue el de que estaba seguro de que los negros les conducirían fuera de la selva, a un terreno rico y pródigo en caza.

Muchas jornadas de marcha separaban Opar del territorio waziri, pero por fin llegó la hora en que Tarzán y el belga, siguiendo el rastro de los guerreros, coronaron el último altozano y tuvieron ante sus ojos la amplia llanura waziri, el río serpenteante y los lejanos bosques que se extendían

hacia el norte y el oeste.

A cosa de kilómetro y medio por delante de ellos, la hilera de guerreros parecía arrastrarse como una oruga gigante a través de las altas hierbas de la planicie. Más allá, pastaban manadas de cebras y antílopes, cuyas figuras salpicaban el llano paisaje, mientras, cerca del río, la cabeza y el morrillo de un búfalo se levantaron entre los juncos y el animal observó durante unos segundos a los indígenas, para luego dar media vuelta y desaparecer en la seguridad de su oscuro y húmedo refugio.

En los ojos de Tarzán no apareció el más leve brillo de reconocimiento al extender la vista por aquel panorama que debía de resultarle familiar. Vio suculentas piezas dignas de cazarse y se le hizo la boca agua, pero no miró en dirección a la casa. Sin embargo, Werper sí lo hizo. Una expresión de desconcierto apareció en las pupilas del belga. Se llevó la mano a la frente para hacerse sombra sobre los ojos y contempló largamente el punto donde se había alzado el inmueble. No pudo dar crédito al testimonio de sus ojos: allí no había casa, ni establos, ni graneros, ni edificio auxiliar alguno. Los corrales, los almiares… todo había sido barrido del mapa. ¿Qué significaría aquello?

Y entonces, lentamente, se fue filtrando en el cerebro de Werper la explicación de la catástrofe que había arrasado aquel pacífico valle desde la última vez que sus ojos lo vieron: ¡Ahmet Zek había pasado por allí!

Basuli y sus guerreros observaron la devastación en el momento en que llegaron a la vista de la granja. Echaron a correr, al tiempo que hablaban excitadamente unos con otros, intercambiando especulaciones acerca de la causa y el significado de semejante cataclismo. Cuando finalmente cruzaron el pisoteado jardín y contemplaron las ruinas calcinadas de la casa de su señor, sus peores sospechas no tuvieron más remedio que transformarse en convencimiento, a la luz de aquella evidencia.

Restos humanos, medio devorados por las hienas y otros depredadores carnívoros de los que infestaban la región, yacían putrefactos por el suelo, y entre los cadáveres había suficientes jirones de prendas de vestir y residuos de adornos para que Basuli comprendiera claramente la escalofriante historia del desastre que se había abatido sobre la casa de su señor.

—¡Los árabes! —exclamó, cuando los waziris se congregaron a su alrededor.

Dominados por un mudo furor, los indígenas contemplaron aquella

catástrofe durante unos minutos. A dondequiera que mirasen veían nuevas pruebas de la despiadada crueldad de aquel sanguinario enemigo que se había presentado allí en ausencia del gran *bwana* para destruir su propiedad.

—¿Qué habrán hecho con la señora? —preguntó uno de los negros.

Así llamaban siempre a lady Greystoke.

—Seguramente se habrán llevado consigo a las mujeres —repuso Basuli—. A las nuestras y a la señora.

Un gigantesco indígena alzó el venablo por encima de su cabeza y lanzó un salvaje grito de odio y de cólera. Los demás imitaron su ejemplo. Basuli los acalló con un gesto.

—No hay tiempo para soltar ruidos inútiles por la boca —dijo—. El gran *bwana* nos ha enseñado que las cosas se llevan a cabo con actos, no con palabras. Nada de malgastar el aliento… Lo que hay que hacer es seguir a los árabes y acabar con ellos. Si la señora y nuestras mujeres viven todavía, mayor motivo tenemos nosotros para apresurarnos, y los guerreros no pueden ir deprisa si tienen los pulmones vacíos.

Tras la pantalla de los juncos que crecían junto al río, Werper y Tarzán observaban a los negros. Les vieron excavar una zanja con los cuchillos y las manos. Les vieron depositar en el fondo su cargamento amarillo y cubrir después los lingotes con la misma tierra que habían removido.

A Tarzán no pareció interesarle gran cosa, una vez Werper le informó de que lo que habían enterrado no era comestible. Pero el belga experimentó un interés enorme. Habría dado cualquier cosa por tener consigo a sus secuaces, porque entonces podría arramblar con aquel tesoro en cuanto los negros se largaran de allí. Y estaba seguro de que los indígenas abandonarían con la máxima rapidez que les fuera posible aquella escena de muerte y desolación.

Una vez enterrado el tesoro, los negros se alejaron a cierta distancia, en dirección contraria a la del viento, para que no les llegara el hedor de los cadáveres, y acamparon para descansar un poco antes de emprender la persecución de los árabes. Ya había oscurecido.

Werper y Tarzán se sentaron a comer los trozos de carne que habían llevado desde su última acampada. El belga le daba vueltas en la cabeza a sus planes para el futuro inmediato. Tenía la certeza de que los waziris iban a salir en persecución de Ahmet Zek, ya que conocía bastante bien las costumbres bélicas de los salvajes y las características personales de los

árabes y sus degenerados camaradas, lo que le permitía dar por supuesto que se llevaron a las mujeres waziris para convertirlas en esclavas. Eso, por sí mismo, bastaría para garantizar la consecuente e ineludible persecución por parte de un pueblo tan guerrero como los waziris.

Werper comprendía que necesitaba encontrar el modo y la oportunidad de continuar adelante, de llegar a Ahmet Zek en seguida y advertirle de la inminente llegada de Basuli, así como de la localización del tesoro enterrado. Werper no sabía, ni le importaba, lo que el árabe pudiese hacer con lady Greystoke, en vista de la amnesia que padecía el esposo de la dama. Al belga le bastaba con saber que el oro enterrado junto al solar de la casa incendiada tenía un valor infinitamente superior al de cualquier rescate que al codicioso árabe se le ocurriera pedir. Y Werper creía que, si lograba convencer a Ahmet Zek para que compartiese con él aunque sólo fuera una pequeña porción de aquel oro, se sentiría de sobras satisfecho.

No obstante, la consideración más importante, con mucho, al menos para Werper, la constituía el tesoro de valor incalculable que contenía aquella bolsita de cuero que Tarzán llevaba colgada a la cintura. ¡Si pudiera apoderarse de ella! ¡Debía conseguirla y la conseguiría!

Sus ojos deambularon hasta el objeto de su codicia. Midieron la gigantesca humanidad de Tarzán y luego se posaron en los voluminosos músculos de sus brazos. Era imposible. Si tratara de arrebatar las gemas a su salvaje propietario, ¿lograría algo, aparte de morir en el intento?

Desconsolado, Werper se tendió de costado. Se colocó un brazo bajo la cabeza, a guisa de almohada, y cruzó el otro por encima del rostro, de modo que sus ojos quedasen ocultos al hombre-mono, aunque el belga mantuvo uno de los suyos clavados en Tarzán, por debajo del antebrazo. Permaneció así un buen rato, mirando con rabia al hombre-mono y esforzándose en idear el modo de escamotearle el tesoro… Imaginando planes que inmediatamente descartaba por inútiles, apenas los había esbozado.

En un momento determinado, la mirada de Tarzán fue a posarse en Werper. El belga se dio cuenta de que le observaba y permaneció muy quieto. Al cabo de unos segundos empezó a respirar con la regularidad del que se ha entregado al sueño, simulando estar profundamente dormido.

Tarzán había estado reflexionando. Había visto a los waziris enterrar sus pertenencias. Werper le dijo que escondían aquello para evitar que alguien lo viese y se lo llevara. A Tarzán le pareció un sistema espléndido

para salvaguardar los objetos valiosos. Como Werper había dado muestras de estar deseando poseer aquellas piedras brillantes, Tarzán, con la recelosa desconfianza del salvaje, guardó las chucherías, cuyo valor ignoraba por completo, tan celosamente como si para él fueran una cuestión de vida o muerte.

El hombre-mono observó a su compañero durante largo rato. Por último, convencido de que dormía, sacó su cuchillo de monte y empezó a excavar un agujero en el suelo, delante de sí. Esponjó la tierra con la hoja y con las manos procedió a extraerla hasta que tuvo una cavidad de unos cuantos centímetros de diámetro y unos quince de profundidad. Colocó en el fondo la bolsita de las piedras. Werper estuvo a punto de olvidarse de respirar como una persona dormida al ver lo que estaba haciendo el hombre-mono. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para contener la exclamación de júbilo que estuvo a punto de escapársele.

Tarzán se quedó súbitamente tenso y rígido cuando sus penetrantes oídos percibieron que el ritmo de las aspiraciones y espiraciones alteraba su regularidad. Entornados los párpados, clavó la vista en el belga. Werper tuvo la sensación de que estaba perdido: debía poner en juego toda su habilidad para que el engaño continuara resultando convincente. Suspiró, adelantó ambos brazos, se dio media vuelta para quedar boca arriba y murmuró algo incoherente, como si estuviera sumido en la zozobra de una pesadilla. Al cabo de un momento recuperó la uniformidad respiratoria.

En su nueva postura no veía a Tarzán, pero estaba seguro de que el hombre-mono iba a pasar un buen rato observándole. Luego, Werper oyó el tenue rumor de unas manos que escarbaban la tierra y después la palmeaban para alisarla. Comprendió entonces que Tarzán acababa de enterrar las piedras preciosas.

El belga dejó transcurrir cosa de una hora antes de moverse de nuevo. A continuación se volvió para ponerse de cara a Tarzán y abrió los ojos. El hombre-mono dormía. Werper alargó la mano y tanteó el punto donde estaba enterrada la bolsa.

Se mantuvo mucho tiempo allí tendido, inmóvil, con la vista y el oído atentos. Se removió un poco y produjo más ruido del necesario, pero Tarzán no se despertó. El ex teniente empuñó el cuchillo de los sacrificios y lo hundió en el suelo. Tarzán no se movió. Cautelosamente, Werper empujó la hoja hacia el fondo de la tierra suelta que cubría la bolsa. Notó que la punta llegaba a la suavidad del cuero. Hizo palanca presionando la

empuñadura lateralmente. Poco a poco, la superficie de la tierra se levantó y se abrió. Al cabo de unos segundos apareció a la vista una esquina de la bolsa. Werper tiró de ella, la sacó de donde estaba oculta y se la puso bajo la camisa. Después rellenó de nuevo el agujero y aplanó la tierra meticulosamente hasta dejarla más o menos como estaba antes.

La codicia le había inducido a un acto que, en el caso de que su compañero lo descubriera, tendría para Werper las consecuencias más aterradoras imaginables. Casi podía sentir ya aquellos colmillos blancos y potentes hundiéndosele en la carne del cuello. Un escalofrío recorrió el cuerpo del belga. A través de la llanura llegó el rugido de un leopardo y, entre los juncos que Werper tenía a su espalda, alguna fiera de grandes proporciones se desplazó sobre sus patas almohadilladas.

Werper temía a aquellos merodeadores de la noche, pero temía infinitamente más la ira de la bestia humana que estaba durmiendo junto a él. Con la máxima cautela, el belga se levantó. Tarzán siguió inmóvil. Werper dio unos pasos hacia la llanura y el distante bosque que se extendía por el noroeste, luego hizo una pausa y sus dedos acariciaron el mango del largo cuchillo que llevaba a la cintura. Se volvió y bajó la mirada sobre el durmiente.

—¿Por qué no? —musitó—. Entonces estaría completamente a salvo.

Regresó y se agachó por encima del hombre-mono. Apretando con fuerza la empuñadura, ¡su mano esgrimía la daga de los sacrificios de la suma sacerdotisa del Dios Flamígero!

¡Su mano esgrimía la daga de los sacrificios!

CAPÍTULO X

AHMET ZEK DESCUBRE LAS JOYAS

DÉBIL y casi sin poder aguantar el sufrimiento que le afligía, Mugambi se arrastraba penosamente por la ruta que utilizaron los árabes en su retirada. Podía avanzar, pero muy despacio y deteniéndose a descansar cada dos por tres. Sin embargo, un odio salvaje y una no menos salvaje ansia de venganza le mantenía en marcha. A medida que pasaron los días, fueron sanando sus heridas y fue recuperando las fuerzas, hasta que finalmente su gigantesco cuerpo recuperó de un modo total su antiguo y formidable vigor. Caminaba ya más deprisa, pero los árabes iban a caballo y habían recorrido una gran distancia, mientras que el herido indígena tuvo que seguirlos a pie, caminando trabajosamente.

Ahmet Zek había llegado a su campamento fortificado, donde, en compañía de sus secuaces, esperaba el regreso de su lugarteniente, Albert Werper. Durante la ardua y larga cabalgada, imaginar las penalidades que el destino le reservaba causó a Jane Clayton más sufrimientos que la dureza y las incomodidades de la marcha.

Ahmet Zek no se dignó informarle acerca de las intenciones que albergaba respecto al futuro de su rehén. Lady Greystoke rezó para que la hubiesen capturado con la esperanza de conseguir un rescate, porque si tal resultaba ser el caso, los árabes se abstendrían de causarle el menor daño. Pero existía la posibilidad, la horrible posibilidad, de que fuera otra la suerte que le aguardaba. Había oído hablar de muchas mujeres, algunas de ellas de raza blanca, a las que facinerosos como aquel Ahmet Zek vendieron como esclavas para servir en harenes de caciques negros, o trasladaron hacia el norte, donde llevarían una existencia igualmente espantosa en algún serrallo turco.

Jane Clayton tenía un carácter demasiado firme y enérgico para doblegarse aterrorizada ante el peligro. Hasta que tuviese la certeza de que la esperanza era inútil, no cedería. Tampoco alimentaba la más leve idea

suicida como última vía de escape para eludir la deshonra. Mientras Tarzán viviese existían todas las posibilidades y todas las razones del mundo para confiar en que la rescataría. Ni hombre ni animal alguno de cuantos vagaban por aquel salvaje continente podía vanagloriarse de poseer la capacidad, las facultades y la astucia del esposo y señor de Jane Clayton. Para ella, Tarzán era poco menos que todopoderoso en su mundo natal, un mundo de bestias y hombres feroces. Tarzán se presentaría, la salvaría y la vengaría; de eso estaba segura. Contaba los días que iban a transcurrir antes de que John Clayton regresara de Opar y se encontrase con lo que había ocurrido durante su ausencia. A partir de entonces, pocas jornadas iban a sucederse antes de que Tarzán tuviese rodeada la fortaleza árabe y castigara a aquella heterogénea chusma de malhechores que la ocupaban. Ni por lo más remoto dudaba lady Greystoke de que la encontraría. Ningún indicio, por débil que fuese, escapaba a la agudeza de los sentidos de Tarzán. El rastro de aquellos bandidos estaría tan claro para él como para ella la hoja impresa de un libro abierto.

Y mientras la mujer daba alas a su esperanza, a través de la selva siniestra marchaba otra persona. Aterrorizado tanto por la noche como por el día, Albert Werper se acercaba. Había escapado una docena de veces a las garras y colmillos de carnívoros enormes gracias exclusivamente a lo que a él le pareció un milagro. Armado sólo con el cuchillo que llevaba desde que salió de Opar, había logrado abrirse camino por uno de los territorios más salvajes que aún existen sobre la superficie del globo.

Por las noches dormía en lo alto de un árbol. Durante el día avanzaba dando tumbos, con el miedo rebosando por todos los poros de su cuerpo, y en cuanto percibía el menor ruido que le hiciese sospechar la proximidad de algún gran felino, lo que ocurría con harta frecuencia, se refugiaba velozmente en la enramada del árbol que tuviese más cerca. Pero llegó por fin a la vista de la empalizada en cuyo recinto se encontraban sus fieros camaradas.

Casi simultáneamente, Mugambi salia de la selva frente a la aldea amurallada. Permanecía inmóvil junto a un árbol gigante, mientras reconocía el terreno, cuando vio a un hombre, despeinado y harapiento, que emergía de la jungla a escasa distancia de él. Reconoció de inmediato en aquel individuo al que fue huésped de lord Greystoke, su señor, antes de que emprendiera la expedición a Opar.

El negro estaba a punto de darle un grito al belga, pero algo indefinible

le detuvo. Vio que el blanco atravesaba confiadamente el claro, rumbo a la puerta de la aldea. En aquella parte de África, ningún hombre de su raza se acercaba de aquella forma a un poblado, como no tuviese la absoluta certeza de que iban a recibirle amistosamente. Mugambi esperó. Aquel modo de comportarse era de lo más sospechoso.

Oyó que Werper anunciaba su llegada, vio que los portones se abrían y, con gran sorpresa, observó que se recibía con los brazos abiertos a aquel sujeto, hasta hacía poco invitado de lord y lady Greystoke. La luz del entendimiento se encendió en el cerebro de Mugambi. Aquel fulano blanco era un traidor que había actuado en plan de espía. Comprendió que a él se debía el ataque a la finca en ausencia del gran *bwana*. Al odio que le inspiraban los árabes Mugambi sumó ahora otro aún más intenso hacia el renegado blanco.

En el interior de la aldea, Werper se dirigió rápidamente a la tienda de seda donde residía Ahmet Zek. El árabe se levantó despacio al ver entrar a su lugarteniente. Cuando vio el zarrapastroso aspecto del belga, la sorpresa se enseñoreó de su expresión.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Werper se lo contó todo, salvo lo de la bolsa de piedras preciosas, que en aquel momento llevaba bien sujeta a la cintura, bajo la ropa. Los ojos del árabe se entrecerraron codiciosamente cuando su segundo le habló del tesoro que los waziris habían enterrado junto a las ruinas de la casa de los Greystoke.

—No costará nada volver ahora allí y cogerlo-dijo Ahmet Zek. —Esperaremos antes a que lleguen esos inconscientes waziris y, una vez los hayamos liquidado, dispondremos de tiempo de sobra para llegar hasta ese tesoro… Allí donde está, nadie va a llevárselo, puesto que no dejaremos vivo a nadie de los que conocen su existencia.

—¿Y la mujer? —inquirió Werper.

—La venderé en el norte —contestó el árabe—. Tal como están ahora las cosas, es la única solución. Nos darán por ella una buena suma.

El belga asintió con la cabeza. Pensaba a toda velocidad. Si pudiera convencer a Ahmet para que le pusiera al mando de la partida encargada de llevar al norte a lady Greystoke, seguramente se le presentaría la oportunidad que tanto deseaba de abandonar a su jefe. Con tal de escapar con vida y con las joyas, daría por buena gustosamente la pérdida de la parte del oro que pudiera corresponderle.

Por entonces conocía a Ahmet lo bastante bien como para saber que a ningún miembro de su banda se le permitía abandonar voluntariamente el servicio de Ahmet Zek. A casi todos los escasos desertores se les había vuelto a capturar. Werper había oído en más de una ocasión sus gritos de agonía cuando los torturaban hasta la muerte. El belga no deseaba de ninguna manera precipitarse y correr el menor riesgo de que volvieran a capturarle.

—¿Quién llevará al norte a la mujer —preguntó—, mientras volvemos a recoger el oro que los waziris enterraron junto a la casa del inglés?

Ahmet Zek meditó unos segundos. El valor del oro enterrado era muy superior al precio que podría conseguir por la mujer. Resultaba imprescindible desembarazarse de ella cuanto antes, lo mismo que había que retirar aquel oro sin dilación, con la máxima urgencia. De todos sus sicarios, el belga era el cabecilla más lógico a quien confiar el mando de una partida. Un árabe, tan familiarizado como el propio Ahmet con las rutas y las tribus del territorio, podría cobrar el importe de la venta de la mujer y huir con el dinero alejándose hacia el norte. Por otra parte, Werper apenas tendría oportunidades para huir solo por una región absolutamente hostil a los europeos y, además, acompañarían al belga hombres cuidadosamente seleccionados, que se encargarían de evitar que Werper convenciese a una parte considerable del grupo para que le acompañaran, en el caso de que tuviese la malhadada ocurrencia de abandonar a su jefe.

Por último, el árabe dijo:

—No es preciso que volvamos los dos a recoger el oro. Tú irás al norte con la mujer y llevarás una carta a un amigo mío que se mantiene siempre en contacto con los mejores mercados para el artículo que ofrecemos. Mientras, yo iré por el oro. Luego, cuando cada uno de nosotros haya concluido su operación, podemos encontrarnos aquí otra vez.

A duras penas logró Werper disimular la alegría que le produjo aquella decisión. Aunque cabe la posibilidad que no consiguiera ocultarla del todo a la recelosa mirada de los ojos de Ahmet Zek. Sin embargo, la decisión era firme y el árabe y su lugarteniente dedicaron unos momentos al debate de los detalles de las respectivas operaciones. Después, Werper se excusó debidamente y se retiró a su propia tienda, para disfrutar del placer y el lujo del baño y del afeitado que tanto tiempo llevaba anhelando.

Tras darse el baño, el belga ató un espejo de mano a una cuerda cosida a la lona de la parte posterior de la tienda, colocó una tosca silla junto a una

no menos tosca mesa y procedió a raparse la áspera barba que cubría su rostro.

En el repertorio de placeres masculinos pocos hay que produzcan mayor sensación de comodidad y frescura que la que se goza inmediatamente después de un buen afeitado y en aquel momento, eliminado provisionalmente el cansancio, Albert Werper se repantigó sobre la desvencijada silla y saboreó el último cigarrillo de la jornada, antes de ir a tenderse en el camastro. Hundidos bajo el cinto, como si su misión consistiera en soportar el peso de los brazos, los pulgares acariciaron la bolsa de las gemas. Al belga le recorrió un hormigueo de emoción mientras su cerebro se entregaba al deleite de pensar en lo que valdría aquel tesoro que, ignorado por todos, salvo por él, permanecía oculto bajo su ropa.

¿Qué diría Ahmet Zek si se enterara? Werper sonrió. ¡Cómo se desorbitarían, saltones, los ojos de aquel bellaco si echase una ojeada, aunque fuese fugaz, a aquellas centelleantes piedras preciosas! Werper aún no había tenido ocasión de recrearse la vista contemplándolas a gusto, largo y tendido. Ni siquiera las había contado y se limitó a calcular su valor *grosso modo*.

Se quitó el cinto y sacó la bolsa de donde la llevaba escondida. Estaba solo. El resto de los ocupantes del campamento, salvo los centinelas, se habían retirado a descansar… Nadie iba a entrar en la tienda del belga. Acarició la bolsa y, al tacto, comprobó las formas y tamaños de los preciados y pequeños nódulos de su interior. Sopesó la bolsa, primero en la palma de una mano, después en la de la otra y por último hizo dar media vuelta a la silla, se puso frente a la mesa y dejó que los rayos de la pequeña lámpara que alumbraba la tienda arrancasen destellos a las gemas que derramó sobre la basta superficie de madera de la mesa.

A los ojos del belga, exaltado en plan soñador, las rutilantes radiaciones transformaron el interior de la miserable y mugrienta tienda de lona en un esplendoroso palacio. Con los ojos de la imaginación contempló los dorados salones de placer que abrirían de par en par sus puertas al dueño de aquella riqueza desparramada encima de la mesa llena de muescas. La fantasía desplegó ante él goces, lujos y poderes que nunca estuvieron a su alcance y, mientras imaginaba todo aquello, sus ojos se apartaron de la mesa como suele ocurrirle a los soñadores, su mirada fue a posarse en un objetivo remoto, muy por encima del horizonte de las cosas corrientes y molientes.

Las pupilas se clavaron en el espejo que utilizó al afeitarse, que continuaba colgado de la pared de lona, por encima de la mesa, pero la vista se enfocaba mucho más allá. Y entonces, un reflejo se desplazó por la pequeña superficie de cristal azogado y los ojos de Werper se apartaron del espacio infinito para centrarse en el espejo, donde vio reflejado el torvo semblante de Ahmet Zek, enmarcado en los pliegues de la lona que constituía la puerta de entrada de la tienda, a su espalda.

Werper sofocó el suspiro de desaliento que amenazaba con escapársele. Haciendo gala de un extraño dominio de sus nervios, bajó la mirada sosegadamente, sin demostrar que había visto algo en el espejo, y la posó en las gemas. Sin prisas, volvió a guardar las piedras en la bolsa, se guardó ésta bajo la camisa, sacó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió y se levantó. Al tiempo que bostezaba, estiró los brazos por encima de la cabeza y se encaminó lentamente al extremo opuesto de la tienda. El rostro de Ahmet Zek había desaparecido del hueco de la entrada.

Decir que Albert Werper estaba aterrado sería dar una pálida impresión del pavor que le dominaba. Comprendía que no sólo había sacrificado su tesoro, sino también la vida. Jamás permitiría Ahmet Zek que se le escapara de entre los dedos la riqueza que sin duda había visto, como tampoco perdonaría nunca la duplicidad de un lugarteniente que había entrado en posesión de tal tesoro sin manifestarse dispuesto a compartirlo con su jefe.

Despacio, el belga se dispuso a meterse en el catre. No sabía si le estaban observando; pero si era así, el espía no pudo percibir la más leve muestra de nerviosismo por parte del europeo. Éste se esforzó al máximo para disimular su excitación. Cuando estuvo a punto para deslizarse entre las mantas, cruzó la estancia y apagó la luz.

Dos horas después, las dos piezas del toldo de la entrada se separaron silenciosamente para dar paso a una figura de sombría vestimenta que, sin hacer el menor ruido, pasó de las tinieblas exteriores a las del interior de la tienda. El allanador avanzó cautelosamente. Llevaba en la mano un largo cuchillo. Llegó por fin al montón de mantas colocadas sobre unas alfombras, cerca de una de las paredes de lona de la tienda.

Ágiles y prestos, los dedos buscaron y encontraron al tacto el bulto que descansaba bajo las mantas… un bulto que debía de ser Albert Werper. Los dedos recorrieron el contorno del cuerpo de un hombre y, entonces, el brazo armado se disparó hacia arriba, se detuvo un segundo en lo alto y

descendió con rápida violencia. La serie de movimientos se repitió varias veces y en cada ocasión la hoja de acero se hundió en lo que descansaba bajo las mantas. Sin embargo, el bulto se mantuvo silencioso e inerte, lo que no dejó de extrañar momentáneamente al asesino. Con febril nerviosísimo levantó los cobertores y tanteó con las manos en busca de la bolsa de joyas que esperaba encontrar escondida en el cuerpo de la víctima.

Al cabo de un instante, el agresor se enderezó con una maldición en los labios. Era Ahmet Zek y el reniego que acababa de proferir era consecuencia de haber descubierto que debajo de las mantas de su lugarteniente no había más que un montón de ropas desechadas, dispuestas de forma que imitasen el cuerpo de un hombre aparentemente dormido: ¡Albert Werper había escapado!

El jefe abandonó la tienda y corrió por la aldea, mientras llamaba con voz colérica a los soñolientos árabes, que salieron de sus aposentos de lona en respuesta a los gritos de Ahmet Zek. Pero aunque registraron una y otra vez el poblado, sistemáticamente y a fondo, no descubrieron el menor rastro del belga. Echando espumarajos de furia por la boca, Ahmet Zek ordenó a sus sicarios que montaran a caballo y, aunque la noche era negra como la tinta, partieran a peinar la selva contigua en busca de la presa fugitiva.

Cuando atravesaron a galope tendido las puertas de la aldea, Mugambi, que estaba oculto entre unos matorrales próximos, se deslizó sin ser visto dentro de la empalizada. Una veintena de negros se habían reunido cerca de la entrada para contemplar la partida de los jinetes y, cuando el último de éstos salió del poblado, los negros empujaron los portones y los cerraron. Mugambi les echó una mano, como si se hubiera pasado la mayor parte de la vida entre ellos.

En la oscuridad, nadie le preguntó quién era ni qué hacía allí, nadie se fijó en él y cuando, cerrados los portones, todos se dirigieron hacia sus respectivas chozas y tiendas, Mugambi se fundió con las sombras y desapareció.

Durante una hora estuvo desplazándose por la parte trasera de las tiendas y chozas, dispuesto a averiguar en cuál de ellas mantenían prisionera a la esposa de su señor. Llegó por fin a una de ellas que le pareció… Bueno, tuvo la razonable certeza de que era allí donde la guardaban, porque era la única choza ante cuya puerta montaba guardia un centinela. Mugambi estaba agazapado en la sombra de aquella

construcción, nada más doblar la esquina de la fachada donde permanecía apostado el desprevenido indígena, cuando se acercó el compañero de éste que iba a relevarle.

—¿Sigue segura ahí dentro la prisionera? —preguntó el recién llegado.

—Segurísima —respondió el otro—; desde que he venido, nadie ha cruzado el umbral de la puerta.

El nuevo centinela se sentó en cuclillas ante la entrada, mientras el que acababa de relevar se dirigía a su propia choza. Mugambi se acercó más a la esquina. Una de sus fuertes manos empuñaba un grueso garrote de nudos. Ni el menor indicio de júbilo alteraba su exteriormente flemática calma, pero en su interior hervía el alborozo desde el momento en que la voz del guardián le proporcionó la evidencia de que la señora estaba dentro de aquella choza.

El centinela estaba de espaldas a la esquina tras la cual se ocultaba el gigantesco Mugambi. El indígena de la aldea no vio la enorme masa humana que se erguía en silencio por detrás de él. La estaca volteó en el aire, trazando una curva ascendente, y volvió a caer. Sonó un golpe sordo, el chasquido de un hueso al quebrarse y el centinela se desplomó hacia adelante, convertido en un gran terrón de arcilla, silente e inanimado.

Al cabo de unos instantes, Mugambi registraba el interior de la choza. Empezó por llamar: «¡Señora!», en apagado susurro, y luego se lanzó a una búsqueda con casi frenética precipitación… Hasta que la decepcionante realidad irrumpió por último en su mente: ¡la choza estaba vacía!

CAPÍTULO XI

TARZÁN, FIERA DE LA SELVA

WERPER permaneció un momento de pie junto al dormido hombre-mono, con la daga asesina dispuesta para descargar el golpe fatal; pero el miedo retuvo su mano. ¿Y si fallaba el primer golpe y la punta del cuchillo no se hundía en el corazón de la víctima? Un escalofrío recorrió a Werper de pies a cabeza al pensar en las desastrosas consecuencias que tendría para él. Una vez despierto, incluso aunque sólo le quedaran unos instantes de vida, el gigante podía destrozarle literalmente si optaba por ello y al belga no le cabía la menor duda de que esa iba a ser su elección.

Volvió a oír el rumor de unas patas acolchadas que se movían en el junqueral, en esa ocasión más cerca. Werper abandonó su intento homicida. Ante él se extendía la amplia llanura… y la huida. Tenía las joyas. Continuar allí equivalía a exponerse a una muerte segura a manos de Tarzán o entre las mandíbulas de aquella fiera carnívora que andaba entre los juncos y que cada vez estaba más cerca. Dio media vuelta y se escabulló a través de la noche, hacia el lejano bosque.

Tarzán seguía dormido. ¿Dónde estaban aquellos prodigiosos poderes protectores que otrora le convertían en un ser inmune a los peligros por sorpresa? ¿Podría aquel hombre entregado a tan profundo sueño volver a ser el clarividente, sagaz y siempre alerta Tarzán de antaño? Tal vez el golpe que recibió en la cabeza había nublado sus sentidos sólo temporalmente, ¿quién podía saberlo? La fiera sigilosa que se deslizaba entre los juncos seguía aproximándose. La susurrante cortina de la espesura se abrió a unos pasos del durmiente y por el hueco asomó la cabeza de un león. Durante unos instantes, el felino concentró su atenta mirada sobre el hombre-mono, luego se agazapó, tensos los cuartos traseros contra el suelo, mientras la cola azotaba el aire de un lado a otro.

El batir del rabo contra los juncos despertó a Tarzán. Los habitantes de la jungla no se despabilan poco a poco, sino que emergen instantáneamente

del sueño más profundo y recobran de modo automático la conciencia y el dominio de todas sus facultades.

Simultáneamente al momento en que abrió los párpados, Tarzán se puso en pie de un salto, con la lanza empuñada firmemente, dispuesta para el ataque. Era de nuevo Tarzán de los Monos, alerta, sagaz, vigilante, listo para entrar en acción.

Entre los leones no hay dos que tengan características idénticas, como tampoco el mismo león se comporta invariablemente de la misma manera en circunstancias similares. Si fue la sorpresa, la desconfianza o la cautela es algo secundario. La cuestión es que el felino, que estaba ya a punto de saltar sobre el hombre, abandonó su intención original y, en vez de desencadenar su ataque, dio media vuelta y regresó de un brinco al interior del junqueral, mientras Tarzán se ponía en pie para plantarle cara.

El hombre-mono se encogió de hombros y volvió la cabeza en busca de su compañero. Werper no estaba a la vista. Al principio, Tarzán supuso que otro león lo había atrapado y se lo llevó de allí a rastras, pero al examinar el suelo descubrió en seguida que el belga se había marchado solo, por su propio pie, a través de la sabana.

Eso le dejó un tanto desconcertado, pero al final llegó a la conclusión de que Werper se sintió tan aterrado por la proximidad del león que huyó despavorido. Una mueca despectiva afloró en los labios de Tarzán mientras pensaba en el acto de aquel individuo: abandonar a un compañero en un momento de peligro y sin avisarle. Bueno, si Werper pertenecía a aquella clase de seres, perderlo de vista para siempre era lo mejor que podía ocurrirle a uno. Se había marchado y, por lo que a Tarzán concernía, adiós… No sería él quien fuese a buscarlo.

A cosa de cien metros se alzaba un árbol gigantesco, solitario en la linde de una densa espesura de juncos. Tarzán se llegó a él, subió a su enramada y, al encontrar una horqueta confortable, se acomodó en ella y durmió ininterrumpidamente hasta que la mañana desplegó sus claridades.

Pero incluso después de eso Tarzán siguió durmiendo hasta que el sol estuvo bastante alto en el cielo. Como había retrocedido al estado primario, su ser no tenía más obligaciones serias que las de agenciarse el sustento y salvaguardar la vida. Por lo tanto, mientras no le amenazase peligro alguno o no le asaltaran las punzadas del hambre, no tenía por qué despertarse. Y fue precisamente el hambre lo que, llegado el momento, le quebró el sueño.

Al abrir los ojos, estiró los gigantescos músculos, bostezó, se levantó y

echó una mirada a través del follaje de su refugio. Los ojos de Tarzán de los Monos contemplaron, como si los viesen por primera vez, los devastados campos de cultivo, jardines y prados de John Clayton, lord Greystoke. Observó también las figuras de Basuli y sus guerreros, que se movían por allí mientras preparaban el desayuno y se aprestaban a emprender la expedición que Basuli proyectó al encontrarse con el cataclismo destructor que se había abatido sobre la finca de su difunto señor.

El hombre-mono miró a los negros con curiosidad. En el fondo más recóndito de su cerebro anidaba la esquiva sensación de que cuanto veía le era familiar y, a pesar de ello, no lograba relacionar con cualquier acontecimiento preciso del pasado ninguna de las diversas formas de vida, animada e inanimada, que aparecieron dentro de su campo visual desde que emergió de las tinieblas de los subterráneos de Opar.

Recordaba nebulosamente una figura torva, espantosa, peluda, feroz. Una vaga ternura parecía imponerse en sus sentimientos salvajes cuando aquella evocación fantasmal pugnaba por abrirse camino hacia el reconocimiento. Su mente había vuelto a la época infantil: lo que su recuerdo borroso vislumbraba era la figura de una mona gigante: Kaki. Pero sólo la reconocía a medias. Veía también otras formas grotescas, de antropoides. Se trataba de Terkoz, Tublat, Kerchak, y una figura más pequeña y menos feroz: Nieta, su compañera de juegos durante la adolescencia.

Lenta, muy lentamente, todas aquellas visiones del pasado fueron poniendo animación en su aletargada memoria. Fueron adoptando forma definida, adaptándose adecuadamente a los diversos incidentes de su vida anterior con los que estuvieron íntimamente relacionados. Su infancia y juventud entre los simios desplegó ante él, despacio, un amplio panorama, y al desarrollarse infundió en su ánimo un anhelante deseo de buscar la compañía de aquellos animales peludos y obtusos con los que parecía haber convivido en el pasado.

Vio a los negros apagar las fogatas, esparcirlas y ponerse en marcha; pero aunque el rostro de todos y cada uno de ellos le había sido últimamente tan familiar como su propia cara, no despertaron en su memoria el más leve recuerdo.

Cuando se hubieron ido, Tarzán bajó del árbol y procedió a buscarse alimento. En la llanura pastaban numerosas manadas de rumiantes salvajes.

Dirigió sus furtivos pasos hacia un grupo de lustrosas cebras. No le hizo falta llevar a cabo ningún complicado proceso intelectual para comprender que tenía que trazar un amplio círculo para acercarse sin que el viento le delatara: actuó instintivamente. Aprovechaba todo lo que le permitía ocultarse, mientras se aproximaba al rebaño, a gatas y, en algunos trechos, a rastras, cuerpo a tierra.

Una hembra joven y rolliza y un garañón bien cebado eran los dos animales situados más cerca de Tarzán, según la dirección por la que éste se acercaba. El instinto volvió a mediar para inducirle a elegir a la hembra. A escasos metros de la pareja de cuadrúpedos crecía un arbusto bajo. El hombre-mono llegó hasta él. Con toda la cautela del mundo, se incorporó, disponiéndose a entrar en acción. Se levantó de pronto y, al mismo tiempo, arrojó el venablo hacia el costado de la cebra joven. No esperó a comprobar el resultado del lanzamiento, sino que saltó como un felino detrás del venablo, con el cuchillo de caza en la mano.

Los dos équidos permanecieron inmóviles unos segundos. El desgarramiento que le produjo la punta de la lanza en el costado arrancó a la yegua un súbito relincho de dolor, acentuado por el miedo. Luego, los dos animales volvieron grupas y echaron a correr en busca de la salvación. Pero en una distancia corta, de pocos metros, Tarzán de los Monos podía competir en velocidad incluso con animales rápidos como ellos y apenas había dado la cebra hembra unos cuantos trancos cuando se vio alcanzada y con una bestia salvaje encima del lomo. Se revolvió, lanzando mordiscos y coces al enemigo. Su compañero vaciló un momento, como si pensara acudir en su ayuda, pero al desviar la mirada observó que el resto del rebaño huía al galope. Así que sacudió la cabeza y siguió corriendo en pos de los demás.

Aferrado con una mano a las cortas crines de su presa, Tarzán accionó el cuchillo una y otra vez, en busca del indefenso corazón de la cebra. Desde el principio, el resultado era inevitable. La yegua luchó con valentía, pero inútilmente, y al final se desplomó contra el suelo, con el corazón atravesado. El hombre-mono puso un pie encima del cuerpo sin vida y lanzó al viento el aullido victorioso de los manganis. Lejos de allí, Basuli se detuvo al llegar a sus oídos las débiles notas de aquel grito espeluznante.

—¡Los grandes monos! —dijo al indígena que iba a su lado—. Hacía mucho tiempo que no los oía en el territorio de los waziris. ¿Qué puede haberlos traído de nuevo aquí?

Tarzán agarró a la pieza cobrada y la arrastró hasta el relativo aislamiento del arbusto tras el que se ocultó al acercarse al rebaño de cebras. Allí, sentado en cuclillas, cortó un buen pedazo del lomo de la cebra y se aplicó a la tarea de saciar su apetito con aquella carne caliente y sangrante.

Atraídas por los estridentes relinchos de la yegua, un par de hienas surgieron sigilosas a la vista de Tarzán. Al trote, llegaron hasta unos metros del voraz hombre-mono. Se detuvieron, expectantes. Tarzán alzó la vista, les enseñó los dientes y les dedicó un gruñido. Las hienas devolvieron la cortesía y se retiraron un par de pasos. No hicieron el menor movimiento indicador de que estuviesen dispuestas a atacar, pero se mantuvieron apostadas a respetuosa distancia, a la espera de que Tarzán diese por terminado su festín. Cuando eso ocurrió, el hombre-mono cortó unas cuantas tiras de carne de la pieza para llevárselas consigo, y echó a andar despacio en dirección al río, donde calmaría la sed. Su camino le llevaba directamente hacia el punto donde estaban las hienas, pero no alteró su curso porque ellas se encontrasen allí.

Con la señorial majestad de Numa, el león, continuó caminando directamente hacia la pareja de refunfuñantes carnívoros. Durante un momento, las hienas mantuvieron el tipo, retadoras y con los pelos erizados; pero sólo durante un momento. En seguida se quitaron de en medio, dejando el paso franco al indiferente hombre-mono, que se cruzó con ellas con aire regio. Instantes después sus colmillos desgarraban glotonamente los restos de la cebra.

Tarzán se encaminó de vuelta a los juncos y se adentró por ellos en dirección al río. Sobresaltados por su llegada, los búfalos de un rebaño se encalabrinaron, dispuestos a la embestida o a la huida. Un macho inmenso empezó a escarbar el suelo y emitió un mugido cuando sus sanguinolentos ojos descubrieron al intruso, pero el hombre-mono pasó por delante de su testuz como si ni siquiera se hubiese dado cuenta de su existencia. El búfalo dejó que su mugido se convirtiera en un rumor sordo, volvió la cabeza para espantar con el hocico a la nube de moscas que le molestaba, lanzó una última mirada a Tarzán y se puso a pastar la hierba otra vez. Los miembros de su nutrida familia se limitaron unos a seguir el ejemplo del macho y otros a observar a Tarzán con ojos impregnados de tenue curiosidad, hasta que los juncos del otro lado lo engulleron y el hombre-mono se perdió de vista.

En el río, Tarzán bebió cuanto precisaba y luego se dio un baño. Pasó las horas calurosas del día tendido a la sombra de un árbol, cerca de las ruinas de sus carbonizados establos. Sus ojos vagaron por la llanura hacia la selva y dedicó una considerable cantidad de tiempo a pensar soñadora y anhelantemente en los misteriosos placeres que encerraban las profundidades de la jungla. ¡Cuando saliera el próximo sol atravesaría aquel terreno abierto y se adentraría en el bosque! No había prisa, contaba con una serie infinita de mañanas, sin nada que hacer para ocuparlas, salvo la necesidad de satisfacer los apetitos y caprichos del momento.

Ni el arrepentimiento por el pasado ni las aspiraciones para el futuro inquietaban la imaginación del hombre-mono. Podía pasarse todo el día tendido encima de una rama oscilante, estirando sus gigantescas extremidades o sumergiéndose feliz en la paz bendita de los más profundos pensamientos, sin que la menor preocupación, sin que temor o recelo algunos socavaran su energía nerviosa o le robaran el sosiego espiritual. Comoquiera que sólo recordaba nebulosamente su otra existencia anterior, el hombre-mono era feliz. Lord Greystoke había dejado de existir.

Tarzán holgazaneaba horas y horas sobre su lecho balanceante y frondoso, hasta que el hambre y la sed le indicaban la conveniencia de efectuar una excursión de caza. Entonces se estiraba perezosamente, descendía hasta el suelo y se encaminaba al río con paso lento. Los años que llevaban utilizándolo habían convertido el sendero de caza que recorría en una especie de zanja profunda y estrecha, flanqueada a derecha e izquierda por una impenetrable espesura vegetal y un arbolado casi tan denso como los matorrales; árboles de enramada y follaje formando una masa casi sólida, con lianas gruesas y enredaderas entrelazadas inextricablemente, que constituían compactas murallas de vegetación. El hombre-mono casi había llegado al punto donde la senda desembocaba en el río cuando vio una familia de leones que avanzaba desde allí en dirección a él. Tarzán contó seis felinos: un macho y dos leonas, todos adultos, y tres leones jóvenes pero casi tan grandes y formidables como sus padres. Tarzán se detuvo en seco y gruñó ominosamente. Los leones hicieron un alto y el gigantesco macho que iba en cabeza enseñó los colmillos y soltó un retumbante rugido de advertencia. El hombre-mono empuñaba el pesado venablo, pero no tenía la menor intención de enarbolar tan insuficiente arma frente a seis leones. Sin embargo, continuó inmóvil allí, sin dejar de gruñir y rugir. Los leones hicieron lo mismo. Era

simplemente una exhibición de típica fanfarronería selvática. Cada uno de los potenciales adversarios trataba de amedrentar al enemigo. Nadie quería ser el primero en ceder, dar media vuelta y emprender la retirada, como tampoco ninguno quería ser el primero en precipitar la lucha. Los leones tenían el estómago lo bastante lleno como para no sufrir los pinchazos del hambre y, en cuanto a Tarzán, en muy raras ocasiones comía carne de carnívoros; pero estaba en juego la honrilla del amor propio y ninguno de los dos bandos quería ceder. Así que se mantuvieron enfrentados, produciendo toda clase de ruidos fastidiosos mientras se dedicaban profusa y recíprocamente invectivas e insultos propios de la selva. Resulta difícil predecir cuánto tiempo se hubiese prolongado aquel duelo incruento, aunque lo lógico es suponer que Tarzán habría acabado por retirarse dada la superioridad numérica de sus antagonistas.

Se produjo, no obstante, una interrupción que acabó bruscamente con aquel punto muerto y que se presentó por la retaguardia de Tarzán. Los leones y él estaban tan entusiasmados armando ruido que ninguno de ellos podía oír nada que no se elevase por encima de su desaforado alboroto particular. De modo que Tarzán no se enteró de la imponente masa animal que se le venía encima, por la espalda, hasta unos segundos antes de que estuviese a punto de caer sobre él. Se dio entonces media vuelta y se encontró con Buto, el rinoceronte, que galopaba frenéticamente en su dirección, lanzado a la carga, llameantes sus porcinos ojos. Estaba ya tan cerca que parecía imposible eludir el impacto. Sin embargo, la mente y los músculos de aquel hombre primitivo coordinaban de un modo tan perfecto y reaccionaban con tal celeridad que, al mismo tiempo que se volvía, Tarzán captó el peligro y arrojó el venablo hacia el pecho de Buto. Era una pesada lanza con punta de hierro, impulsada por el brazo poderoso del gigantesco hombre-mono, y al encuentro de aquel proyectil acudía la furia ciega de Buto con el precipitado ímpetu de su rápida carrera. Sería largo de contar lo que sucedió en el curso de los segundos que necesitó Tarzán para volverse y hacer frente al ataque del furibundo rinoceronte, pero registrarlo en fotografía hubiese requerido disponer de una cámara y de una película ultrarrápidas. Mientras la mano disparaba el venablo, los ojos de Tarzán vieron que el poderoso cuerno del rinoceronte descendía, aprestándose a lanzar el hachazo que lo lanzaría por el aire, tan cerca de él se encontraba Buto. El venablo se hundió en el cuerpo del rinoceronte entrándole por el cuello, a la altura de la paletilla izquierda, y lo atravesó casi de parte a

parte. En el mismo instante en que lanzaba el arma, Tarzán dio un salto en el aire y pasó por encima del lomo de Buto, librándose de la cornada por una fracción de segundo.

El rinoceronte vio entonces a los leones y se lanzó enloquecido hacia ellos, mientras Tarzán de los Monos brincaba ágilmente y se introducía entre las enmarañadas enredaderas de un lado de la senda. El primer león pretendió aguantar la embestida del rinoceronte y se vio lanzado por el aire hacia las alturas, pasó por encima de la endemoniada bestia, desgarrado y agonizante. De inmediato, los cinco leones restantes estuvieron encima de Buto, clavándole los colmillos y hundiéndole las afiladas uñas donde podían, mientras el colosal rinoceronte, por su parte, trataba de coserlos a cornadas y de aplastarlos bajo sus patas. Desde la seguridad de la enramada, Tarzán contempló con el máximo interés el desarrollo de aquel monumental combate, porque tales batallas interesan sobremanera a los habitantes de la jungla más inteligentes. Son para ellos lo que las carreras de caballos y los combates de boxeo, las representaciones teatrales o las películas cinematográficas son para nosotros. Las ven a menudo, pero siempre disfrutan presenciándolas porque no hay dos que sean exactamente iguales.

Durante unos momentos Tarzán creyó que Buto, el rinoceronte, sería el vencedor de aquel encarnizado y sangriento combate. Ya había dado buena cuenta de cuatro de los seis felinos y los dos restantes se encontraban bastante malheridos cuando, en una tregua momentánea, el rinoceronte cayó de rodillas, se quedó inerte y por último se derrumbó de costado. El venablo de Tarzán había cumplido su misión. El arma fabricada por el hombre fue lo que acabó con la vida de aquella enorme bestia, la cual hubiera sobrevivido fácilmente al ataque de los seis tremendos leones. Pero el certero venablo de Tarzán había atravesado los pulmones de Buto y éste, con la victoria casi a su alcance, sucumbió a la hemorragia interna.

Tarzán bajó entonces de su refugio y mientras los medio destrozados leones se retiraban arrastrándose gemebundos, el hombre-mono arrancó su venablo del cuerpo de Buto, cortó un buen pedazo de carne y desapareció en la jungla. El episodio había concluido. Un lance más en la vida cotidiana de la selva… Y un suceso que para cualquiera de nosotros hubiera constituido tema de conversación vitalicio Tarzán lo eliminó de su cerebro en el mismo instante en que sus ojos se apartaron del escenario donde se había desarrollado.

…Tarzán dio un salto en el aire…

CAPÍTULO XII

LA BUSCA VENGANZA

DE VUELTA a la selva, el hombre-mono dio un amplio rodeo circular a través de la espesura, salió al río en otro punto de su curso, bebió, se subió de nuevo a los árboles y, mientras se dedicaba a la caza, sumido en el más absoluto olvido del pasado y sin preocuparse lo más mínimo del futuro, una expedición cruzaba las junglas oscuras y los espacios abiertos, los parajes que parecían parques y los extensos prados donde pastaban algunos de los innumerables rebaños de herbívoros que pululan por el misterioso continente. Era una caravana terrible y extraña que iba precisamente en su busca. La formaban cincuenta hombres aterradores de cuerpo velludo y piernas arqueadas y sarmentosas. Iban armados de largos cuchillos y formidables garrotes. A la cabeza de la hueste marchaba una mujer casi desnuda, de belleza sin parangón. Era La, de Opar, suma sacerdotisa del Dios Flamígero, que iba a la cabeza de cincuenta de sus espantosos sacerdotes. Marchaban en persecución del sacrílego que había robado la sacrosanta daga de los sacrificios.

Era la primera vez que La rebasaba las derruidas murallas exteriores de Opar, pero la necesidad de hacerlo nunca fue tan apremiante. ¡Había desaparecido el cuchillo sagrado! Herencia y símbolo de su dignidad religiosa y de su soberana autoridad, aquel instrumento llegó a sus manos a través de innumerables siglos, desde las de algún remoto progenitor, fallecido infinitas generaciones atrás en la perdida y olvidada Atlántida. La desaparición de las joyas de la Corona o del Gran Sello de Inglaterra no habrían ocasionado mayor abatimiento a un monarca británico que el pillaje del cuchillo sagrado a La, reina y suma sacerdotisa de Opar, ruinosa sede de los restos degradados de la más antigua civilización de la Tierra. Cuando la Atlántida, con todas sus poderosas urbes, sus fértiles campos de cultivo y su próspero comercio, su enorme riqueza y su floreciente cultura se hundió en el océano, hace largos siglos, se llevó al fondo de las aguas a

todos sus habitantes, salvo a un puñado de colonos que trabajaban en las inmensas minas de oro del África central. De ellos, de sus despreciables esclavos y, posteriormente, del mestizaje con sangre antropoide descendían los sarmentosos hombres de Opar. Un extraño capricho del destino, sin embargo, ayudado por la selección natural, quiso que la raza original se mantuviese pura y sin degradar a través de las mujeres descendientes de la única princesa de la casa real de la Atlántida que se hallaba en Opar cuando sobrevino la gran catástrofe. Y esa princesa era ahora La.

Consumida por una ira que mantenía su ánimo al rojo vivo, con el corazón convertido en ardoroso volcán, la suma sacerdotisa era una masa de hirviente lava de odio hacia Tarzán de los Monos. El celo de la religiosa fanática que ha visto profanado su altar se veía triplicado por el furioso resentimiento de la mujer despechada. Por dos veces había puesto su corazón a los pies de aquel hombre-mono semejante a un dios y en ambas él lo había rechazado. La se consideraba hermosa… Y lo era, no sólo conforme a los cánones de belleza de la prehistórica Atlántida; de acuerdo con las normas estéticas de la época actual también era una criatura físicamente perfecta. Antes de que Tarzán apareciese en Opar por primera vez, La no había visto más representantes varones del género humano que los grotescos y anatómicamente retorcidos individuos de su pueblo. A menos que el destino se mostrase clemente y llevara otros hombres a Opar, La tendría que desposarse tarde o temprano con uno de los sacerdotes para que no se interrumpiera la línea de descendencia directa de sumas sacerdotisas. Con anterioridad a la primera visita de Tarzán, a La ni siquiera se le había pasado por la imaginación la idea de que existieran hombres como él, porque sólo había visto a los horribles adefesios humanos de Opar y a los machos de la tribu de grandes antropoides que desde épocas inmemoriales residían en el recinto amurallado y sus alrededores. Esos simios llevaban allí tanto tiempo que los oparianos habían llegado a considerarlos poco menos que iguales suyos. Entre las leyendas de Opar había relatos que hablaban de hombres como dioses de las eras remotas y de hombres negros que se presentaron posteriormente; pero a estos últimos se les tenía por enemigos que mataban y robaban. Y las leyendas aludían también a la esperanza de que, algún día, aquel continente sin nombre que era la cuna de su raza, volvería a surgir del mar y sus habitantes enviarían galeras adornadas con tallas de oro y largos bancos ocupados por esclavos galeotes; naves que acudirían en auxilio de

los colonos que llevaban exiliados tanto tiempo.

La llegada de Tarzán había despertado en el pecho de la suma sacerdotisa de Opar la loca esperanza de que por fin estaba a punto de cumplirse la vieja profecía. Pero aún con más fuerza encendió el fuego del amor en un corazón que jamás hubiera conocido lo que significaba realmente una pasión avasalladora, porque un ser tan maravilloso como ella nunca se habría enamorado de ninguno de aquellos repelentes sacerdotes de Opar. La costumbre, el deber y el fervor o la entrega religiosa podrían imponerle tal unión, pero por parte de La no habría el más leve asomo de amor. La nació y se desarrolló hasta convertirse en mujer como una criatura fría y sin corazón, descendiente de un millar de otras mujeres hermosas, frías y sin corazón que nunca conocieron el amor. De modo que cuando el amor se presentó ante ella liberó en su pecho todas las pasiones reprimidas en el alma de miles de generaciones anteriores y transformó a La en un agitado y palpitante volcán de deseo. Volcán de deseo cuyo ardoroso fuego, al verse frustrado, transmutó la inmensa fuerza de cariño y ternura en otro volcán de odio y ansias de venganza.

En un estado de ánimo influido por tales condiciones capitaneaba La a su farfullante tropa, dispuesta a recuperar el símbolo de su alta dignidad y a vengarse cumplidamente del autor de la afrenta. De Werper no se preocupaba. La circunstancia de que el puñal de los sacrificios estuviese en la mano del belga cuando desapareció de Opar no había despertado en el cerebro de La ninguna idea de venganza contra él. Desde luego, lo matarían en cuanto los capturasen, pero esa muerte no produciría ningún placer a la suma sacerdotisa, ella sólo se regocijaba paladeando con antelación los sufrimientos que iba a padecer Tarzán en su agonía. Era obligatorio torturarlo. Su muerte debía ser lenta y terrible. Tenía que recibir un castigo a tono con la inmensidad del crimen cometido. Arrebató por la fuerza a La el cuchillo sagrado. Había puesto sus manos sacrílegas sobre la persona de la suma sacerdotisa del Dios Flamígero. Había profanado el templo y el altar. Por todo ello debía morir. Pero es que también había despreciado el amor de La, la mujer, y por ello debía sufrir una muerte espantosa, entre horribles torturas.

La expedición de La y sus sacerdotes no estuvo exenta de percances. Nada acostumbrados a caminar por la selva, puesto que rara vez se aventuraban más allá de las derruidas murallas de Opar, disponían, sin embargo, de la protección que les procuraba el ser tantos y eso fue lo que

les permitió llegar tan lejos, sin sufrir incidentes fatales, en su seguimiento de las huellas de Werper y Tarzán. Los acompañaban tres grandes simios, que eran los encargados de rastrear la pista de la presa, tarea que quedaba muy lejos de las capacidades de los oparianos. La iba al mando. Establecía la orden de marcha, elegía los puntos de acampada, decidía el momento de detenerse para descansar y la hora de reanudar la marcha y aunque era bastante inexperta en tales cuestiones, su inteligencia natural estaba tan por encima del nivel de los hombres y de los monos que formaban la expedición que lo hacía muchísimo mejor de como lo hubiese hecho cualquiera de ellos. Era también un jefe tiránico, porque sólo sentía desprecio y aborrecimiento por las deformes criaturas entre las que la había arrojado el cruel destino y desahogaba duramente sobre ellas su insatisfacción y la frustración de su amor despechado. Todas las noches los obligaba a levantar un fuerte muro protector y a mantener encendida una gran hoguera desde el anochecer hasta el alba. Cuando se cansaba de andar les ordenaba que cargasen con ella, que la llevaran en una litera improvisada. Nadie se atrevía a poner en tela de juicio su autoridad ni su derecho a tal prerrogativa. Lo cierto era que nadie protestaba por nada. Para ellos, La era una diosa, todo el mundo la adoraba y cada uno confiaba esperanzado en que lo eligiese a él por compañero, así que trabajaban como esclavos y soportaban estoicamente, sin un murmullo de queja, el lacerante látigo de su enojo y su habitualmente altanero desdén.

Caminaron durante muchas jornadas; los simios seguían fácilmente el rastro, a cierta distancia por delante del grueso de la expedición para avisar a tiempo a los demás en el caso de que surgiera algún peligro inminente. Durante un alto de mediodía, mientras descansaban tras cubrir una agotadora etapa de marcha, uno de los monos se levantó de pronto y olfateó el aire. Con un gruñido gutural indicó a todos que guardasen silencio y, al cabo de un instante, se alejó sin ruido, avanzando contra el viento a través de la jungla. La y sus sacerdotes se agruparon sin pronunciar palabra; los horripilantes hombrecillos acariciaron las estacas y armas blancas mientras aguardaban el regreso del peludo antropoide.

No tuvieron que esperar mucho antes de verle salir de entre las frondosas ramas de unos arbustos. Se acercó a ellos, se fue directo a La y, en el lenguaje de los grandes monos, que era también el lenguaje de la decadente Opar, le informó:

—El gran tarmangani está allí dormido —señaló hacia un lugar situado

más allá del punto por donde acababa de aparecer—. Podemos llegarnos a él y matarlo.

—No lo matéis —ordenó La en tono gélido—. Traedme al tarmangani vivo y sin causarle el menor daño. La venganza corresponde a La. ¡Id, pero sin hacer ruido!

Agitó las manos en un gesto que incluía a todos los miembros de su expedición.

La extraña partida se desplazó cautelosamente por la selva en pos del enorme simio, hasta que éste se detuvo, levantó una mano y señaló hacia arriba y un poco más adelante. Allí estaba la gigantesca figura del hombre-mono que, incluso en sueños, tenía agarrada con la mano una gruesa rama, mientras una de sus robustas y morenas piernas sobresalía por encima de otra. Tarzán de los Monos dormía como un tronco, con el estómago lleno, mientras soñaba con Numa, el león, Horta, el jabalí, y otros habitantes de la jungla. Las facultades del durmiente hombre-mono no percibieron indicio alguno de peligro… No vio las agazapadas formas velludas que le espiaban desde el suelo, debajo de donde se encontraba, ni los tres monos que treparon en silencio por el árbol para situarse a su lado.

La primera noticia que tuvo Tarzán de la amenaza que se cernía sobre él le llegó al recibir el impacto de tres cuerpos, cuando el trío de simios saltó sobre él y lo arrojaron al suelo. Aterrizó medio atontado. Sin darle tiempo para recuperarse, se precipitaron sobre él las fuerzas combinadas de los tres simios y de los cincuenta hombres peludos, o todos cuantos tuvieron sitio para participar en el ataque. El hombre-mono se convirtió automáticamente en el centro de un torbellino de bestialidad desatada, donde todo el mundo giraba, golpeaba y clavaba los dientes. Luchó con bravura, pero la superioridad numérica de sus enemigos era excesiva, aplastante. Poco a poco fueron dominándole, aunque apenas quedaría uno de aquellos contendientes que no sintiera sobre sí la potencia de los demoledores puñetazos o la fiereza desgarradora de las dentelladas de Tarzán.

CAPÍTULO XIII

CONDENADO A TORTURA Y MUERTE

LA HABÍA seguido a sus esbirros y al ver que mordían y arañaban a Tarzán se apresuró a ordenarles en voz bien alta que tuviesen cuidado, no fueran a matarlo. Observó que la resistencia del hombre-mono se debilitaba por momentos y que la superioridad numérica no iba a tardar en imponerse. No tuvo que esperar mucho para ver tendida a sus pies, indefensa y atada, a aquella formidable criatura de la selva.

—Llevadle al lugar donde nos habíamos detenido —decretó La.

Trasladaron a Tarzán a la pequeña explanada y lo arrojaron al suelo, al pie de un árbol.

—¡Construidme un cobertizo! —dispuso La—. Pernoctaremos aquí y mañana, ante el Dios Flamígero, La ofrecerá en sacrificio el corazón del blasfemo que ha profanado el templo. ¿Dónde está el cuchillo sagrado? ¿Quién se lo quitó?

Pero nadie lo había visto y todos estaban absolutamente seguros de que Tarzán no llevaba encima la daga de los sacrificios cuando lo capturaron. El hombre-mono contempló a los amenazadores individuos que le rodeaban y les dedicó un gruñido desafiante. Alzó los ojos hacia La y sonrió. Se manifestaba impávido ante la muerte.

—¿Dónde está el cuchillo? —le interrogó La.

—No lo sé —repuso Tarzán—. El otro hombre se lo llevó consigo cuando se marchó a escondidas durante la noche. Puesto que tienes tantas ganas de recuperarlo, a mí no me importaría ir en busca de ese sujeto, atraparlo, quitárselo y traértelo, pero no me es posible hacerlo porque me tenéis prisionero. Y como voy a morir, pues tampoco te lo puedo recuperar. De cualquier modo, ¿qué tenía de extraordinario tu cuchillo? Puedes fabricarte otro. ¿Nos habéis seguido durante todo este trayecto sólo para recobrarlo? Suéltame, iré en busca de ese hombre y te traeré el cuchillo.

La suma sacerdotisa emitió una amarga carcajada, porque en el fondo

de su corazón sabía que el pecado de Tarzán era mucho más grave que el robo del sagrado símbolo de Opar. Sin embargo, al ver al hombre-mono tendido a sus pies, atado y desvalido, las lágrimas afluyeron a sus ojos y tuvo que apartar la mirada. Pese a todo, se mantuvo inflexible en su determinación de hacerle purgar el delito mediante terribles sufrimientos, culminados al final por la muerte. Lo merecía por haberse atrevido a rechazar el amor de La.

Una vez construido el cobertizo, la suma sacerdotisa ordenó que trasladaran a Tarzán al interior de aquel refugio.

—Lo torturaré durante toda la noche —musitó a sus sacerdotes— y cuando asomen los primeros resplandores del alba podéis preparar el altar llameante donde se sacrificará su corazón como ofrenda al Dios Flamígero. Haced acopio de leña resinosa, apiladla en forma y tamaño similares al ara de Opar… En el centro del claro, para que el Dios Flamígero baje la mirada, contemple a gusto nuestra obra y se sienta complacido.

El resto del día lo dedicaron los sacerdotes de Opar a la tarea de erigir un altar en el centro del calvero. Y mientras trabajaban afanosamente, sus gargantas entonaban extraños himnos en el antiguo lenguaje del perdido continente que yace en el fondo del Atlántico.

Desconocían el significado de las palabras que pronunciaban, pero repetían el rito transmitido de preceptor a neófito desde las remotas fechas en que los antecesores del hombre de Piltdown aún se balanceaban sostenidos por su cola prensil en las húmedas selvas del territorio que hoy constituyen los condados ingleses de Sussex.

Dentro del cobertizo, La paseaba de un lado a otro junto al imperturbable hombre-mono. Tarzán se había resignado a su suerte. Ni el más leve rayo de posibilidad de ayuda se filtraba a través de la negrura de la sentencia de muerte suspendida sobre su cabeza. Sabía que a sus músculos les era imposible de todo punto romper las ligaduras que sujetaban sus muñecas y tobillos. Ya lo había intentado dos o tres veces, pero infructuosamente. No albergaba la menor esperanza de auxilio exterior y sólo enemigos le rodeaban en aquel campamento. Sin embargo, sonrió a La mientras la mujer paseaba nerviosa de un extremo a otro del refugio.

¿Y La? Acarició su cuchillo y bajó la mirada sobre su prisionero. Le fulminó con los ojos y murmuró algo, pero no descargó ningún golpe.

«Esta noche —pensó—. Esta noche, cuando la oscuridad lo haya

inundado todo de tinieblas, le torturaré». Admiró la perfección de aquel cuerpo semejante al de un dios y su hermoso y sonriente rostro, pero en seguida se endureció su corazón al recordar la humillación de su cariño despreciado, el sacrilegio cometido por aquel infiel al profanar el sagrado santuario de Opar y llevarse del sanguinolento altar las ofrendas dedicadas al Dios Flamígero… Y no una, sino tres veces. En tres ocasiones había defraudado Tarzán al dios de los padres de La. Al pensarlo, la suma sacerdotisa se arrodilló junto al hombre-mono. Empuñaba un afilado cuchillo. Aplicó la punta al costado del tarmangani y acentuó la presión de su diestra sobre el mango. Tarzán se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

Empuñaba un afilado cuchillo

¡Qué apuesto era! La se inclinó sobre él y le miró a los ojos. ¡Qué perfecta era su figura! La comparó con los cuerpos nudosos y retorcidos de los hombres entre los que ella debía elegir un consorte y se estremeció. El ocaso abrió el camino a la penumbra y ésta a la noche. En el interior de la *boma* de espinos habían encendido una gran hoguera. Las llamas ondulaban sobre el nuevo altar erigido en el centro del claro y su danza de luces y sombras despertó en la imaginación de la suma sacerdotisa del Dios Flamígero el cuadro del acontecimiento que iba a desarrollarse al amanecer del día siguiente. Vio aquella figura retorcerse entre las llamas de la ardiente pira. Vio abrasarse, ennegrecidos, aquellos labios sonrientes, que se desprendían a trozos y se separaban de la fuerte y blanca dentadura. Vio desaparecer, consumida por una llamarada, la negra cabellera que coronaba la espléndida cabeza de Tarzán. Vio aquellas y vio otras muchas imágenes no menos atroces mientras permanecía allí, junto al objeto de su odio, con los párpados cerrados y los puños apretados… ¡Ah! Pero ¿era realmente odio lo que sentía La, suma sacerdotisa de Opar?

Las negruras de la noche de la selva se habían enseñoreado del campamento. Sólo aliviaban aquella densa oscuridad los resplandores esporádicos de la fogata, que los hombres mantenían encendida para mantener a distancia a los devoradores de hombres. Tarzán yacía tranquilamente en el suelo, bien sujeto por sus ligaduras. Tenía sed y las cuerdas se le habían hundido en la carne de las muñecas y los tobillos, pero no emitió un solo quejido. Tarzán era una fiera de la selva, con el estoicismo de los animales y la inteligencia del hombre. Se daba perfecta cuenta de que ya habían dictado su sentencia y de que ningún alegato ni súplica atenuaría el rigor de su ineludible fin, de modo que no perdió tiempo con súplicas. Aunque, eso sí, aguardaba pacientemente, con la fume convicción de que los sufrimientos no se prolongarían eternamente.

En la oscuridad, La se inclinó sobre él. Llevaba en la mano el afilado cuchillo y en el cerebro la determinación de iniciar la tortura sin más dilación. El puñal se apretaba contra el costado del tarmangani y el semblante de la suma sacerdotisa estaba muy cerca del de Tarzán, cuando la súbita llamarada de unas ramas que reavivaron la fogata inundó de claridad momentánea el interior del cobertizo. La vio las hermosas facciones de aquel dios de los bosques muy cerca de sus labios y en su corazón de mujer se elevó la oleada del inmenso amor que Tarzán había

despertado en ella desde la primera vez que lo vio, impulsado por toda la pasión acumulada en su pecho durante los años que llevaba soñando con él.

Con la daga en la mano, la suma sacerdotisa La se irguió sobre la indefensa criatura que osó violar el santuario de la divinidad. No habría tortura…, sólo muerte instantánea. El profanador del templo no deshonraría por más tiempo la vista del dios omnipotente. Un solo golpe de aquella hoja y luego se arrojaría el cadáver a la pira llameante. El brazo armado con el cuchillo se alzó, tensos los músculos, listo para descargar el golpe de gracia… Y entonces, La, la mujer, se desplomó, sin fuerzas, sobre el cuerpo del hombre que había inflamado su amor.

Deslizó las manos por la carne desnuda, en silenciosa caricia, y sembró de arrebatados besos la frente, los ojos y los labios de Tarzán. Le cubrió con su propio cuerpo como si tratara de protegerle del horrible destino al que ella misma le había condenado y con voz lastimera y temblorosa imploró el cariño de Tarzán. El frenesí de la pasión dominó durante horas a la encendida servidora del Dios Flamígero, hasta que, finalmente, el sueño la venció y la dejó sumida en la inconsciencia al lado del hombre al que había jurado martirizar y sacrificar. Y Tarzán, ajeno a toda preocupación sobre el futuro, dormía apaciblemente abrazado por La.

Despertó a Tarzán la cantinela con que los sacerdotes de Opar saludaron la aparición de los primeros albores de la aurora. Una polifonía que empezaba en tono bajo y suave, para luego ir aumentando su volumen y transformarse en claro diapasón de bárbara sed de sangre. La se removió. Su bien torneado brazo acercó más a Tarzán contra su cuerpo… En los labios de la mujer se dibujó una sonrisa de felicidad y entonces se despertó. Poco a poco, la sonrisa fue desvaneciéndose y los ojos se le abrieron desmesuradamente cuando empezó a infiltrarse en su entendimiento el espantoso significado de aquel cántico de muerte.

—¡Quiéreme, Tarzán! —exclamó—. ¡Quiéreme y te salvaré!

Las ligaduras laceraban a Tarzán. Sufría la tortura de la falta de circulación sanguínea, tantas horas ocluida. Emitió un gruñido de disgusto y dio la espalda a La. ¡Aquella era su respuesta a la suma sacerdotisa! La se puso en pie de un salto. El abrasador sonrojo de la vergüenza cubrió sus mejillas, por las que inmediatamente se extendió una palidez mortal, al tiempo que se encaminaba a la puerta del cobertizo.

—¡Acudid, sacerdotes del Dios Flamígero! —convocó—. ¡Preparaos para llevar a cabo el sacrificio!

Los sarmentosos individuos se acercaron y entraron en el cobertizo. Levantaron del suelo a Tarzán y, al compás cadencioso de su cántico de sangre y muerte, lo balancearon sobre sus retorcidos cuerpos, camino del improvisado altar. La iba tras ellos, contoneándose también, pero sin seguir el ritmo de la cantinela. Tenso y pálido aparecía el semblante de la suma sacerdotisa, impresionada por el espantoso suceso que iba a desarrollarse de modo inminente. A pesar de ello, La se mantenía firme en su determinación. ¡El impío debía morir! La muerte en el altar sanguinolento era el precio que tenía que pagar por haber despreciado su amor. Vio a los sacerdotes colocar el soberbio cuerpo de la víctima sobre las ásperas ramas. Vio al sumo sacerdote, el hombre con el que según la costumbre tendría que unirse en matrimonio —un ser contrahecho, retorcido, sarmentoso, canijo, esperpéntico—, avanzar con la antorcha encendida en la mano y detenerse a la espera de que La le diese la orden de aplicar la llama de la antorcha a los haces de leña menuda que circundaban la pira del sacrificio. El peludo rostro del sacerdote se contraía mientras enseñaba sus dientes amarillentos en una sonrisa de anticipado placer. Sus manos ya formaban el hueco en el que recibiría la sangre de la víctima… el rojo néctar que en Opar hubiera llenado las áureas copas de los sacrificios.

La se acercó con el cuchillo en alto, alzado el semblante hacia el sol que empezaba a elevarse en el cielo, al tiempo que sus labios pronunciaban una oración dedicada a la abrasadora divinidad de su pueblo. El sumo sacerdote le dirigió una mirada interrogadora, la tea se había consumido hasta casi llegarle a la mano y los haces de leña estaban tentadoramente próximos. Tarzán cerró los párpados y aguardó el final. Sabía que iba a sufrir, porque recordaba borrosamente quemaduras padecidas en otros momentos de su vida. Tenía plena conciencia de que iba a sufrir y a morir, pero no se inmutó. La muerte no constituye ninguna gran aventura para quienes han nacido en la selva, seres que caminan diariamente codo con codo con su torvo espectro y se acuestan a su lado durante la noche, a lo largo de todos los años de su existencia. Es harto dudoso que el hombre-mono hubiese filosofado especulativamente alguna vez acerca de lo que encontraría después de la muerte. En realidad, mientras se acercaba el fin el cerebro de Tarzán estaba pensando en las bonitas piedras que había perdido, lo que tampoco era óbice para que sus facultades percibiesen al mismo tiempo cuanto ocurría a su alrededor.

Sintió que La se agachaba sobre él y abrió los ojos. Vio el pálido y

tenso rostro de la suma sacerdotisa y las lágrimas que cegaban sus ojos.

—¡Tarzán! ¡Mi Tarzán! —gimió—. Dime que me quieres… que vas a volver a Opar conmigo… y conservarás la vida. Afrontaré las iras de mi pueblo, pero te salvaré. Es la última oportunidad que te concedo. ¿Qué me respondes?

En el último momento, la mujer triunfaba sobre la suma sacerdotisa del culto inhumano. La vio encima del ara al único ser que había encendido el fuego del amor en su pecho virginal. Vio el rostro bestial del fanático que algún día iba a ser su cónyuge, a menos que encontrase otro menos repulsivo; el sumo sacerdote tenía presta la antorcha ante la pira. Con toda su demencial pasión hacia el tarmangani, sin embargo, La estaba dispuesta a dar la orden de que se aplicase la llama a la leña, en el caso de que la contestación definitiva de Tarzán no fuese satisfactoria. El pecho de la suma sacerdotisa se agitaba, palpitante, mientras la mujer se inclinaba sobre el hombre-mono.

—¿Sí o no? —susurró.

A través de la jungla, desde una distancia lejanísima, llegó débilmente un sonido que encendió súbitamente una lucecita de esperanza en los ojos de Tarzán. Elevó la voz en un extraño alarido que hizo retroceder a La un par de pasos. Impaciente, el sacerdote emitió un gruñido, se cambió de mano la antorcha, a la vez que acercaba la llama a las ramitas de la base de la pira.

—¡Contesta! —insistió La—. ¿Qué respondes al amor de La de Opar?

El ruido que había atraído la atención de Tarzán sonó más cerca y ahora lo oyeron los otros: era el estridente barrito de un elefante. Cuando los desorbitados ojos de La se clavaron en el rostro de Tarzán, para leer en su expresión el destino de felicidad o desdicha que le aguardaba a ella, vio en los rasgos del hombre-mono la sombra de la preocupación. Entonces, por primera vez, La adivinó el significado del agudo alarido de Tarzán: ¡había llamado a Tantor, el elefante, para que acudiera en su ayuda! El entrecejo de la suma sacerdotisa se frunció con salvaje determinación.

—¡Rechazas a La! —chilló—. ¡Muere, pues! —Se volvió hacia el sumo sacerdote, mientras ordenaba—: ¡La antorcha!

Tarzán levantó la mirada hacia el semblante de La.

—Tantor viene hacia aquí —anunció—. Creí que me rescataría, pero su voz me ha indicado que me matará a mí, a ti y cuantos encuentre a su paso, y buscará con la astucia de Sheeta, la pantera, a todos los que intenten

esconderse de él, porque Tantor está enloquecido, la locura del amor se ha apoderado de él.

La conocía muy bien la demencial ferocidad de un elefante macho encelado. Comprendió que Tarzán no exageraba. Sabía muy bien que el demonio que anidaba en el astuto y cruel cerebro de aquella mole animal podía impulsarlo a errar demoledoramente de un lado a otro de la jungla en busca de los que hubiesen escapado a su primera embestida, aunque igual podía pasar de largo sin molestarse en volver. Era imposible adivinar su comportamiento.

—No puedo quererte, La —articuló Tarzán en voz baja—. No sé por qué, puesto que eres muy hermosa. No podría volver a Opar y quedarme a vivir allí… Mi hogar es la selva en toda su extensión. No, no puedo amarte, pero tampoco puedo verte morir bajo los sanguinarios colmillos del endemoniado Tantor. Corta mis ligaduras antes de que sea demasiado tarde. Casi lo tenemos encima. Córtalas y aún podré salvarte.

De una parte del borde de la pira se elevaba ya una pequeña espiral de humo. Las llamas lamían ya la leña y empezaban a crepitar. Inmóvil como una preciosa estatua de desesperación, La miraba a Tarzán y a las llamas que cobraban fuerza y se elevaban voraces. Tardarían muy poco en alcanzar al hombre-mono. De la enmarañada espesura del bosque llegó el estrépito de ramas quebradas y troncos abatidos. Tantor se precipitaba sobre ellos, como un irresistible monstruo destructor. Los sacerdotes empezaron a dar muestras de temerosa inquietud. Lanzaban miradas aprensivas en la dirección por la que se aproximaba el elefante. Luego se quedaron mirando a La.

—¡Huid! —les ordenó la suma sacerdotisa.

A continuación se agachó junto al prisionero y cortó las cuerdas que inmovilizaban sus pies y sus manos. Al instante, Tarzán había saltado al suelo. Los sacerdotes manifestaron a gritos su cólera y decepción. El que empuñaba la antorcha avanzó un paso hacia La y el hombre-mono.

—¡Traidora! —acusó a la mujer—. ¡Por esto, tú también morirás!

Enarboló la estaca y se lanzó sobre la suma sacerdotisa, pero Tarzán ya se había situado protectoramente delante de ella. El hombre-mono dio un salto, agarró la tranca y se la arrancó de la mano al furibundo fanático; el sacerdote se abalanzó entonces sobre él, con los dientes y las uñas por delante, dispuestos a entrar en acción. Las poderosas manos de Tarzán cogieron el cuerpo achaparrado, lo levantaron en peso en toda la extensión

de los brazos y lo arrojaron contra el grupo compuesto por los oparianos, que se habían congregado para atacar en masa al hasta momentos antes su prisionero. La se mantuvo detrás de Tarzán, soberbia y altiva, con el puñal en la mano. En su semblante no se apreciaba el más leve asomo de temor; en su mente sólo había arrogante desdén hacia sus sacerdotes y abierta admiración hacia el hombre al que tan desesperanzadamente amaba.

Irrumpió de pronto en la escena el enloquecido macho, un colosal proboscidio de impresionantes colmillos y ojos inflamados de furor demencial. El terror mantuvo momentáneamente paralizados a los sacerdotes, pero Tarzán se revolvió, rápido, cogió a La en brazos y salió disparado en dirección al árbol más cercano. Tantor se precipitó tras él, sin dejar de emitir agudos barritos. La aferraba con ambos brazos el cuello del hombre-mono. Notó que Tarzán saltaba en el aire y se maravilló de la habilidad y la potencia física de aquel ser, capaz de tal proeza cargado con el peso de ella. Ágilmente, Tarzán ascendió por la enramada de un árbol gigantesco y llegó a la altura suficiente para quedar fuera del alcance de la sinuosa trompa del paquidermo.

Al verse instantáneamente defraudado, el inmenso elefante volvió grupas y se precipitó sobre los desventurados sacerdotes, a los que les faltó tiempo para dispersarse empavorecidos en todas direcciones. El proboscidio atravesó con los colmillos al primero que se puso a su alcance y luego lo arrojó a las ramas de un árbol. Enlazó a otro con la trompa y lo estrelló contra el tronco de otro árbol. Abandonó aquel cuerpo convertido en pulpa para, siempre lanzando barritos, abalanzarse sobre otro sacerdote. Aún tuvo tiempo de aplastar a otros dos oparianos bajo sus enormes patas, antes de que los demás desapareciesen en la selva. Tantor proyectó entonces de nuevo su atención sobre Tarzán, ya que uno de los síntomas de la locura es la subversión del afecto: los objetos de sano cariño se convierten en objetos de odio demencial. En los anales no escritos de la jungla era proverbial el afecto que existía entre el hombre-mono y la tribu de Tantor. En toda la selva, ningún elefante se atrevería a causar daño al tarmangani, el mono blanco; pero atacado por la locura del celo, el enorme macho intentaba por todos los medios destrozar al que durante tantos años fue su compañero de juegos.

Tantor, el elefante, regresó hacia el árbol entre cuyas ramas altas se había refugiado Tarzán con La. El formidable animal se levantó sobre los cuartos traseros, apoyó las patas delanteras en el tronco del árbol y estiró

cuanto pudo su larga trompa en dirección a la pareja. Pero Tarzán ya había calculado la longitud de aquel apéndice y se encontraba a suficiente altura como para que no llegase a ellos. El fracaso de su intento no hizo más que aumentar la furia de la desquiciada criatura. Mugió, barritó, ululó, trompeteó hasta estremecer el suelo con el volumen de su estruendo. Apoyó la cabeza en el tronco y empujó con todas sus impresionantes fuerzas; pero el árbol resistió.

Los actos de Tarzán eran singulares en extremo. De haber sido Numa, Sabor, Sheeta o cualquiera otra fiera de la selva quien intentase destruirle, el hombre-mono hubiese bailoteado burlonamente, mientras lanzaba proyectiles y pullas al atacante. Lo habría insultado e incordiado cuanto hubiese podido, disfrutando con aquel lenguaje de la jungla que conocía tan a fondo. Pero en aquellos momentos se mantuvo silencioso, sentado fuera del alcance de Tantor, con una expresión de profunda tristeza y compasión en su rostro bien parecido, porque entre todos los animales que poblaban la selva al que más quería Tarzán era a Tantor. Aunque hubiera podido matarlo, al hombre-mono ni siquiera se le habría pasado por la cabeza semejante idea. En lo único que pensaba era en escapar de aquella situación, porque sabía que, una vez se le pasara aquel arrebato de celo, Tantor recobraría su cordura y, de nuevo, él, Tarzán, podría tenderse cuan largo era sobre el poderoso lomo del paquidermo y derramar retahílas y retahílas de tonterías en aquellas enormes y aleteantes orejas.

En vista de que el árbol no parecía dispuesto a derrumbarse ante sus empujones, Tantor todavía se enfureció más. Alzó la mirada hacia las dos personas situadas tan por encima de él y sus pupilas centellearon con sañuda animosidad en el fondo de las ojeras color rojo sangre. Enrolló la trompa en el tronco, separó las patas, firmemente plantadas en el suelo, y tiró con todas sus fuerzas, dispuesto a arrancar de cuajo aquel gigante de la selva. Tantor era una criatura inmensa, un macho enorme, en la primavera de la vida y dotado de un vigor impresionante. Continuó con sus esfuerzos hasta que, con gran consternación por parte de Tarzán, las raíces de aquel árbol colosal empezaron a darse por vencidas. El suelo se levantó, formando pequeños montículos y ondulaciones alrededor de la base del tronco. El árbol se inclinó… En cuestión de minutos se vería desarraigado y se desplomaría.

El hombre-mono se echó a la suma sacerdotisa a la espalda y, en el instante en que el árbol empezaba a perder la verticalidad y a inclinarse

poco a poco, antes de que se produjera el chasquido final y se viniera abajo, Tarzán saltó a las ramas de un vecino de menor tamaño. Fue un salto largo y peligroso. La cerró los ojos y se estremeció asustada. Pero cuando volvió a levantar los párpados comprobó que estaba a salvo y que Tarzán, cargado con ella, se desplazaba a través de la selva. A su espalda, el monumental gigante del bosque, arrancado de cuajo, se derrumbó pesada y estrepitosamente, arrastrando en su caída a otros árboles más pequeños. Y Tantor, al darse cuenta de que se le había escapado la presa, reanudó el escalofriante concierto de sus barritos y emprendió una rápida persecución, tras el rastro de Tarzán y la suma sacerdotisa.

Enlazó a otro con la trompa…

CAPÍTULO XIV

SACERDOTISA PERO TAMBIÉN MUJER

AL PRINCIPIO, La mantuvo los ojos cerrados y continuó aferrada a Tarzán, presa del pánico, aunque no dejó escapar ningún grito. Sin embargo, no tardó en reunir el suficiente valor para levantar los párpados, hacerse cargo de la situación e incluso mantener los ojos abiertos durante los largos y peligrosos saltos a través del espacio, de un árbol a otro. En seguida experimentó una seguridad poco menos que absoluta, inducida por su confianza en la perfecta condición física del hombre de cuya fuerza, agilidad y arrojo dependía su destino. Alzó una vez la mirada hacia el ardiente sol y en voz baja dedicó una plegaria de reconocimiento al dios pagano. Tras darle las gracias por no haberla permitido acabar con aquel hombre de aspecto divino, las pestañas de la suma sacerdotisa se llenaron de lágrimas. La de Opar era una extraña anormalidad, una criatura fruto de determinadas circunstancias, desgarrada por emociones contrapuestas. Un ser cruel, creado por un dios despiadado, que de pronto se transformaba en una mujer enternecida, plena de compasión y delicadeza. Unas veces encarnación de los celos y el ansia de venganza y otras doncella sollozante, generosa e indulgente. Virginal y voluptuosa al mismo tiempo, pero siempre mujer. Así era La.

Oprimió la mejilla contra el hombro de Tarzán. Luego volvió la cabeza despacio hasta que sus cálidos labios quedaron sobre la carne de su salvador. Amaba a aquel hombre y hubiera dado la vida gustosamente por él, aunque apenas una hora antes se había mostrado dispuesta a hundir un cuchillo en su corazón y tal vez volviera a desear hacerlo antes de que transcurriese una hora.

Uno de los sacerdotes tuvo la desgracia, mientras buscaba refugio en la selva, de aparecer a la vista del furibundo Tantor. La enorme bestia se desvió lateralmente, se abalanzó sobre el poco agraciado hombrecillo, lo quitó de en medio con una sacudida de la trompa, volvió a tomar el camino

que llevaba antes y se alejó hacia el sur. Al cabo de unos minutos hasta el ruido de sus barritos se había perdido en la distancia.

Tarzán descendió al suelo y La se deslizó por su espalda y echó también pie a tierra.

—Llama a tu pueblo. Reúnelos de nuevo —dijo Tarzán.

—Me matarán —replicó La.

—No te matarán —le contradijo el hombre-mono—. Nadie va a matarte mientras Tartán de los Monos esté aquí. Convócalos y hablaremos con ellos.

La suma sacerdotisa elevó la voz, que en un tono extrañamente atiplado se difundió por la selva en todas direcciones. Llegaron las respuestas, próximas y lejanas, de los sacerdotes de Opar, emitidas como ladridos.

—¡Ya vamos! ¡Ya vamos!

Una y otra vez, La repitió su llamada hasta que, individualmente o por parejas, la mayoría de sus acólitos habían llegado y se encontraban a escasa distancia de la suma sacerdotisa y del hombre-mono. Los oparianos no parecían estar de muy buen talante; su fruncido ceño era más bien amenazador. Cuando todos estuvieron congregados allí, Tarzán les dirigió la palabra.

—Vuestra suma sacerdotisa La está sana y salva —declaró el hombre-mono—. De haberme matado, ella también habría muerto, lo mismo que muchos más de vosotros, pero ella me perdonó la vida y eso me permitió salvar la suya. Regresad con ella a Opar y Tarzán volverá de nuevo a la selva. Dejad que siempre haya paz entre Tarzán y La. ¿Qué respondéis?

Los sacerdotes rezongaron y sacudieron la cabeza. Conferenciaron entre sí y Tarzán y La se dieron cuenta de que no se sentían nada inclinados a aceptar la propuesta. No querían llevarse a La de regreso, sino que deseaban acabar el sangriento rito y sacrificar a Tarzán en ofrenda al Dios Flamígero. Al cabo de un rato, el hombre-mono manifestó su impaciencia.

—Cumpliréis las órdenes de vuestra reina —dijo— y volveréis a Opar con ella. Si no obedecéis a La, Tarzán de los Monos convocará a todas las fieras de la selva y os destrozarán vivos. La me salvó la vida y yo puedo salvar la vuestra y la de ella. Os he servido mucho mejor vivo de lo que hubiera podido hacerlo muerto. Si no sois un hatajo de insensatos, me dejaréis seguir, mi camino en paz y regresaréis a Opar con vuestra suma sacerdotisa. Ignoro dónde está vuestro cuchillo sagrado, pero podéis fabricaros otro. Si no se lo hubiera arrebatado a La, me habríais matado,

por lo que ahora vuestro dios debe estar contento de que me lo llevara puesto que he salvado a la suma sacerdotisa del enloquecido y encelado Tantor. ¿Queréis volver a Opar con La y prometerme que no le causaréis daño alguno?

Los sacerdotes se congregaron de nuevo para celebrar un conciliábulo no exento de discusiones. Se golpearon el pecho con los puños, alzaron las manos y los ojos hacia su iracundo dios, gruñeron y se ladraron unos a otros, hasta que a Tarzán se le hizo evidente que sólo uno de ellos era contrario a su proposición e impedía que los demás la aceptasen. Se trataba del sumo sacerdote, cuyo corazón sin duda rebosaba celos y rabia porque La había manifestado claramente su cariño hacia el forastero, cuando según las costumbres de su religión tanto La como el cariño del corazón de la suma sacerdotisa debían corresponderle a él, sumo sacerdote del Dios Flamígero. Al parecer, aquel problema no tenía solución, hasta que por último, otro sacerdote dio un paso al frente, levantó la mano y se dirigió a La.

—Cadj, el sumo sacerdote —anunció—, os sacrificaría a ambos como ofrenda al Dios Flamígero, pero a todos nosotros, salvo a Cadj, nos alegraría volver a Opar con nuestra reina.

—Sois muchos contra uno —habló Tarzán—. ¿Por qué no podéis imponer vuestra voluntad? Volved a Opar con La y si Cadj trata de impedíroslo, matadle.

Los sacerdotes de Opar acogieron la sugerencia con ruidosos gritos de aprobación. Fue para ellos algo así como una idea inspirada por la propia divinidad. La influencia de siglos y siglos de obediencia ciega al sumo sacerdote había conseguido que les resultase imposible poner su autoridad en tela de juicio. Pero cuando comprendieron que podían imponerle la voluntad de la mayoría, se sintieron contentísimos como niños con juguetes nuevos.

Se precipitaron sobre Cadj y lo sujetaron. Le hablaron al oído, en tono ominoso. Le amenazaron con estacas y armas blancas hasta que acabó por plegarse a las exigencias del grupo, aunque de mala gana y con gesto torvo. Tarzán se acercó al grupo y se plantó delante de Cadj.

—Sumo sacerdote —declaró—, La va a volver a su templo bajo la protección de sus acólitos y con la promesa, por parte de Tarzán de los Monos, de que éste matará a quienquiera que se atreva a hacerle daño. Tarzán se presentará en Opar antes de la siguiente estación de lluvias y si

algo le ha ocurrido a La, ¡ay de Cadj, el sumo sacerdote, que tendrá que responder de ello!

De mala gana, Cadj se comprometió a no hacer ningún daño a su reina.

—¡Protegedla! —ordenó Tarzán a los otros oparianos—. Protegedla a fin de que cuando Tarzán vuelva a visitar Opar la encuentre allí para recibirle.

—¡La estará allí para recibirte! —exclamó la suma sacerdotisa—. Y La esperará anhelante, siempre anhelante, tu llegada. ¡Oh, Tarzán, dime cuándo volverás junto a La!

—¿Quién lo sabe? —repuso el hombre-mono.

Se adentró rápidamente entre los árboles y se alejó corriendo en dirección este.

La permaneció unos segundos inmóvil, contemplando su marcha. Luego agachó la cabeza, sus labios dejaron escapar un suspiro y, como una anciana, echó a andar cansinamente hacia la lejana Opar.

Tarzán de los Monos corrió entre los árboles hasta que la oscuridad de la noche cayó sobre la selva. Entonces se echó a dormir, sin pensar para nada en lo que pudiera acarrearle el día siguiente y sin que en el fondo de su conciencia se agitase siquiera la sombra de un recuerdo de La.

A unas cuantas jornadas de distancia, por el norte, lady Greystoke soñaba esperanzada y anhelante el amanecer del día en que su formidable esposo descubriese el crimen cometido por Ahmet Zek y acudiera rápidamente a rescatarla y a vengar la afrenta. Y mientras la señora se imaginaba la aparición de John Clayton, el protagonista de sus pensamientos estaba en cuclillas, casi desnudo, junto a un tronco caído, debajo del cual sus sucios dedos tanteaban el suelo en busca de algún orondo escarabajo o gusano con el que regalarse el paladar.

Transcurrieron dos días, a raíz de la desaparición de las joyas, antes de que Tarzán volviera a pensar en ellas. Luego, al irrumpir en su cerebro, despertaron en Tarzán el deseo de jugar de nuevo con aquellas piedras, ya que no tenía nada mejor que hacer que darse cualquier capricho que se le antojara. Se levantó y echó a andar por la llanura que se extendía a partir del bosque en el que pasó todo el día anterior.

Aunque ninguna señal indicaba el punto donde estuvieron enterradas las joyas y aunque el paraje era prácticamente idéntico al resto del terreno, en una extensión de varios kilómetros de longitud, donde las cañas marcaban el final de la planicie, el hombre-mono se encaminó en derechura

y con certera precisión al lugar donde había escondido su tesoro.

Con el cuchillo de monte removió y levantó la tierra suelta, debajo de la cual tenía que encontrarse la bolsa, pero aunque profundizó bastante, llegando mucho más abajo del fondo del hoyo original, no encontró allí ni rastro de la bolsa de las joyas. Al descubrir que le habían arrebatado su tesoro, Tarzán frunció el ceño tempestuosamente. No necesitó grandes razonamientos deductivos para determinar la identidad del culpable y con la misma rapidez con que adoptó la decisión de desenterrar las piedras preciosas, emprendió la persecución del ladrón, siguiendo sus huellas.

El rastro tenía ya dos días y en muchos puntos se había borrado casi del todo, pero ello no fue obstáculo para que Tarzán lo siguiera con relativa facilidad. Un hombre blanco normal no habría podido avanzar veinte pasos tras las huellas doce horas después de que las hubieran dejado, y un negro habría perdido la pista antes de cubrir los primeros mil quinientos metros, pero a Tarzán de los Monos las circunstancias le obligaron en la niñez a desarrollar facultades y sentidos que un mortal corriente apenas utiliza nunca.

Notamos el olor a ajos y a whisky en el aliento de un pasajero del autobús que vaya frente a nosotros o las emanaciones del perfume barato con el que se haya perfumado la señora que esté sentada a nuestro lado, y en tales casos lamentamos tener una pituitaria tan sensible, pero en realidad nuestra capacidad olfativa es mínima en comparación con lo desarrollado que tienen ese sentido los animales de los territorios salvajes.

Allí donde posamos nuestras plantas, el efluvio que dejamos perdura un lapso considerable. Esa emanación está fuera del alcance de nuestra capacidad perceptiva, mas para los miembros de las especies inferiores, en especial para los cazadores y para las piezas, resulta más interesante y con frecuencia más patente que para nosotros una página impresa.

Tarzán no disponía ahora sólo de su sentido del olfato. Las necesidades de la existencia primitiva que llevó anteriormente habían desarrollado de manera fabulosa su vista y su oído, porque la misma supervivencia diaria dependía de un permanente estado de vigilancia y de la práctica continua de todas sus facultades.

De modo que siguió el viejo rastro que había dejado el belga a través de la jungla, en dirección norte. Sin embargo, como el paso del tiempo debilitó las huellas, Tarzán no pudo avanzar todo lo rápidamente que hubiera querido. Cuando el hombre-mono emprendió la persecución, el hombre tras

el que iba le llevaba ya dos días de delantera, y cada jornada aún le sacaba algo más de ventaja. No obstante, Tarzán estaba absolutamente seguro de que a la larga acabaría alcanzándolo. Tarde o temprano, caería sobre su presa y, en tanto llegaba ese momento, podía tomarse las cosas con tranquilidad. Siguió tenazmente aquel débil rastro, sin prisa pero sin detenerse más que para cazar y alimentarse. Y para dormir y descansar por la noche.

En ocasiones avistaba alguna que otra partida de guerreros salvajes, pero evitaba cruzarse con ellos, porque el propósito de su persecución no le permitía distraerse con cuestiones secundarias.

Aquellos grupos de guerreros eran parte de las tribus de waziris y aliados suyos a los que Basuli había avisado mediante la serie de mensajeros que envió en todas direcciones. Acudían a un punto de cita en el que se concentrarían todos para preparar el asalto definitivo a la fortaleza de Ahmet Zek. Sin embargo, para Tarzán eran enemigos: su memoria no guardaba recuerdo consciente alguno de amistad hacia los indígenas.

Era noche cerrada cuando se detuvo en la parte exterior de la empalizada del salteador árabe. Se encaramó a las ramas de un árbol y observó desde su atalaya el movimiento que se desarrollaba dentro del recinto. El rastro le había conducido hasta allí. Su presa debía de estar en aquel poblado, ¿pero cómo iba a dar con ella entre tantas chozas? Aunque tenía plena conciencia de sus portentosos recursos y de su impresionante poderío físico, Tarzán conocía también sus limitaciones. Se daba perfecta cuenta de que en combate abierto no podía salir bien librado frente a un gran número de adversarios. Si deseaba obtener la victoria, tendría que utilizar la astucia y los trucos de las fieras salvajes.

Acomodado en la seguridad de la rama del árbol, Tarzán mordisqueaba un hueso de una de las patas de *Hora*, el jabalí, a la espera de que se le presentase una ocasión favorable para colarse en la aldea. Pasó un buen rato royendo los prominentes y redondeados extremos del hueso, astillándolo entre sus fuertes mandíbulas para sorber el delicioso tuétano de su interior. Al mismo tiempo, no dejaba de lanzar repetidas miradas al interior de la aldea. Veía figuras vestidas de blanco y negros que pululaban por allí medio desnudos, pero ni por casualidad vio a nadie que se pareciera al ladrón de sus gemas.

Aguardó pacientemente hasta que las calles estuvieron desiertas por completo, a excepción de los centinelas que montaban guardia en las

puertas del poblado. Entonces se dejó caer ágilmente en el suelo, dio un rodeo hasta situarse en el lado opuesto de la aldea y se acercó a la empalizada.

Llevaba colgada del cinto una larga cuerda de cuero crudo, versión natural, bastante mejorada y mucho más segura, de la cuerda de hierbas trenzadas de su juventud. La desenrolló, desplegó el lazo encima del suelo, a su espalda, y con rápido movimiento de muñeca lanzó el nudo corredizo hacia el picudo extremo de uno de los palos que sobresalían en lo alto de la estacada.

Apretó el lazo alrededor del poste, tensó la cuerda para probar si había cogido bien y, agarrándose a ella alternativamente con una y otra mano, trepó ágilmente por la pared vertical. Una vez arriba, apenas necesitó unos segundos para recoger la cuerda, enrollarla y colgársela a la cintura. Lanzó un vistazo al interior de la empalizada y, convencido de que nadie estaba al acecho debajo de él, se deslizó suavemente hasta el suelo.

Ya estaba dentro del poblado. Ante él se extendían hileras de tiendas y chozas de indígenas. La tarea de explorar todas y cada una de ellas estaría erizada de peligros; pero el peligro era un elemento natural en su vida cotidiana… A Tarzán no le inquietaba lo más mínimo. Más bien le seducían esas posibilidades de riesgo, jugar a vida o muerte, oponer su habilidad, sus facultades y su valor a los de un antagonista digno.

No sería preciso entrar en cada una de aquellas viviendas, le bastaría aplicar el olfato al hueco de una puerta, de una ventana o de una simple hendidura para averiguar si la pieza que perseguía estaba o no allí dentro. Fue sufriendo desencanto tras desencanto en rápida sucesión durante un buen rato. El rastro del belga no se percibía por allí en ninguna parte. Pero llegó por fin a una tienda en la que el olor del fugitivo era intenso. Tarzán aguzó el oído, casi pegada la oreja a la lona de la parte trasera de la tienda, pero no le llegó sonido alguno del interior.

Al final, cortó unas de las cuerdas que sujetaban la tienda, levantó el borde inferior de la lona e introdujo la cabeza dentro de la tienda. Todo era quietud y oscuridad. Se arrastró cautelosamente al interior: el olor del belga era fuerte, pero no era el olor de alguien que estuviese allí. Antes de haber examinado minuciosamente todo el espacio interior de la tienda, Tarzán supo que allí no había nadie.

Encontró un montón de mantas en un rincón, así como algunas prendas de ropa esparcidas por las cercanías, en el suelo. Pero ninguna bolsa de

piedras bonitas. Una inspección a fondo del resto de la tienda no le reveló nada más, al menos nada que indicase la presencia de las joyas. Sin embargo, en la parte donde se encontraban las mantas y las prendas de ropa el hombre-mono descubrió que la lona que constituía la pared estaba suelta por el borde inferior y eso le hizo adivinar que el belga había abandonado no mucho tiempo antes la tienda por aquella vía de escape.

Tarzán no perdió un segundo en seguir el mismo camino por el que había huido la presa. El rastro le condujo siempre por la parte trasera de las chozas y tiendas del poblado. Era evidente que el belga se marchó de allí a escondidas, solo y sigiloso. Estaba claro que temía a los habitantes de la aldea. Al menos, su misión era de tal naturaleza que no estaba dispuesto a correr el riesgo de que lo descubrieran.

En la parte posterior de una choza, Tarzán vio una brecha abierta recientemente en la pared de ramas; a través de aquel boquete, el rastro llevaba al oscuro interior de la choza. El hombre-mono lo siguió sin vacilar. Pasó a gatas por el pequeño agujero. Dentro de aquella vivienda, varios olores atacaron sus fosas nasales, pero entre ellos destacaba uno que medio despertó en su memoria un latente recuerdo del pasado: era el tenue y delicado aroma de una mujer. Con aquella percepción surgió en el pecho del hombre-mono cierto extraño desasosiego, consecuencia de una fuerza irresistible con la que no tardaría en volver a familiarizarse: el instinto que atrae al macho hacia su compañera.

En la misma choza se apreciaba también el olor del belga. Ambos efluvios asaltaron el olfato del hombre-mono y al mezclarse un olor con el otro, la furia de los celos se inflamó inopinadamente dentro de Tarzán, aunque en el espejo de su memoria no se reflejaba imagen alguna que representase a la mujer que había despertado su deseo.

Al igual que la tienda que había examinado antes, la choza también se encontraba vacía y, tras convencerse de que la bolsa que le robaron no estaba en ninguna parte del interior, abandonó la construcción por la misma vía de acceso que utilizó para entrar: el boquete de la pared posterior.

Una vez fuera, localizó las emanaciones del belga, siguió aquel rastro a través del claro, franqueó la empalizada y se adentró por la oscuridad de la selva.

CAPÍTULO XV

LA FUGA DE WERPER

EN CUANTO hubo dispuesto el monigote que simula la que su cuerpo estaba bajo las mantas y tras deslizarse furtivamente por debajo de la pared de lona de la tienda a la oscuridad exterior de la aldea, Werper se dirigió a la choza donde tenían prisionera a Jane Clayton.

Un centinela negro permanecía sentado en cuclillas ante la puerta. Con desparpajo, el belga se llegó a él, le susurró unas palabras al oído, le tendió un paquete de tabaco y entró en la choza. El indígena hizo un guiño pícaro y sonrió mientras el europeo desaparecía en la negrura del interior.

Como era uno de los principales lugartenientes de Ahmet Zek, Werper podía recorrer a su antojo y entrar y salir de la aldea con toda naturalidad, de modo que el centinela no dudó ni por un segundo que tuviera perfecto derecho a entrar en la choza y pasar un rato con la prisionera blanca.

Una vez dentro, el ex teniente llamó en francés y en tono de murmullo:

—¡Lady Greystoke! Soy monsieur Frecoult. ¿Dónde está usted?

Pero no obtuvo respuesta. El hombre tanteó apresuradamente a su alrededor, buscando en la oscuridad con los brazos extendidos. ¡Allí dentro no había nadie!

La sorpresa de Werper no se podía expresar con palabras. Se disponía a salir de la choza para interrogar al centinela cuando sus ojos, que se habían acostumbrado a aquellas tinieblas, divisaron una mancha menos negra en la base de la pared del fondo de la choza. Al examinarla de cerca comprobó que se trataba de una abertura practicada en la pared. Era lo bastante amplia como para permitir el paso de su cuerpo y, con la certeza de que lady Greystoke se había deslizado por aquel boquete en su intento de huir de la aldea, el belga no perdió tiempo en seguir el mismo camino. Pero tampoco perdió tiempo emprendiendo una búsqueda inútil de Jane Clayton.

Su propia vida dependía de la posibilidad de eludir o de poner tierra de por medio entre él y Ahmet Zek antes de que el árabe descubriese que

había huido. El plan inicial de Werper incluía a lady Greystoke en la fuga, por dos buenas y competentes razones. La primera estribaba en que así se ganaría el agradecimiento del inglés, lo que reduciría las probabilidades de extradición, en el caso de que se llegara a conocer su identidad y se le acusara del crimen que había cometido contra su superior jerárquico.

La segunda razón se basaba en la circunstancia de que sólo había una dirección por la que pudiera fugarse con cierta seguridad. Alejarse hacia el oeste le estaba vedado, porque las posesiones belgas se encontraban entre su situación geográfica actual y el océano Atlántico. También le estaba prohibido el sur, puesto que por allí estaba el hombre-mono al que había robado y la posibilidad de tropezarse con él le ponía a Werper los pelos de punta. En el norte se encontraban los amigos y aliados de Ahmet Zek. Sólo si viajaba hacia el este, a través del África oriental británica, contaría con alguna posibilidad razonable de alcanzar la libertad.

Si le acompañaba una aristócrata inglesa, a la que habría rescatado de una suerte atroz y la cual confirmaría que el hombre que iba con ella era de nacionalidad francesa y se llamaba Frecoult, entonces contaría con la ayuda activa de las autoridades británicas a partir del momento en que entrase en contacto con su primer puesto avanzado. Eso era lo que había previsto y deseado Werper.

Pero ahora que lady Greystoke había desaparecido, las probabilidades de escapatoria habían disminuido, aunque todavía le quedaba la posibilidad de conseguirlo huyendo en dirección este. Por otra parte, también se había ido completamente al traste otro de sus ilusionados designios. Porque desde que sus ojos se posaron por primera vez en Jane Clayton alimentó en su pecho una pasión secreta por aquella bonita esposa estadounidense del lord inglés y cuando Ahmet Zek descubrió la existencia de las joyas y la necesidad de huir le resultó a Werper inevitable, al trazar sus planes incluyó el sueño de un futuro en el curso del cual podría convencer a lady Greystoke de que su esposo había muerto y, confiando en el agradecimiento de la dama, jugaría sus cartas para conquistarla.

En la parte de la aldea más lejana de los portones Werper había observado la existencia de dos o tres largos postes —que sin duda alguien habría tomado del montón apilado allí con destino a la construcción de chozas— con los extremos superiores apoyados en la parte alta de la empalizada y que formaban una insegura pero no imposible vía de escape.

Supuso, acertadamente, que Jane Clayton se sirvió de ellos para escalar

la empalizada. Como es lógico, el belga se apresuró a seguir el mismo camino. Una vez se encontró en la selva, emprendió rumbo al este.

A unos cuantos kilómetros de distancia, Jane Clayton descansaba, jadeante, tendida en la rama de un árbol, en el que se había refugiado para escapar a la voracidad de una leona que merodeaba hambrienta por la jungla.

La fuga de la aldea le había resultado a la dama mucho más fácil de lo que había pensado. El cuchillo que utilizó para abrir el boquete en la pared de ramas y salir de la choza hacia la libertad lo había encontrado hundido en el muro de la prisión, donde seguramente se lo dejó olvidado algún anterior inquilino que tuvo que abandonar la vivienda.

Atravesar el poblado hasta la zona trasera, manteniéndose entre las sombras más espesas, fue cosa de un momento, y la afortunada circunstancia de encontrar aquellos postes apoyados en la empalizada le resolvió el problema de franquear el alto muro.

Durante una hora se alejó por la antigua senda de caza que corría hacia el sur, hasta que su agudo oído captó los sigilosos pasos de unas patas acolchadas que andaban al acecho, tras ella. Aprovechó el inmediato refugio que le brindó el árbol que tenía más cerca, porque Jane Clayton estaba demasiado impuesta en las cuestiones de la vida cotidiana en la selva para no ponerse a salvo de inmediato, nada más descubrir que un depredador la seguía.

Werper tuvo más suerte y caminó toda la noche, sin prisas, hasta el amanecer. Entonces, observó con desconsuelo que un árabe montado a caballo iba tras él. Se trataba de uno de los sicarios de Ahmet Zek, muchos de los cuales se habían diseminado por la jungla, en todas direcciones, a la búsqueda del belga fugitivo.

Cuando Ahmet Zek y sus secuaces emprendieron la persecución de Werper aún no se había descubierto la huida de Jane Clayton. La única persona que había visto al belga después de que éste abandonara su tienda fue el centinela negro que montaba guardia ante la puerta de la choza que servía de prisión para lady Greystoke; y el hombre decidió guardar silencio cuando descubrió el cadáver del indígena que le había relevado, el centinela que Mugambi envió al más allá.

El negro que se había dejado sobornar supuso, naturalmente, que Werper había liquidado a su compañero y, temeroso de la justa cólera de Ahmet Zek, no se atrevió a confesar que había permitido al belga entrar en

la choza. Y como quiso el azar que fuera precisamente ese indígena quien encontrase el cadáver del centinela, cuando se dio la alarma al descubrir Ahmet Zek que Werper se la había jugado, el astuto negro arrastró el cuerpo sin vida de su congénere hasta el interior de una choza próxima y se puso a montar guardia en el umbral de la choza donde aún creía que estaba la prisionera.

Al percatarse de la proximidad del árabe que cabalgaba tras él, Werper se escondió entre el follaje de un frondoso matorral. El sendero trazaba allí una recta que se prolongaba a lo largo de una distancia considerable. Y la figura del perseguidor vestido de blanco se acercaba por aquel camino sombreado, bajo el dosel que formaban las ramas de los árboles.

El jinete se fue aproximando cada vez más. El belga se agazapó, pegado al suelo, tras las ramas y hojas de su escondrijo. Una enredadera se agitó al otro lado del sendero. Automáticamente, los ojos de Werper centraron la mirada en aquel punto. En las profundidades de la jungla no soplaba viento que hiciera estremecer el follaje. La enredadera volvió a moverse. En el cerebro del belga sólo podía explicar aquel fenómeno la presencia de alguna fuerza siniestra y malintencionada.

La vista del hombre se mantuvo fija en la cortina de follaje situada al otro lado del camino. Una forma empezó a materializarse poco a poco: una forma de color rojizo, ominosa y terrible, de ojos amarillo verdosos que fulguraban en la parte contraria del estrecho sendero, justo frente a él.

Werper hubiera estallado en gritos de pánico, pero por la senda se acercaba el mensajero de otra muerte, igualmente cierta y no menos terrible. Permaneció en silencio, casi paralizado por el miedo. El árabe se acercaba. En la otra orilla del camino, el león se agazapaba, preparándose para saltar, cuando, de súbito, el jinete atrajo su atención.

Al ver que la impresionante cabeza se volvía para mirar al árabe, el corazón de Werper casi dejó de latir, a la espera del resultado de aquella interrupción. El jinete se acercaba al paso. ¿Sería aquella montura un animal nervioso que, al captar el olor del carnívoro, se lanzaría hacia adelante, a galope tendido, y dejaría a Werper a merced del rey de las fieras?

Pero el caballo no parecía percatarse de la proximidad del gran felino. Continuó avanzando como si nada, arqueado el cuello, mientras tascaba el freno. El belga dirigió la vista de nuevo hacia Numa. Toda la atención del felino parecía concentrada en el jinete. Ya estaba a la altura del león, pero

éste no parecía decidido a saltar. ¿Acaso iba a esperar a que caballista y corcel pasasen de largo para dedicar luego su interés a la presa inicial? Werper se estremeció al tiempo que medio se incorporaba. En aquel preciso instante, el león se abalanzó sobre el hombre montado. Con un relincho de terror, el caballo hizo un extraño movimiento y estuvo a punto de caer de costado, casi encima del belga. Numa arrancó de la silla al desvalido árabe. El caballo regresó al sendero y emprendió veloz carrera en dirección oeste.

Pero no huyó solo. Cuando el empavorecido animal casi aplastó a Werper, éste no dejó de notar que la silla estaba vacía y que se le presentaba una oportunidad de oro. El león había concluido de arrastrar el cuerpo del árabe a un lado del camino cuando Werper, agarrándose al pomo de la silla y a las crines del corcel, saltó encima de la cabalgadura.

Media hora después, un gigante desnudo que se desplazaba de árbol en árbol, por el nivel inferior de las enramadas, hizo un alto, alzó la cabeza y dilató las fosas nasales al ventear el aire de la mañana.

Llegó a su olfato un intenso olor a sangre y, mezclado con él, los efluvios de Numa, el león. El gigante ladeó la cabeza y aguzó el oído.

A escasa distancia, sendero adelante, se elevaban los inconfundibles sonidos que suele producir un león voraz que disfruta de su banquete. El chasquido de los huesos triturados por las mandíbulas, la ruidosa deglución de los gruesos bocados de carne que descienden garganta abajo, los gruñidos de placer… todo venía a atestiguar que, muy cerca de allí, un rey estaba sentado a la mesa, dándose un atracón.

Sin abandonar la enramada, Tarzán se aproximó a aquel punto. No trató de disimular su presencia y en seguida tuvo noticia de que Numa le había oído: de entre unos matorrales que crecían junto al sendero se elevó un sordo y amenazador gruñido.

Tarzán se detuvo en una rama baja, justo encima del león, y contempló la escalofriante escena. Aquella masa irreconocible, ¿podía haber sido el cuerpo del hombre tras el que iba? La duda se apoderó del hombre-mono. Había bajado varias veces al sendero para comprobar mediante el olfato si el rastro que seguía era el del belga, que huía hacia el este.

Dejó atrás el punto donde el león celebraba su festín, avanzó un poco más, bajó al camino y aplicó el olfato al suelo. No percibió ni rastro del olor del hombre al que estaba siguiendo. Tarzán volvió a subir a la enramada. Regresó hacia el punto donde comía el león y sus agudos ojos

examinaron el terreno alrededor del cuerpo mutilado, en busca de la perdida bolsa de piedras bonitas. Pero no la vio por ninguna parte.

Empezó a meterse con Numa y trató de ahuyentar a la fiera, pero sus esfuerzos no lograron más que un variado repertorio de gruñidos coléricos. Rompió unas cuantas ramas y fue arrojándoselas a su antiguo enemigo. Numa levantó la cabeza, le enseñó los dientes y le dedicó unas cuantas muecas sobrecogedoras, pero no se movió de encima de su presa.

A la vista de la situación, Tarzán puso una flecha en el arco y tensó la fuerte madera de éste como sólo él podía hacerlo, al objeto de que el proyectil alcanzase la máxima potencia y efectividad. Cuando la flecha se le hundió profundamente en el costado, Numa se incorporó de un salto, a la vez que emitía un espantoso rugido en el que se mezclaban la rabia y el dolor. Brincó intentando en vano alcanzar al sonriente hombre-mono, trató de arrancarse la flecha, tirando con las zarpas del extremo del astil y luego salió al camino y empezó a pasear de un lado a otro, por debajo del enemigo que le martirizaba. Tarzán armó otra flecha, apuntó con cuidado y clavó el proyectil en la espina dorsal de la fiera. El enorme león se detuvo en seco y se desplomó desmañadamente hacia adelante, de cara, paralizado.

Tarzán descendió al sendero, se llegó corriendo al costado del felino y le hundió el venablo en el corazón. Luego, tras recuperar las flechas, anduvo hasta los arbustos donde estaban los mutilados restos de la víctima del felino y procedió a examinarlos con atención.

El rostro había desaparecido. Las prendas de vestir del cadáver no dejaban dudas acerca de la identidad del hombre, puesto que Tarzán le había seguido hasta aquel campamento árabe, donde el difunto podía entrar y agenciarse fácilmente tal vestimenta. Tan seguro estaba Tarzán de que aquel cuerpo era el del hombre que le había robado que no se molestó siquiera en confirmar sus deducciones aplicando el olfato al conglomerado de olores que flotaban allí, para determinar si el del ladrón también figuraba entre ellos, acompañando al del gran carnívoro y al de la sangre fresca de la víctima.

Limitó su atención a la minuciosa búsqueda de la bolsa, pero ni sobre el cadáver ni por los alrededores del mismo vio la menor señal del extraviado objeto ni de su contenido. El hombre-mono se sentía decepcionado, no tanto, posiblemente, por la pérdida de las piedrecitas de colores como por el hecho de que Numa le hubiese escamoteado el placer de la venganza.

Al tiempo que se preguntaba dónde habrían ido a parar sus

pertenencias, el hombre-mono regresó lentamente por el sendero siguiendo en sentido contrario la misma dirección por la que había llegado. Le iba dando vueltas en la cabeza a un plan para entrar de nuevo en el campamento árabe y registrarlo a fondo, una vez cayese la noche. Subió a las ramas de un árbol y se desplazó hacia el sur, en busca de una presa con la que pudiera satisfacer su apetito antes del mediodía. Después descansaría toda la tarde en algún lugar cercano al campamento, donde pudiera dormir tranquilamente sin temor a que lo descubriesen antes de que pudiera llevar a la práctica sus intenciones.

Apenas se había apartado Tarzán de la senda, cuando un alto guerrero negro, que avanzaba a paso ligero, llegó a aquel punto en su camino en dirección este. Era Mugambi, que iba buscando a su señora. Sendero adelante, se detuvo para examinar el cuerpo sin vida del león. Una expresión de perplejidad decoró su rostro al ver las heridas que habían causado la muerte del señor de la selva. Tarzán había arrancado las flechas, pero a los ojos de Mugambi la prueba de lo que había ocasionado la muerte del león era tan evidente, tan determinante como si aquellos proyectiles ligeros sobresaliesen aún del cuerpo de Numa.

El negro lanzó una mirada furtiva a su alrededor. El cadáver aún estaba caliente, detalle que indicó a Mugambi que el cazador que lo había matado aún andaba por allí, aunque no se veía indicio alguno de presencia humana viva. Mugambi sacudió la cabeza y reanudó su camino a lo largo del sendero, aunque con redoblada cautela.

Se mantuvo en marcha todo el día. De vez en cuando se detenía para pronunciar en voz alta una sola palabra: «¡Señora!», con la esperanza de que ella pudiera oírle y responder. Al final, sin embargo, su inquebrantable lealtad le condujo al desastre.

Por el noroeste, Abdul Murak, al mando de un destacamento de soldados abisinios, llevaba varios meses persiguiendo con tenaz perseverancia al bandolero árabe Ahmet Zek, el cual tuvo la temeraria desfachatez, seis meses antes, de agraviar la soberanía del emperador de Abdul Murak cruzando la frontera de los dominios de Menelek para llevar a cabo una incursión en busca de esclavos.

Y ocurrió que Abdul Murak había hecho un alto para tomarse el breve descanso del mediodía precisamente en el mismo sendero por el que Werper y Mugambi circulaban en dirección este.

Sólo hacía un momento que la tropa había desmontado cuando el belga,

ajeno por completo a su presencia, irrumpió con su cansada montura entre los soldados y antes de darse cuenta estaba en medio de la patrulla. Se vio rodeado al instante y sobre él cayó un diluvio de preguntas, al tiempo que le arrancaban de la silla de su montura y lo conducían ante el jefe del destacamento.

Werper se apresuró a recuperar su condición de ciudadano europeo y explicó a Abdul Murak que era francés, que estaba de caza en África y que le habían atacado unos desconocidos, los cuales asesinaron a la mayoría de los miembros de su safari, dispersaron a los demás y si no acabaron con él fue porque, en un descuido de los asaltantes, pudo escapar. Milagrosamente, no se lo explicaba.

Un comentario casual del abisinio permitió a Werper enterarse del objetivo de la expedición y, en cuanto supo que aquellos soldados eran enemigos de Ahmet Zek, creció su moral y aprovechó al instante la oportunidad de echar la culpa de su desgracia al salteador árabe.

Sin embargo, como cabía la posibilidad de que cayera de nuevo en poder de Ahmet Zek, se esforzó en quitar a Abdul Murak de la cabeza la idea de perseguir a aquel malhechor y aseguró al abisinio que Ahmet Zek tenía a su mando una fuerza numerosa y potente, y que también marchaba a ritmo acelerado en dirección sur.

Convencido de que alcanzar al bandolero le llevaría demasiado tiempo y que, en caso de llegar a enfrentarse a él, las probabilidades de victoria eran en extremo dudosas, Murak decidió renunciar a sus planes y, ni mucho menos a regañadientes, dio las órdenes oportunas para que su destacamento acampase allí donde se encontraban, mientras disponían lo necesario para emprender a la mañana siguiente el regreso hacia Abisinia.

Entrada la tarde, alguien que gritaba a voz en cuello atrajo la atención de los ocupantes del campamento. La voz, emitida por una garganta poderosa, llegaba desde el oeste y repetía una sola palabra: «¡Señora! ¡Señora! ¡Señora!».

Actuando de acuerdo con su natural instinto cauteloso, cierto número de abisinios, de acuerdo con las órdenes de Abdul Murak, se deslizaron sigilosamente por la selva en dirección al autor de aquellas llamadas.

Volvían a entrar en el campamento media hora después y entre ellos llevaban a rastras a Mugambi. La primera persona sobre la que cayeron los ojos del gigantesco negro, cuando lo presentaron ante el oficial abisinio, fue el francés al que lord Greystoke había tenido como invitado y al que

Mugambi viera entrar en la aldea de Ahmet Zek en circunstancias reveladoras de que mantenía relaciones amistosas con los bandidos.

Mugambi sospechó que entre aquel francés y las calamidades que se habían abatido sobre lord Greystoke y la casa de éste, sin duda existía una siniestra conexión, lo que indujo al negro a abstenerse de recordar su identidad a Werper. Evidentemente, el belga no le había reconocido.

Mugambi alegó que no era más que un pobre indígena de una tribu del sur que había salido a cazar y rogó que le permitieran seguir su camino; pero a Abdul Murak le maravilló la espléndida planta del guerrero y decidió llevárselo a Addis-Abeba como presente para Menelik. Instantes después, Mugambi y Werper marchaban entre los abisinios, fuertemente custodiados, y el belga se enteró de que también era un prisionero más que un invitado. Protestó en vano por el trato que se le daba, hasta que un fornido soldado se hartó de oírle, le cruzó la boca con un sonoro bofetón y le amenazó con descerrajarle un tiro si no cerraba el pico.

Mugambi no se tomó la cuestión tan a pecho, ya que no tenía la más mínima duda de que durante la marcha se le presentaría la oportunidad de eludir la vigilancia de sus guardianes y podría fugarse sin problemas. Con esa idea siempre en el primer lugar de su lista de prioridades, hizo cuanto estaba en su mano para granjearse la simpatía de los abisinios. No cesaba de formularles preguntas acerca de su emperador y de su país, y manifestó estar deseando que llegaran a su destino para poder disfrutar de cuantas maravillas atesoraba la ciudad de Addis-Abeba, de acuerdo con lo que le contaban los soldados. Con esa táctica consiguió que fueran dejando a un lado sus recelos y, poco a poco, de un día para otro, relajasen la vigilancia a que le sometían.

Mugambi trató de sacar partido de la circunstancia de que Werper y él estaban juntos continuamente y procuró sonsacar al belga lo que éste pudiera saber acerca del paradero de Tarzán, de la identidad de los atacantes de la casa de los Clayton y de la suerte que había corrido lady Greystoke. Sin embargo, para conseguir esos informes se veía limitado por los derroteros accidentales que tomase la conversación, ya que Mugambi no se atrevía a desvelarle su verdadera identidad a Werper y éste, por su parte, albergaba el mismo deseo de mantener en secreto la participación que había tenido en el asolamiento del hogar y la felicidad de su anfitrión. Así que Mugambi no conseguía arrancarle ningún dato… al menos por aquel camino.

Pero llegó un momento en que, por casualidad, eso sí, se enteró de algo sorprendente de veras.

El destacamento había acampado a primera hora de la tarde de un día bochornoso a la orilla de una preciosa y clara corriente. Se veía la gravilla del fondo del río y no se apreciaba indicio alguno de que hubiera por allí cocodrilos, esos hambrientos peligros vivientes que amenazan a quienes se zambullen en los ríos de ciertas regiones del continente negro. Así que los abisinios aprovecharon la ocasión de darse el baño que tanto tiempo llevaban aplazando y que tanta falta les hacía.

Cuando Werper, al que, lo mismo que a Mugambi, habían dado permiso para meterse en el agua, procedió a quitarse la ropa, el negro observó el cuidado con que se soltaba algo que llevaba sujeto al cinto. También observó Mugambi que, al quitarse la camisa, Werper intensificó con sospechosa solicitud las precauciones para mantener oculto aquel objeto.

Esa cautela fue precisamente lo que atrajo la atención del negro hacia el objeto de marras. Despertó una natural curiosidad en el cerebro del guerrero y cuando los dedos del belga, con el nerviosismo del exceso de cautela, se hicieron un lío y dejaron caer el objeto, Mugambi lo vio estrellarse contra el suelo y observó que una parte de su contenido se derramaba sobre el césped.

Se daba la circunstancia de que Mugambi había estado en Londres con su señor. No era el salvaje ignorante y sencillo que proclamaban su aspecto y atavío. Había alternado con las hordas cosmopolitas de las grandes metrópolis del mundo. Había visitado museos y contemplado escaparates. Además, era un hombre sagaz e inteligente.

En el preciso momento en que las joyas de Opar centellearon al rodar por el suelo ante los atónitos ojos de Mugambi, el indígena supo exactamente lo que eran. Pero reconoció también otra cosa, algo que le interesó más profundamente que el valor de las propias piedras preciosas. Había visto miles de veces aquella bolsa de cuero colgando del costado de su señor, cuando Tarzán de los Monos, impulsado por el capricho de su espíritu aventurero, decidía volver durante unas cuantas horas a la práctica de las costumbres primitivas de su infancia y juventud. En tales ocasiones, rodeado por sus guerreros desnudos, salia a dar caza al león y al leopardo, al búfalo y al elefante, a la manera que más le gustaba.

A Werper no se le escapó que Mugambi había visto la bolsa y las

piedras. El belga recogió precipitadamente las preciosas gemas y volvió a guardarlas en la bolsa, mientras Mugambi, con fingido aire de indiferencia, se alejaba hacia el río para bañarse.

A la mañana siguiente, Abdul Murak tuvo un terrible acceso de cólera, mezclado con intensa decepción, al descubrir que su gigantesco prisionero negro había huido durante la noche. Ese mismo descubrimiento llenó automáticamente de terror a Werper… hasta que sus temblorosos dedos comprobaron que la bolsa seguía en su sitio, bajo la camisa, y que dentro de ella se palpaba el duro contorno de las piedras preciosas que contenía.

Numa arrancó de la silla al desvalido árabe.

CAPÍTULO XVI

TARZÁN ACAUDILLA DE NUEVO A LOS MANGANIS

ACOMPAÑADO de dos de sus sicarios, Ahmet Zek dio un amplio rodeo en dirección sur, dispuesto a interceptar a su fugitivo lugarteniente. Otros miembros de la pandilla de facinerosos se habían desplegado en distintas direcciones, de manera que, en el transcurso de la noche, formaron un amplio círculo, que ahora batía el terreno de regreso hacia el centro.

Ahmet y sus dos secuaces habían hecho un alto poco antes del mediodía para descansar brevemente. Se sentaron en cuclillas bajo los árboles del borde meridional de un claro. El jefe de la banda estaba de un humor de mil demonios. Que se la hubiera jugado un infiel ya era bastante malo, pero que, encima, se le hubiesen escurrido de entre los dedos aquellas joyas que, en su avaricia, ya consideraba suyas, era demasiado… Indudablemente, Alá debía de estar muy enfadado con su siervo para castigarle así.

Bueno, menos mal que aún contaba con la prisionera. En el norte se la pagarían bien y, por otra parte, le quedaba el tesoro enterrado junto a las ruinas de la casa del inglés.

Un leve rumor que se produjo en la vegetación, al otro lado del calvero, encendió la alarma en el cerebro de Ahmet Zek, que se puso alerta automáticamente. Empuñó el rifle, a punto para utilizarlo, al tiempo que indicaba por señas a sus esbirros que se ocultaran y se mantuvieran en silencio. Agazapados detrás de la maleza, el trío aguardó con la mirada fija en la parte opuesta del espacio abierto.

Al cabo de un instante se produjo una abertura en el follaje y asomó por ella el rostro de una mujer que miró temerosa a un lado y a otro del calvero. Segundos después, convencida de que ningún peligro rondaba por allí al acecho, la dama salió al claro y quedó expuesta a la vista del árabe.

Ahmet Zek contuvo el aliento y reprimió la palabrota y la exclamación de incredulidad que pugnaban por salir de su garganta. ¡Aquella mujer era

la prisionera que creía segura y perfectamente custodiada en la aldea!

Al parecer, estaba sola, pero Ahmet Zek esperó para tener la certeza absoluta de ello antes de apoderarse de nuevo de la señora. Jane Clayton anduvo despacio a través del claro, Desde que huyó del poblado de los bandidos se había librado en dos ocasiones por puro milagro de caer en las fauces de los carnívoros; y una vez, por poco se dio de manos a boca con uno de sus perseguidores. Aunque casi desesperaba de verse algún día sana y salva en lugar seguro, estaba firmemente decidida a seguir luchando, hasta que la muerte o el éxito pusieran fin a sus esfuerzos.

Mientras los árabes la observaban, ocultos tras la maleza, y Ahmet Zek se las prometía muy felices al ver que la dama se dirigía hacia ellos como si el destino la indujera a caer en sus garras, otro par de ojos contemplaba la escena desde la enramada de un árbol próximo.

Con todo el salvaje brillo de su tonalidad gris, eran unos ojos desconcertados e inquietos, porque a su propietario le turbaba la intangible sensación de que el semblante y la figura de aquella mujer le resultaban ambiguamente familiares.

Un súbito chasquido de ramas que resonó en el punto por donde Jane Clayton había salido al claro hizo que la mujer se detuviera en seco y atrajo la atención de los árabes y del hombre que espiaba desde el árbol hacia el punto de donde llegó el crujido.

La mujer giró en redondo para ver qué nuevo peligro la amenazaba por la espalda y, en el preciso momento en que se volvía, un gigantesco antropoide apareció a la vista y anduvo pesadamente hacia ella. Tras el primer simio surgió otro, y otro, y otro… Pero lady Greystoke no se paró a comprobar cuántas más de aquellas espantosas criaturas iban pisándole los talones.

Emitió un grito ahogado y corrió hacia la selva que bordeaba el calvero por el otro lado. Cuando llegó a los arbustos que crecían allí, Ahmet Zek y sus dos esbirros se incorporaron y la agarraron. Al mismo tiempo, un gigante desnudo y moreno saltó al suelo desde las ramas de un árbol que se alzaba a la derecha del claro.

Se volvió hacia los sorprendidos monos, les dirigió una breve andanada de voces guturales y, sin detenerse a comprobar el efecto que tales vocablos ejercían sobre ellos, dio media vuelta y corrió hacia los árabes.

Ahmet Zek arrastraba a Jane Clayton hacia el caballo. Los otros dos bandidos ya habían desatado las monturas. Mientras forcejeaba para zafarse

y escapar del árabe, la mujer volvió la cabeza y vio al hombre-mono que se acercaba a la carrera. Un alegre rayo de esperanza iluminó el semblante de lady Greystoke.

—¡John! —exclamó—. ¡Has llegado a tiempo, gracias a Dios!

Detrás de Tarzán iban los grandes monos, un tanto desconcertados, pero obedientes a las órdenes recibidas. Los árabes se dieron cuenta de que no tenían tiempo de montar en sus corceles y huir antes de que las fieras y el hombre se les hubiesen echado encima. Ahmet Zek reconoció en éste último al temible enemigo de los sujetos de su ralea y comprendió también que aquella circunstancia le brindaba la oportunidad de desembarazarse de una vez por todas de la amenaza que representaba la presencia del hombre-mono.

Gritó a los esbirros que imitasen su ejemplo, se echó el rifle a la cara y apuntó al gigante lanzado al ataque. Los dos secuaces de Ahmet Zek actuaron con la misma diligencia y celeridad que su jefe. Dispararon casi simultáneamente y, al sonar las detonaciones de los rifles, Tarzán de los Monos y dos de sus peludos aliados se desplomaron de bruces sobre las hierbas de la jungla.

El estruendo de los disparos hizo que el resto de los simios se detuvieran, perplejos, distracción momentánea que Ahmet Zek y su pareja de sicarios aprovecharon para saltar a la silla de sus caballos y alejarse al galope, no sin llevarse consigo a la ahora desesperanzada y desconsolada Jane Clayton.

Cabalgaron de vuelta a la aldea y lady Greystoke se vio otra vez encerrada en la pequeña y cochambrosa choza de la que pensaba haber escapado felizmente y para siempre. Pero en esa ocasión no sólo le pusieron un centinela adicional, sino que también la ataron.

De uno en uno o por parejas, los hombres que Ahmet Zek enviara tras el rastro del belga fueron regresando; y todos llegaban con las manos vacías. Al escuchar las explicaciones que cada uno de ellos le iba dando, la rabia y la desolación del bandido aumentaban progresivamente, hasta que su ánimo alcanzó tal grado de iracunda ferocidad que nadie se atrevió a acercársele. Al tiempo que su boca disparaba maldiciones y amenazas, Ahmet Zek recorría el interior de su tienda de un extremo a otro, pero su arrebato de cólera no le sirvió de nada: Werper había desaparecido y con él la fortuna en rutilantes joyas que despertó la codicia del jefe y suspendió una sentencia de muerte sobre la cabeza del lugarteniente.

Tras la fuga de los árabes, los grandes monos dedicaron su atención a los camaradas caídos. Uno estaba muerto, pero el otro y el gigante blanco todavía respiraban. Los velludos monstruos se agolparon en torno a los dos supervivientes, mientras murmuraban y rezongaban como suelen hacer los miembros de esa especie.

Tarzán fue el primero en recobrar el conocimiento. Se sentó y lanzó una mirada a su alrededor. Manaba la sangre de la herida que tenía en el hombro. El impacto del proyectil le derribó sobre el suelo y lo dejó atontado, pero distaba mucho de estar muerto. Se puso en pie despacio y sus ojos fueron a posarse en el punto donde vio por última vez a la mujer que había despertado en su pecho tan extrañas emociones.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó.

—Se la llevaron los tarmanganis —contestó uno de los monos—. ¿Quién eres tú, que hablas el lenguaje de los manganis?

—Yo soy Tarzán —respondió el hombre-mono—, cazador poderoso, el mayor de los luchadores. Cuando rujo, la selva enmudece y tiembla de terror. Soy Tarzán de los Monos. He estado ausente, pero ahora he vuelto con mi pueblo.

—Sí —confirmó un mono viejo—, es Tarzán. Le conozco. Hemos de alegramos de que haya vuelto con nosotros. Ahora tendremos buena caza.

Los demás simios se acercaron y olfatearon al hombre-mono. Tarzán permaneció rígido, con los colmillos medio al aire y los músculos tensos y listos para entrar en acción. Pero nadie discutió su derecho a estar con ellos y, por último, tras dar por concluido satisfactoriamente su examen, los monos proyectaron su atención sobre el otro superviviente.

Su herida era también leve, la bala sólo le había rozado el cráneo, dejándolo aturdido durante unos minutos, pero en cuanto recuperó la conciencia pareció encontrarse de nuevo en unas condiciones físicas tan perfectas como siempre.

Los monos comunicaron a Tarzán que avanzaban hacia el este cuando el olor de la mujer les atrajo hacia ella y se dedicaron a acecharla.

Ahora deseaban reanudar su interrumpida marcha, pero Tarzán prefería seguir a los árabes y rescatar a la mujer. Tras un buen rato de enconada discusión se decidió que empezarían por dedicar unas cuantas jornadas a cazar por el este y que luego volverían y buscarían a los árabes; y como el tiempo es algo que para los simios tiene una importancia relativa, Tarzán accedió, ya que su estado mental había sufrido tal regresión que se

encontraba apenas por encima del de los simios.

Otra circunstancia que le inclinó a aplazar la persecución de los árabes fue el dolor que le producía la herida. Consideró que era preferible esperar a que se curase antes de volver a exponerse a los impactos de las armas de los tarmanganis.

Y así fue como, mientras a Jane Clayton la empujaban al interior de la choza, como prisionera atada de pies y manos, su paladín natural vagaba en dirección este en compañía de una veintena de monstruos peludos, con los que se codeaba con la misma familiaridad con la que pocos meses antes había alternado con los elegantes miembros de los clubes más selectos y exclusivistas de Londres.

Pero en lo más recóndito de su atribulado cerebro latía el turbador convencimiento de que aquel no era su sitio, de que allí no pintaba nada, de que, por alguna razón que no podía explicarse, debía estar en otro lugar y entre otra clase de seres. Además, no le abandonaba el apremiante impulso de seguir el rastro de los árabes y rescatar a la mujer que tan profunda impronta había dejado en sus sentimientos, aunque la palabra que acudía a su mente al pensar en aquella aventura no era «rescatar», sino más bien «capturar».

Para él, aquella mujer era como cualquier otra-hembra de la jungla, y pensaba en ella como compañera, como pareja. Durante unos segundos, cuando la tuvo más cerca en el claro donde los árabes la habían apresado, a sus fosas nasales acudió el sutil perfume que despertara por primera vez sus deseos en la choza donde ella estuvo prisionera. Y ese aroma le dijo que había encontrado a la criatura por la que entonces experimentó tan súbita e inexplicable pasión.

La cuestión de la bolsa de joyas también ocupaba en cierta medida sus pensamientos, de modo que tenía un doble y más bien apremiante incentivo para volver al campamento de los malhechores. Podría apoderarse de las piedrecitas de colores y de la hembra. Después regresaría junto a los grandes monos, con su nueva compañera y con su bisutería. Conduciría a los peludos antropoides a las profundidades de la jungla, lejos del alcance de los hombres, y llevaría su propia vida, cazaría y lucharía entre las especies inferiores, que era la única forma de existencia que ahora recordaba.

Explicó sus propósitos a los simios, en un intento de convencerles para que le acompañasen, pero todos rechazaron la idea; todos, menos Taglat y

Chulk Este último era joven y fuerte, dotado de una inteligencia superior al resto de sus congéneres y, en consecuencia, poseedor de una capacidad imaginativa más desarrollada. La expedición tenía para él todo el atractivo de la aventura, cosa que le seducía enormemente. En el caso de Taglat, el incentivo era otro: era un aliciente secreto y siniestro que, de haberlo conocido Tarzán de los Monos, le habría impulsado a abalanzarse automáticamente, rebosante de celosa cólera, sobre la garganta del simio.

Aunque había dejado atrás la juventud, Taglat seguía siendo una bestia formidable, de impresionante musculatura, cruel y, merced a su mayor experiencia, hábil y astuta. Era también un individuo de proporciones gigantescas y el peso de su cuerpo voluminoso le servía a veces para contrarrestar la agilidad superior de adversarios más jóvenes.

Tenía un talante esquinado, tristón y huraño, que lo distinguía entre sus torvos compañeros, en una tribu donde tales características de gesto amenazador son la regla más que la excepción, y aunque Tarzán no tenía la más remota idea de ello, Taglat odiaba al hombre-mono con una ferocidad que sólo podía disimular porque el espíritu preponderante de una criatura más noble que él le inspiraba una especie de temor reverencial que le resultaba tan imponente como inexplicable.

Aquellos dos monos, pues, serían los compañeros de Tarzán en su incursión al campamento de Ahmet Zek. Cuando se pusieron en marcha, el resto de los integrantes de la tribu se limitó a lanzarles una simple mirada de despedida y reanudaron la mucho más importante tarea de buscarse alimento.

A Tarzán le costó un trabajo ímprobo conseguir que el objetivo de aquella aventura permaneciese más o menos fijo en el cerebro de sus acompañantes, porque a los monos les resulta poco menos que imposible concentrarse mentalmente en algo durante un tiempo prolongado. Emprender un viaje con un objetivo preciso es una cosa; mantener ese objetivo en la cabeza de un modo constante es otra muy distinta. Por el camino, ¡hay tantas cosas que le llaman la atención y le distraen a uno!

Al principio, Chulk se mostró partidario de avanzar lo más deprisa posible, como si la aldea de los bandidos se encontrara a una hora y no a varias jornadas de marcha; pero al cabo de unos minutos un árbol caído despertó su interés: era una promesa de ricos y suculentos bocados aguardando bajo su corteza. Y cuando Tarzán, al echarlo de menos, volvió en su busca, encontró a Chulk sentado en cuclillas junto al podrido tronco,

entusiásticamente entregado a la tarea de extraer los gusanos y escarabajos que constituyen una parte considerable de la dieta alimenticia de los monos.

A no ser que quisiera enzarzarse en una pelea, lo único que podía hacer Tarzán en tal situación era esperar a que Chulk agotase las existencias de aquella despensa, de forma que eso fue lo que hizo… para encontrarse entonces con que había desaparecido Taglat. Tras una búsqueda que se prolongó lo suyo, acabó por localizar al digno caballero, que se lo pasaba en grande con los sufrimientos de un roedor herido, sobre el que había puesto su enorme planta. El simio permanecía quieto, parecía mirar hacia otro lado, con aparente indiferencia, mientras el lisiado animalito se debatía y trataba penosamente de alejarse de él. Y justo cuando la pobre víctima creía haberse zafado de la presa y estaba segura de escapar, la gigantesca palma del mono se abatía contra el aspirante a fugitivo. La misma operación se repitió una y otra vez, hasta que, cansado de aquel deporte, el mono decidió dar por terminado el suplicio de su juguete y se lo zampó.

Tales eran las irritantes causas por las que el camino de vuelta de Tarzán a la aldea de Ahmet Zek se retrasaba tanto. Pero el hombre-mono recurría a la paciencia porque para realizar el plan que había ideado necesitaba la colaboración de Chulk y Taglat, una vez llegaran a su destino.

No siempre era fácil conseguir que los titubeantes cerebros de los antropoides mantuvieran un interés continuo en la aventura. Chulk empezaba a hartarse de aquella marcha permanente y de la poca frecuencia y brevedad de los períodos de descanso. Hubiera abandonado la empresa encantado de no ser porque Tarzán no paraba de llenarle la cabeza de sugestivas imágenes de las surtidísimas despensas repletas de alimentos que encontrarían en el poblado de los tarmanganis.

Taglat seguía alimentando su secreto designio con más perseverancia de la que era lógico esperar en un simio; sin embargo, en diversas ocasiones también habría abandonado gustosamente la aventura si Tarzán no le hubiese puesto los dientes largos, engatusándole para que siguiera adelante.

A media tarde de un bochornoso día tropical, los agudos sentidos de cada uno de los tres les anunciaron la proximidad del campamento árabe. Se acercaron sigilosamente, manteniéndose en la enmarañada espesura de la selva. La densa vegetación proporcionaba amplio camuflaje a aquellos seres que tan a fondo conocían la selva.

Encabezaba la marcha el gigante blanco, en cuya tersa y bronceada piel relucían el sudor consecuencia de los esfuerzos realizados en los tórridos confines de la jungla. Tras él se desplazaban Chulk y Taglat, grotescas e hirsutas caricaturas de su jefe, semejante a un dios.

Avanzaron en silencio hasta el borde del calvero que rodeaba la empalizada, donde saltaron a las ramas bajas de un árbol gigantesco desde el que se dominaba la aldea ocupada por el enemigo: era la mejor atalaya para espiar las idas y venidas de los del poblado.

Un jinete vestido con blanco albornoz salió a caballo por la puerta de la aldea. Tarzán les susurró a Chulk y Taglat que no se movieran de donde estaban y, como un simio, se trasladó a través de las enramadas hacia la senda por la que cabalgaba el árabe. De un gigante de la selva saltaba al próximo, con la agilidad de una ardilla y tan silenciosamente como un fantasma.

El árabe marchaba sin prisas, ajeno al peligro que se le acercaba por retaguardia, a través de los árboles. El hombre-mono dio un ligero rodeo y aumentó la velocidad hasta llegar a un punto del camino, por delante del árabe. Se detuvo allí, en la rama de un árbol frondoso que sobresalía por encima del estrecho sendero de la selva. La víctima se acercó; tarareaba una exótica canción del gran desierto de la región del norte. Por encima del árabe acechaba la fiera salvaje erigida en destructora de vidas humanas, la misma criatura que pocos meses antes ocupaba un escaño en la Cámara de los Lores y era todo un respetado y distinguido miembro de esa augusta institución.

El árabe pasaba por debajo de la rama extendida sobre él, un leve susurro se produjo entre las hojas, el caballo relinchó y se encabritó en el momento en que un ser de piel atezada cayó encima de su grupa. Un par de brazos poderosos se ciñeron alrededor del árabe; el cual se vio arrastrado fuera de la silla y fue a parar al suelo.

Diez minutos después, llevando bajo el brazo el hato formado por las prendas exteriores del árabe, el hombre-mono se reunió con sus compañeros. Les enseñó sus trofeos, al tiempo que les explicaba en su lenguaje de términos guturales los detalles de su proeza. Chulk y Taglat acariciaron las telas, las olfatearon y les aplicaron el oído para escucharlas.

Tarzán los condujo luego a través de la espesura hasta la senda, donde los tres se escondieron y aguardaron. No tuvieron que esperar mucho antes de ver a dos de los indígenas de Ahmet Zek, ataviados con ropas similares

a las que vestía su jefe, que marchaban a pie por el camino, de regreso al campamento.

Iban charlando y riendo entre sí, felices y contentos, cuando, de pronto, tres potentes máquinas de destrucción se precipitaron sobre ellos y, en cuestión de segundos, los dos negros quedaron reducidos a la condición de cadáveres tendidos en el suelo. Tarzán les quitó la ropa de encima, como había hecho en el caso de su primera víctima, y se retiró con Chulk y Taglat al más aislado escondite que brindaba el árbol que habían elegido antes.

El hombre-mono vistió con aquellas prendas a sus peludos compañeros, se puso él también las que le correspondían, y cualquiera que los viese de lejos los tomaría por tres silenciosos árabes vestidos de blanco sentados en las ramas de un árbol.

Permanecieron allí hasta que oscureció, porque desde aquella atalaya Tarzán podía observar todo el recinto interior de la empalizada. Determinó la situación de la choza en la que su olfato percibió el olor de la hembra que buscaba. Vio que de pie ante la puerta montaban guardia dos centinelas y localizó la tienda de Ahmet Zek, en la que una especie de corazonada le indicó que era muy posible que encontrase la bolsa perdida y las piedras que contenía.

Al principio, Chulk y Taglat se mostraron interesadísimos en sus ropas de fantasía. Acariciaron la tela, la olfatearon y se miraban el uno al otro con grandes muestras de satisfacción y orgullo. Chulk, que a su modo no dejaba de tener cierto sentido del humor, estiró su largo brazo peludo, cogió la capucha del albornoz de Taglat y tiró hacia abajo del borde inferior, cubriéndole los ojos y dejándole a oscuras, como si utilizase un apagavelas.

Pesimista por naturaleza, al mono mayor la broma no le hizo maldita la gracia. Los demás animales sólo le ponían las zarpas encima por dos motivos: para buscar pulgas o para atacarle. Echarle sobre los ojos aquella cosa que apestaba a tarmangani no podía ser para lo primero, por lo tanto tenía que ser para lo segundo. ¡Era un ataque! ¡*Chulk* le atacaba!

Soltó un rugido y se abalanzó sobre la garganta del otro simio, sin molestarse siquiera en levantar aquel velo de lana que le oscurecía la visión. Tarzán saltó hacia la pareja y la trapatiesta que se organizó en la inseguridad de la rama, entre balanceos e intentos fallidos de conservar el equilibrio, acabó con los grandes animales en el suelo, donde continuaron con sus golpes e insultos hasta que por fin consiguió el hombre-mono

separar a los dos enfurecidos antropoides.

Como quiera que estos salvajes progenitores del hombre no tienen idea de lo que son excusas y las explicaciones suelen ser fruto de un laborioso proceso, generalmente inútil, Tarzán tendió un puente sobre el peligroso abismo distrayendo la atención de los dos simios, desviándola de su conflicto particular y proyectándola sobre el tema de los planes para el futuro inmediato. Acostumbrados a la gresca frecuente, en la que más que derramar sangre se arrancan pelos, los simios olvidan con celérica rapidez tan triviales pugnas, y en el caso de la de Chulk y Taglat, no tardaron en estar pacífica y amistosamente sentados uno junto a otro, descansando tranquilos a la espera de que Tarzán los condujera al interior del poblado de los tarmanganis.

Hacía bastante rato que la oscuridad se había enseñoreado del lugar cuando Tarzán llevó a sus compañeros de su escondite en el árbol al suelo y luego, rodeando la empalizada, al lado contrario de la aldea.

Con los faldones del albornoz recogidos bajo el brazo para que las piernas tuviesen libertad de movimiento, el hombre-mono emprendió una corta carrerilla y gateó hacia la parte superior de la muralla de postes. Temiéndose que los monos se dejaran la ropa hecha unos zorros si llevaban a cabo una tentativa análoga, les indicó que esperasen abajo y, cuando estuvo firmemente asegurado en lo alto de la empalizada, se soltó el venablo y tendió un extremo del mismo hacia Chulk.

El mono lo agarró y, mientras Tarzán sostenía con fuerza la punta superior, el antropoide ascendió rápidamente agarrado al astil hasta que una de sus manos se aferró al borde superior de la estacada. Trepar hasta situarse junto a Tarzán fue cosa de un instante. Taglat llegó junto a ellos de manera similar y un momento después el trío descendía silenciosamente dentro del recinto.

Tarzán los condujo primero a la parte posterior de la choza en la que habían recluido a Jane, donde, a través del chapuceramente reparado boquete de la pared, trató de descubrir, mediante su sensible pituitaria, la evidencia de que la mujer a la que había ido a buscar se encontraba dentro.

Pegados los peludos rostros a la pared, muy cerca del de Tarzán, Chulk y Taglat olfatearon lo mismo que él. Cada uno de ellos percibió el olor de la mujer y cada uno de ellos reaccionó conforme a su temperamento y a su habitual forma de pensar.

Chulk con absoluta indiferencia. La hembra era para Tarzán, todo lo

que él, Chulk, deseaba era hundir el hocico en la despensa de los tarmangani. Había ido allí a atiborrarse de comida sin trabajar lo más mínimo. Tarzán le había dicho que recibiría su recompensa y con eso se sentía satisfecho.

Pero Taglat entrecerró sus perversos y sanguinolentos ojillos al comprender que se acercaba la hora de cumplir el plan que tan cuidadosamente ocultaba en la cabeza. Cierto que a veces, en el curso de los días transcurridos desde que emprendieron la expedición, a Taglat le había resultado difícil mantener en el cerebro aquella idea, y que en no pocas ocasiones se olvidó de ella por completo, hasta que Tarzán se la recordaba al pronunciar por casualidad alguna palabra determinada, pero, para ser un mono, Taglat se las había arreglado bastante bien en aquel asunto.

Ahora se relamió y chasqueó los morros, produciendo con ellos un ruido como si succionara aire.

Satisfecho al comprobar que la mujer estaba donde él había esperado que estuviera, Tarzán condujo a los monos hacia la tienda de Ahmet Zek. Un árabe y dos esclavos que pasaban por allí cerca los vieron, pero la noche era oscura y los albornoces blancos ocultaban las peludas extremidades de los simios y la gigantesca figura de su jefe, de modo que los tres, que se sentaron en cuclillas como si estuvieran charlando tranquilamente, pasaron por habitantes de la aldea y no despertaron sospechas. Llegaron a la parte posterior de la tienda. Dentro, Ahmet Zek conversaba con varios de sus lugartenientes. Fuera, Tarzán escuchó.

Tras él se desplazaban Chulk y Taglat…

CAPÍTULO XVII

JANE CLAYTON EN PELIGRO DE MUERTE

AL IMAGINARSE el destino que podía aguardarle en Addis-Abeba, un pánico cerval tomó posesión del ánimo del teniente Albert Werper, que empezó a devanarse las meninges para idear algún plan de fuga. Lo malo era que, en vista de que el negro Mugambi había eludido la vigilancia de los abisinios, éstos redoblaron sus medidas de precaución para evitar que Werper siguiera el ejemplo del indígena.

Durante algún tiempo, Werper jugueteó con la idea de sobornar a Abdul Murak ofreciéndole una parte del contenido de la bolsa, pero no tardó en temerse que el hombre decidiera quedarse con todas las joyas, estipulando que tal era el precio que exigía a cambio de la libertad del belga. Así que éste, influido por la codicia, intentó encontrar otra solución al problema.

Entonces se le ocurrió la posibilidad de salirse con la suya siguiendo un camino distinto, que le permitiría seguir conservando las piedras preciosas al tiempo que colmaría la avaricia del abisinio con el convencimiento de que había conseguido todo lo que Werper podía ofrecer.

De modo que un par de días después de que desapareciera Mugambi, Werper solicitó una entrevista con Abdul Murak. Cuando el belga entró en la tienda y compareció ante el oficial que le llevaba prisionero, la expresión adusta del abisinio hizo comprender a Werper que casi tenía que despedirse por completo de toda esperanza de lograr su objetivo. A pesar de todo, se sintió anímicamente reconfortado al pensar en las debilidades del ser humano, que permiten que las naturalezas aparentemente más incorruptibles se dobleguen ante la devoradora tentación de hacerse con una fortuna.

Abdul Murak le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—Mi libertad —replicó Werper.

—¿Y me molestas para decirme algo que cualquier imbécil debe saber? —silabeó el abisinio en tono de burla despectiva.

—Puedo comprarla —dijo Werper.

Abdul Murak soltó una resonante carcajada.

¿Comprarla? —exclamó—. ¿Con qué la vas a pagar? ¿Con los harapos que llevas puestos? ¿O tal vez escondes bajo la ropa un millar de libras esterlinas en marfil? ¡Largo! ¡Eres un estúpido! Y si no quieres recibir una buena ración de jarabe de látigo, no vuelvas a molestarme.

Pero Werper insistió. Su libertad y acaso también su vida dependían de que lograra aquel propósito.

—Atiéndeme —suplicó Werper—. Si te proporciono todo el oro que puedan llevar diez hombres, ¿me das tu palabra de que me llevarás sano y salvo al comisariado inglés más próximo?

—¿Todo el oro que puedan llevar diez hombres? —repitió Abdul Murak—. Estás loco. ¿Dónde tienes tú tanto oro?

—Sé dónde está escondido —aseguró Werper—. Prométeme lo que te pido y te conduciré hasta él… ¿Te parece suficiente lo que puedan cargar diez hombres?

Abdul Murak había dejado de reír. Observaba atentamente al belga. El tipo aquel parecía bastante cuerdo… ¡pero diez cargas de oro! Era absurdo. El abisinio reflexionó en silencio durante unos minutos.

—Bueno —dijo al final—, supongamos que te doy mi palabra. ¿A qué distancia se encuentra ese oro?

—A una semana de marcha, hacia el sur —respondió Werper.

—¿Te das cuenta del castigo que vas a recibir si no lo encontramos donde dices que está?

—Sé perfectamente que me juego la vida —replicó el belga—. Pero también sé que está donde está, porque con mis propios ojos vi que lo enterraban. Es más… no sólo hay diez cargas, sino tanto oro como puedan cargar cincuenta hombres. Todo será tuyo si prometes que me pondrás bajo la protección del gobierno inglés.

—¿Apuestas tu vida a cambio del hallazgo de ese oro? —preguntó Abdul.

Werper asintió con una inclinación de cabeza.

—Muy bien —aceptó el abisinio—. Prometo ponerte en libertad si encontramos allí aunque sólo sea el oro que puedan llevar cinco hombres. Pero hasta que lo tenga en mi poder, seguirás siendo mi prisionero.

—Conforme —accedió Werper—. ¿Nos ponemos en marcha mañana?

Abdul Murak dijo que sí con la cabeza y los guardianes volvieron a hacerse cargo del belga. Al día siguiente, los soldados abisinios se quedaron un tanto sorprendidos al recibir la orden de cambiar el rumbo, de dirigirse hacia el sur, en vez de hacia el norte. Y sucedió que la misma noche en que Tarzán y los dos monos entraron en la aldea de los facinerosos, los abisinios estaban acampados a unos cuantos kilómetros al este de aquel lugar.

Mientras Werper soñaba con la inminente libertad y el disfrute a sus anchas de la fortuna que llevaba en la bolsa que había robado y mientras Abdul Murak yacía despierto, regodeándose codiciosamente en las cincuenta cargas de oro que le aguardaban a unos cuantos días de marcha, en dirección sur, Ahmet Zek daba órdenes a sus lugartenientes, indicándoles que preparasen una fuerza de cincuenta combatientes y porteadores que a la mañana siguiente tendrían que estar dispuestos para partir hacia las ruinas del hogar del inglés, donde se apoderarían de la fabulosa fortuna que su renegado lugarteniente afirmó que estaba enterrada allí.

Y en tanto el árabe impartía las instrucciones precisas dentro de la tienda, en la parte exterior de la misma alguien escuchaba, a la espera del momento oportuno para entrar sin peligro y continuar la búsqueda de la bolsa y las preciosas piedrecitas que le habían robado el corazón.

Por último, los atezados camaradas de Ahmet Zek abandonaron la tienda y el cabecilla se fue a fumar una pipa en compañía de uno de ellos, con lo que el alojamiento de seda se quedó sin vigilancia. Apenas estuvo vacío el interior cuando la hoja de un cuchillo atravesó la tela de la pared posterior, a una altura de dos metros por encima del nivel del suelo, la rasgó hacia abajo e hizo una abertura para que pudiesen entrar los que aguardaban fuera.

Por allí penetró el hombre-mono, con el gigantesco Chulk pegado a sus talones. Pero Taglat no los siguió, sino que dio media vuelta y se deslizó en la oscuridad hacia la choza en la que la hembra que había despertado su brutal interés yacía fuertemente atada. Los centinelas permanecían en cuclillas ante la puerta, manteniendo una conversación bastante monótona. Dentro, tendida en el sucio catre, resignada a su suerte, sumida en la desesperanza absoluta, la mujer aguardaba que el destino le proporcionase la oportunidad de liberarse por el único medio que ahora le parecía

remotamente posible, algo que hasta entonces había detestado con toda su alma: el acto de la autodestrucción, del suicidio.

Desplazándose en silencio hacia los centinelas, una figura envuelta en blanco albornoz se introdujo entre las sombras de una esquina de la choza. La escasa inteligencia de aquel ser le impidió incluso aprovechar la ventaja que hubiese podido proporcionarle su disfraz. Pudo haberse aproximado audazmente hasta llegar junto a los centinelas, pero prefirió acercarse a ellos por la espalda, sin ser visto.

Echó una mirada antes de doblar la esquina de la choza. Sólo unos pasos le separaban de los centinelas, pero el simio no se atrevía a exponerse, ni siquiera por un segundo, a aquellos temidos y odiosos palos atronadores que los tarmanganis sabían usar tan bien… siempre y cuando hubiera otro sistema de ataque más seguro.

A Taglat le habría encantado que creciese por allí cerca un árbol desde cuyas ramas, extendidas sobre los centinelas, hubiese podido saltar sobre aquella presa desprevenida; pero aunque tal árbol no existía, al menos le sugirió un plan. El alero de la choza sobresalía por encima de las cabezas de los guardianes: hasta dicho alero podía llegar sin que lo vieran y desde allí saltaría sobre los tarmanganis. Una rápida dentellada con sus poderosas mandíbulas habría liquidado a uno de ellos antes de que el otro se diera cuenta de que lo que pasaba. Y el segundo sería presa fácil para la fuerza, agilidad y fiereza con que el simio desarrollaría la celérica continuación del ataque.

Taglat retrocedió unos pasos, hacia la parte trasera de la choza, tensó los músculos con vistas al esfuerzo inminente, tomó carrerilla y dio un salto en el aire. Se posó en el tejado justo encima de la pared que lo sostenía. La estructura de la choza resistió su peso gracias al refuerzo que representaba dicha pared. Sin embargo, cuando el gigantesco antropoide empezó a desplazarse por el tejado, éste se combó hacia abajo, las vigas se quebraron y Taglat cayó al interior de la choza.

Al oír los chasquidos de la madera, los centinelas de pusieron en pie y se precipitaron dentro del chamizo. Jane Clayton trató de apartarse rodando sobre sí misma cuando la enorme figura aterrizó tan cerca de ella que una de las manos inmovilizó su vestido contra el suelo.

Al notar que algo se movía junto a él, Taglat alargó la mano y cogió a la mujer en el hueco de su brazo poderoso. El albornoz cubría el peludo cuerpo del mono, por lo que Jane Clayton creyó que la sujetaba un brazo

humano y, desde la profunda sima de su desaliento, le ascendió hasta el pecho la esperanza de que por fin se encontraba protegida por alguien que había acudido a rescatarla.

Los dos centinelas estaban ahora dentro de la choza, pero vacilaban, desconcertados al ignorar la causa del estrépito. Como no estaban acostumbrados a la oscuridad del interior de la choza, los ojos no les informaron de nada, cosa que tampoco hicieron los oídos, porque el simio se mantenía silencioso, a la espera del ataque de los tarmanganis.

En vista de que los centinelas no avanzaban hacia él y comprendiendo que a causa del estorbo que constituía la mujer con la que iba cargado iba a resultar más que problemático salir bien librado en una batalla en toda regla, Taglat optó por arriesgarse a una súbita embestida hacia la libertad. Agachó la cabeza y se lanzó con todo su empuje sobre la pareja de guardianes que bloqueaban la puerta. El impacto de los rocosos hombros de Taglat derribó a ambos centinelas de espaldas y antes de que pudieran ponerse en pie, el simio ya había salido de la construcción y se alejaba, lanzado a toda velocidad, a través de las sombras de las chozas, hacia la empalizada del fondo de la aldea.

La rapidez y fortaleza de su salvador llenaron de asombro a Jane Clayton. ¿Era posible que Tarzán hubiese sobrevivido al balazo del árabe? Aparte de él, ¿qué otro ser de la jungla podría cargar con el peso de una mujer adulta y transportarlo con tal ligereza? Pronunció su nombre en voz alta, pero no obtuvo respuesta. Pero no renunció a la esperanza.

Ante la empalizada, el animal ni siquiera vaciló. De un solo brinco se encaramó en lo alto, donde permaneció apenas un segundo, antes de dejarse caer por el lado opuesto. Jane Clayton tuvo entonces la certeza casi absoluta de que estaba a salvo en brazos de su marido, y cuando el mono se lanzó a los árboles y se adentró rápidamente por la selva, como Tarzán había hecho tantas veces en el pasado, a la mujer ya no le cupo la más ligera duda de que su suposición era cierta.

A cosa de kilómetro y medio del campamento de los malhechores, en un pequeño calvero iluminado por la luna, el salvador de Jane se detuvo y la depositó en el suelo. Su brusquedad la sorprendió un tanto, pero Jane continuó sin albergar dudas. Volvió a llamarle por su nombre, al mismo tiempo que el simio, irritado por el fastidio de aquellas ropas de tarmangani que le coartaban la libertad de movimientos, se quitó de encima el albornoz y expuso ante los horrorizados ojos de la mujer el espantoso rostro y la

peluda forma de un gigantesco antropoide.

Jane Clayton lanzó un lastimero gemido de terror y cayó desmayada, mientras, desde su escondite tras unos matorrales próximos, Numa, el león, contemplaba a la pareja con ojos famélicos y se relamía glotonamente.

Tarzán entró en la tienda de Ahmet Zek e inspeccionó minuciosamente el interior. Hizo pedazos el lecho y esparció por el suelo el contenido de cajas y bolsas. Examinó a conciencia cuanto sus ojos descubrían y su aguda mirada no pasó por alto ni un solo objeto de los que se hallaban en el aposento del jefe de los bandidos. Pero ninguna bolsa ni puñado alguno de piedras de colores recompensó su meticuloso registro.

Convencido finalmente de que sus pertenencias no se encontraban en poder de Ahmet Zek, so pena de que el propio cabecilla árabe las llevase encima, Tarzán decidió poner a buen recaudo a la hembra, antes de continuar con la búsqueda de la bolsa.

Hizo una seña a Chulk, indicándole que le siguiera, y salió de la tienda por el mismo sitio por el que había entrado. Se encaminó con paso decidido en dirección a la choza donde Jane Clayton estaba prisionera.

Observó, no sin sorpresa, la ausencia de Taglat, al que había esperado encontrar aguardándole fuera de la tienda de Ahmet Zek. Sin embargo, acostumbrado como estaba a la inconstancia de los monos, no prestó demasiada atención al abandono de su hosco compañero. En tanto no se entrometiera y pusiera en peligro sus planes, a Tarzán le tenía sin cuidado que estuviera o no estuviera por allí.

Al aproximarse a la choza, el hombre-mono observó que se había concentrado ante la puerta una nutrida multitud. Se dio cuenta de que los individuos que la componían estaban excitadísimos y, temiendo que bajo la mirada de tantos testigos el disfraz de Chulk no resultase todo lo perfecto que sería preciso, ordenó al simio que se retirase al punto más alejado del recinto y le aguardara allí.

Mientras Chulk se alejaba con sus torpes andares, manteniéndose entre las sombras, Tarzán avanzó con desparpajo hacia el alterado grupo arremolinado frente a la puerta de la choza. Se mezcló con los negros y los árabes, a fin de enterarse de la causa de aquella conmoción y, en el interés de su curiosidad, se olvidó de que iba armado con el venablo, el arco y las flechas, lo que podía proyectar sobre él la recelosa atención de los reunidos.

A base de codazos se fue abriendo paso hacia la puerta y casi había llegado a ella, cuando un árabe le puso una mano en el hombro y exclamó:

—¿Quién es este tipo?

Al mismo tiempo, tiró de la capucha y dejó al descubierto el rostro del tarmangani.

A lo largo de toda su vida salvaje, Tarzán de los Monos nunca tuvo por costumbre pararse a discutir con el adversario. El primitivo instinto de conservación dispone de innumerables artimañas y recursos, pero entablar una discusión no es uno de ellos, así que no perdió el tiempo intentando convencer a aquellos bandidos de que él no era un lobo con piel de cordero. Lo que sí hizo, en cambio, fue agarrar por la garganta al sujeto que lo había desenmascarado, apenas había acabado el hombre de pronunciar su grito de alarma. Lo zamarreó en semicírculo, a derecha e izquierda, utilizándolo como arma para mantener a raya a los que se disponían a abalanzarse en masa contra él.

Siguió agitándolo de un lado a otro para abrirse camino rápidamente hasta la puerta y en cuestión de segundos estuvo dentro de la choza. Un apresurado vistazo le reveló la decepcionante circunstancia de que estaba vacía, de igual modo que su sentido del olfato le indicó que flotaba allí una leve emanación de Taglat, el mono. Tarzán emitió un sordo y ominoso gruñido. Los que se agolpaban en el umbral, empujándose unos a otros pero sin atreverse a entrar y apoderarse de él, retrocedieron de súbito cuando hirieron sus oídos las notas de un grito de desafío selvático y brutal. Se miraron entre sí, sorprendidos y consternados. En la choza no había entrado más que un hombre y, sin embargo, lo que acababan de oír allí dentro era el alarido de una fiera salvaje. ¿Qué significaría? ¿Se habría refugiado allí un león o un leopardo, sin que los centinelas se hubiesen dado cuenta? La rápida mirada de Tarzán localizó el boquete abierto en el tejado a través del cual había caído Taglat. Supuso que el mono había entrado o salido por aquel hueco y, mientras los árabes titubeaban, el hombre-mono dio un salto felino hacia allí, sus manos se aferraron a la parte superior de la pared, gateó por el tejado y un instante después se dejaba caer en el suelo por la parte posterior de la choza.

Cuando los árabes reunieron por fin el valor suficiente para entrar en el chamizo, previo disparo de unas cuantas ráfagas de proyectiles a través de las paredes, encontraron vacío el interior. Por entonces, Tarzán, en el fondo de la aldea, buscaba a Chulk pero no logró encontrar al simio por ninguna parte.

Despojado de su hembra, abandonado por sus compañeros y sin tener

idea del paradero de su bolsa y de sus piedras de colorines, la rabia se apoderó de Tarzán mientras subía por la empalizada y desaparecía engullido por la oscuridad de la jungla.

No le quedó más remedio que renunciar a la búsqueda de la bolsa, de momento, puesto que entrar de nuevo en el campamento árabe equivaldría a arrojarse al precipicio del suicidio, ya que todos los habitantes del poblado se encontrarían sobre aviso, alertados y en pie de guerra.

Al huir de la aldea, el hombre-mono perdió el rastro del fugitivo Taglat, por lo que decidió trazar un amplio círculo a través de la selva, con ánimo de recuperarlo.

Chulk se había mantenido en su puesto hasta que los gritos y los disparos de los árabes sembraron el terror en su alma sencilla, porque si algo empavorece a los simios por encima de todas las cosas, ese algo son los palos tonantes de los tarmanganis. El estrepitoso alboroto impulsó a Chulk a trepar ágilmente por la empalizada. Franqueó su cima, se hizo jirones el albornoz durante la empresa y huyó hacia las profundidades de la jungla, sin dejar de emitir gruñidos y regañinas a alguna criatura inexistente.

Tarzán recorría velozmente la jungla en busca de la pista de Taglat y la hembra. Mientras, en un pequeño calvero iluminado por la luna, por delante, el gigantesco Taglat se agachó junto a la yacente figura de la mujer que el hombre-mono buscaba. Mordiéndolas y tirando de ellas con todas sus fuerzas, el simio trataba de romper a lo bestia las ligaduras que sujetaban los tobillos y las muñecas de lady Greystoke.

La dirección que llevaba Tarzán le conduciría a escasa distancia, por la derecha, del punto donde se encontraban y, aunque no los viera, el viento, que soplaba con cierta fuerza hacia él, llevaría hasta su olfato las emanaciones de la mujer y del simio.

Unos instantes más y Jane Clayton podría darse por salvada, incluso aunque Numa, el león, encogiera el cuerpo y tensara ya los músculos para desencadenar su ataque… Pero el destino decidió entonces dar una prueba más de su crueldad implacable: el viento cambió repentina y brevemente de rumbo y los efluvios de la mujer, que unos segundos antes habrían llegado hasta el olfato de Tarzán, se vieron impulsados en dirección contraria. El hombre-mono pasó a menos de cincuenta metros del drama que se estaba desarrollando en el claro, y, para Jane Clayton, la oportunidad de salvación se perdió en el aire.

CAPÍTULO XVIII

LA LUCHA POR EL TESORO

AMANECIÓ antes de que Tarzán empezara a comprender que existía la posibilidad de que fracasara en su búsqueda. Pero incluso entonces sólo se mostró dispuesto a pensar que lo único que ocurría era que el éxito se retrasaba un poco más de la cuenta. Comería, dormiría y luego reanudaría la tarea. La selva era extensísima, pero la experiencia y la astucia de Tarzán eran también inmensas. Taglat podía alejarse cuanto quisiera pero, al final, Tarzán lo encontraría, aunque tuviera que examinar todos y cada uno de los árboles que crecían en la vastedad del bosque.

El hombre-mono iba haciéndose tales reflexiones mientras seguía el rastro de Bara, el ciervo, infortunada presa con cuya carne había decidido saciar su apetito aquel día. Durante media hora, las huellas le condujeron hacia el este, a lo largo de una bien trillada senda de caza; de pronto, con gran sorpresa por parte de Tarzán, la presa apareció de pronto ante su vista, galopando enloquecida directamente hacia él.

Tarzán, que avanzaba por la senda, se apresuró a saltar para ocultarse entre la vegetación de un lado del camino, de forma que el animal no pudo enterarse de que en aquella dirección se encontraba un enemigo. El ciervo aún se hallaba a bastante distancia cuando el hombre-mono saltó a la enramada de un árbol suspendida sobre el sendero. Y allí permaneció agazapado el animal de presa, a la espera de que llegase su víctima.

El hombre-mono ignoraba qué podía haber aterrorizado al ciervo hasta el punto de lanzarlo a tan frenética retirada… tal vez Numa, el león, o Sheeta, la pantera; pero fuera lo que fuese, a Tarzán de los Monos le importaba muy poco. Él estaba dispuesto a defender su presa contra cualquier otro habitante de la selva. Si no lo lograba mediante el vigor físico, aún disponía de otro poder más importante, el de su aguda inteligencia.

Y así, el desalado ciervo fue a meterse en las fauces de la muerte. El

hombre-mono se puso de espaldas al animal, se afirmó encima de la rama extendida sobre el camino, dobladas las rodillas y atento el oído al repicar de los cascos para calcular el momento en que el ciervo llegaría bajo el árbol.

En el preciso instante en que la pieza pasaba como una centella por allí, Tarzán se dejó caer encima de su lomo. El impacto y el peso del hombre derribaron a Bara contra el suelo. Bregó para incorporarse y seguir su carrera, pero unos músculos poderosos le echaron la cabeza hacia atrás, le retorcieron el cuello con brusco movimiento y el ciervo dejó de existir.

Fue una muerte rápida, como rápidos fueron los movimientos inmediatos del hombre-mono, porque, ¿quién podía saber qué enemigo perseguía a Bara y a qué distancia estaba de su presa? Apenas habían chasqueado las vértebras del ciervo cuando el cuerpo del animal se encontraba sobre los anchos hombros de Tarzán quién, un segundo después, volvía a estar en la enramada baja de un árbol mientras sus agudas pupilas grises escudriñaban el camino en la dirección por la que había llegado el ciervo.

No tuvo que esperar mucho para que se le hiciera evidente la causa que motivó la aterrada huida de Bara a los oídos de Tarzán llegó en seguida el sonido inconfundible de jinetes que se acercaban.

Arrastrando su pieza tras de sí, el hombre-mono ascendió hasta las ramas del nivel medio, donde se acomodó confortablemente en la horqueta de un árbol, desde la que se dominaba el camino. Cortó una jugosa tajada del lomo del ciervo, hincó el diente a la carne fresca y saboreó a placer el fruto de su astucia y de su habilidad cinegética.

Mientras saciaba su hambre no descuidó la vigilancia del camino que discurría a sus pies. De modo que sus agudos ojos avistaron el belfo del primer caballo en cuanto empezó a asomar por la curva del serpenteante camino. Luego escrutaron uno tras otro a los jinetes que, en fila india, fueron pasando por debajo de su atalaya.

Entre ellos marchaba uno al que Tarzán reconoció automáticamente, aunque el dominio que el hombre-mono había aprendido a ejercer sobre sus propias emociones le permitió mantener inalterable la expresión, sin que el más leve gesto o ademán histérico pudiera revelar su presencia y, mucho menos, traicionar sus emociones internas.

Albert Werper cabalgaba entre los abisinios tan ajeno a la existencia allí de Tarzán como los que le precedían o los que iban detrás de él. El hombre-

mono le examinó atentamente, mientras el belga pasaba por debajo del árbol, tratando de descubrir algún indicio de la bolsa que le había robado.

Cuando los abisinios se alejaron rumbo al sur, una figura enorme se irguió sobre el camino, la figura de un gigante blanco casi desnudo, que llevaba sobre los hombros el cuerpo sangrante de un ciervo. Tarzán sabía que, si seguía al belga, iba a transcurrir algún tiempo antes de que volviera a presentársele la ocasión de cazar otra pieza.

Apoderarse de aquel hombre que marchaba entre jinetes armados era algo que Tarzán sólo intentaría como último recurso, porque requeriría gran astucia y cautela, a menos que se les pusiera nerviosos y, a través del dolor o de la rabia, se les impulsara a una acción precipitada o irreflexiva.

Así que el belga y los abisinios continuaron su marcha hacia el sur y Tarzán de los Monos los siguió desplazándose silenciosamente por las oscilantes ramas del nivel medio de las frondas.

Tras dos jornadas de marcha se encontraron ante una gran llanura que se extendía al otro lado de las montañas, una planicie que Tarzán creyó reconocer y que despertó en su memoria ambiguos recuerdos y extraños anhelos. Los jinetes lanzaron sus corceles a través de aquel llano, seguidos por el hombre-mono, que avanzaba a prudente distancia, aprovechando todos los escondites que le brindaba el terreno.

Los abisinios hicieron un alto junto a un montón de maderas chamuscadas y Tarzán, tras acercarse sigilosamente y ocultarse detrás de unos matorrales, los observó asombrado. Los vio excavar la tierra y se preguntó si antes habrían enterrado carne en aquel punto y ahora volvían a recogerla. Se acordó de que también él había enterrado sus piedrecitas y la idea que le impulsó a hacerlo. ¡Excavaban para coger las cosas que los negros habían enterrado allí!

Observó entonces que extraían un objeto de color amarillo, cubierto de tierra, y le extrañó la alegría que Werper y Abdul Murak manifestaron al ver aquella cosa mugrienta. Los abisinios extrajeron muchas piezas similares, todas del mismo color amarillo sucio, hasta que formaron una buena pila en el suelo, un montón que Abdul Murak acarició con codicioso éxtasis.

Al contemplar aquellos lingotes de oro, algo se agitó en el cerebro del hombre-mono. ¿Dónde los había visto antes? ¿Qué eran? ¿Por qué los deseaban de aquel modo los tarmanganis? ¿A quién pertenecían?

Recordó a los negros que los habían enterrado allí. Aquellos objetos

debían de ser de los indígenas. Werper se los estaba robando, como había robado la bolsa de piedras a Tarzán. Las pupilas del hombre-mono centellearon furiosas. Le gustaría encontrar a los negros y conducirlos hasta aquellos ladrones. Se preguntó dónde estaría la aldea de los dueños de aquellas piezas amarillas.

Mientras por la activa mente de Tarzán pasaban todos esos pensamientos, por la linde del bosque que bordeaba la llanura apareció una partida de hombres que avanzaron hacia las ruinas de la calcinada casa de campo.

Abdul Murak, siempre ojo avizor, fue el primero en divisarlos. Pero los recién llegados habían recorrido ya la mitad de la distancia de terreno descubierto. Abdul Murak ordenó a sus soldados que montaran a caballo y se prepararan para cualquier contingencia, porque en el corazón de África nadie sabe si el extraño que se le acerca es amigo o enemigo.

Werper saltó a la silla, clavó sus ojos en los individuos que se aproximaban y al instante, demudado, pálido y tembloroso, se dirigió a Abdul Murak:

—¡Es Ahmet Zek con sus forajidos! ¡Vienen en busca del oro!

Debió de ser en aquel preciso momento cuando Ahmet Zek descubrió el montón de lingotes amarillos y, al ver aquel grupo junto a las ruinas de la casa de campo del inglés, comprendió que era realidad lo que había sospechado y temido. Alguien le había ganado por la mano, alguien había llegado al tesoro antes que él.

El árabe se puso furioso. Últimamente, todo le salia mal. Había perdido las joyas, el belga se le había escapado y la dama inglesa se le escurrió de entre las manos por dos veces. Y ahora alguien se aprestaba a robarle un tesoro que él consideraba a salvo en aquel sitio, tan seguro como si nunca hubiera salido de la mina.

No le importaba quiénes pudieran ser los ladrones. No iba a renunciar al oro sin presentar batalla, eso seguro. Así que Ahmet Zek soltó un salvaje grito de guerra, ordenó a sus huestes que le siguieran, picó espuelas y se lanzó a la carga sobre los abisinios. Tras él, entre alaridos y maldiciones, la abigarrada horda de malhechores emprendió el galope, mientras agitaban las espingardas por encima de la cabeza.

Los soldados de Abdul Murak les dieron la bienvenida con una descarga cerrada que vació unas cuantas sillas. Pero, un segundo después, los bandidos cayeron sobre ellos y las espadas, pistolas y mosquetes de

cada contendiente realizaron su espeluznante y sangrienta labor.

Los ojos de Ahmet Zek se fijaron en Werper nada más iniciar la primera carga. El árabe se precipitó hacia el belga y éste, aterrado ante el fatal destino que le esperaba, volvió grupas y emprendió una frenética carrera, en un esfuerzo por escapar. Ahmet Zek delegó a voces el mando de la operación en uno de sus lugartenientes, al que ordenó que, bajo pena de muerte, liquidara a todos los abisinios y trasladara el oro al campamento. Acto seguido, el cabecilla árabe partió al galope a través de la pradera en persecución del belga. La depravada naturaleza de Ahmet Zek le exigía regodearse saboreando el placer de la venganza, aunque ello representara arriesgarse a perder el tesoro.

Mientras perseguido y perseguidor se alejaban velozmente en dirección al distante bosque, la batalla adquirió un enconado y sangriento salvajismo. Ni los feroces abisinios ni los carniceros asesinos de Ahmet Zek daban ni pedían cuartel.

Desde su escondite de la maleza Tarzán presenciaba aquel sañudo combate, en medio del cual se había visto sorprendido, rodeado de tal forma que no encontraba resquicio por el que poder escabullirse para marchar en pos de Werper y el jefe de los malhechores.

Los abisinios formaban un círculo cuyo centro lo ocupaba la posición de Tarzán. Alrededor de los soldados galopaba la turba de ululantes bandidos, cuya táctica consistía en retirarse y atacar alternativamente, con cargas que los adentraban entre los abisinios para repartir tajos y mandobles con sus alfanjes.

Los hombres de Ahmet Zek eran superiores en número, y lenta pero implacablemente iban exterminando a los soldados de Menelek. Para Tarzán, el desenlace de la lucha era un asunto carente de importancia. La contemplaba con un solo objetivo: encontrar una vía de escape a través de aquel anillo de sanguinarios combatientes y marchar en persecución del belga y de la bolsa de guijarros.

Cuando vio a Werper en el sendero donde él, Tarzán, había sacrificado a Bara, pensó que sin duda los ojos le engañaban, ya que tenía la certeza de que Numa había matado y devorado al ladrón; pero después de seguir al destacamento abisinio durante dos jornadas, sin apartar los agudos ojos de la persona del belga, al hombre-mono no le cabía duda alguna acerca de la identidad de Werper, aunque entonces lo que le llenaba de desconcierto era la identidad del mutilado cadáver que en principio dio por supuesto que

correspondía al hombre que buscaba.

Mientras permanecía oculto entre los matorrales y arbustos que poco tiempo antes constituyeron el orgullo y el placer de la esposa a la que ya no recordaba, un árabe y un abisinio, en el ardor de su contienda particular a cintarazo limpio, fueron acercando sus monturas hacia aquel punto.

Paso a paso, el árabe obligó a retroceder a su adversario hasta que el caballo de éste a punto estuvo de pisar al hombre-mono. Por último, un tajo tremendo hendió el cráneo del soldado negro, cuyo cadáver cayó hacia atrás, casi encima de Tarzán.

En el mismo instante en que el abisinio abandonó la silla, la posibilidad de huida que representaba aquella cabalgadura sin jinete impulsó al hombre-mono a la acción. Antes de que el caballo tuviese tiempo de reaccionar \1 alejarse de allí, un gigante desnudo había saltado ya a su lomo. Una mano vigorosa cogió las riendas y un sorprendido facineroso árabe se encontró con que un nuevo enemigo ocupaba la silla del que acababa de matar.

Pero ese enemigo no blandía espada y su venablo, su arco y su carcaj de flechas permanecían colgados al hombro. Recuperado de su sorpresa inicial, el árabe se lanzó con el alfanje en alto, dispuesto a aniquilar a aquel petulante desconocido. Dirigió un feroz mandoble a la cabeza del hombre-mono, una cuchillada que se perdió inofensivamente en el aire, porque Tarzán se agachó y el árabe notó en la pierna el roce del caballo enemigo que pasaba junto a él y, una fracción de segundo después, un enorme brazo se ciñó en torno a su cintura y, utilizando como escudo humano a su adversario, el hombre-mono empezó a atravesar a galope tendido las filas de los bandoleros que los rodeaban.

En cuanto los facinerosos quedaron atrás, el árabe se vio arrojado al suelo mientras su extraño enemigo se perdía de vista a través de la pradera, rumbo a la lejana linde del bosque.

La batalla siguió desarrollándose enconada y feroz durante una hora más, hasta que el último abisinio quedó tendido en el suelo o emprendió la huida hacia el norte. Un puñado de hombres logró escapar, Abdul Murak entre ellos.

Los victoriosos bandidos se reunieron en torno a los lingotes de oro que los abisinios habían desenterrado. Aguardaron allí el regreso de su jefe. El júbilo de aquel triunfo se veía un tanto enturbiado por la aparición más bien fugaz de aquel extraño guerrero blanco desnudo que se alejó galopando a

lomos del corcel de uno de sus enemigos y que atravesó sus filas cargado con uno de sus compañeros. Comentaban admirados la fuerza sobrehumana del hombre-mono. Casi todos ellos conocían el nombre y la fama de Tarzán y el hecho de que reconocieran en el gigante blanco al implacable enemigo de los malhechores de la selva aumentaba su terror, porque les habían asegurado que Tarzán de los Monos estaba muerto.

Supersticiosos por naturaleza, tenían el absoluto convencimiento de que acababan de ver el alma sin cuerpo del difunto y no cesaban de lanzar inquietas miradas a su alrededor, temerosos de que aquel fantasma volviera de un momento a otro a la escena de la ruina en que convirtieron su hogar durante el reciente asalto. Debatían a base de cuchicheos la probable clase de venganza que aquel espíritu se tomaría sobre ellos al volver allí y encontrarlos en posesión del oro que le pertenecía.

A medida que intercambiaban murmullos su miedo fue aumentando, mientras entre los juncos de la orilla del río un grupo de desnudos guerreros negros espiaba todos sus movimientos. En los altozanos del otro lado del río, aquellos negros habían oído el fragor de la batalla y se deslizaron sigilosamente hasta la ribera, vadearon la corriente, avanzaron entre los juncos y se apostaron en una situación que les permitió observar las actividades de los combatientes.

Los malhechores esperaron el regreso de Ahmet Zek durante media hora, sin que en ningún momento la aparición del fantasma de Tarzán dejase de socavar su lealtad y su temor al cabecilla árabe. Por último, la voz de uno de ellos expresó el deseo que albergaban todos al anunciar que tenía la intención de cabalgar hacia el bosque, en busca de Ahmet Zek. Al instante, todos los demás saltaron a la silla de sus respectivas monturas.

—El oro estará aquí a salvo —exclamó uno de ellos—. Hemos eliminado a todos los abisinios y por estos andurriales no queda nadie que pueda llevárselo. ¡Vayamos en busca de Ahmet Zek!

Instantes después, envueltos en una nube de polvo, los bandidos galopaban como locos por la llanura y de su escondite entre los juncales salió furtivamente una partida de guerreros negros que se dirigieron al punto donde estaban apilados en el suelo los lingotes de oro de Opar.

Werper aún llevaba cierta delantera a Ahmet Zek cuando llegó a la linde de la selva, aunque el árabe, cuya montura era mejor que la del perseguido, iba ganándole terreno. Con el valor temerario que infunde la desesperación, el belga exigía más velocidad a su montura, ya en los

angostos confines de la sinuosa vereda de caza por la que galopaban los dos caballos.

Oyó a su espalda la voz de Ahmet Zek, que a gritos le conminaba a detenerse, pero Werper hincó con más fuerza las espuelas en los ijares de su jadeante cabalgadura. A doscientos metros selva adentro, una rama partida yacía atravesada en el camino. Era un obstáculo insignificante por encima del cual un caballo normal hubiese pasado sin darse cuenta siquiera de su existencia, pero el corcel de Werper estaba agotado, el cansancio había cargado de plomo sus patas y cuando la rama se interpuso entre sus cascos delanteros, el pobre animal tropezó, no pudo recuperarse y fue a dar con sus huesos en el suelo, en medio de la senda.

Werper salió despedido por encima de la cabeza de la montura, rodó hacia adelante unos cuantos metros, se puso en pie como Dios le dio a entender y corrió de vuelta hacia la cabalgadura. Cogió las riendas y tiró de ellas para ayudar al animal a levantarse, pero el caballo no quería o no podía incorporarse y, mientras el belga le maldecía y golpeaba, Ahmet Zek apareció a la vista.

Automáticamente, Werper dejó de bregar con la montura caída a sus pies, cogió el rifle, se parapetó tras el cuerpo del caballo y abrió fuego sobre el árabe, que se le acercaba.

La bala, demasiado baja, alcanzó en el pecho a la montura de Ahmet Zek, que se vino abajo a unos cien metros de donde se encontraba Werper aprestándose a efectuar su segundo disparo.

El árabe se fue abajo con su montura y, de pie, a horcajadas sobre ella, al ver la estratégica posición del belga, echó cuerpo a tierra detrás del caballo y no perdió un segundo en imitar el ejemplo de Werper parapetándose detrás del animal.

Y allí se apostaron los dos, disparando alternativamente y maldiciéndose el uno al otro, mientras, por detrás del árabe, Tarzán de los Monos se aproximaba a la periferia del bosque. Al llegar a la primera línea de árboles oyó las detonaciones de los duelistas y optó por dirigirse hacia ellos utilizando la vía más rápida y segura de las ramas de los árboles, en vez de seguir a lomos del semirreventado corcel abisinio, medio de transporte que, desde luego, no le inspiraba la menor confianza.

El hombre-mono se desplazó de árbol en árbol, manteniéndose a un lado del camino, hasta llegar a un punto desde el que podía presenciar con relativa seguridad el intercambio de disparos de los dos contendientes. Por

turno, primero uno y luego el otro, asomaban levemente por encima del cuerpo del caballo, apretaban el gatillo y volvían a tenderse presurosos al amparo de su trinchera equina. Recargaban el arma y al cabo de un momento repetían la operación.

A Werper le quedaban pocas municiones. Abdul Murak le había armado precipitadamente, proporcionándole el fusil y los cartuchos que tomó de uno de los abisinios que había caído en la lucha junto a los lingotes. El belga comprobó que no tardaría en haber disparado su última bala y que entonces quedaría a merced del árabe…, un destino que sabía muy bien que iba a ser letal.

Frente a la muerte y a la rapiña de su tesoro, el belga se estrujó el cerebro en busca de algún plan que le permitiera eludir ambas tragedias y lo único que se le ocurrió, aunque su posibilidad de éxito era remota, fue intentar hacer un trato con Ahmet Zek.

Werper había disparado ya todos sus cartuchos, excepto uno, cuando, en una momentánea tregua del tiroteo, gritó una propuesta a su adversario:

—¡Ahmet Zek! Si continuamos con este insensato combate, sólo Alá sabe cuál de nosotros dos dejará hoy los huesos para que se pudran en este camino. Tú deseas el contenido de la bolsa que llevo a la cintura y yo anhelo la vida y la libertad con más intensidad que las joyas. Dejemos, pues, que cada uno de nosotros consiga lo que más desea y separémonos en paz, continuando cada uno por su camino. Depositare la bolsa encima del cuerpo de mi caballo, donde puedas verla y, por tu parte, pondrás el fusil sobre tu montura, con la culata hacia mí. Entonces, yo me iré, dejándote la bolsa y me permitirás marchar sano y salvo. Me conformo con conservar la vida y la libertad.

El árabe reflexionó en silencio durante unos segundos. Luego habló. El hecho de que había disparado ya su última bala influyó decisivamente en su respuesta.

—Sigue, pues, tu camino —rezongó—. Deja la bolsa donde pueda verla y lárgate. Mira, aquí pongo mi rifle, con la culata hacia ti. Vete.

Werper se soltó la bolsa de la cintura. Sus dedos se deslizaron amorosa y dolorosamente por los duros perfiles de las piedras que guardaba. ¡Ah, si pudiera sacar un puñadito de aquellas gemas! Pero Ahmet se había puesto en pie y sus ojos de águila observaban atentamente al belga, sin perderse uno solo de sus movimientos.

Apesadumbrado, Werper depositó la bolsa, sin tocar para nada su

contenido, encima del caballo, muerto en el tiroteo, se incorporó, cogió el rifle y se retiró despacio por el sendero, hasta que una curva le ocultó a la vista del vigilante árabe.

Ni siquiera entonces se adelantó Ahmet Zek, receloso de que todo aquello fuese una maniobra traicionera de la que a él mismo se le hubiera podido acusar, puesto que en circunstancias similares él habría urdido alguna treta turbia. Sus sospechas, por otra parte, no carecían de base, ya que el belga, en cuanto se encontró fuera del radio visual de Ahmet Zek, se apresuró a apostarse detrás del tronco de un árbol, en un punto desde el que veía el caballo muerto y la bolsa colocada encima de cadáver. Werper se echó el rifle a la cara y apuntó hacia el lugar por el que tendría que aparecer el árabe cuando se adelantase para hacerse cargo de la bolsa.

Pero Ahmet Zek no era tan insensato como para exponerse a caer víctima de un ladrón y asesino cuyo honor estaba por los suelos. Tomó el rifle, abandonó el camino, se adentró en la enmarañada espesura y, a gatas, avanzó en paralelo a la senda. En ningún instante quedó su cuerpo expuesto al fusil del escondido asesino.

El árabe avanzó así hasta situarse a la altura del caballo muerto de su enemigo. La bolsa estaba allí, a la vista, mientras a escasa distancia, al otro lado del sendero, Werper aguardaba consumido por una creciente impaciencia y nerviosismo, mientras se preguntaba por qué no iba el árabe a recoger su recompensa.

En aquel momento vio asomar repentina y misteriosamente el cañón de un rifle a unos cuantos centímetros por encima de la bolsa y, antes de que llegase a comprender la astuta treta del árabe, el punto de mira del arma fue a engancharse diestramente en el lazo de cuero que cerraba la bolsa y ésta desapareció, vista y no vista, entre el denso follaje que bordeaba el camino.

Ni por un instante quedó al descubierto un solo centímetro cuadrado del cuerpo del bandido y Werper no estaba dispuesto a disparar el último proyectil que le quedaba sin tener a su favor todas las probabilidades de que el tiro iba a ser certero.

Ahmet Zek soltó una risita entre dientes, al tiempo que retrocedía unos pasos hacia el interior de la selva. Estaba tan seguro de que Werper andaba emboscado por allí cerca como si sus ojos pudieran atravesar la floresta y ver al belga al acecho, con el dedo curvado sobre el gatillo, oculto detrás del tronco de un árbol gigante.

Werper no se atrevía a dar un paso hacia adelante y su codicia tampoco

le permitía retirarse, de modo que permaneció quieto donde estaba, con el rifle dispuesto en las manos y los ojos clavados en el sendero, mirándolo con intensidad felina.

Pero otro personaje había visto y reconocido la bolsa. Alguien que avanzaba en paralelo a Ahmet Zek, por encima del árabe, tan silencioso e indefectible como la propia muerte. Y cuando el árabe llegó a un paraje en el que los matorrales eran menos densos y se dispuso a recrearse la vista contemplando el contenido de la bolsa, Tarzán se detuvo directamente encima de él, con idéntica intención en el ánimo.

Al tiempo que se humedecía los delgados labios con la lengua, Ahmet Zek desató las cintas de cuero que cerraban la boca de la bolsa, ahuecó una mano que parecía una garra y derramó en la palma una parte del contenido.

Lanzó una sola mirada a las piedras que le cayeron en el hueco de la mano. Entornó los párpados, una maldición brotó de sus labios y arrojó desdeñosamente contra el suelo aquellos guijarros. Vació con rapidez el resto del contenido y cuando hubo examinado una por una todas las piedras, que a continuación tiraba al suelo y pisoteaba con furia, su cólera alcanzó tal grado que el rostro parecía más el de un demonio frenético que el de una persona, mientras apretaba los puños con tal fuerza que las uñas se le clavaron en la carne.

Desde su altura, Tarzán le contempló asombrado. Sentía una enorme curiosidad, deseaba enterarse del motivo por el cual habían organizado todo aquel jaleo a cuenta de su bolsa. Experimentaba cierto interés por comprobar qué haría el árabe cuando el otro se hubiera alejado, dejando la bolsa tras de sí. Una vez satisfecho ese interés, saltaría sobre Ahmet Zek y le arrebataría la bolsa y las bonitas piedras, ya que ¿no eran de Tarzán?

Observó que el árabe tiraba la bolsa vacía, para agarrar después el fusil por el cañón, a guisa de porra, y deslizarse sigilosamente por la jungla, a lo largo del camino en la dirección por la que Werper se había retirado.

Cuando el hombre se perdió de vista, Tarzán se descolgó hasta el suelo y se dispuso a recoger el disperso contenido de la bolsa. En cuanto echó una mirada de cerca al primer guijarro comprendió la furia del árabe, porque en vez de las gemas relucientes y centelleantes que habían llamado y retenido la atención del hombre-mono, la bolsa no contenía ahora más que una colección de vulgares cantos rodados del río.

CAPÍTULO XIX

JANE CLAYTON Y LAS FIERAS DE LA JUNGLA

TRAS CULMINAR con éxito su huida hacia la libertad, Mugambi tuvo que superar una mala racha. Su fuga le había llevado a un territorio que le era desconocido, una región selvática en la que no lograba encontrar agua y donde la comida era escasa, de forma que al cabo de varias jornadas de vagar sin rumbo fijo, se encontró tan reducido de fuerzas que a duras penas podía arrastrarse.

Con gran esfuerzo y creciente dificultad encontró las fuerzas necesarias para construirse un cobertizo para pernoctar en el que pudiera considerarse razonablemente a salvo de los carnívoros, mientras dedicaba el día a alimentarse a base de raíces y a buscar agua.

Unos cuantos charcos, enormemente distanciados entre sí, le salvaron de morir de sed, pese a tratarse de agua estancada. Pero su estado era de lo más lastimoso cuando casualmente tropezó por fin con un gran río, en una región donde la fruta era abundante, lo mismo que las piezas de caza menor, que no le fue difícil cobrar mediante una eficaz combinación de sigilo y astucia. Y gracias también, sobre todo, a una robusta estaca que se fabricó con la rama desgajada de un árbol.

Como tenía plena conciencia de que le esperaba una larga marcha antes de llegar siquiera a los aledaños del país de los waziris, Mugambi decidió, sensatamente, permanecer una temporada en aquella zona, hasta haber recuperado la salud y las fuerzas. Sabía que unas cuantas jornadas de reposo harían maravillas y, en cambio, si continuaba su camino en aquellas condiciones de debilidad, era muy posible que sacrificara todas sus posibilidades de regresar sano y salvo a su tierra.

De modo que se construyó una *boma* de espinos de bastantes garantías, en cuyo interior levantó un cobertizo en el que podía dormir por las noches con relativa seguridad y desde el que, por la mañana, salia de caza a fin de procurarse carne, que era el alimento ideal para que sus formidables

músculos recobrasen rápidamente su vigor de costumbre.

Un día, mientras cazaba, le descubrieron un par de ojos salvajes cuyo propietario estaba oculto entre las ramas de un árbol de tupido follaje, por debajo de las cuales pasaba el guerrero negro. Eran unos ojos inyectados en sangre, perversos, hundidos bajo las cejas de un rostro peludo y de expresión feroz.

Espiaron a Mugambi mientras éste cazaba un pequeño roedor y le siguieron cuando el indígena regresó a su refugio. El dueño de tales ojos se desplazó silenciosamente de árbol en árbol sobre el sendero por el que marchaba el negro.

Aquella criatura era Chulk, que observaba al desprevenido indígena con más curiosidad que odio. Llevar el albornoz árabe que Tarzán le había puesto despertó en el cerebro del antropoide el deseo de imitar a los tarmanganis. Como la prenda estorbaba sus movimientos y le resultaba más un fastidio que otra cosa, hacía tiempo que el mono se la arrancó del cuerpo y la arrojó lejos de sí.

Sin embargo, ahora veía a un gomangani que vestía prendas menos aparatosas: un taparrabos de tela, unos cuantos adornos de cobre y un tocado de plumas en la cabeza. Aquello estaba más en consonancia con los gustos y deseos de Chulk que la vestidura amplia que se le metía constantemente entre las piernas y se enganchaba en todas las ramas del follaje de los matorrales y arbustos del camino.

Chulk observó la bolsa que Mugambi llevaba colgada del hombro y que descendía hasta su negra cadera. Aquella pieza le robó el corazón instantáneamente, porque la adornaban unas plumas y la remataban unos flecos de lo más llamativo, así que el simio se mantuvo rondando la *boma* de Mugambi, a la espera de la oportunidad de apoderarse, por la fuerza o mediante alguna artimaña subrepticia, de algún objeto de los que componían el atuendo del indígena.

No transcurrió mucho tiempo antes de que se le presentara esa ocasión. Comoquiera que se sentía absolutamente seguro dentro del recinto espinoso, Mugambi acostumbraba a tenderse a la sombra del cobertizo durante las horas calurosas del día y dormía apaciblemente hasta que, al ponerse, el sol se llevaba consigo la debilitadora temperatura del mediodía.

Desde la altura de su puesto de observación, Chulk vio al negro acostarse, dispuesto a pasar aquella bochornosa tarde sumido en la inconsciencia del sueño. Tras deslizarse a lo largo de una rama que se

extendía por encima de los espinos, el antropoide se dejó caer en el suelo, dentro de la *boma*. Sobre las palmas acolchadas de sus manos inferiores, se acercó al durmiente en silencio y con tan increíble habilidad que no agitó hoja ni brizna de hierba alguna.

El simio se detuvo junto al negro, se inclinó sobre él y examinó sus pertenencias. Pese a toda su enorme fuerza física, en el fondo del diminuto cerebro de Chulk había algo que le disuadió de despertar al hombre y entablar feroz combate con él, una especie de instinto inherente a las órdenes animales inferiores, un extraño temor al hombre, que, en ocasiones, domina incluso a los animales más poderosos de la selva.

Quitarle a Mugambi el taparrabos sin que se despertase era imposible y los únicos objetos que podía coger sin dificultad eran el garrote y la bolsa, que se había desprendido del hombro del indígena mientras éste dormía.

Chulk se apoderó de ambas cosas, ya que siempre era mejor aquello que irse con las manos vacías y, abrumado por un terror nervioso, se retiró a toda prisa hacia el árbol por el que había llegado y, latiéndole aún en el pecho aquel miedo indefinible que le producía la proximidad del hombre, huyó precipitadamente a través de la jungla. Exaltado por una agresión o animado por el apoyo moral de otro individuo de su especie, Chulk podría afrontar la presencia de una veintena de seres humanos, pero solo y sin que mediase provocación que lo irritara… Ah, bueno, esa era otra cuestión muy distinta.

Mugambi echó en falta la bolsa un buen rato después de que se hubiera despertado. Se puso nerviosísimo. ¿Qué podía haber sido de ella? La tenía junto al costado cuando se echó a descansar, de eso estaba seguro porque, ¿no se vio obligado a apartarla de debajo del cuerpo para evitar la fastidiosa molestia de aquel bulto que le oprimía los riñones? Sí, allí estaba cuando se tumbó a dormir. ¿Cómo es que había desaparecido?

La desenfrenada imaginación de Mugambi se llenó de visiones sobrenaturales, de fantasmas de amigos y enemigos difuntos, ya que su alterada mente sólo podía atribuir a los espíritus la extraña desaparición de la bolsa y del garrote. Sin embargo, un examen más detenido y cuidadoso, como le permitía su conocimiento de la jungla, le reveló posteriormente señales evidentes de una explicación material que no tenía vuelta de hoja y que, en su excitada fantasía supersticiosa, había pasado por alto en principio.

Junto a él, detectó en la pisoteada hierba la impresión de unos pies que,

con todo lo enormes que eran, se parecían mucho a los de un hombre. Mugambi enarcó las cejas al brotar en su cerebro la explicación. Salió presuroso del recinto de la*boma*y examinó el terreno circundante, en busca de alguna huella que confirmase lo que la anterior le había indicado. Subió a los árboles y trató de encontrar alguna prueba adicional que le señalara la dirección que tomó el ladrón. Pero los tenues indicios que deja un mono cauteloso que opta por desplazarse de árbol en árbol estaban más allá de la capacidad perceptiva de Mugambi. Tarzán hubiera podido seguir aquel rastro, pero ningún mortal corriente lo habría distinguido ni, en caso de descubrirlo, interpretado.

El negro, a quien el descanso había reanimado y fortalecido, se consideró en condiciones de reanudar la marcha rumbo al territorio waziri. De modo que se preparó un nuevo garrote con otra rama, dio la espalda al río y se aventuró decididamente por los laberintos de la selva virgen.

Mientras Taglat forcejeaba con las ligaduras que mantenían sujetas las muñecas y los tobillos de su prisionera, el enorme león que los observaba desde unos matorrales cercanos se fue acercando subrepticiamente a la presa que ya consideraba segura.

El simio estaba de espaldas al felino. No vio la gran cabeza, enmarcada por una áspera melena, que asomó a través de la pantalla del follaje. No pudo saber que las fuertes patas traseras se tensaban bajo el rojizo estómago, preparándose para saltar, y la primera noticia que tuvo Taglat del inminente peligro que se cernía sobre él fue el atronador rugido de triunfo que el león no pudo seguir conteniendo cuando se lanzó al ataque.

Sin molestarse en perder un segundo echando un vistazo hacia atrás, Taglat abandonó a la mujer inconsciente y huyó en dirección opuesta al lugar donde aquel inesperado y aterrador estruendo había roto el silencio y le había llenado de pánico los sobresaltados oídos. Pero el aviso llegó demasiado tarde para que pudiera huir. En su segundo salto, el león cayó sobre las amplias espaldas del antropoide.

Pero en el mismo instante en que el gigantesco mono macho caía derribado contra el suelo, se despertó en él toda la astucia, toda la ferocidad y todo el vigor físico que suscita la más poderosa de las leyes de la naturaleza, la de la defensa propia, el instinto de conservación. Se revolvió para colocarse boca arriba y entabló con el carnívoro una lucha a muerte, con tal intrepidez, furia y temeridad que por un momento, el gran Numa, con todo su poderío, dudó tembloroso del desenlace del combate.

Taglat agarró al león por la melena \1 hundió profundamente sus amarillentos colmillos en la garganta del monstruo, al tiempo que lanzaba espeluznantes gruñidos a través de la mordaza de sangre y pelo. Los rugidos de cólera y dolor del felino se mezclaron con la voz del simio y su eco se repitió a lo largo y ancho de la jungla, hasta que los animales inferiores, con el cuerpo rebosante de miedo, interrumpieron sus pacíficas actividades y se escabulleron temerosamente para ponerse a salvo.

Rodando sobre la hierba, los dos combatientes lucharon con furia demoníaca, hasta que el colosal felino, alargando las patas traseras por debajo del vientre, hundió las garras en el pecho de Taglat y, desgarrando la carne hacia abajo con todas sus fuerzas, Numa logró su propósito y el antropoide, con las tripas esparcidas por el suelo, se estremeció espasmódicamente y quedó inerte, ensangrentado y sin vida debajo de su titánico adversario.

Numa se incorporó trabajosamente y lanzó una rápida mirada en todas direcciones, como si pretendiera detectar la presencia de otros enemigos, pero sus ojos no encontraron más que la desmayada e inmóvil figura de la mujer, tendida a unos pasos de él. Numa emitió un gruñido iracundo y apoyó una de sus patas delanteras en el cuerpo de la víctima que acababa de matar. Luego levantó la cabeza y lanzó al aire su salvaje grito de victoria.

Durante unos minutos, continuó erguido, mientras sus feroces pupilas recorrían el claro. Por último, se detuvieron en el cuerpo de la mujer. De la garganta del león surgió un sordo gruñido. Abrió y cerró las mandíbulas y de su boca salieron unos hilos de baba que gotearon sobre el rostro muerto de Taglat.

Como dos arúspices amarillo verdosos, desorbitados y sin pestañear, aquellos ojos terribles se mantuvieron fijos en Jane Clayton. La postura erguida y majestuosa del cuerpo del enorme felino se contrajo de pronto con ademán siniestro y, despacio, muy lentamente, como el de alguien que avanzara pisando huevos, el diabólico rostro de Numa fue aproximándose a la mujer.

Un hado benévolo mantuvo a Jane Clayton en una feliz inconsciencia, ajena a la espantosa fiera que se deslizaba sigilosamente hacia ella. No se percató tampoco de que el león se detuvo a su lado. Ni oyó los resoplidos de Numa cuando su hocico olfateaba a la mujer. Como tampoco notó en el rostro el calor de su fétido aliento, ni la humedad de la saliva que descendía

desde las fauces entreabiertas por, encima de la joven.

Por último, Numa utilizó una de sus patas delanteras para dar media vuelta al cuerpo de Jane Clayton y se dedicó a contemplarla como si aún no hubiese decidido si estaba viva o muerta. Algún ruido u olor de la selva atrajo su atención momentáneamente. Su mirada no volvió a posarse sobre la mujer, sino que el felino se apartó de ella y echó a andar en dirección a los restos de Taglat; se agachó sobre su víctima y, de espaldas a Jane Clayton, procedió a atracarse de carne de simio.

Jane Clayton alzó los párpados y sus ojos se encontraron con aquella escena. Acostumbrada al peligro, conservó el dominio de sus nervios ante la sobrecogedora sorpresa que recibía al recobrar la conciencia. Ni se le escapó un grito ni movió un solo músculo hasta haber asumido todos los detalles de la escena que se desarrollaba frente a su vista.

Comprendió que el león había matado al mono y que estaba devorando su presa a menos de quince metros del punto donde ella, Jane Clayton, yacía en el suelo. ¿Pero qué podía hacer? Estaba atada de pies y manos. Así que no tenía más remedio que esperar, pacientemente, a que Numa concluyera y hubiese digerido su festín. Entonces, sin duda, el felino volvería a dedicarle toda su atención a ella, a menos que, entretanto, la hubieran descubierto las hienas o cualquier otro de los innumerables carnívoros que pululaban por la selva.

Mientras seguía allí tendida, atormentada por tan derrotistas pensamientos, se dio cuenta inopinadamente de que las ligaduras no le laceraban las muñecas y tobillos. Casi de inmediato se percató de que tenía las manos separadas, una a cada lado del cuerpo, en vez de seguir sujetas a la espalda.

Maravillada, movió una mano. ¿Qué milagro se había producido? ¿No estaba atada? Con toda la cautela del mundo y procurando no hacer el menor ruido, movió las piernas, y comprobó que estaba libre. Ignoraba qué podía haber ocurrido, no se le ocurrió pensar que Taglat, con las aviesas intenciones que le animaban, había cortado las ligaduras un segundo antes de que Numa le diera el susto que le impulsó a apartarse de su víctima e intentar la huida.

Durante unos momentos la alegría y el agradecimiento a la providencia abrumaron a Jane Clayton, pero sólo fue durante unos instantes. ¿De qué le servía su recién recobrada libertad frente a aquella fiera aterradora agazapada tan cerca de ella? En otras circunstancias habría podido

aprovechar feliz y contentísima aquel golpe de suerte, pero en las condiciones en que se encontraba la escapatoria era prácticamente imposible.

El árbol más cercano se hallaba a unos treinta metros, el león, a menos de quince. Ponerse en pie y salir corriendo hacia la seguridad de las tentadoras ramas equivalía a ponerse en inmediato peligro de muerte, porque, indudablemente, Numa no iba a permitir que su futuro banquete se le esfumara fácilmente. Y, sin embargo, no dejaba de existir otra probabilidad de salvación… que dependía exclusivamente del voluble talante de la fiera.

Al tener el estómago lleno, aunque sólo fuera en parte, acaso contemplase con indiferencia la retirada de la mujer, pero ¿podía Jane Clayton correr el riesgo de intentarlo con la esperanza de que tal contingencia se produjese? La mujer lo dudaba. Por otra parte, tampoco deseaba renunciar por completo a aquella pequeña posibilidad de huir, sin, por lo menos, tratar de sacarle partido.

Observó atentamente al león. El animal no podía verla a ella, a menos que volviese la cabeza en un giro de más de noventa grados. Intentaría alguna treta. Rodó sobre sí misma, silenciosamente, en dirección al árbol más próximo, alejándose del león, hasta quedar en la misma posición en que Numa la había dejado, pero a unos cuantos palmos más de distancia del león.

Se quedó allí, sin aliento, con la vista clavada en el felino, pero éste no dio muestras de haber notado nada que despertase sus sospechas. Jane Clayton repitió la maniobra, se alejó unos cuantos palmos más y volvió a inmovilizarse, en rígida contemplación de la espalda del animal.

Durante lo que a sus tensos nervios le parecieron horas eternas, Jane Clayton prosiguió con aquella táctica, mientras el león seguía con su comilona, sin percatarse, aparentemente, de que se le estaba escapando su segunda presa. La mujer se encontraba ya a unos pasos del árbol… Unos segundos más y estaría lo bastante cerca como para ponerse en pie de un salto, olvidarse de toda precaución y lanzarse en súbita y veloz carrera hacia la salvación. Estaba en la mitad de un giro sobre sí misma, de espaldas al león, cuando éste volvió repentinamente la cabeza y clavó la mirada en la mujer. Vio que rodaba de costado, alejándose de él, en el momento en que Jane Clayton se ponía de cara al león. Numa observó que el sudor brotaba de todos los poros de su presa y la mujer comprendió que,

cuando ya tenía la vida al alcance de la mano, la muerte la descubría y le dedicaba su atención.

Ni la mujer ni el león se movieron durante unos segundos inacabables. El animal permanecía quieto, con la cabeza vuelta sobre las paletillas y los ojos fulgurantes clavados en la rígida víctima, que se encontraba a unos quince metros de distancia. La mujer le devolvió la mirada, fijas sus pupilas en aquellas órbitas crueles, sin atreverse a mover un solo músculo.

La tensión nerviosa empezó a resultarle tan insoportable que a duras penas podía reprimir el creciente deseo de ponerse a chillar, cuando Numa decidió, despacio, volver a lo suyo y seguir alimentándose, aunque sus orejas continuaron erectas e inclinadas ligeramente hacia atrás, manifestando que no estaba dispuesto a abandonar el siniestro interés que le inspiraba la presa que tenía en su retaguardia.

Jane Clayton comprendió entonces que no podría dar otra vuelta sobre sí misma sin llamar la atención del felino, lo que seguramente tendría un resultado fatal para ella, de modo que decidió jugarse el todo por el todo arriesgándose en un intento definitivo de alcanzar el árbol y subirse a las ramas inferiores.

Se preparó reservadamente para aquel último esfuerzo y se puso en pie de un salto, pero casi simultáneamente el león se incorporó, giró en redondo, abrió las fauces en toda su amplitud, empezó a rugir estremecedoramente y se precipitó hacia la mujer.

Quienes se han pasado la vida dedicados a la cala mayor en África os dirán que es muy posible que no haya en el mundo una criatura que alcance la velocidad de un león lanzado al ataque. Durante la corta distancia que el gran felino puede mantener esa punta de velocidad, nada puede parecerse más al avance de una locomotora que rueda con la caldera a toda máquina. De forma que, pese a que el trecho que Jane Clayton debía recorrer era relativamente breve, la tremenda rapidez de Numa convertía en insignificantes, prácticamente nulas, las esperanzas de salvación de lady Greystoke.

Sin embargo, el miedo puede obrar maravillas y, aunque el salto que dio el león al llegar al árbol por el que trepaba Jane Clayton, le elevó tanto que las uñas del felino llegaron a rozar las botas de la mujer, ésta logró eludir la impetuosa acometida y, mientras Numa chocaba contra el tronco del providencial refugio, lady Greystoke ascendía hacia la seguridad de las ramas situadas lejos del alcance de las garras del león.

Sin dejar de rugir y lanzar gemidos, entre la rabia y la impotencia, Numa estuvo un buen rato yendo de acá para allá al pie del árbol en cuya enramada permanecía Jane Clayton, jadeante y temblorosa. Como secuela de la espantosa prueba que acababa de pasar, una reacción nerviosa había hecho presa en la mujer, que, en su estado de sobreexcitación, creía que nunca iba a atreverse a bajar al suelo y exponerse a los ominosos peligros que infestaban la inmensidad de territorio selvático que tendría que recorrer antes de llegar a la aldea más próxima de los leales waziris.

Casi había oscurecido del todo cuando el león se decidió por fin a abandonar el claro. Pero ni siquiera entonces, con la noche a punto de cerrar sobre aquel paraje, iba a aventurarse Jane Clayton a descender de su refugio, sabedora de que, aunque no se presentase de inmediato, no tardaría en acudir una manada de hienas dispuestas a usurpar la plaza de Numa junto a los restos del antropoide. Así que lady Greystoke se acomodó lo mejor que pudo para aguantar la fastidiosa espera hasta que la claridad del siguiente día le permitiese vislumbrar algún medio que facilitara su escapatoria de aquel calvero donde había presenciado tan terribles sucesos.

El cansancio acabó por imponerse al miedo y la mujer se quedó profundamente dormida, en una posición relativamente segura, aunque incómoda, encogida sobre sí misma, apoyada en el tronco del árbol y sostenida por dos ramas que se extendían casi horizontales y separadas entre sí por escasos centímetros.

El sol se encontraba ya bastante alto en el cielo cuando Jane Clayton se despertó. No vio a sus pies el menor rastro de Numa ni de las hienas. Sólo los limpios huesos del mono, dispersos por el suelo, certificaban lo que unas cuantas horas antes había ocurrido en aquel aparentemente apacible lugar.

Se presentaron el hambre y la sed, dispuestas a agobiarla, y la mujer comprendió que no tenía más remedio que bajar del árbol si no quería morir de inanición. De modo que hizo acopio de valor y se aprestó a afrontar la prueba de fuego que representaba reanudar la marcha a través de la selva.

Echó, pues, pie a tierra y emprendió su camino en dirección sur, hacia el punto donde suponía que se encontraban las llanuras de los waziris, y aunque sabía que sólo iba a encontrar ruina y desolación en el sitio donde se había alzado su feliz hogar, confiaba en que, una vez llegara a la amplia planicie, no tardaría en encontrar alguno de los numerosos poblados waziris

que salpicaban aquel territorio o en tropezarse con alguna de las múltiples partidas de cazadores que solían recorrerlo incansablemente.

Hacia la mitad del día llegó de forma inopinada a sus sobresaltados oídos la detonación de un rifle. El disparo se produjo no lejos de donde Jane Clayton se encontraba, por delante de ella. En el momento en que se detenía para escuchar, otra detonación siguió a la primera. Luego sonó otra y otra y otra. ¿Qué significaba aquel tiroteo? La primera explicación que acudió a su mente fue la de que sin duda se trataba de una escaramuza entre los bandidos árabes y los guerreros waziris. Pero al ignorar de qué bando caería la victoria y si ella se encontraba detrás de amigos o enemigos, la mujer se abstuvo de seguir adelante, ya que no deseaba correr el riesgo de revelar su presencia a un posible enemigo.

Tras permanecer varios minutos a la escucha, tuvo el convencimiento de que en aquella refriega sólo participaban dos o tres rifles, puesto que a sus oídos no llegaba el estrépito propio de descargas cerradas. Tampoco entonces se decidió a acercarse y, por último, determinada a no correr riesgo ninguno, trepó a un árbol, junto al sendero por el que avanzaba, se ocultó entre el follaje y aguardó allí, temerosamente, el desenlace de todo aquello.

Cuando los disparos se fueron espaciando, captó el sonido de voces masculinas, aunque no consiguió entender las palabras. Por último, cesaron los estampidos y oyó a dos hombres que dialogaban a voz en cuello. Se produjo luego un prolongado silencio, interrumpido finalmente por el rumor de los pasos de alguien que avanzaba por el camino, delante de ella, y al cabo de un momento, un hombre apareció a la vista, caminando de espaldas hacia Jane Clayton, con el rifle preparado en la mano y la vista cuidadosamente fija en algo que se encontraba en un punto del camino por el que retrocedía.

Lady Greystoke reconoció casi instantáneamente a aquel hombre: era monsieur Jules Frecoult, reciente huésped del hogar de los Clayton. Se disponía a llamarle, animada por el alivio y alborozo que le producía su presencia, cuando vio que el hombre daba un brusco salto lateral y se escondía en la densa espesura de vegetación que orillaba el camino. Evidentemente, le perseguía algún enemigo, por lo que Jane Clayton se mantuvo silenciosa, a fin de no distraer la atención de Frecoult ni guiar a su enemigo al escondite del francés.

Apenas se había ocultado éste cuando apareció la figura de un árabe de

blanco albornoz, que se desplazaba silenciosamente por la senda. Perseguía al europeo. Desde su escondite, Jane Clayton veía claramente a ambos hombres. Reconoció en Ahmet Zek al jefe de la banda de forajidos que asaltaron, saquearon su casa y después se la llevaron a ella prisionera. Así que cuando vio que Frecoult, supuesto amigo y aliado, se echaba el rifle a la cara y apuntaba cuidadosamente al árabe, a lady Greystoke el corazón le dejó de latir y, con toda su alma, musitó fervorosamente una oración pidiendo que por nada del mundo fallase la puntería.

Ahmet Zek hizo un alto en medio del sendero. Sus ojos examinaron escrutadoramente todos los árboles, arbustos y matorrales situados dentro de su campo visual. Su alta figura ofrecía un blanco perfecto al alevoso asesino. Retumbó una aguda detonación y una nubecilla de humo se elevó en el aire por encima del arbusto tras el que se escondía el belga, mientras Ahmet Zek daba un traspié hacia adelante y caía de bruces contra el suelo.

Cuando Werper salia de nuevo al camino, le sobresaltó un grito de alegría que sonó por encima de él. Giró en redondo para localizar al protagonista de aquella interrupción inesperada y vio a Jane Clayton saltar ágilmente desde las ramas de un árbol próximo y acercársele corriendo, con los brazos extendidos, para felicitarle por su victoria.

CAPÍTULO XX

JANE CLAYTON DE NUEVO PRISIONERA

AUNQUE la mujer aparecía con el vestido hecho jirones y la cabellera desgreñada, Albert Werper se dijo que en toda su vida había contemplado una imagen tan bella y encantadora como la que presentaba lady Greystoke, rebosante de jubiloso alivio por haber encontrado tan inesperadamente a un amigo y salvador, cuando la esperanza le parecía de todo punto inaccesible.

Si el belga hubiese albergado alguna duda acerca de que la señora estuviera enterada de la parte que él había tenido en el traicionero ataque al hogar de los Clayton y a la propia lady Greystoke, esa posible duda la disipó automáticamente la cordialidad sincera con que la dama le saludó. Jane Clayton le refirió con rapidez cuanto le había ocurrido desde que él partió de la casa. Al informarle de la muerte de su marido, los ojos de Jane Clayton estaban velados por unas lágrimas que le fue imposible contener.

—Me deja usted consternado —expresó Werper su condolencia con bien fingido sentimiento—, pero no me sorprende. Ese hijo de Belcebú —señaló con el índice el cuerpo de Ahmet Zek— ha tenido aterrorizado al territorio entero. Ha exterminado o expulsado del país, alejándolos hacia el sur, a los waziris. Los esbirros de Ahmet Zek ocupan la llanura donde estaba la finca de usted… En esa dirección no hay refugio ni vía de escape. Nuestra única esperanza reside en marchar hacia el norte con la máxima rapidez que nos sea posible, presentarnos en el campamento de los bandoleros antes de que la noticia de la muerte de Ahmet Zek llegue a los que se encuentran en él y, con alguna argucia, persuadirlos para que nos asignen una escolta con la que dirigirnos hacia el norte.

»Creo que es algo que puede conseguirse, porque fui huésped de ese forajido antes de enterarme de la clase de hombre que era y los secuaces que tiene en el campamento ignoran que me revolví contra él al descubrir su infamia.

»¡Vamos! Iremos todo lo rápidamente que nos sea posible, a ver si llegamos al campamento antes de que los que acompañaban a Ahmet Zek en su última incursión criminal encuentren el cadáver de su jefe y lleven la noticia a los malhechores que quedaron de guardia en la aldea. Es nuestra única esperanza, lady Greystoke, y para poder alcanzar con éxito ese objetivo es preciso que deposite usted en mí toda su confianza. Aguarde un momento, mientras me acerco al cadáver de ese árabe y recupero la cartera que me robó.

Werper se llegó en dos zancadas al cuerpo sin vida del árabe, se arrodilló junto a él y con ágiles dedos buscó la bolsa de las joyas. Comprobó con enorme disgusto que entre las prendas de Ahmet Zek no había ni rastro de ella. Se incorporó y retrocedió unos pasos a lo largo del camino, a la búsqueda de algún indicio que revelase la presencia de la bolsa perdida o de su contenido, pero no encontró nada, a pesar de que inspeccionó cuidadosamente el terreno en torno al caballo muerto e incluso se adentró unos pasos en la vegetación de la selva. Perplejo, decepcionado y furibundo, acabó por regresar junto a la señora.

—La cartera ha desaparecido —explicó en tono crispado— y no me atrevo a seguir buscándola por aquí. Hemos de llegar al campamento antes de que regresen a él los bandidos.

Ignorante de la verdadera personalidad de aquel individuo, Jane Clayton no vio nada sospechoso en sus planes ni en la falaz explicación que había dado acerca de su antigua amistad con el malhechor, así que se aferró con pronta diligencia a la aparente esperanza de salvación que el francés prometía. Se encaminó, pues, con Albert Werper al campamento hostil en el que hacía tan poco tiempo estuvo prisionera.

Bastante entrada la tarde de la segunda jornada de marcha llegaron a su destino. Hicieron un alto en el borde del claro, ante las puertas de la empalizada de la aldea, y Werper aleccionó a la mujer, indicándole que asintiese a cuanto él pudiera manifestar en su conversación con los malhechores.

—Voy a decirles —explicó— que la capturé a usted después de que escapara del poblado, que la llevé ante Ahmet Zek y que, como éste estaba enzarzado en una enconada batalla con los waziris, me ordenó que regresara con usted al campamento, donde se me proporcionaría guardia suficiente, y que después me dirigiese al norte con la cautiva, lo más rápidamente posible, y la vendiera en las condiciones más ventajosas a

cierto tratante de esclavos cuyo nombre me dio Ahmet Zek.

Lady Greystoke volvió a dejarse engañar por la simulada franqueza del belga. Comprendía que las situaciones desesperadas requieren determinaciones desesperadas y aunque temblaba interiormente ante la idea de entrar otra vez en aquel abyecto y espantoso cubil de criminales no se le ocurrió ningún plan mejor que el que proponía su compañero.

Al tiempo que llamaba en voz alta a los guardianes de la puerta, Werper cogió a Jane Clayton de un brazo y, con paso decidido, empezó a atravesar la explanada. Los centinelas que le abrieron la puerta dejaron que la sorpresa se manifestara claramente en sus rostros. El hecho de que aquel deshonrado y perseguido lugarteniente se presentara de aquel modo tan temerario y por propia voluntad pareció desarmarlos de un modo tan eficaz como la actitud adoptada ante la mujer había engañado a lady Greystoke.

Los centinelas correspondieron al saludo de Werper y contemplaron con ojos que rezumaban asombro a la prisionera que le acompañaba al interior del poblado.

El belga buscó inmediatamente al árabe que, en ausencia de Ahmet Zek, estaba al cargo del campamento y, una vez más, la audacia y desparpajo de Werper disolvió los recelos del hombre, que dio por buenas las explicaciones con las que justificaba su regreso. El que llevara consigo a la cautiva que se había escapado de allí añadía fuerza incontestable a sus alegaciones, de modo que Mohamed Beyd no tardó en sorprenderse a sí mismo confraternizando amistosa y jovialmente con un hombre al que habría matado sin remordimiento alguno, de haberse tropezado con él en la selva media hora antes.

A Jane Clayton la confinaron de nuevo en la misma choza donde ya estuvo prisionera y delante de la cual se apostó la correspondiente guardia de centinelas, pero antes de separarse de la mujer, Werper le susurró al oído unas palabras de aliento. Acto seguido, el belga regresó a la tienda de Mohamed Beyd. Se preguntaba cuánto tiempo transcurriría antes de que los bandoleros que integraban la partida de Ahmet Zek regresaran a la aldea con el cadáver de su jefe asesinado, y cuanto más pensaba en la cuestión, mayor era su miedo a que, por falta de cómplices, se fuera lastimosamente al traste el plan que había tramado.

Incluso aunque lograra salir del campamento sano y salvo antes de que los forajidos volvieran con la auténtica historia de su culpabilidad, ¿de qué le serviría la ventaja que les hubiese sacado, como no fuera para conservar

la vida apenas unos días más y prolongar la tortura mental durante esas fechas? Aquellos avezados y endurecidos jinetes que conocían como la palma de la mano todos los caminos, veredas y atajos, le alcanzarían mucho antes de que hubiera podido acercarse a la costa.

Mientras tales pensamientos le daban vueltas en la cabeza entró en la tienda donde Mohamed Beyd, sentado con las piernas cruzadas encima de una alfombra, fumaba tranquilamente. El árabe alzó la cabeza cuando el europeo compareció ante él.

—¡Salud, oh, hermano! —exclamó.

—¡Salud! —respondió Werper.

Durante unos minutos, ninguno de los dos pronunció palabra. El árabe rompió el silencio.

—Mi señor Ahmet Zek, ¿se encontraba bien cuando le viste por última vez? —inquirió.

—Nunca se encontró más a salvo de los pecados y peligros que acechan a los mortales —replicó el belga.

—Muy bien —dijo Mohamed Beyd, al tiempo que exhalaba una bocanada de humo azulado frente a sí.

Volvió a reinar el silencio durante unos minutos.

—¿Y si hubiera muerto? —preguntó el belga, con intención de ir acercándose poco a poco a la verdad y sobornar a Mohamed Beyd para que le ayudara.

Se entornaron los ojos del árabe, que se inclinó hacia adelante y clavó la mirada en las pupilas del belga.

—He meditado mucho, Werper, desde el momento en que volviste tan inesperadamente al campamento del hombre al que habías traicionado y que te buscaba con el corazón lleno de muerte. He convivido con Ahmet Zek muchos años… Su propia madre no le conoce tan bien como yo. Es un hombre que jamás olvida y que ni mucho menos confía en alguien que le haya traicionado una vez… Eso lo sé.

»Como te digo, he pensado mucho y el fruto de mis reflexiones me indica positivamente que Ahmet Zek está muerto, porque, de no ser así, tú no te habrías atrevido a volver a su campamento, a menos que fueses un hombre valiente o un estúpido mucho mayor de lo que imagino. Y, por si no fuera suficiente esta evidencia de mi discernimiento, acabo de recibir de tus propios labios una prueba concluyente que lo confirma, porque ¿no dijiste hace unos instantes que Ahmet Zek nunca se había encontrado más a

salvo de los pecados y peligros que acechan a los mortales?

»Ahmet Zek ha muerto, no es preciso que lo niegues. Yo no era ni su madre ni su amante, de forma que no temas que te incordie con mis lamentaciones. Dime por qué has vuelto. Dime qué es lo que quieres y, Werper, si aún posees las joyas de las que Ahmet Zek me habló, no hay razón para que tú y yo no cabalguemos juntos hacia el norte y nos repartamos lo que nos paguen a cambio de la cautiva blanca y el contenido de la bolsa que llevas encima. ¿Qué me dices?

El árabe entrecerró los párpados malévolamente, sus delgados labios se curvaron en una mueca que confirió un aspecto aún más avieso a su patibulario rostro, mientras lanzaba a la cara del belga una sonrisa de connivencia.

La actitud del árabe aliviaba y conturbaba a Werper. Aquella complacencia con que aceptaba la muerte de su jefe quitaba un enorme peso aprensivo de encima de los hombros del asesino de Ahmet Zek, pero la petición de una parte de las joyas no auguraba nada bueno para Werper. Cuando se enterase de que las piedras preciosas no estaban en poder del belga, Mohamed Beyd se lo tomaría por la tremenda.

Reconocer que había perdido las joyas podría provocar las iras y las sospechas del árabe hasta el punto de poner en peligro las recién alumbradas esperanzas de escapar que alimentaba Werper. Su única posibilidad, pues, residía en seguir haciendo creer a Mohamed Beyd que él, Albert Werper, conservaba las joyas y confiar en que las circunstancias futuras le abrieran alguna vía de escape.

Si consiguiera alojarse en una tienda con el árabe, solos los dos, durante la marcha hacia el norte, era harto posible que se le presentara la oportunidad de eliminar aquella amenaza que se cernía sobre su existencia y su libertad. Merecía la pena intentarlo… es más, en realidad no parecía existir otro medio para salir del atolladero en que se encontraba.

—Sí —confesó—. Ahmet Zek ha muerto. Cayó en el curso de la batalla que sostuvo con un destacamento de caballería abisinia que me había cogido prisionero. Conseguí escapar durante la lucha, pero dudo mucho que sobreviviera alguno de los hombres de Ahmet Zek. Y el oro que fueron a buscar está en poder de los abisinios. Es muy probable, incluso, que los abisinios avancen ahora hacia este campamento, porque Menelek los ha enviado para castigar a Ahmet Zek y sus huestes como represalia por una incursión que realizaron en un poblado abisinio. Eran muchos y si no nos

largamos de aquí rápidamente me temo que todos sufriremos la misma suerte que Ahmet Zek.

Mohamed Beyd le escuchó en silencio. Ignoraba cuánto había de verdad en la historia que contaba aquel infiel, pero de lo que sí estaba seguro era de que le proporcionaba una excusa inmejorable para abandonar la aldea y partir hacia el norte, por lo cual no se sintió excesivamente inclinado a someter al belga a un interrogatorio a fondo.

—Y si te acompaño al norte —preguntó—, ¿serán mías la mitad de las joyas y la mitad del dinero del rescate que se consiga por la prisionera?

—Sí —afirmó Werper.

—Bueno —dijo Mohamed Beyd—. Voy a dar las órdenes para levantar el campo a primera hora de la mañana.

Se puso en pie, dispuesto a abandonar la tienda. Werper apoyó una mano en el brazo del árabe, deteniéndole.

—Aguarda —dijo—, determinemos quiénes y cuántos han de acompañarnos. Si nos llevamos a las mujeres y los niños, será una rémora que permitirá a los abisinios alcanzarnos en seguida. Sería mejor elegir una escolta reducida entre tus elementos más bravos y fuertes y decir a los que se queden aquí que nos dirigimos al oeste. Entonces, cuando se presenten los abisinios, los enviarán tras una pista falsa, en el caso de que decidan perseguirnos. Y si no está en su ánimo ir tras de nosotros, cuando marchen hacia el norte al menos lo harán mucho más despacio que si pensaran que estamos delante de ellos.

—La serpiente es menos sensata que tú, Werper —sonrió elogiosamente Mohamed Beyd—. Se hará como dices. Nos acompañarán veinte hombres y cabalgaremos hacia el oeste… cuando salgamos de la aldea.

—¡Estupendo! —exclamó el belga. Y así quedó convenido.

A primera hora de la mañana siguiente, tras una noche en la que apenas pudo pegar ojo, Jane Clayton se despabiló al sonar voces ruidosas en el exterior de la choza donde estaba prisionera y, al cabo de un momento, vio entrar a monsieur Frecoult, acompañado por dos árabes. Éstos le desataron los tobillos y la pusieron en pie. Después le soltaron las muñecas, le dieron unos mendrugos de pan seco y la sacaron del chamizo a la tenue claridad del amanecer.

La mujer miró a Frecoult con ojos interrogadores y, segundos después, cuando algo desvió la atención de los árabes hacia otro lado, el hombre se

inclinó sobre ella y le susurró al oído que todo iba saliendo de acuerdo con lo previsto. Más tranquila, lady Greystoke vio renacer sus esperanzas, casi totalmente eclipsadas durante la larga y angustiosa noche de encierro.

Poco después, la subieron a lomos de una cabalgadura y, rodeada por una vigilante escolta de árabes, la llevaron a través de la puerta de la aldea al interior de la selva, hacia el oeste. Media hora después, la partida se desvió en dirección norte, rumbo que mantuvieron durante el resto de la marcha.

Frecoult le dirigió la palabra en contadas ocasiones, pero la mujer se hacía cargo de que, para mantener aquella farsa, el hombre debía seguir fingiendo que era su enemigo y no su protector. De modo que no receló absolutamente nada, pese a la evidente relación amistosa que parecía existir entre el europeo y el árabe que iba al mando de la patrulla.

Pero si Werper consiguió abstenerse de conversar con la cautiva, no por eso logró apartarla de su pensamiento. Más de un centenar de veces al día sus ojos volaban hacia Jane Clayton y se daban la gran fiesta regodeándose en el encanto de su figura y su palmito. De hora en hora fue aumentando la intensidad de su encaprichamiento hasta que el deseo de poseer a aquella mujer alcanzó proporciones de auténtica paranoia.

Si Jane Clayton o Mohamed Beyd hubieran sospechado lo que bullía en el cerebro de aquel hombre, al que tanto la una como el otro consideraban un amigo y aliado, la aparente armonía del grupo se hubiera alterado de manera alarmante.

Werper no alcanzó su objetivo de albergarse en la misma tienda que Mohamed Beyd, pero en su cabeza las meninges siguieron afanándose en la tarea de idear planes para asesinar al árabe, propósito que se hubiera visto enormemente simplificado si Mohamed Beyd le hubiera permitido compartir su alojamiento durante la noche.

En un momento determinado, durante la segunda jornada, Mohamed Beyd detuvo su corcel junto al que montaba la prisionera. Todo parecía indicar que el árabe reparaba por primera vez en la presencia de la dama, pero lo cierto era que en muchas ocasiones sus astutos ojos observaron vorazmente por debajo de la capucha de su albornoz la hermosura de la cautiva.

Aquel engolosinamiento disimulado no había nacido por generación espontánea. Era una pasión que se concibió cuando la inglesa cayó por primera vez en poder de Ahmet Zek. Pero mientras vivió el austero

cabecilla, Mohamed Beyd ni por asomo se atrevió siquiera a albergar la menor esperanza de que sus sueños amorosos se convirtieran en realidad.

Ahora, sin embargo, era distinto: sólo un despreciable perro cristiano se interponía entre él y la posesión de la dama. ¡Qué fácil le seria acabar con la vida del infiel y arramblar con la mujer y con las joyas! Con éstas en su poder, el rescate que pudiera recibir por la prisionera carecía de importancia comparado con los placeres que le proporcionaría la posesión de la dama. Sí, mataría a Werper, se apoderaría de las joyas y conservaría para sí a la inglesa.

Volvió la cabeza para contemplarla mientras cabalgaba a su lado.

¡Qué bonita era! Abrió y cerró los puños; un hormigueo le recorrió las palmas y los dedos huesudos, anhelantes de cerrarse sobre la carne suave de la fémina. Se inclinó hacia ella para preguntarle:

—¿Sabes a dónde se propone llevarte ese hombre?

Jane Clayton asintió con la cabeza.

—¿Y estás dispuesta a convertirte voluntariamente en el juguete de un sultán negro?

La mujer irguió el cuerpo orgullosamente y volvió la cabeza, pero no contestó. Por nada del mundo deseaba que su conocimiento de la treta que el señor Frecoult le estaba jugando a aquel árabe la traicionase al manifestar una insuficiente cantidad de terror y aversión.

—Puedes escapar a ese triste destino —prosiguió el árabe—. Mohamed Beyd te salvará.

Alargó su atezada mano para coger los dedos de la diestra de Jane Clayton, y su apretón fue tan súbito y tan fuerte que reveló la pasión que ardía en su pecho de un modo tan evidente como si la hubiese confesado mediante palabras.

Lady Greystoke retiró la mano con brusco ademán. —¡Bestia! —protestó—. ¡Si no me dejas en paz, llamaré a monsieur Frecoult!

Mohamed Beyd se retiró, fruncido el ceño ominosamente. Su delgado labio superior se curvó hacia arriba, dejando al descubierto una dentadura blanca y perfecta.

¿Monsieur Frecoult? —silabeó burlonamente—. No existe tal persona. Ese hombre se llama Werper. Es un embustero, un ladrón y un asesino. Mató en el Congo a su capitán y huyó en busca de la protección de Ahmet Zek. Fue él quien incitó a Ahmet al saqueo y destrucción de tu casa. Siguió a tu esposo y decidió quitarle el oro. Me ha contado que crees que te

protege y que interpreta ese papel de paladín tuyo para ganarse tu confianza y que le resulte más fácil llevarte al norte y venderte como odalisca para el harén de un sultán negro. Mohamed Beyd es tu única esperanza.

Tras aquel discurso, cuyo fin era dar que pensar a la cautiva, el árabe picó espuelas y se dirigió a la cabeza de la columna.

Jane Clayton carecía de elementos de juicio para discernir cuánto había de verdad y cuánto de falso en las acusaciones de Mohamed Beyd, pero éstas tuvieron al menos el efecto de echar un jarro de agua fría sobre las esperanzas de la mujer y de inducirla a dar un repaso con receloso criterio a todas las acciones del hombre al que había considerado su único protector en medio de un mundo plagado de enemigos y de peligros.

Para alojamiento de la prisionera durante la marcha, se había dispuesto una tienda que al llegar la noche se montaba entre las de Werper y Mohamed.

Beyd. Un centinela apostado en la parte delantera y otro en la posterior se consideraban precauciones suficientes, sin que creyeran necesario atar a la prisionera. Al anochecer siguiente a la conversación mantenida con Mohamed Beyd, Jane Clayton estuvo un rato sentada en la puerta de la tienda, dedicada a contemplar las actividades ordinarias del campamento. Ya había cenado la bazofia que le llevó el esclavo negro de Mohamed Beyd: unas tortas de harina de mandioca para acompañar un indescriptible guisote en el que se mezclaban las carnes de un mico recién sacrificado y de un par de ardillas, así como los restos de una cebra cazada el día anterior. Todo ello combinado insípidamente, sin condimento alguno. Pero la en otro tiempo belleza de Baltimore llevaba demasiado tiempo sumida en una dura batalla por la supervivencia como para que se despertasen sus escrúpulos y se le revolviese un estómago que años atrás habría reaccionado con violentas bascas ante provocaciones menos nauseabundas.

Los ojos de la mujer vagaron por el pisoteado piso del calvero de la jungla, bastante dañada ya por el hombre, sin ver ni los objetos próximos, ni los individuos que reían o se peleaban entre sí, ni la selva que se extendía más allá, constituida en telón de fondo que circunscribía su campo visual. La mirada de Jane Clayton pasaba de largo por todo ello, sin reparar para nada en su existencia, para ir a centrarse en una casa y en unas escenas de felicidad que llenaron sus ojos de lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo. Vio a un hombre de alta estatura, de anchos hombros, que a lomos de un caballo llegaba de los lejanos campos de cultivo; se vio a sí

misma esperándole para darle la bienvenida, con un ramo de rosas recién cortadas en los arbustos que adornaban el jardín, a ambos lados de la rústica puerta ante la que se encontraba ella. Todo aquello había desaparecido, se desvaneció en el pasado, lo aniquilaron las llamas de las antorchas, el plomo de las balas y la ruindad del odio de aquellos hombres espantosos y depravados. Jane Clayton ahogó un suspiro, se estremeció, regresó al interior de la tienda y fue en busca del montón de mantas mugrientas que constituía su lecho. Se dejó caer de bruces encima de aquel camastro, estalló en gemidos de pesadumbre y en un llanto que sólo interrumpió la llegada de un sueño que, aunque temporalmente, puso alivio a su aflicción.

Mientras lady Greystoke dormía, de la tienda alzada a la derecha de la suya salió una figura subrepticia. Se llegó al centinela que montaba guardia ante la entrada y le susurró unas palabras al oído. El hombre asintió con la cabeza y luego echó a andar a través de la oscuridad, rumbo a sus propias mantas. La figura se trasladó a la parte posterior de la tienda de Jane Clayton y dijo algo también al centinela apostado allí, el cual se marchó a su vez, siguiendo el camino que antes emprendió su compañero.

A continuación, el individuo que había despachado a los centinelas se llegó a la puerta de la tienda, soltó los cierres del toldo de entrada y se deslizó al interior con el silencioso sigilo de un fantasma.

CAPÍTULO XXI

HUIDA A LA SELVA

SIN PODER pegar ojo entre las mantas, Albert Werper dejó que su perversa imaginación se recreara repasando con los ojos de la mente los encantos de la mujer que dormía en la tienda contigua. No se le había pasado por alto el repentino interés que Mohamed Beyd manifestaba hacia lady Greystoke y, al juzgarle según sus propios sentimientos, supuso, y acertó, la causa de aquel repentino cambio de actitud del árabe.

Dio rienda suelta a su fantasía y la consecuencia resultante fue que se despertaron en su interior unos celos bestiales de Mohamed Beyd, acompañados del temor de que su rival pudiera llevar a cabo sus inconfesables designios sobre la indefensa señora. A través de un extraño proceso mental, Werper, cuyas intenciones respecto a Jane Clayton eran idénticas a las que atribuía al árabe, se asignó el imaginario papel de protector de Jane Clayton y llegó a convencerse de que las atenciones que a la mujer le parecerían espantosas si se las prodigaba Mohamed Beyd, le resultarían en cambio agradables si era Albert Werper quien se las dispensaba.

Comoquiera que el esposo de lady Greystoke había muerto, Werper albergaba las más optimistas ilusiones, casi convencido de que podría sustituirle en el corazón de la dama. Podía proponerle el matrimonio, cosa que a Mohamed Beyd no se le ocurriría, aparte de que, en todo caso, lady Greystoke lo rechazaría despectivamente, impulsada por el desagrado que le inspiraría la sacrílega lujuria del árabe.

El belga tardó muy poco en autoconvencerse de que la cautiva no sólo tenía todas las razones habidas y por haber para enamorarse de él, sino que incluso le había dado a entender mediante diversas indirectas femeninas el recién nacido afecto que él le inspiraba.

Una súbita determinación se apoderó de su ánimo. Se quitó las mantas de encima y se puso en pie. Se calzó las botas, se abrochó la canana, se

cercioró de que el revólver estaba en la funda, en la cadera, apartó la puerta de lona de la tienda y echó un vistazo al exterior. ¡Ante la tienda de la prisionera no había ningún centinela! ¿Qué podía significar eso? Verdaderamente, la suerte estaba de su parte.

Salió y se dirigió a la parte trasera de la tienda de la mujer. ¡Tampoco allí había centinela! Entonces, audazmente, se dirigió a la entrada y penetró en la tienda.

La luz de la luna iluminaba tenuemente el interior. En el fondo de aquel alojamiento, una figura se inclinaba sobre las mantas de un lecho. Se oyó el susurro de unas palabras y otra figura se incorporó hasta quedar sentada. Poco a poco, los ojos de Albert Werper fueron acostumbrándose a la oscuridad. Comprobó que la figura que se inclinaba sobre el lecho era un hombre y adivinó la identidad del visitante nocturno y el objetivo que perseguía.

Le inundó una oleada de celos furibundos y resentidos. Avanzó un paso en dirección a la pareja. Oyó el grito aterrado que brotó de los labios de Jane Clayton al reconocer las facciones del hombre que se inclinaba sobre ella y vio que las manos de Mohamed Beyd se cerraban en torno a la garganta de la mujer, a la que derribó de nuevo sobre las mantas.

La pasión defraudada puso un celaje cárdeno ante los ojos del belga. ¡No! Aquel hombre no iba a poseerla. Jane Clayton era para él, nada más que para él. Nadie iba a despojarle de sus derechos.

Cruzó la tienda en dos zancadas y se abalanzó sobre la espalda de Mohamed Beyd. Pese a la sorpresa que le produjo aquel ataque inesperado, el árabe no iba a ceder sin plantear batalla. Los dedos del belga buscaron la garganta de Mohamed Beyd, pero éste se zafó de la presa y, al tiempo que se erguía, dio media vuelta para situarse de cara a su adversario. Al quedar uno frente a otro, Werper asestó al árabe un potente derechazo en el rostro que hizo retroceder tambaleándose a Mohamed Beyd. Si hubiera sabido aprovechar esa ventaja, Werper habría tenido al árabe a su merced en cuestión de un momento, pero en vez de seguir atacando quiso tirar de revólver y, en aquel instante decisivo, los hados ordenaron que el arma se resistiera a abandonar la pistolera de cuero.

Antes de que Werper tuviese tiempo de desenfundarla, Mohamed Beyd se había recuperado y se le echaba encima. Werper repitió el puñetazo a la cara de su rival y el árabe le devolvió el golpe. Sacudiéndose con saña e intentando continuamente uno y otro agarrar al contrario, ambos se

enzarzaron en una lucha sin cuartel por el reducido interior de la tienda, mientras la mujer, desorbitados los ojos por el asombro y el miedo, contemplaba el duelo en gélido silencio.

Una y otra vez forcejeó Werper para sacar el revólver. Mohamed no había previsto que el deseo inspirado por sus bajos instintos iba a encontrar oposición, por lo que había acudido a la tienda desarmado, con la salvedad de un largo alfanje, que desenvainó durante un breve y jadeante alto en la contienda.

—¡Perro cristiano —murmuró—, mira este alfanje que empuña Mohamed Beyd! Míralo bien, infiel, porque es lo último que vas a ver y a sentir en tu vida. Con esta arma, Mohamed Beyd atravesará tu negro corazón. Reza a tu Dios, si lo tienes… Porque dentro de un minuto habrás muerto.

Con la última palabra de su amenaza se abalanzó arrebatadamente sobre el belga, enarbolando el alfanje por encima de la cabeza.

Werper aún estaba tratando infructuosamente de sacar el revólver de la funda. El árabe había llegado hasta él. Abrumado por la desesperación, el europeo aguardó hasta que Mohamed Bey casi llegaba a él y entonces se arrojó lateralmente sobre el suelo de la tienda, aunque dejó extendida una pierna al paso del árabe.

La zancadilla le salió bien. En el impulso de su ataque, al tropezar con aquel obstáculo, Mohamed Beyd fue a estrellarse de bruces contra el suelo. Se levantó con instantánea presteza y giró sobre sus talones para reanudar la lucha; pero Werper ya se le había adelantado, estaba de pie frente a él y en su mano brillaba el revólver, que por fin había conseguido desenfundar.

En el momento en que el árabe se lanzaba de cabeza, con ánimo de entablar combate cuerpo a cuerpo, retumbó el ladrido de una detonación, un fogonazo rasgó la oscuridad y Mohamed Beyd fue a parar de nuevo al piso de la tienda, donde dio un par de vueltas sobre sí mismo y luego quedó inmóvil junto al lecho de la mujer a la que había pretendido deshonrar.

Nada más sonar el disparo, en todo el campamento surgieron voces excitadas. Los hombres se interpelaban unos a otros, preguntándose qué significaba aquella detonación. Werper los oyó ir de un lado para otro con ánimo de averiguar el motivo del disparo. Jane Clayton se había puesto en pie al caer muerto el árabe y corrió hacia Werper, tendidas las manos.

—¿Cómo podré agradecérselo, amigo mío? —exclamó—. ¡Y pensar que hoy mismo casi había llegado a creer la infame patraña que esa bestia

humana me contó acerca de la maldad de usted y de su pasado criminal! Perdóneme, señor Frecoult. Debí pensar que un hombre blanco y un caballero nunca puede ser más que el protector de una mujer de su propia raza, perdida en medio de los peligros de esta tierra salvaje.

Werper dejó caer desmayadamente los brazos a lo largo de los costados. Se quedó quieto, con la vista clavada en Jane Clayton, incapaz de encontrar las palabras oportunas para responder. La candorosa interpretación que la dama atribuía a las verdaderas intenciones del belga era algo que no tenía respuesta.

Fuera, los árabes buscaban al autor del disparo. Los dos centinelas a los que Mohamed Beyd había relevado de su guardia enviándolos a dormir fueron los primeros en proponer acercarse a la tienda de la prisionera para echar un vistazo.

Werper los oyó acercarse. Si lo detenían y lo acusaban de la muerte de Mohamed Beyd, eso representaría una inmediata sentencia de muerte. Aquellos facinerosos brutales y furibundos harían pedazos al cristiano que había osado derramar la sangre del jefe de la banda. Tenía que dar con alguna excusa que retrasara el descubrimiento del cadáver de Mohamed Beyd.

Volvió a enfundar el revólver y con paso rápido se encaminó a la entrada de la tienda. Apartó las puertas de lona, salió e hizo frente a los hombres, que se aproximaban a toda prisa. Consiguió encontrar dentro de sí la osadía valentona necesaria para esbozar una sonrisa forzada y alzó la mano para indicarles que se detuvieran.

—La mujer se resistió —dijo— y Mohamed Beyd no tuvo más remedio que disparar contra ella. No ha muerto… sólo está herida y no parece que sea grave. Podéis volver tranquilamente a vuestras mantas. Mohamed y yo cuidaremos de la prisionera.

Acto seguido, dio media vuelta y entró de nuevo en la tienda, mientras los bandidos se daban por satisfechos con aquella explicación y regresaban encantados de la vida a conciliar de nuevo su interrumpido sueño.

Al llegar otra vez junto a Jane Clayton, las intenciones que animaban a Werper eran muy distintas a las que sentía cuando, minutos antes, abandonó el lecho. Las emociones de su reyerta con Mohamed Beyd, así como los peligros que tendría que afrontar cuando, a la mañana siguiente, tuviese que revelar inevitablemente a los árabes la verdad de lo ocurrido aquella noche en la tienda de la prisionera, habían enfriado la ardiente

vehemencia que le dominaba cuando irrumpió en la tienda.

Pero otra pasión, mucho más poderosa, influía a favor de la mujer. Por bajo que pueda caer un hombre, si alguna vez el honor y la caballerosidad han formado parte de su patrimonio personal, nunca se erradican totalmente de su carácter y aunque Albert Werper llevaba mucho tiempo sin poder alegar que poseía el más ínfimo adarme de cualquiera de ambas virtudes, el hecho de que Jane Clayton se las atribuyera espontáneamente las había revitalizado en el fondo del espíritu del belga.

Comprendió por primera vez la terrible y poco menos que desesperada situación de la hermosa cautiva y las profundidades de ignominia en que se había hundido él, un caballero europeo bien nacido, al participar, aunque fuera momentáneamente, en la destrucción del hogar, de la felicidad y de la propia lady Greystoke.

Era ya excesiva la vileza acumulada en el umbral de su conciencia para que aspirase a redimirse por completo, pero en un primer y súbito arranque de arrepentimiento el hombre concibió la sincera intención de reparar, hasta donde le fuera posible, el daño que su codicia criminal había ocasionado a aquella dulce e inofensiva dama.

Mientras Werper permanecía aparentemente a la escucha de los pasos que se retiraban, Jane Clayton se le acercó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó—. Cuando amanezca descubrirán esto —señaló el inmóvil cadáver de Mohamed Beyd—. Y cuando lo descubran le matarán a usted.

Durante un momento, Werper guardó silencio. Luego se dirigió repentinamente a la mujer:

—Tengo un plan. Llevarlo a cabo requiere mucho temple y mucho valor por su parte, pero ya ha demostrado que posee esas dos virtudes en grandes dosis. ¿Puede soportar más pruebas?

—Soportaré cualquier cosa —Jane Clayton sonrió animosamente—, con tal de que nos proporcione una posibilidad de salvación, por leve que sea.

—Tendrá que fingir que está muerta —explicó el belga—, mientras la saco de la aldea. Diré a los centinelas que Mohamed Beyd la mató en un arrebato y que me ha ordenado que lleve su cadáver a la jungla. Esta acción, aparentemente innecesaria, la justificaré contándoles a los árabes que Mohamed Bey se había enamorado de usted apasionada y violentamente, y que lamenta tanto haberla asesinado que le es imposible

aguantar el silencioso reproche que para él representa el cuerpo sin vida de su amada.

Jane Clayton levantó una mano para interrumpirle. En sus labios aleteó una sonrisa.

—¿Se ha vuelto loco? —dijo—. ¿Cree que los centinelas se van a creer un disparate tan ridículo?

—Usted no los conoce —replicó Werper—. Bajo su rudo exterior, y pese a su naturaleza violenta y criminal, discurre una clara corriente de sentimentalismo romántico… Lo encontrará en todos los individuos de su clase, a lo largo y ancho del mundo. Ese espíritu novelesco es lo que induce a esos hombres a llevar una vida de delitos, al margen de la ley. Esta estratagema dará resultado, no se preocupe.

Jane Clayton se encogió de hombros.

—Podemos intentarlo… Y luego, ¿qué?

—La dejaré escondida en la selva —continuó Werper— y por la mañana cogeré dos caballos e iré a recogerla.

—¿Pero cómo va a explicar la muerte de Mohamed Beyd? —quiso saber lady Greystoke—. La descubrirán antes de que usted puede salir del campamento por la mañana.

—No tendré que explicarla —repuso el belga—. La explicará el propio Mohamed Beyd… Es algo que debemos dejar de su cuenta. ¿Se siente con ánimos para la aventura?

—Sí.

—Aguarde un momento, pues. He de procurarle un arma y municiones.

Werper salió de la tienda con paso vivo.

Regresó al cabo de un momento, con otro revólver y una canana de repuesto ceñida a la cintura.

—¿Lista? —preguntó.

—Lista —afirmó la dama.

—Entonces acérquese y échese sobre mi hombro izquierdo, como si estuviera muerta.

Werper se arrodilló para recibirla.

—Adelante —animó, al tiempo que se levantaba—, deje que cuelguen inertes los brazos, las piernas y la cabeza. Recuerde que es un cadáver.

Instantes después, Albert Werper salia de la tienda, con el cuerpo de la mujer cargado a la espalda.

Alrededor del campamento se había preparado una *boma* de espinos,

destinada a quitarles las ganas de entrar allí a los carnívoros hambrientos. Un par de centinelas paseaban de un lado a otro, a la claridad de las llamas de una fogata que mantenían bien alimentada de leña. El más próximo de los dos alzó la cabeza sorprendido al ver acercarse a Werper.

—¿Quién va? —le dio el alto—. ¿Qué llevas ahí?

El belga se quitó la capucha del albornoz para que el centinela le viese la cara.

—Es el cadáver de la mujer —respondió—. Mohamed Beyd me ha dicho que lo lleve a la jungla porque no puede soportar ver el rostro de la mujer que amaba y a quien las circunstancias le obligaron a matar. Está destrozado, afligidísimo… inconsolable. No sabes el trabajo que me ha costado impedir que se quitara la vida.

Sobre el hombro del belga, inerte y con el corazón en un puño, Jane Clayton aguardó la respuesta del árabe. Seguramente soltaría la carcajada al acabar de oír aquel cuento tan absurdo, de eso a ella no le cabía la menor duda. El centinela apenas tardaría unos segundos en descubrir la trápala que el señor Frecoult intentaba colarle. Y entonces todo estaría perdido para ellos. Trató de imaginar la forma en que podría ayudar a su salvador en la inminente pelea que iba a entablarse en cuestión de un momento.

Y entonces oyó la respuesta del árabe.

—¿Vas a ir solo o quieres que despierte a alguien para que te acompañe y te eche una mano? —preguntó el centinela, y su tono de voz no denotaba el más leve asomo de extrañeza por el hecho de que Mohamed Beyd hubiese manifestado tan extraordinarios rasgos de romántica sensibilidad.

—Iré solo —declinó Werper el ofrecimiento.

Continuó adelante y pasó por la estrecha abertura de la *boma*, junto a la cual montaba guardia el centinela.

Al cabo de un momento se adentraba entre los troncos de los árboles con su carga y, cuando estuvo a salvo de la vista del árabe, depositó a la mujer en el suelo, de pie; ante la posibilidad de que ella empezase a hablar, Werper emitió un siseo bajo.

La condujo más al interior del bosque, se detuvo bajo las ramas de un árbol gigantesco, abrochó la canana, con el revólver en su funda, en tomo a la cintura de Jane Clayton y ayudó a la mujer a subirse a las ramas inferiores.

—Mañana —susurró—, en cuanto pueda darles esquinazo, vendré a buscarla. Valor, lady Greystoke… Aún podemos escapar.

—Gracias —respondió ella en voz baja—. Ha sido usted muy bueno… Todo un valeroso caballero.

Werper no dijo nada. La oscuridad nocturna ocultó el rubor escarlata que la vergüenza pinceló en su rostro. Dio media vuelta rápidamente y regresó al campamento. Desde su puesto, el centinela vio al belga entrar en su tienda, pero no le vio salir arrastrándose por debajo de la lona que constituía la pared posterior, ni le vio deslizarse subrepticiamente hacia la tienda asignada a la prisionera, en la que ahora yacía el cuerpo sin vida de Mohamed Beyd.

Werper levantó el borde inferior de la pared trasera, se coló dentro y se acercó al cadáver. Sin el menor titubeo, agarró las muñecas del muerto y lo arrastró de espaldas hacia el punto por el que Werper acababa de pasar. Retrocedió a gatas, lo mismo que había entrado, tirando del cadáver. Una vez fuera, el belga se deslizó hasta una esquina de la tienda y observó todo el espacio del campamento situado dentro de su campo visual: nadie vigilaba.

Volvió junto al cuerpo, se lo cargó al hombro y, jugándose el todo por el todo, cubrió en celérica carrera el escaso trecho que separaba la tienda de la cautiva de la de Mohamed Beyd. Se detuvo detrás de la pared de seda, descargó el cadáver y permaneció allí unos minutos inmóvil, a la escucha.

Por último, convencido de que nadie le había visto, se agachó, levantó el fondo de la pared de la tienda, entró en ésta de espaldas y arrastró al interior el cuerpo de Mohamed Beyd. Lo llevó hasta el montón de alfombras y mantas que constituían el lecho del árabe y tanteó en la oscuridad hasta encontrar el revólver del muerto. Con el arma en la mano, regresó al lado de Mohamed Beyd, se arrodilló junto al lecho, introdujo la mano que empuñaba el arma por debajo de las alfombras, amontonó con la zurda una buena cantidad de alfombras y mantas encima y alrededor del revólver. Luego apretó el gatillo, al mismo tiempo que emitía una sonora tos.

Nadie que se hubiera encontrado fuera de la tienda podría haber oído la detonación, apagada por las gruesas telas y sofocada por la tos. Werper se sintió satisfecho. Una sonrisa torva se dibujó en sus labios mientras retiraba el arma de debajo de las alfombras y la colocaba cuidadosamente en la mano del muerto, con tres dedos alrededor de la culata y con el índice curvado sobre el gatillo, dentro de la guarda de éste.

Dedicó unos instantes a arreglar las desordenadas alfombras y mantas y

a continuación salió por donde había entrado, dejando sujeta la pared posterior de la tienda, tal como estaba antes de que la levantase.

Se llegó a la tienda de la prisionera y eliminó asimismo toda evidencia de que alguien hubiese podido entrar o salir por debajo de la pared posterior. Después regresó a su propia tienda, entró, sujetó las lonas y se metió bajo las mantas.

A la mañana siguiente le despertó la voz alterada del esclavo de Mohamed Beyd, que le llamaba desde la puerta de la tienda.

—¡Rápido! ¡Rápido! —apremiaba el negro en tono asustado—. ¡Ven deprisa! Mohamed Beyd está muerto en su tienda… ¡Se ha matado él mismo!

Al oír la alarma de aquellos gritos, Werper apartó las mantas de golpe y se sentó en el lecho, con sobresaltada expresión en su semblante. Pero cuando llegaron a sus oídos las últimas palabras del negro un suspiro de alivio se escapó de sus labios y una tenue sonrisa suavizó sus hasta entonces tensas facciones.

—¡Ya voy! —gritó al negro.

Se calzó las botas, se levantó y salió de la tienda.

Árabes y negros corrían excitados desde todos los puntos del campamento hacia la tienda de seda de Mohamed Beyd y, cuando Werper entró en ella, un numeroso grupo de bandidos se agolpaba alrededor del cadáver, ahora rígido y frío.

El belga se abrió paso a codazos entre ellos y se detuvo junto al cadáver del forajido., Contempló en silencio, durante unos segundos, el yerto rostro y luego se volvió hacia los árabes.

—¿Quién lo ha hecho? —gritó. Su tono era acusatorio y amenazador—. ¿Quién ha asesinado a Mohamed Beyd?

Se alzó súbitamente un coro de voces en tumultuosa protesta.

—Mohamed Beyd no ha muerto asesinado —chillaron—. Se suicidó. Eso y Alá son nuestros testigos.

Señalaron el revólver que empuñaba la mano del muerto.

Werper fingió el correspondiente escepticismo durante el tiempo que juzgó adecuado y luego se permitió el lujo de dejarse convencer de que Mohamed Beyd realmente se había suicidado como consecuencia de los remordimientos que le producían la muerte de la mujer blanca, a la que en secreto, sin que ninguno de sus secuaces lo supiera, amaba con apasionada y fervorosa devoción.

El propio Werper envolvió personalmente el cadáver en las mantas de su lecho, no sin preocuparse de poner hacia dentro la parte chamuscada de las telas que utilizó para apagar la detonación del arma que había disparado la noche anterior. Luego, seis fornidos negros llevaron el cadáver a la explanada donde se encontraba el campamento y lo depositaron en una sepultura poco profunda. Mientras la tierra suelta caía sobre la figura envuelta en el sudario formado por las mantas, Albert Werper dejó escapar otro suspiro de alivio: su plan había salido mucho mejor de lo que se había atrevido a esperar.

Muertos Ahmet Zek y Mohamed Beyd, los bandidos se encontraban sin jefe y, tras parlamentar brevemente entre ellos, decidieron regresar al norte y visitar las diversas tribus a las que pertenecían. Después de enterarse de la dirección que pensaban tomar, Werper anunció que, por su parte, iría hacia el este, rumbo a la costa, y como los malhechores no sabían que poseyera algo que ellos pudieran desear, no tuvieron inconveniente en manifestarse dispuestos a permitirle que se marchara hacia donde le pareciese bien.

Cuando los miembros de la banda emprendieron la marcha, el belga subió a la silla de su montura y, desde el centro del claro, los vio desaparecer en la jungla, uno tras otro, mientras daba gracias a Dios por haberle permitido escapar por fin de las garras de aquellos infames criminales.

En cuanto dejó de oírse el ruido de los caballos, Werper condujo su montura hacia la derecha y se adentró en el bosque, en dirección al árbol donde había dejado escondida a lady Greystoke. Al llegar a él, detuvo su corcel y saludó con voz alegre e ilusionada:

—¡Buenos días!

No le llegó ninguna respuesta y, aunque sus ojos escudriñaron atentamente el tupido follaje que tenía sobre su cabeza, no vio el menor rastro de la mujer. Se apeó de la cabalgadura y trepó rápidamente al árbol, donde pudo ver a conciencia todas las ramas. Aquel árbol estaba vacío… Jane Clayton había desaparecido durante la silenciosa vi la en la noche de la selva.

CAPÍTULO XXII

TARZÁN RECUPERA LA MEMORIA

CUANDO los dedos de Tarzán acariciaron las piedras de su recobrada bolsa, su pensamiento voló de regreso al montón de lingotes amarillos en torno al cual los árabes y los abisinios sostuvieron aquella encarnizada batalla.

¿Qué tenían en común aquella pila de metal amarillo sucio y las preciosas y rutilantes piedras que contuvo la bolsa? ¿Qué era aquel metal? ¿De dónde había salido? ¿A qué se debía aquella torturante semiconvicción que parecía exigir a su memoria el reconocimiento de que aquella pila de metal amarillo por la que combatieron y murieron aquellos hombres no sólo estaba íntimamente relacionada con su pasado, sino que incluso el metal en cuestión había sido suyo?

¿Cuál era su pasado? Sacudió la cabeza. Su memoria pasó revista despacio y borrosamente a su infancia entre los simios… Se presentó después un confuso desfile de rostros, figuras y acontecimientos que se mezclaban unos con otros, que no parecían tener relación alguna con Tarzán de los Monos, pero que, a pesar de todo, en su forma fragmentaria le resultaban familiares.

Lenta y laboriosamente, los recuerdos intentaban asentarse, situarse en el lugar que les correspondía; el lastimado cerebro iba recuperándose de los daños sufridos, a medida que el proceso curativo de la perfecta circulación iba eliminando o absorbiendo poco a poco la causa reciente de su disfunción.

Por primera vez en muchas semanas, las personas que pasaban ahora por delante de los ojos de su cerebro tenían rostros conocidos; pero no podía colocarlas en los sitios que una vez ocuparon en su vida pretérita, ni tampoco le era posible citar a cada una de ellas por su nombre. Una era una mujer muy guapa y su precioso semblante aparecía más veces que ningún otro en el barullo de los recuerdos que deambulaban por su cerebro. ¿Quién

sería? ¿Qué había representado para Tarzán de los Monos? Le parecía haberla visto cerca del punto donde se hallaba el montón de lingotes de oro que desenterraron los abisinios. Pero el terreno circundante presentaba un cuadro muy distinto al que ahora vislumbraba.

Había un edificio —muchos edificios— y también setos, cercas y flores. Tarzán frunció el entrecejo, desconcertado ante las dificultades que planteaba la solución de aquel problema sorprendente. Tuvo la sensación, durante unos segundos, de que había captado la verdadera explicación, pero al instante, cuando el éxito parecía al alcance de la mano, la imagen se disolvió, sustituida repentinamente por una escena de la selva, en la que un muchacho blanco desnudo bailaba en compañía de los miembros de una tribu de peludos y primitivos seres simiescos.

Tarzán sacudió la cabeza y suspiró. ¿Por qué no podía fijar aquellos recuerdos? Al menos, tenía la seguridad de que, en determinado sentido, la pila de oro, el lugar en que ésta se encontraba, el sutil perfume de la esquiva hembra a la que perseguía, el recuerdo de la mujer blanca y él mismo estaban inextricablemente asociados por los vínculos de un pasado sobre el que cayó el olvido.

Si aquel era el sitio que le correspondía a la mujer, ¿en qué lugar mejor que aquel podía ir a buscarla o a esperarla, puesto que era precisamente ese punto el que parecían asignarle los confusos e intermitentes recuerdos? Merecía la pena intentarlo. Tarzán se echó al hombro la correa de cuero de la bolsa vacía y se lanzó a través de los árboles, en dirección a la llanura.

En los limites del bosque encontró a los árabes que volvían en busca de Ahmet Zek. Se escondió, los dejó pasar de largo y luego reanudó la marcha hacia las carbonizadas ruinas de los edificios que casi habían estado a punto de poner algo de orden en su memoria, de definir sus recuerdos.

Interrumpió su travesía de la llanura al avistar un pequeño rebaño de antílopes en una hondonada, donde la dirección del viento y la topografía del terreno se aliaron para facilitarle el acecho. Una pieza joven y bien cebada recompensó media hora de observación subrepticia y un ataque repentino y salvaje. La tarde había avanzado mucho cuando el hombre-mono se sentó en cuclillas junto al antílope recién cobrado y se dispuso a disfrutar del producto de su astucia, habilidad y fuerza física.

Saciada el hambre, la sed reclamó su atención. Le atrajo el río con sus aguas refrescantes y a él se dirigió por el camino más corto. Y cuando hubo bebido cuanto le pedía el cuerpo, ya reinaba la oscuridad de la noche y él se

encontraba a cosa de un kilómetro, corriente abajo, del punto donde había visto los lingotes de oro y donde esperaba encontrar el recuerdo de la mujer o descubrir alguna pista que le indicase su paradero o su identidad.

Para quienes se han criado en la selva, el tiempo suele ser cosa secundaria y las prisas resultan algo indigno de tenerse en cuenta, salvo cuando las engendran el terror, la furia o el hambre. La jornada había concluido. Por lo tanto, era cuestión de suspender toda actividad. Al día siguiente, el primero de la infinita sucesión de ellos que se prolongaban ante él, Tarzán continuaría su investigación. Además, el hombre-mono estaba cansado y quería dormir.

Un árbol le procuró la seguridad, el aislamiento y las comodidades propias de un bien acomodado dormitorio y, arrullado por el coro de los depredadores y víctimas que llegaba desde el río, no tardó en quedarse profundamente dormido.

La mañana siguiente le sorprendió hambriento y sediento de nuevo, así que bajó del árbol y se dirigió al abrevadero de la orilla del río. Se encontró allí con que Numa, el león, se le había adelantado. El enorme felino bebía ávidamente a base de lengüetazos y al oír a Tarzán acercarse por su retaguardia, levantó la melenuda cabeza y lanzó al intruso una mirada fulminante. De su garganta brotó un gruñido de advertencia, pero Tarzán dio por supuesto que el animal acababa de separarse de la pieza que había cazado y que tendría el estómago lleno. De forma que el hombre-mono se limitó a desviarse ligeramente y continuar hacia el río, en cuya ribera se detuvo a unos metros por encima del rojizo felino, donde se puso a gatas y hundió el rostro en el agua fresca. El león siguió observando al recién llegado durante unos segundos, al cabo de los cuales volvió a su tarea de echarse agua al coleto. Hombre y bestia calmaron la sed, a escasa distancia entre sí, cada uno de ellos aparentemente ajeno a la presencia del otro.

Numa fue el primero en darse por satisfecho. Alzó la cabeza y durante unos minutos contempló la orilla opuesta del río con la atenta e inconmovible atención característica de los de su especie. A no ser por la leve agitación ondulante que el viento imprimía a su endrina melena se le hubiera podido tomar por una figura esculpida en bronce dorado, tan inmóvil, tan estatuaria era su pose.

Pero esa idea la disipó el sordo y profundo suspiro que dejaron escapar sus cavernosos pulmones. La formidable cabeza giró lentamente hasta que las amarillas pupilas se clavaron en el hombre. Se le erizaron los bigotes al

tiempo que los labios se contraían hacia arriba para enseñar los colmillos color de azufre. Otro gruñido de advertencia vibró entre sus poderosas mandíbulas y el rey de las fieras dio media vuelta y con majestuosos andares se alejó despacio por el camino y se adentró en la espesura de los juncos.

Tarzán de los Monos continuó bebiendo, aunque también siguió vigilando con el rabillo del ojo la marcha del felino hasta que el animal se perdió de vista. Incluso después, los agudos oídos se mantuvieron a la escucha de los movimientos del carnívoro.

Tras un frugal desayuno compuesto por unos huevos que había encontrado por casualidad, el hombre-mono se dio un chapuzón y luego reanudó su camino río arriba, hacia las ruinas de la casa junto a la que estaba el montón de oro que constituyó el eje de la batalla del día anterior.

Enormes fueron su sorpresa y su consternación, sin embargo, cuando llegó al lugar, porque el metal amarillo había desaparecido. Pisoteado por los pies de los hombres y los cascos de los caballos, el suelo no ofrecía rastro alguno. Era como si los lingotes se hubieran disuelto en el aire.

El hombre-mono se quedó absolutamente desconcertado, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. No había indicio alguno revelador de que la mujer hubiese estado allí. El metal había desaparecido y si existía alguna relación entre él y la mujer parecía inútil esperar a esta última, puesto que se habían llevado el oro a otra parte.

Todo parecía rehuirle: las piedras de colores, el metal amarillo, la hembra, la memoria. Tarzán se sintió contrariado. Volvería a la selva y buscaría a Chulk. Así que dirigió sus pasos de nuevo hacia el bosque. Avanzó presuroso, recorriendo la planicie a paso ligero, con largas y sueltas zancadas. Al llegar a la jungla se desplazó por las ramas de los árboles con la agilidad y rapidez de un mono pequeño.

Iba sin rumbo fijo, simplemente corría por la selva, de un lado para otro, sin más urgencia que la de disfrutar a sus anchas, alegremente, de aquel poder moverse sin trabas y con el incentivo secundario que representaba la esperanza de tropezarse con el rastro de Chulk o de la hembra.

Vagó por la jungla durante dos días, sin hacer otra cosa que cazar, comer, beber y dormir allí donde el deseo y la ocasión de satisfacerlo se presentaban simultáneamente. En la mañana del tercer día, el aire llevó hasta su olfato débiles efluvios de hombre y caballo. Automáticamente,

Tarzán alteró el curso de su silencioso deslizarse entre las ramas y se dirigió hacia el lugar de donde procedían aquellos olores.

No tardó en localizar a un jinete solitario que cabalgaba rumbo al este. Sus ojos confirmaron instantáneamente lo que su nariz ya había supuesto con anterioridad: el jinete era el individuo que le había robado las piedras bonitas. La luz de la cólera fulguró de pronto en las pupilas grises del hombre-mono. Descendió velozmente hacia las ramas bajas hasta situarse directamente encima del desprevenido Werper.

Un celérico salto y el belga notó que un cuerpo pesado acababa de caer en la grupa de su aterrorizada montura. El caballo resopló y dio una brusca sacudida hacia adelante. Unos brazos gigantescos rodearon al jinete, que en un abrir y cerrar de ojos se vio arrastrado fuera de la silla y se encontró tendido en el estrecho camino, con un gigante blanco arrodillado encima del pecho.

Una sola ojeada al rostro del asaltante le bastó a Werper para reconocerlo, y la lividez del miedo se extendió por sus facciones. Unos dedos fuertes se le aferraron a la garganta, unos dedos de acero. Intentó chillar, suplicar que se le perdonase la vida, pero aquellos dedos crueles se negaron a permitirle articular palabra, del mismo modo que le negaban la posibilidad de seguir viviendo.

—¡Las piedras bonitas! —gritó el hombre asentado sobre el pecho de Werper—. ¿Qué hiciste con mis piedras bonitas… con las piedras bonitas de Tarzán?

Los dedos aflojaron la presa ligeramente para que el belga pudiese contestar. Durante un momento, lo único que pudo hacer Werper fue jadear y toser… Por último, recuperó la facultad de hablar.

—Ahmet Zek, el árabe, me las quitó —dijo—. Me obligó a entregarle la bolsa y las piedras.

—Eso ya lo vi —replicó Tarzán—, pero las piedras de la bolsa no eran las piedras de Tarzán… Sólo eran guijarros de los que están llenos el fondo y las orillas de los ríos. El árabe no las quiso, sino que las arrojó al suelo, con rabia, en cuanto las vio. Lo que quiero son mis piedras bonitas… ¿Dónde están?

No lo sé, no lo sé —gritó Werper—. Se las di a Ahmet Zek porque de no entregárselas me habría matado. Después de dárselas, me siguió por el camino, dispuesto a liquidarme, a pesar de que había prometido que no me molestaría, pero disparé y acabé con su vida. Sin embargo, no llevaba

encima la bolsa, porque le registré y luego la estuve buscando durante un buen rato por los alrededores, en la selva, y no la encontré.

—Yo sí que la encontré, ya te digo —rezongó Tarzán—. Y también encontré las piedras que Ahmet Zek tiró disgustado. No eran las piedras de Tarzán. ¡Tú las has escondido! Dime dónde están, si no quieres que te mate.

Los bronceados dedos del hombre-mono apretaron un poco más la garganta de su víctima.

Werper forcejeó para liberarse.

—¡Dios mío, lord Greystoke! —consiguió chillar—. ¡No será capaz de cometer un asesinato por un puñado de guijarros!

Los dedos que ceñían la garganta aflojaron la presa y una expresión de perplejidad, algo distante, suavizó las grises pupilas.

—¡Lord Greystoke! —repitió el hombre-mono—. ¡Lord Greystoke! ¿Quién es lord Greystoke? ¿Dónde he oído antes ese nombre?

—¡Pero si lord Greystoke es usted! —exclamó el belga—. Sufrió una herida en la cabeza al caerle encima una roca cuando se produjo el terremoto que derrumbó el techo del pasaje subterráneo que conducía a la cámara de la que usted y sus negros waziris sacaron los lingotes de oro para transportarlos a su casa. El golpe le hizo perder la memoria. Usted es John Clayton, lord Greystoke… ¿no lo recuerda?

—¡John Clayton, lord Greystoke! —repitió Tarzán.

Se quedó silencioso. Con ademán vacilante se llevó la mano a la frente, una expresión de asombro apareció en sus ojos… de asombro y de repentina comprensión. Aquel nombre olvidado acababa de despertar una memoria que últimamente se había estado esforzando, sin conseguirlo, en salir del todo a la superficie. El hombre-mono soltó la presa de la garganta de Werper y se puso en pie de un salto.

—¡Santo Dios! —exclamó, y a continuación—: ¡Jane! —Se encaró bruscamente con Albert Werper y le preguntó—: ¿Y mi esposa? ¿Qué ha sido de ella? La granja está asolada. Lo sabes. Has tenido algo que ver en ello. Me seguiste a Opar, me robaste las joyas que yo creía que no eran más que piedras bonitas. ¡Eres un ladrón! ¡Ni se te ocurra negarlo!

—Es algo peor que un ladrón —terció en aquel momento una voz tranquila, que sonaba muy cerca de ellos, a su espalda.

Atónito, Tarzán giró rápidamente sobre sus talones y vio a un hombre alto, vestido de uniforme, plantado en el camino a unos pasos de él. Detrás

del hombre se encontraba cierto número de soldados negros, con el uniforme del Estado Libre del Congo.

—Es un asesino, monsieur —continuó el oficial—. Llevo mucho tiempo siguiéndole la pista, para arrestarlo y regresar con él, a fin de que le juzguen por la muerte de su oficial superior.

Werper se había puesto en pie y, pálido y tembloroso, contemplaba el destino que llegaba a alcanzarle incluso en la espesura de aquella selva laberíntica. Instintivamente, dio media vuelta para huir, pero Tarzán de los Monos alargó el brazo y una mano de hierro cayó sobre el hombro del belga.

¡Aguarda un momento! —dijo el hombre-mono a su prisionero—. Este caballero quiere hacerse cargo de ti, lo mismo que yo. Cuando haya acabado contigo, puede quedársete. Dime qué ha sido de mi esposa.

El oficial belga contemplaba con gran curiosidad a aquel gigante blanco desnudo. Tuvo conciencia del extraño contraste que existía entre lo primitivo de su atavío y sus armas y la fluidez y soltura con que se expresaba en correcto francés. Lo primero denotaba un nivel de lo más bajo, lo segundo un tipo de cultura de lo más alto. No le era posible determinar con exactitud el estatus social de aquella extraña criatura, pero lo que sí sabía era que no le gustaba nada la arrogante seguridad con que aquel individuo pretendía establecer el momento en que él podía hacerse cargo del prisionero.

—Perdone —articuló, al tiempo que avanzaba unos pasos y posaba la mano sobre el hombro de Werper—, pero este individuo es mi prisionero y ha de acompañarme.

—Cuando yo haya terminado con él —replicó Tarzán en tono tranquilo.

El oficial hizo una seña a los soldados que se encontraban tras él en el camino. Una compañía de negros uniformados se adelantó con rápida precisión y rodearon al hombre-mono y a su prisionero.

—Tanto la ley como la fuerza están de mi parte, lo que me permite cumplir esta misión —anunció el oficial—. Tengamos la fiesta en paz. Si alimenta algún agravio que este hombre deba reparar, puede usted volver conmigo y presentar su acusación ante un tribunal competente, de acuerdo con las normas jurídicas preceptivas.

—Sus derechos legales no están precisamente por encima de toda sospecha, amigo mío —replicó Tarzán—, y su poder para hacer cumplir sus órdenes por la fuerza es sólo aparente, no real. Se ha tomado la osada

libertad de irrumpir en territorio británico con una fuerza armada. ¿Qué derecho le asiste para perpetrar esta invasión? ¿Dónde están los documentos de extradición que le den atribuciones para arrestar a este hombre? ¿Y qué garantías tiene usted de que yo no disponga de una fuerza armada que pueda rodearle e impedir su regreso al Estado Libre del Congo?

El oficial belga perdió los estribos.

—Malditas las ganas que tengo de ponerme a discutir con un salvaje desnudo —declaró—. Si no quiere salir con las manos en la cabeza, vale más que no se mezcle en esto. ¡Sargento, arreste al prisionero!

Werper acercó los labios al oído de Tarzán.

—Si me saca de ésta, le llevaré al lugar donde anoche vi por última vez a su esposa —le susurró—. En este preciso instante no debe de andar muy lejos de allí.

Obedeciendo las órdenes del sargento, los soldados se acercaron para detener a Werper. Tarzán cogió a éste por la cintura, se lo puso bajo el brazo, como si fuera un saco de harina, y se precipitó hacia adelante para intentar romper el cerco de las tropas. Su puño derecho se estrelló de lleno en la mandíbula del soldado que tenía más cerca, el cual salió despedido hacia atrás, contra sus compañeros. Arrancó los fusiles de quienes se oponían a su paso y, ante aquel furibundo hombre-mono que luchaba por su libertad, los soldados fueron cayendo a derecha e izquierda.

El cerco de negros era tan nutrido y denso que ninguno de ellos se atrevía a disparar por temor a abatir a alguno de sus camaradas y Tarzán estaba a punto de atravesar la última línea de aquel cinturón e introducirse en el espeso dédalo vegetal de la selva cuando uno de los soldados se llegó a él por detrás y, con el rifle a guisa de estaca, le asestó un tremendo culatazo en la cabeza.

El hombre-mono se desplomó contra el suelo y, en el acto, una docena de soldados negros se le echaron encima. Al recuperar el conocimiento se encontró sólidamente maniatado, lo mismo que Werper. El oficial belga, al ver sus esfuerzos coronados por el éxito, estaba de un humor exultante y con una tremenda tendencia a mofarse de sus prisioneros, vanagloriándose de lo fácil que le había resultado capturarlos. Pero sus gracias no arrancaron respuesta alguna a Tarzán de los Monos. Werper, sin embargo, no se recató de protestar. Explicó que Tarzán era un lord inglés, palabras que provocaron una sonora carcajada por parte del oficial belga, que

aconsejó al prisionero que ahorrase saliva y aliento para defenderse ante el tribunal.

En cuanto Tarzán recobró el conocimiento y se comprobó que no sufría heridas de gravedad, se integró a los prisioneros en la columna y el destacamento emprendió la marcha de regreso hacia la frontera del Estado Libre del Congo.

Al atardecer, la compañía se detuvo a la orilla de un río, montó el campamento y se dispuso a guisar la cena. Desde la espesa vegetación de la selva, un par de ojos feroces observaban con silenciosa y atenta curiosidad las actividades de los negros de uniforme. Por debajo de las hirsutas cejas, aquella criatura vio a los soldados construir la *boma*, encender las fogatas y preparar la cena.

Tarzán y Werper permanecían tendidos y maniatados detrás del montón de mochilas de la tropa, donde los habían dejado al detenerse la compañía; pero una vez dispuesta la cena, sus guardianes les ordenaron que se pusieran en pie y se encaminaran a una de las fogatas, donde se les soltarían las manos para que pudiesen comer. Al levantarse el hombre-mono, un gesto de sorpresa y reconocimiento apareció en el peludo semblante del ser que espiaba desde la selva, cuyos labios emitieron un leve sonido gutural. Tarzán se alertó al instante, pero contuvo el gruñido de respuesta que pugnaba por salir de sus cuerdas vocales, ante el temor de que pudiera despertar las sospechas de los soldados.

De pronto, se le ocurrió una idea. Miró a Werper.

—Voy a decirte algo en voz alta y en un lenguaje que no entiendes. Finge escuchar atentamente mis palabras y respóndeme de vez en cuando, murmurando algo que dé la impresión de que corresponde al mismo lenguaje… Es posible que nuestra huida dependa de que esta treta salga bien.

Werper asintió con la cabeza, indicando que había entendido. Inmediatamente, de los labios de su compañero brotó una extraña jerga que muy bien se hubiera podido tomar por los ladridos y gruñidos de un perro o el parloteo de unos micos.

Los soldados que estaban más próximos miraron sorprendidos al hombre-mono. Algunos rompieron a reír, pero otros se retiraron dominados por un evidente temor supersticioso. El oficial se acercó a los prisioneros, mientras Tarzán seguía pronunciado sus aparentemente ininteligibles sonidos, se detuvo detrás de ellos y escuchó con perplejo interés. Cuando

Werper murmuró algo en aquella jerigonza ridícula, la curiosidad del oficial belga rebasó los limites normales y el hombre dio un paso adelante y quiso saber en qué idioma estaban hablando.

Basándose en los elementos de juicio que le procuraron la índole, clase y temas de conversación del hombre, Tarzán había calculado el nivel cultural del belga. Confió en no haberse equivocado mientras respondía:

—En griego.

—¡Ah, ya me imaginaba que era griego! —repuso el oficial—. Pero hace tantos años que lo estudié que casi se me ha olvidado del todo y no estaba seguro. Sin embargo, os agradecería que, de ahora en adelante, habléis en un idioma con el que esté más familiarizado.

Werper volvió la cabeza para ocultar la amplia sonrisa que decoraba su rostro. Le susurró a Tarzán:

—No cabe duda de que para él era griego… Para él y para mí.

Pero uno de los soldados negros le confesó en voz baja a un compañero:

—He oído antes esos sonidos… Una noche en que me perdí en la selva oí hablar entre sí a los hombres peludos de los árboles. Y sus palabras eran como las palabras de este hombre blanco. Daría cualquier cosa por no habérnoslo encontrado. No es un hombre… Es un espíritu malvado y si no le dejamos marchar hará que la mala suerte caiga sobre nosotros.

Y los ojos del negro se dirigieron llenos de temor hacia la jungla.

Su camarada dejó escapar una risita nerviosa y se alejó para repetir aquella conversación, con las consiguientes variantes y exageraciones, a otros miembros de la tropa. De forma que antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo se había tejido en torno al gigante prisionero una sobrecogedora fábula de magia negra y muerte repentina que circuló rápidamente de boca en boca por todo el campamento.

Y en las profundidades de la selva tenebrosa, entre las negras sombras que proyectaba la caída de la noche, una criatura peluda, semejante a un ser humano, se desplazaba hacia el sur a toda velocidad, en cumplimiento de una misión secreta.

CAPÍTULO XXIII

NOCHE DE TERROR

EN EL ÁRBOL donde Werper la dejó esperándole, la noche se le hizo interminable a Jane Clayton. Sin embargo, acabó por fin y apenas una hora después de la llegada de la aurora, el ánimo de la mujer recibió una dosis de renovada esperanza al divisar a un jinete solitario que se acercaba por el sendero.

El albornoz suelto, con la capucha caída, ocultaban tanto la figura como el rostro del caballista, pero lady Greystoke sabía muy bien que se trataba del señor Frecoult, puesto que se había vestido de árabe y era la única persona de la que podía esperarse que acudiera a buscarla en aquel escondite.

Aquella perspectiva alivió la tensión de la larga noche de vigilia, pero detrás del jinete había algo más que a la señora no le era posible ver. El rostro negro que ocultaba la blanca capucha, por ejemplo, o la hilera de jinetes de ébano que cabalgaban despacio detrás del que iba en cabeza y que un recodo del camino escondía a la vista. De momento, lady Greystoke no los vio e impulsada por su ilusionado alborozo se inclinó hacia el jinete que se aproximaba y de su garganta salió un grito de bienvenida.

En el instante en que oyó la primera palabra, el hombre levantó la cabeza y tiró de las riendas, sorprendido. Al vislumbrar el negro semblante de Abdul Murak, el abisinio, la mujer retrocedió aterrada para ocultarse entre el follaje, pero ya era demasiado tarde. El hombre la había visto y se apresuró a ordenarle a voces que bajase del árbol. Al principio, lady Greystoke se negó a hacerlo, pero cuando una docena de soldados de caballería detuvieron sus monturas detrás de su jefe y Abdul Murak encargó a uno de ellos que trepara al árbol y se apoderase de ella, la mujer comprendió que era inútil resistirse y descendió despacio hasta el suelo, donde permaneció ante su nuevo captor, al que suplicó clemencia en nombre de la justicia y de la misericordia.

Irritado por la reciente derrota y por la pérdida del oro, las joyas y los prisioneros, Abdul Murak no estaba precisamente del talante más propicio para dejarse conmover por tales sentimientos, que, dicho sea de paso, eran poco menos que totalmente desconocidos para él, incluso en condiciones más favorables.

Temía que, cuando estuviera de regreso en su tierra natal y compareciese ante Menelek para informarle del resultado de su misión, lo degradasen y tal vez que lo condenaran a muerte, como castigo por sus fracasos y adversidades. Claro que si se presentaba portador de un regalo aceptable, eso podía atemperar las iras del emperador, y casi con toda seguridad, el gobernante negro recibiría agradecidísimo el presente de aquella hermosa flor de otra raza.

Cuando Jane Clayton concluyó su súplica, Abdul Murak replicó sucintamente que le prometía protección, pero que estaba obligado a conducirla a presencia de su emperador. La dama no necesitó preguntar el motivo de ello y, una vez más, la esperanza murió en su pecho. Con aire resignado, dejó que la subiesen a la grupa del caballo de uno de los soldados y reanudó su rumbo hacia lo que ya empezaba a creer un destino fatal, inevitable.

Privado de sus guías a causa de la batalla que tuvo que sostener contra los forajidos y desconocedor del territorio, Abdul Murak se había desviado de la ruta que debió haber seguido y como consecuencia de su desorientación apenas había avanzado hacia el norte desde que emprendió la retirada. Ahora marchaba en dirección oeste, con la esperanza de encontrar alguna aldea donde pudiesen proporcionarle guías, pero la noche le sorprendió tan lejos de esa esperanza como cuando el sol asomaba en el horizonte.

Los abisinios se dispusieron a acampar con la moral por los suelos, hambrientos y carentes de agua en medio de aquella espesa jungla. Atraídos por los caballos, numerosos leones rugían alrededor de la *boma*, y a su espeluznante alboroto se sumaban los agudos relinchos de los asustados equinos que las fieras pretendían devorar. En tales circunstancias, poco podían dormir hombres y animales. Se doblaron las guardias con el fin de que hubiese suficientes centinelas, no sólo para proteger el campamento de cualquier ataque súbito que desencadenase algún león más audaz y más hambriento que sus compañeros, sino también para que las fogatas estuviesen siempre bien alimentadas, ya que, frente a los felinos,

constituían una barrera mucho más efectiva que la *boma* de espinos.

Hacía un buen rato que la medianoche quedó atrás y, pese a que la noche anterior casi no había pegado ojo, Jane Clayton apenas pudo dar unas cabezadas. Sobre el campamento parecía flotar una ominosa sensación de peligro inminente, suspendido en el aire como un negro manto. Los veteranos del emperador se mostraban nerviosos e inquietos. Abdul Murak abandonó las mantas una docena de veces, para dedicarse a pasear intranquilo de un lado para otro entre las trabadas caballerías y las crepitantes hogueras. Jane Clayton vio la silueta de su gigantesca figura recortada contra el vívido resplandor de las llamas y se dijo que, a juzgar por aquellos movimientos bruscos y nerviosos, al hombre no le llegaba la camisa al cuerpo.

El rugir de los leones aumentó con repentino furor, formando un espantoso coro que hizo temblar el suelo. Los caballos continuaban llenando el aire con sus relinchos empavorecidos, al tiempo que tiraban furiosamente de los ramales que los mantenían sujetos, tratando de liberarse a toda costa. En un intento infructuoso para calmarlos, un soldado, más valiente que sus colegas, se metió entre los animales, que no cesaban de relinchar, cocear y corvetear, enloquecidos por el terror. Un gigantesco león, audaz y temerario, dio un salto que a punto estuvo de situarlo en la parte interior de la *boma*. La brillante claridad de la hoguera lo iluminó de lleno y un centinela se echó el fusil a la cara y apretó el gatillo. El pequeño proyectil de plomo desencadenó las incontenibles cataratas del infierno sobre el aterrorizado campamento.

La bala trazó un surco profundo y doloroso en el costado del león, lo que despertó una furia bestial en el pequeño cerebro del felino, pero sin menoscabar en absoluto la fuerza y el vigor de aquel cuerpo impresionante.

De no encontrarse herido, la *boma* y las llamas de las fogatas le hubieran mantenido a raya, pero el dolor y la rabia eliminaron de su instinto toda precaución y, a la vez que emitía un sonoro y furibundo rugido, saltó limpiamente la barrera y aterrizó entre los caballos.

Lo que momentos antes ya era un pandemónium, se convirtió en un indescriptible tumulto de ruidos espantosos. El empavorecido caballo sobre el que había caído el león manifestó su espantada agonía mediante relinchos que helaban la sangre. Varios corceles lograron zafarse de las trabas y corrieron enloquecidos por el campamento. Los hombres abandonaron precipitadamente las mantas y, a punto los fusiles, se

dirigieron a toda prisa hacia los puestos de guardia. Desde el otro lado de la *boma*, en la jungla, una docena de leones enardecidos por el ejemplo de su compañero se lanzaron intrépidamente al ataque del campamento.

Individualmente, por parejas o de tres en tres, franquearon la *boma* y en cuestión de minutos el recinto estuvo rebosante de hombres que maldecían y caballos que relinchaban, todos y cada uno de ellos luchando a vida o muerte con aquellos diabólicos felinos de ojos verdes que la selva había descargado sobre ellos.

Al producirse el ataque del primer león, Jane Clayton se había puesto en pie y ahora contemplaba horrorizada el cuadro de aquella atroz carnicería que se desarrollaba a su alrededor en demencial torbellino. Un caballo desbocado tropezó con ella y la derribó contra el suelo. Segundos después, un león lanzado en persecución de otra aterrada caballería pasó tan cerca de lady Greystoke, que la rozó y le hizo perder el equilibrio.

Sobre el estruendo de las detonaciones de los fusiles y los rugidos de los carnívoros destacaban los gritos agónicos de los hombres y caballos que abatían aquellos felinos a los que el olor y la vista de la sangre habían vuelto locos. Las fieras carnívoras que saltaban y los caballos que corrían tratando de huir impedían a los abisinios toda acción concertada —cada soldado tenía que actuar por su cuenta— y en medio de la confusión de la refriega, la indefensa mujer permanecía olvidada por los negros que la habían cogido prisionera, ninguno de los cuales hacía el menor caso de ella. Unas veinte veces vio su vida amenazada por leones lanzados al ataque, caballos que trataban de escapar a la muerte o balas disparadas sin ton ni son por soldados dominados por el pánico. Pero no había escapatoria posible porque, con la endemoniada astucia propia de su especie, los depredadores empezaron a tender un cerco alrededor de sus presas, cercándolas con una tenaza de formidables colmillos amarillentos y agudas zarpas coronadas por largas uñas. Una y otra vez, un león se precipitaba individual y repentinamente entre los aterrados hombres y caballos y, de vez en cuando, uno de estos últimos, impulsado por el frenesí del dolor o del miedo, conseguía romper el cerco de los leones, franquear la *boma* de un salto y perderse en la selva. Pero eso resultaba imposible para los hombres y para la mujer.

Alcanzado por una bala perdida, un caballo se derrumbó junto a Jane Clayton; en aquel preciso momento, un león saltó por encima del agonizante equino y cayó sobre el pecho de un soldado negro que se

encontraba justo al otro lado del caballo caído. El hombre levantó el fusil y golpeó con la culata la cabeza del felino: lo único que consiguió fue que el león lo derribara y se irguiese encima de él.

Al tiempo que lanzaba al aire su pánico, en forma de alaridos, el soldado clavó sus dedos insignificantes en el peludo pecho del león, en un inútil intento de apartar de sí las abiertas fauces. Numa bajó la cabeza y los colmillos se cerraron sobre el rostro contraído por el terror. El león dio entonces media vuelta y volvió a pasar por encima del caballo, arrastrando la inerte y ensangrentada carga que sujetaba entre los dientes.

Con ojos desorbitados, la mujer presenció la espeluznante escena. Vio al carnívoro pasar por encima del caballo, dando traspiés al tropezar sus patas delanteras con la carga macabra que colgaba de sus mandíbulas. Los ojos de Jane Clayton contemplaron con patética fascinación al león, que pasó de largo a un par de metros de ella.

La interferencia del cuerpo del negro pareció enfurecer a Numa. Sacudió perversamente aquella arcilla inanimada. Dedicó al muerto, a aquella cosa insensata, una serie de gruñidos y rugidos espeluznantes y luego lo dejó caer y alzó la cabeza como si tratase de localizar otra futura víctima que estuviese viva y sobre la que volcar su iracundia. Clavó las fulgurantes pupilas en la figura de la mujer, se le agitaron los bigotes al contraer el labio superior para enseñar los colmillos. Un feroz rugido brotó de su garganta y el gigantesco felino se agazapó, tensos los músculos, dispuesto a saltar sobre aquella nueva víctima indefensa.

Caída la noche, el silencio y la calma se enseñorearon pronto del campamento donde Tarzán y Werper yacían fuertemente atados. Dos nerviosos centinelas cubrían sus rondas, durante las cuales sus ojos dirigían frecuentes miradas temerosas hacia las sombras impenetrables de la lóbrega jungla. Los demás dormían o intentaban dormir… salvo el hombre-mono. Silenciosa y enérgicamente forcejeaba con las ligaduras que mantenían sujetas sus muñecas.

Resaltaban los músculos bajo la tersa y bronceada piel de sus brazos y hombros; a causa del esfuerzo, las venas pronunciaron su relieve sobre las sienes… Una cuerda se rompió, luego otra, y otra… De pronto, tuvo libre una mano. Llegó de la selva una voz gutural y el hombre-mono se convirtió en una estatua silenciosa y rígida, aguzado el oído y el olfato para explorar el negro vacío que sus ojos no podían atravesar para distinguir lo que se encontraba al otro lado.

Entre la vegetación que crecía más allá del campamento se repitió el extraño sonido. Un centinela se detuvo bruscamente y forzó la vista, clavados los ojos en las negruras. La ensortija pelambrera que cubría su cabeza se erizó. Preguntó a su compañero, en ronco susurro:

—¿,Oíste eso?

El otro se le acercó; temblaba como una hoja.

—¿Oír qué?

Se repitió una vez más aquel sonido, al que respondió casi inmediatamente otro similar, que se produjo en el mismo campamento. Los centinelas se arrimaron uno al otro y escudriñaron las tinieblas donde parecía tener su origen la voz.

Las ramas de unos árboles se extendían por encima de la *boma* en aquel punto, que estaba justamente en el lado del campamento contrario al que ocupaban los centinelas. No se atrevieron a acercarse allí. Su pánico les impidió incluso despertar a sus compañeros… Lo único que fueron capaces de hacer fue seguir allí, paralizados por el miedo, con los ojos casi fuera de las órbitas, a la espera de la espantosa aparición que de un momento a otro esperaban ver surgir de la selva.

No tuvieron que esperar mucho. Una figura voluminosa, de forma ambigua, descendió ágilmente de las ramas de un árbol y aterrizó en el campamento. Al verla, uno de los centinelas recuperó el dominio de la voz y de los músculos. Empezó a gritar a voz en cuello, para despertar al dormido campamento y, de inmediato, cogió una brazada de leña y la arrojó a la fogata para reavivar las vacilantes llamas.

El oficial blanco y los soldados negros salieron disparados de debajo de las mantas. Las llamas, revitalizadas, alcanzaron gran altura, iluminaron todo el campamento y los hombres recién desvelados retrocedieron presa de su terror supersticioso ante el cuadro que contemplaron sus atónitos ojos.

Una docena de formas colosales y peludas se erguían impresionantes bajo los árboles del fondo del recinto. El gigante blanco, que tenía libre una mano, se había puesto de rodillas y se dirigía a aquellos tremebundos visitantes nocturnos en una horrible mezcla de acentos guturales, ladridos y gruñidos.

Werper se las había arreglado para sentarse en el suelo. También vio los rostros feroces de los antropoides que se acercaban y no supo muy bien si debía sentirse aliviado o dejarse abrumar por el terror.

Sin dejar de gruñir, los grandes monos avanzaron a saltos hacia Tarzán y Werper. Los acaudillaba Chulk. El oficial belga ordenó a sus tropas que disparasen sobre los intrusos, pero los negros se echaban atrás invadidos por el pavor supersticioso que les inspiraban aquellos peludos hombres de los árboles y convencidos de que el gigante blanco que había convocado a aquellas fieras de la jungla para que acudiesen en su ayuda era una criatura sobrenatural, más que humana.

El oficial tiró de revólver, hizo fuego y Tarzán, temiendo que el estruendo de la detonación afectase a sus aliados, que eran realmente pusilánimes, les conminó a que se apresuraran a cumplir las órdenes que les daba.

Al oír el disparo, un par de simios dieron media vuelta y emprendieron la huida; pero Chulk y otros seis antropoides más se lanzaron rápidamente hacia adelante y, siguiendo las instrucciones del hombre-mono, levantaron en peso a Tarzán y a Werper e iniciaron la retirada hacia la jungla, cargados con ellos.

Sin embargo, a copia de amenazas, admoniciones y palabrotas, el oficial belga logró persuadir a sus temblorosos soldados para que disparasen una descarga sobre los simios que ya huían. Fue una andanada caótica y dispersa, pero al menos uno de los proyectiles encontró objetivo, porque cuando la jungla acogía a los peludos salvadores, Chulk, que llevaba a Werper en uno de sus amplios hombros, dio un traspié y fue a parar al suelo.

Se levantó al instante, pero el belga supuso, a juzgar por su paso inseguro, que el mono estaba herido de gravedad. Se quedó bastante rezagado y, cuando Tarzán dio a su comando la orden de detenerse, transcurrieron varios minutos antes de que Chulk llegara hasta ellos, a paso lento. Por último, Chulk se desplomó bajo el peso de su carga y el desfallecimiento provocado por la herida.

Al caer, soltó a Werper, el cual quedó tendido de bruces en el suelo, con el cuerpo del simio medio cruzado encima del suyo. En esa posición, el belga notó que algo descansaba sobre sus manos, que aún tenía atadas a la espalda… algo que no formaba parte integrante del peludo cuerpo del mono.

Con gesto maquinal, los dedos del hombre palparon el objeto que había caído en sus manos: era una bolsa de piel suave, llena de unos granos duros. Werper se quedó boquiabierto de asombro cuando el reconocimiento

de lo que tenía en las manos se filtró a través de la incredulidad de su mente. Parecía imposible y, sin embargo, ¡era cierto!

Se afanó febrilmente en trasladar la bolsa, arrebatándosela al mono para tomar posesión de ella. La restringida capacidad de maniobra que le imponían las ligaduras era un impedimento casi insalvable, pero se las arregló para introducir la bolsa y su preciado contenido bajo la cinturilla de los pantalones.

Sentado a corta distancia, Tarzán estaba atareado entendiéndoselas con los últimos nudos de las cuerdas que le sujetaban. Por fin, desató el último, arrojó la cuerda a un lado y se puso en pie. Fue hasta donde se encontraba Werper y se arrodilló a su lado. Durante unos momentos examinó al mono.

—Completamente muerto —anunció—. Una verdadera lástima… se trataba de una criatura espléndida.

Se entregó a la tarea de liberar al belga. Primero le soltó las manos y luego la emprendió con los nudos que inmovilizaban los tobillos.

—Puedo acabar yo mismo —dijo el belga—. Llevo encima una navajita que se les pasó por alto cuando me cachearon.

Se libró así de la ayuda del hombre-mono y del peligro de que hubiese podido descubrir algo que no debía. Abrió la navaja y cortó la correílla de cuero que unía la bolsa al hombro de Chulk. Acto seguido transfirió la bolsa de la cintura de los pantalones al interior de la camisa, bajo la pechera. Luego se puso en pie y se acercó a Tarzán.

Una vez más, la codicia se impuso en su ánimo. Se olvidó de las buenas intenciones que había despertado en él la confianza que Jane Clayton depositara en su honor. Lo que había conseguido la mujer, lo destruyó en un momento aquella bolsita. Werper no tenía la más remota idea del modo en que la bolsita había llegado a poder del gran antropoide, a menos que éste hubiese presenciado la escaramuza que él, Werper, mantuvo con Ahmet Zek y se la hubiera quitado, pero de lo que sí estaba seguro era de que dicha bolsa contenía las joyas de Opar, lo cual le interesaba más que ningún otro detalle.

El hombre-mono le recordó:

—Ahora has de cumplir tu promesa. Llévame al punto donde viste a mi esposa por última vez.

Fue una labor lenta y laboriosa la de abrirse paso a través de la jungla en plena noche, tras el pesado andar del belga. El hombre-mono rezongaba de mal talante a causa de tanto retraso, pero el europeo no podía moverse

entre los árboles y matorrales con la misma agilidad que sus musculosos compañeros, y el ritmo de marcha lo imprimía y limitaba el miembro de la expedición que iba más despacio.

Los simios siguieron a los dos hombres blancos durante unos cuantos kilómetros, pero luego su interés fue disminuyendo, hasta que los que marchaban en cabeza se detuvieron en un claro y los demás hicieron lo propio junto a ellos. Quietos allí, observaron desde debajo de sus hirsutas cejas cómo se alejaban las figuras de los dos hombres hasta que éstos desaparecieron entre la frondosa vegetación de la selva, más allá del calvero. Entonces, uno de los simios encontró un lecho cómodo, al pie de un árbol, y se tendió allí tranquilamente. Uno tras otro, los demás imitaron su ejemplo, así que Werper y Tarzán continuaron su trayecto solos. Al hombre-mono no le sorprendió ni le preocupó tal circunstancia.

Habían cubierto una corta distancia; tras dejar a su espalda el claro donde los monos los habían abandonado, cuando llegó a sus oídos un distante rugir de leones. Tarzán no prestó interés a aquellos sonidos que le resultaban tan familiares hasta que oyó un disparo de fusil, debilitado por la lejanía y procedente de aquella dirección. Cuando siguió a la detonación el agudo relinchar de caballos y un fuego graneado se mezcló con el creciente y feroz estruendo que una nutrida manada de leones armaba con sus rugidos, el hombre-mono se mostró automáticamente preocupado.

—Alguien está en dificultades por allí —se dirigió a Werper—. Tendré que ir a echar un vistazo… Puede que sean amigos.

—Tal vez su esposa se encuentre entre ellos —apuntó el belga, que desde que tenía la bolsa en su poder recelaba y temía más al hombre-mono. En la cabeza del belga no cesaban de agitarse constantemente planes y planes para desembarazarse del gigante inglés, que era al mismo tiempo su salvador y su guardián.

La sugerencia hizo dar un respingo a Tarzán, como si acabara de recibir un latigazo.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Puede que esté allí y que los leones se hayan lanzado al ataque… Sin duda se trata de un campamento. Los relinchos de los caballos así lo indican… Ahora se oyen los gritos de un hombre agonizante. Quédate aquí… Volveré a buscarte. Pero antes he de acudir en ayuda de esas personas…

Saltó a las ramas de un árbol y su ágil figura desapareció en la noche tan silenciosa y rápidamente como si se tratara de un espíritu.

Werper permaneció inmóvil donde lo había dejado el hombre-mono. Luego, sus labios dibujaron una sonrisa taimada. «¿Quedarme aquí? —se preguntó interiormente—. ¿Quedarme aquí hasta que vuelvas y me quites las joyas? ¡No, amigo mío, de eso, nada!».

Y Albert Werper dio media vuelta para dirigirse hacia el este, atravesó la intrincada malla que formaban los colgantes tallos de unas enredaderas y se perdió de vista… para siempre.

CAPÍTULO XXIV

A CASA

A MEDIDA que Tarzán de los Monos avanzaba como una centella a través de los árboles, el discordante fragor de la batalla entablada entre los abisinios y los leones llegaba cada vez con más claridad a sus sensibles oídos, lo que reafirmaba su convencimiento de que la situación de los seres humanos en aquel combate era realmente desesperada.

Por fin, el resplandor de la hoguera del campamento se hizo visible entre las copas de los árboles e, instantes después, la gigantesca figura del hombre-mono se detuvo encima de una rama que dominaba el terreno y desde la que pudo contemplar el sangriento espectáculo de la carnicería que se desarrollaba a sus pies.

Abarcó con una rápida ojeada toda la escena y sus pupilas se detuvieron en la figura de una mujer erguida frente a un enorme león que la observaba desde el otro lado del cadáver de un caballo.

Encogido el cuerpo, tensos los músculos, el carnívoro se disponía a saltar en el momento en que Tarzán descubrió aquel cuadro trágico. Numa se encontraba prácticamente debajo de la rama en la que permanecía el hombre-mono, desnudo y sin armas. Pero Tarzán no vaciló ni una fracción de segundo… Fue como si ni siquiera hubiese interrumpido su celérico desplazamiento a través de las enramadas… Tan relampagueante fue su comprensión de la escena que tenía debajo, tan automática su consecuente acción inmediata.

A Jane Clayton le parecía su situación tan desesperada que, incapaz de reaccionar, permanecía inmóvil, sumida en un apático letargo, a la espera del impacto de aquel cuerpo enorme que la derribaría contra el suelo…, a la espera de la agonía que de un momento a otro iba a sufrir bajo las garras crueles y los feroces colmillos que pondrían el fin misericordioso de la muerte a su dolor y a sus sufrimientos.

¿Qué iba a conseguir intentando la huida? Tanto daba afrontar cara a

cara aquel destino espantoso que morir atacada por la espalda mientras trataba inútilmente de huir. Ni siquiera bajó los párpados para evitarse el aterrador espectáculo de aquella cara de fauces entreabiertas. En consecuencia, no sólo vio al felino prepararse para dar el salto definitivo, sino también la atezada y formidable figura que saltó de la rama del árbol extendida sobre él en el preciso instante en que Numa se disponía a abalanzarse hacia la mujer.

Desorbitados los ojos por el asombro y la incredulidad, Jane Clayton contempló aquella aparición que se materializaba como surgida del más allá. La mujer se olvidó del león, se olvidó del peligro en que se encontraba, se olvidó de todo, salvo de la maravilla que representaba aquella extraña regeneración. Con los labios entreabiertos y las palmas de las manos apoyadas con fuerza en el pecho palpitante, la mujer se inclinó al frente, hechizada por la visión de su compañero difunto.

Vio arrojarse la musculosa humanidad encima del león, sobre cuyo lomo cayó como un imponente ariete dotado de vida. Vio al carnívoro desviarse lateralmente cuando estaba a punto de llegar a ella y comprendió al instante que aquella forma que acababa de aparecer como por ensalmo no era ningún espíritu intangible, puesto que su fortaleza física había logrado apartar de su rumbo la acometida de un león furioso, cuya fuerza bruta era también tremenda.

¡Tarzán, su Tarzán vivía! Un grito de júbilo inenarrable brotó de los labios de Jane Clayton, para transformarse instantáneamente en un gemido de terror, al ver la absoluta indefensión en que se encontraba su compañero. Observó que Numa, repuesto del impacto y la sorpresa, se revolvía contra Tarzán, animado por un frenético afán de venganza.

Caído a los pies del hombre-mono se encontraba el fusil del abisinio muerto, cuyo mutilado cadáver seguía tendido en el lugar donde Numa lo abandonó. La rápida ojeada que barrió el suelo en busca de algún arma con la que defenderse tropezó con el fusil y, cuando el león se erguía, rampante, sobre los cuartos traseros, para acabar a zarpazos con aquel temerario suicida del género humano que había osado interponerse entre Numa y su presa, la pesada culata del rifle trazó un arco en el aire y se hizo astillas contra la amplia frente del león.

El golpe de Tarzán no fue el simple estacazo que hubiese podido descargar un hombre corriente, sino que llevaba toda la furia demencial, respaldada además por los músculos de acero con que le había dotado una

infancia selvática entre los árboles. Fue un golpe tan tremendo que las astillas de madera se hundieron en la cabeza de la fiera hasta llegar al cerebro y el grueso cañón se dobló y quedó en forma de tosca V.

En el instante en que el león se desplomaba sobre el suelo, sin vida, Jane Clayton se arrojó en los acogedores y anhelantes brazos de su marido. La mujer apretó durante unos segundos contra el suyo el amado cuerpo del esposo. Luego, Tarzán lanzó una mirada en tomo y sus sentidos tomaron conciencia de los peligros que los rodeaban.

A diestra y siniestra, los leones saltaban sobre nuevas víctimas. Caballos locos de pánico los amenazaban con sus erráticos brincos y carreras de un lado a otro del recinto. Los proyectiles que disparaban los defensores supervivientes incrementaban todavía más los peligros de su comprometida situación.

Continuar allí era cortejar a la muerte. Tarzán cogió a Jane Clayton y se la echó al hombro. Los negros que habían sido testigos de su advenimiento contemplaron atónitos a aquel gigante blanco que saltó con agilidad a las ramas del árbol del que tan sobrenaturalmente había descendido y se desvanecía entre el follaje tal como se presentó, cargado esta vez con la prisionera.

Estaban demasiado ocupados defendiéndose como para, encima, tener que preocuparse de detenerle, aparte de que lo único que hubieran conseguido sería malgastar una preciosa bala que un momento después les iba a resultar imprescindible para detener la embestida de un felino enemigo.

De forma que, sin que nadie le molestara, Tarzán abandonó el campamento de los abisinios, el fragor de cuya batalla le estuvo acompañando en su marcha a través de la jungla hasta que la distancia, que lo había ido debilitando paulatinamente, lo apagó del todo.

Durante el regreso hacia el punto donde había dejado a Werper, el corazón del hombre-mono rezumaba alegría, un júbilo que había sustituido al temor y la pesadumbre que poco antes reinaban en él. Se había hecho el firme propósito de perdonar al belga y ayudarle en su huida. Pero cuando llegó al lugar donde teóricamente debía encontrarse Werper, éste había desaparecido y, aunque Tarzán le llamó repetidamente y a grandes voces, no obtuvo respuesta. Convencido de que el belga le había dado esquinazo por razones que sólo él conocería, John Clayton consideró que no estaba obligado a exponer a su esposa a ulteriores peligros, contrariedades y

molestias emprendiendo una persecución y búsqueda a fondo del belga desaparecido.

—Con su huida, ha confesado tácitamente su culpabilidad, Jane —dijo —. Dejémosle que vaya a descansar en la cama que él mismo se ha preparado.

En línea recta, como palomas mensajeras que vuelan de regreso a su palomar, Tarzán y su esposa volvieron hacia las ruinas asoladas de lo que había sido centro de una existencia feliz y que pronto habrían reconstruido con la ayuda de los voluntariosos y alegres trabajadores negros, que de nuevo se sentirían dichosos al ver regresar a unos señores cuya desaparición habían llorado al darlos por muertos.

En la trayectoria de su camino tuvieron que pasar junto a la aldea de Ahmet Zek, donde no encontraron más que los restos calcinados de la empalizada y las chozas de los indígenas, todavía humeantes, testigos mudos de la ira y la venganza de un enemigo poderoso.

—¡Los waziris! —comentó Tarzán, con torva sonrisa.

—¡Dios los bendiga! —exclamó Jane Clayton.

—No pueden estar muy por delante de nosotros —opinó Tarzán—. Me refiero a Basuli y los demás. El oro y las joyas de Opar desaparecieron, Jane. Pero aún nos tenemos el uno al otro… Y a los waziris, contamos con su amistad, su afecto y su lealtad. Comparado con eso, ¿qué valen el oro y las joyas?

—¡Si viviera el pobre Mugambi! —suspiró lady Greystoke—. ¡Y todos los valientes que sacrificaron su vida tratando de proteger la mía!

Avanzaron por la selva sumidos en un silencio en el que se mezclaban la tristeza, el dolor y la alegría y, cuando en el aire se anunciaba el atardecer, a los oídos del hombre-mono llegó el cadencioso murmullo de voces lejanas.

—Nos acercamos a los waziris, Jane —anunció—. Ya los oigo por delante de nosotros. Imagino que se disponen a acampar para pasar la noche.

Media hora después, la pareja llegó al punto donde se encontraba la hueste de guerreros de ébano que Basuli había logrado reunir para desencadenar su guerra de venganza contra los forajidos. Con ellos estaban las mujeres de la tribu que había capturado Ahmet Zek, a las que encontraron y rescataron en la aldea. Sobresaliendo por encima de los gigantescos waziris, la figura familiar de un altísimo negro destacaba junto

a Basuli. Era Mugambi, al que Jane creyó muerto entre las calcinadas ruinas de la casa.

¡Qué reunión! Hasta bien entrada la noche, los bailes, los cánticos y las risas no cesaron de despertar ecos en la tenebrosa espesura de la jungla Se repitieron hasta la saciedad las aventuras que cada uno había vivido. Se recordaron una y otra vez los combates con las fieras salvajes y los hombres no menos feroces, y estaba a punto de romper el alba cuando Basuli refirió por enésima vez cómo él y unos cuantos guerreros presenciaron la batalla que mantuvieron los abisinios de Abdul Murak contra los facinerosos de Ahmet Zek por la posesión de los lingotes del oro y cómo, cuando los vencedores se alejaron, ellos, los waziris, salieron sigilosamente de su escondite entre los juncos y arramblaron con los preciosos lingotes, que a continuación escondieron donde ningún ladrón podría encontrarlos.

Encajando las piezas de sus diversas experiencias y relacionando los fragmentos con la persona del belga, no tardó en hacerse patente la verdad acerca de las pérfidas, marrulleras y delictivas actividades de Albert Werper. Sólo lady Greystoke encontró motivo para elogiar el comportamiento del hombre, pero incluso a ella le resultó difícil conciliar sus numerosas acciones infames con aquel único detalle de caballerosidad y honor.

—En lo más profundo del alma de cada ser humano —filosofó Tarzán — tiene que anidar, al acecho, el germen de la rectitud. Fue tu propia virtud, Jane, incluso más que tu desamparo, lo que despertó momentáneamente el último átomo de decencia en ese hombre envilecido. Con esa acción se reconcilió consigo mismo; y es posible que cuando comparezca ante el Supremo Hacedor ese acto tenga más peso en la balanza que todos los pecados que haya cometido.

Jane Clayton pronunció un fervoroso:

—¡Amén!

Habían transcurrido varios meses. El trabajo de los waziris y la fortuna del oro de Opar permitieron reconstruir, amueblar y dotar de las instalaciones precisas la vasta finca de los Greystoke. De nuevo, la vida en la extensa granja africana se deslizaba con la misma sencillez apacible de la época anterior a la llegada del belga y del árabe.

Por primera vez en bastante tiempo, lord Greystoke se dijo que podía permitirse el lujo de disfrutar de una buena fiesta, así que organizó una gran

cacería, con el fin de que sus fieles colaboradores celebrasen por todo lo alto el remate de su obra.

En sí misma, la cacería constituyó un éxito apoteósico y, diez días después de que se iniciara, un safari cargado de piezas emprendió el regreso a la llanura de los waziris. Lord y lady Greystoke, con Basuli y Mugambi, cabalgaban juntos a la cabeza de la columna. Reían y conversaban con la desembarazada familiaridad que los intereses comunes y el mutuo respeto establecen entre las personas honradas e inteligentes, sea cual fuere su raza.

La montura de Jane Clayton dio un respingo súbito, al asustarle algo que permanecía medio oculto entre las hierbas de un espacio abierto de la jungla. La aguda mirada de Tarzán se apresuró a buscar el motivo que explicase el sobresalto del animal.

—¿,Qué tenemos allí? —gritó.

Se apeó de la montura y, al cabo de un momento, los cuatro jinetes se agrupaban en torno a una calavera humana y un montoncito de huesos blanqueados.

Tarzán se agachó y recogió del suelo una bolsa de cuero que encontró entre aquellos huesos. El duro perfil de las piezas que contenía la bolsita arrancó a sus labios una exclamación de sorpresa.

—¡Las joyas de Opar! —exclamó, al tiempo que levantaba la bolsa en toda la extensión del brazo. Indicó los huesos que tenía a sus pies—. ¡Y lo que yace ahí son los restos mortales de Werper, el belga!

Mugambi se echó a reír.

—Echa un vistazo a su interior, *bwana* —invitó—, y verás cómo son las joyas de Opar… Verás las piedras preciosas por las que el belga dio su vida.

Y el negro volvió a soltar la carcajada.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Tarzán.

—Pues de que, antes de escapar del campamento donde los abisinios nos tenían prisioneros, llené la bolsa del belga con cantos rodados del río —explicó Mugambi—. Dejé que el belga se llevara unas chinas que no valían nada, mientras yo me quedaba con las joyas que te había robado. Lo malo es que, para mi vergüenza y desdicha, a mí me las robaron también, mientras dormía en la selva. Pero, al menos, el belga se quedó sin ellas… Abre la bolsa y lo verás.

Tarzán desató el cordón de cuero que sujetaba la boca de la bolsa y dejó

que se deslizara despacio en la palma de la mano el contenido de la bolsa. Mugambi puso unos ojos como platos al ver lo que caía, mientras los demás prorrumpían en exclamaciones de asombro e incredulidad, porque de la raída y mugrienta bolsa de cuero salió un chorro de fulgurantes piedras preciosas.

—¡Las joyas de Opar! —se entusiasmó Tarzán—. ¿Pero cómo es posible que Werper las encontrase otra vez?

Nadie pudo contestar a esa pregunta, porque tanto Chulk como Werper habían muerto, y eran los únicos que conocían la respuesta.

—¡Pobre diablo! —se compadeció el hombre-mono, y subió de nuevo a la silla—. ¡Hasta en la muerte ha tenido que restituir lo que robó!… ¡Dejemos que sus pecados reposen con sus huesos!

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

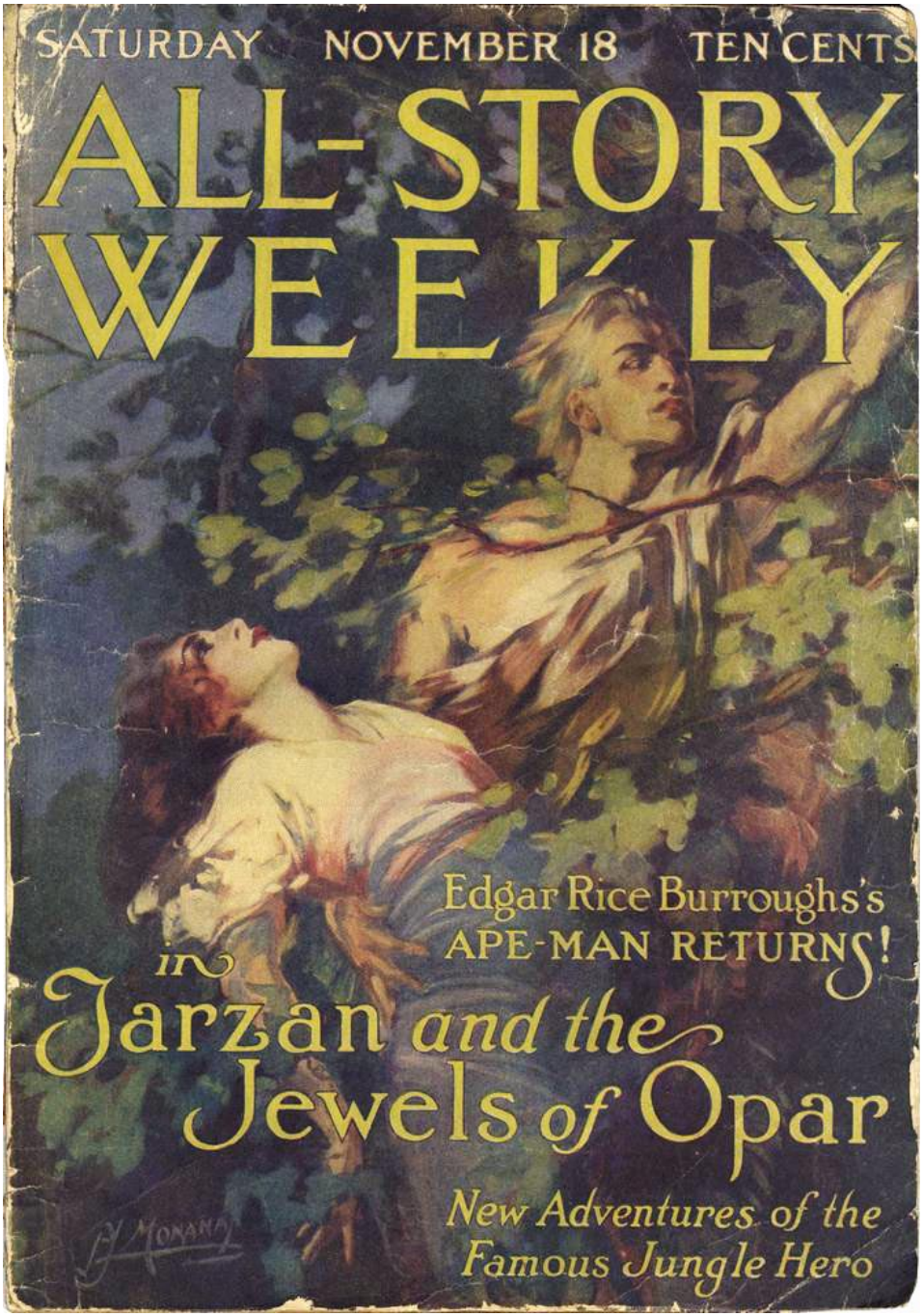
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918., etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

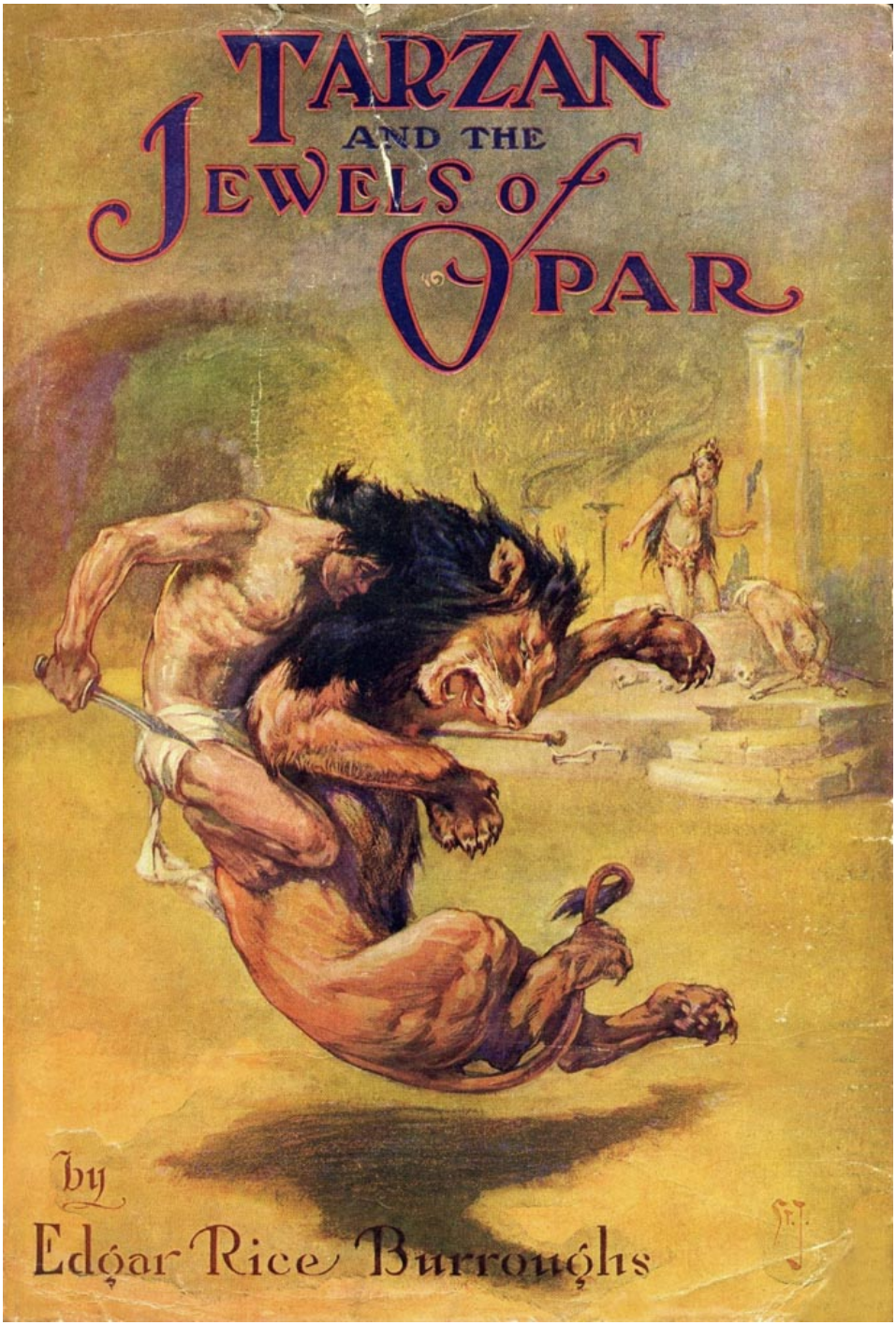
En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



Cubierta original edición *pulp* EE.UU., 1916, P. J. Monahan.

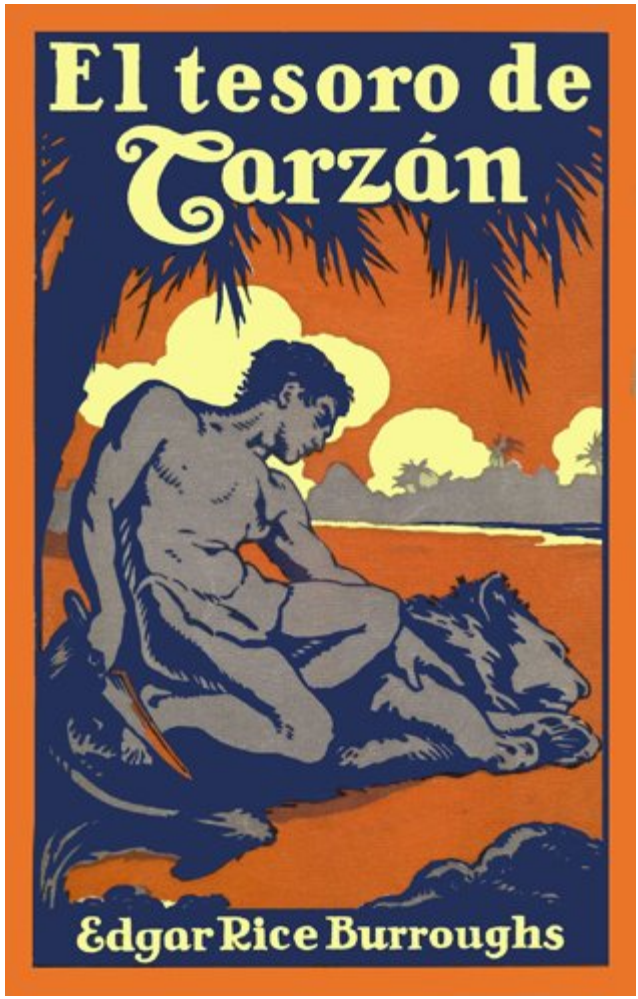
TARZAN AND THE JEWELS OF OPAR



by

Edgar Rice Burroughs

Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1918, J. Allen St. John.



Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.